BRIAN JOHNSON

Las vidas de Brian

Traducción de Ibon Errazkin

CONTRA

The Lives of Brian: A Memoir
© 2022, Brian Johnson
Publicado originalmente con el título *The Lives of Brian* en 2022 por Michael Joseph, un sello de Penguin Books. Penguin Books forma parte del grupo Penguin Random House.

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho
Diseño: Jess Hart / MJ
Maquetación: Emma Camacho

Composición digital: Pablo Barrio

Primera edición: Febrero de 2023
Primera edición digital: Febrero de 2023
© 2023, Contraediciones, S.L.
c/ Elisenda de Pinós, 22
08034 Barcelona
contra@contraediciones.com
www.editorialcontra.com

© 2023, Ibon Errazkin, de la traducción
© Doug Griffin/Toronto Star vía Getty Images, del retrato del autor de la cubierta

ISBN: 978-84-18282-87-4

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para mis tatara-tataranietos, a los que nunca conoceré. Es bonito saber que vamos a conectar por medio de estas palabras. Seáis como seáis, os deseo lo mejor en la vida.

Con todo el cariño, vuestro tatara-tatarabuelo Brian Johnson.

ÍNDICE

Nota del autor
Prólogo

PRIMERA PARTE

1. Alan y Esther
2. Frío polar
3. Auambabuluba Balambambú
4. ¡A escena!
5. Actividades de riesgo
6. El aprendiz
7. Eine kleine Rockmusik
8. Desastre en la carretera

SEGUNDA PARTE

9. Oops
10. Un asqueroso montón de mierda
11. Un auténtico Geordie
12. Wardour Street
13. Autopista a… ninguna parte
14. Polizón
15. El blues del embargo
16. Una señal del cielo

TERCERA PARTE

17. Lobley Hill
18. ¡Aspira de lo lindo!
19. El Grand National Day
20. Disolución
21. Bienvenidos al paraíso
22. Trueno salvaje
23. Regreso de la oscuridad
24. La última parte antes del final

Epílogo

Árbol genealógico rockero
Agradecimientos
Permisos de las imágenes
Imágenes

Nota del autor

Experiencia es aquello que consigues cuando no consigues lo que quieres.

Este libro cuenta lo que pasó cuando, a pesar de no conseguir lo que quería, no perdí la fe ni me di por vencido. La suerte tuvo mucho que ver, por supuesto; pero estoy convencido de que si tus sueños tienen la urgencia suficiente y no te quedas sentado esperando a que pase algo, puedes conseguir prácticamente lo que quieras.

Otros tendrán recuerdos distintos de los hechos que narro en estas páginas. Al fin y al cabo han pasado más de cuarenta años desde que grabamos *Back in Black*, y medio siglo desde los días gloriosos de mi primer grupo, Geordie. Esto es solamente mi versión de cómo sucedieron las cosas.

Para terminar, me gustaría dar las gracias de corazón a Angus, Malcolm, Cliff y Phil por haber lanzado los dados y darme una segunda oportunidad como músico profesional bajo algunas de las circunstancias más difíciles y trágicas que haya tenido que afrontar un grupo. Malcolm: si hay un más allá, colega, cuando llegue allí os invito a una birra a ti y a Bon.

B. J., Londres, 2022

Prólogo

Me había llevado golpes duros en la vida. Pero ninguno como este.

Esta vez, como no ocurriera un milagro, no iba a poder superarlo.

La primera señal de que estaba a punto de pasar algo desastroso la tuve en Edmonton (Canadá).

Estábamos a finales de septiembre de 2015, a mitad del *Rock or Bust World Tour* de AC/DC, y actuábamos en el Commonwealth Stadium, el mayor recinto al aire libre del país, lleno a reventar con más de 60.000 espectadores. Hacía muchísimo frío y humedad, y delante del escenario caía una lluvia torrencial.

Angus tenía una fiebre muy alta y yo empezaba a sentirme cada vez peor, con los mismos síntomas.

El público, al ser canadiense, ni siquiera parecía percatarse del mal tiempo. Pero, claro, iban todos con ese tipo de prendas que solo puedes conseguir al norte de la frontera con Estados Unidos y que te protegen de todo, desde un viento huracanado hasta un oso polar con malas pulgas.

Nosotros, en cambio, íbamos con nuestras pintas habituales. Yo con camiseta negra y vaqueros. Angus con su fina camisa blanca de colegial y pantalones cortos. El escenario al menos estaba seco y las luces calentaban un poco, pero a Angus y a mí siempre nos gusta salir a la pasarela para estar con el público. Así que ahí fue donde nos pasamos buena parte del concierto, y después de unas cuantas canciones estábamos tan sudados de ir de un lado a otro que nos daba igual estar calándonos hasta los huesos a una temperatura de casi bajo cero.

Dos horas, diecinueve canciones y unos bises más tarde salimos del escenario, muy contentos con el concierto. El sonido por dentro había sido perfecto. Los fans no habían parado de gritar, jalear y corear las canciones. Angus había tocado como un poseso. Pero no teníamos

tiempo para quedarnos por allí; había que marcharse para el siguiente bolo. Así que nos despedimos de todo el mundo y montamos en los minibuses, que salieron a toda velocidad en dirección al aeropuerto.

Cuando subimos al avión que nos iba a llevar a Vancouver, la adrenalina del concierto estaba empezando a bajar y el desgaste físico que había supuesto era cada vez más evidente.

Yo no paraba de temblar.

Dado que en una semana iba a cumplir sesenta y ocho años, se me pasó por la cabeza que tal vez no había sido la mejor idea pasar tanto rato bajo una lluvia helada.

Angus, que andaba rozando los sesenta, tampoco se encontraba nada bien.

Ir de gira siempre es duro para el cuerpo, me dije, sea cual sea tu edad. Pillar la típica gripe entre un bolo y otro es algo con lo que tienes que contar.

Pedí un buen trago de whisky, que me sentó bien, y Angus se tomó su habitual tazón de té ardiendo; para cuando nos dimos cuenta ya habíamos llegado a Vancouver y nos dirigíamos hacia el hotel.

Pero algo no iba bien.

Eran mis oídos.

No se me habían destapado al bajar del avión.

Probé todos los trucos de siempre: bostezar, sujetarme la nariz y sonarme… Pero nada. Me rendí, pensando que ya se abrirían solos a lo largo de la noche.

Pero al levantarme al día siguiente… Mierda. Era como si llevara encima un pasamontañas de piel de oso.

Si acaso, oía peor que el día anterior.

No me sentí con ánimos de contárselo a nadie durante el desayuno. Cuando eres el cantante del grupo, tus compañeros, el equipo de la gira, el mánager, los asistentes, la casa de discos y, sobre todo, los cientos de miles de fans, dependen de que seas capaz de subir al escenario y cumplir con tu misión, pase lo que pase.

Me dije que tarde o temprano se me abrirían los oídos.

Como había ocurrido siempre.

Cuando salimos esa noche al escenario del BC Place —otro estadio,

esta vez cubierto—, Angus parecía haber superado lo peor de la fiebre. Pero yo seguía luchando.

Y entonces vino el desastre.

Cuando llevábamos unos dos tercios del concierto, mis oídos dejaron de distinguir lo que hacían las guitarras y me vi perdido, buscando el tono de la canción. Era como conducir en la niebla; de golpe habían desaparecido todos los puntos de referencia. Era la peor experiencia que había tenido jamás como cantante, y lo más aterrador de todo es que estaba ocurriendo cuando aún faltaban varias canciones para terminar… y ante decenas de miles de fans que habían pagado su entrada. Pero de alguna manera conseguí salir adelante, y si alguien se dio cuenta, tuvo la amabilidad de no decir nada.

Como solo quedaban dos conciertos para terminar esta parte de la gira (el AT&T Park de San Francisco y el Dodger Stadium de Los Ángeles), me convencí de que podría seguir adelante, que los oídos se me abrirían. Me parecía imposible que no fuera así.

Pero en los dos conciertos pasó exactamente lo mismo. A los dos tercios del repertorio, perdí el tono de la canción y no pude recuperarlo. Peor todavía: después del bolo no podía oír las conversaciones en el camerino, ni tampoco más tarde, cuando fuimos a cenar a un restaurante. Me limité a sonreír y asentir con la cabeza, fingiendo que no pasaba nada.

Pero por dentro empezaba a invadirme el pánico.

Desde que Angus formó AC/DC con su hermano Malcolm en 1973 —al principio con Dave Evans de cantante, luego con el gran Bon Scott, y por último con un servidor—, siempre ha sido uno de esos grupos de todo o nada.

Un ejemplo: las torres gigantes de altavoces que llevamos en el escenario.

Muchos grupos llevan altavoces falsos, o cajas de verdad pero vaciadas por dentro, para lograr ese mismo efecto agresivo y monumental. AC/DC no. Con AC/DC lo que ves es lo que hay, y el resultado es que estás escuchando al grupo más atronador del planeta.

Y luego está Angus.

La intensidad que genera ese tío en el escenario, el torbellino de

energía que puede mantener vivo durante más de dos horas… es algo que da miedo. No puede parar. Cuando vuelve al camerino después de un concierto está agotado, apenas le sostienen los pies, y necesita inhalar oxígeno como un loco.

Fuera del escenario, el Angus normal es un tipo agradable que habla bajito y mide poco más de metro y medio. Pero en el escenario le pasa algo. Se transforma. Cuando va a mear antes de salir a tocar, sigue siendo Angus. Pero cuando lo ves aparecer de vuelta por un lado del escenario, ya no es él. No puedes mirarle a los ojos y decirle «Que vaya bien».

Ya no está ahí. El doctor Jekyll se ha convertido en el señor Hyde.

Y allá va, con su traje de colegial, la Gibson colgada al cuello, alzando el puño a un público de 50, 60, tal vez 100.000 fans, todos gritando como salvajes. Y todavía no ha tocado una sola nota. Es solo su forma de moverse. El brillo en sus ojos. ¿Quién más puede hacer algo así? Quizá Elvis Presley o Freddie Mercury fueran capaces en su momento. Pero ahora, el único es Angus. Y el tío se mueve como el mejor bailarín. Las caderas. Las piernas. El cuerpo entero. Deja en pañales a Chuck Berry. Cuando estás en el escenario y lo tienes cerca, es algo digno de verse.

Claro que durante casi toda la historia de AC/DC, Angus ha tenido en el escenario a su figura opuesta: su hermano Malcolm. Todos los hermanos Young —que nacieron en Glasgow pero emigraron con sus padres a Sídney (Australia) a comienzos de los sesenta— han tenido talento musical. Otro hermano de Angus, George, fue una de las mayores estrellas del pop en Australia con los Easybeats. Es también el compositor de una de las mejores canciones de todos los tiempos, «Friday on My Mind».

Malcolm no es menos intenso que su hermano pequeño, para nada. Lo que pasa es que no busca ser el centro de atención. Se acerca al micro para cantar lo que tenga que cantar, y luego retrocede hasta su torre de amplis y se aleja de la acción. Pero no os confundáis: Malcolm ha sido el corazón del grupo.

A lo largo de los muchos, muchos años que he pasado con Malcolm en la carretera, he visto una y otra vez a los mejores guitarristas que

podáis imaginar llevárselo aparte y preguntarle cómo consigue que las tensas cuerdas de su vieja y cascada Gretsch, a la que le falta una pastilla, suenen así.

«Les pego fuerte», dice, encogiéndose de hombros.

Malcolm también ha tenido la extraña capacidad de vigilar simultáneamente los movimientos de cada miembro del grupo, escuchar cómo tocan, estudiar la reacción del público y, al final de la noche, darte una opinión que no siempre es fácil de encajar, pero hará que el concierto sea mejor la noche siguiente. Nunca he visto a un músico tan respetado por sus compañeros de grupo y su equipo.

Pero hasta un grupo de todo o nada como AC/DC tiene que sortear de alguna forma los obstáculos y tragedias que surgen inevitablemente cuando te pasas la vida entera en la carretera.

Un año antes de empezar el *Rock or Bust World Tour*, Malcolm tuvo que dejar el grupo para recibir tratamiento por un brote prematuro de demencia senil. Llevaba sufriendo lapsos de memoria y concentración desde la gira *Black Ice* de 2010. Así que se retiró y fue sustituido por su sobrino Stevie.

Para el grupo fue el mayor shock desde la muerte de Bon, treinta y cinco años antes.

Y ese no fue el único shock. El maestro del bajo Cliff Williams —que lleva en el grupo desde 1978 y es el contrapunto de Essex a mis raíces de Newcastle— anunció que *Rock or Bust* sería su última gira. Y encima Phil Rudd tuvo que ausentarse debido a problemas legales en Nueva Zelanda, siendo sustituido por Chris Slade, que ya había tocado en *The Razors Edge*.

Y luego… Bueno, luego estoy yo.

Se me hace raro hablar de mi papel en AC/DC… Por no hablar de mi voz. Hace falta ser una bestia enjaulada y colérica para poder llegar a esas notas altas de «Back in Black», «Thunderstruck» y «For Those about to Rock». Antes de un bolo es como si tuviera los pies metidos en los tacos de salida de un esprint por la medalla de oro olímpica, porque sé que voy a necesitar todas mis fuerzas para producir ese rugido lleno de fuerza, furia y ataque y mantenerlo bien arriba canción tras canción. Es como cantar con una bayoneta lista

para atacar.

Pero, ¿cómo hacerlo sin mis oídos?

No podía quitarme de encima la sensación de que, al cabo de treinta y cinco años con el grupo, tal vez yo también me estuviera asomando al final.

Después de tres bolos seguidos en los que no pude oír las guitarras, tuvimos el mes de octubre libre; yo contaba con que eso bastara para dar un descanso al cuerpo y los oídos, y que todo volviera a la normalidad.

Pero al volver a mi casa de Sarasota (Florida), vi más claro que nunca que tenía un grave problema. Llevaba ya seis semanas sin que se me destaparan los oídos.

Necesitaba ayuda.

La siguiente etapa de la gira iba a empezar en Sídney (Australia). Casualmente yo sabía que uno de los mejores especialistas en oídos, nariz y garganta del mundo, el doctor Chang, vivía allí. Así que hablé con el mánager de giras del grupo, Tim Brockman, y decidí volar diez días antes para hacerme un chequeo exhaustivo de los oídos. Además Malcolm estaba recibiendo tratamiento para su demencia senil bastante cerca de allí, así que contaba con poder hacerle una visita.

Fue un alivio ver al doctor Chang y contarle a alguien por fin lo que me pasaba. Pero el alivio no duró mucho. Después de hacerme una revisión y una serie de pruebas, me miró muy serio y dijo que iba a tener que ingresarme y operar.

—¿Después de la gira? —pregunté.

—No, ahora mismo —dijo él.

El doctor Chang me explicó que, cuando pillé aquella fiebre en Edmonton, se me había formado un fluido en los oídos. El vuelo a Vancouver había hecho que se hinchara y quedara atascado. Por eso no se me destapaban los oídos. Y como en vez de buscar tratamiento había seguido de gira, el fluido había cristalizado y por cada minuto que siguiera allí, mayor sería el daño que causara. Así que había que extraerlo inmediatamente.

—¿Se arreglará con la operación? —pregunté.

—No lo sé —contestó el doctor Chang—. Pero podemos intentarlo y

evitar que empeore.

—Pero tengo un bolo dentro de diez días…

—Haremos todo lo posible por que esté mejor para entonces.

—Otra cosa, doctor —dije, ya muy nervioso—. ¿Cómo va a sacar los cristales de ahí?

—¿De verdad quiere que se lo diga?

—Eh… sí.

—Con un cincel.

No tenía pinta de estar bromeando.

PRIMERA PARTE

1

Alan y Esther

La banda sonora de mi infancia fue el repiqueteo de la máquina de coser de mi madre, seguido de sus sollozos ahogados por las noches, cuando se acostaba en el piso de abajo.

Mamá era italiana —su nombre de soltera era Esther Maria Victoria Octavia de Luca— y se había mudado al noreste de Inglaterra con mi padre después de la guerra, sin darse cuenta de que aquello no se iba a parecer en nada a Frascati, su pueblo natal a las afueras de Roma.

Me imagino cómo se sintió la pobre cuando llegó por primera vez a Dunston, la zona de Gateshead —justo al sur del río bajando desde Newcastle upon Tyne— de la que era mi padre. Las fábricas y los vagones de carbón. Las casas adosadas por detrás y por los lados en la inclinada pendiente de Scotswood Road. Los hombres volviendo del trabajo con la cara sucia de hollín. Casas bombardeadas por todas partes. El viento y la lluvia constantes.

Luego estaba el racionamiento, que se alargó durante nueve años después de que «ganáramos» la guerra, y lo mal que sabían los alimentos, debido a la costumbre británica de hervirlo todo haciendo que se desintegrara hasta el último átomo y convirtiendo cualquier comida en un amasijo de fango gris.

Vamos, que tiene mérito que mi padre —que había luchado en la Infantería Ligera de Durham en el norte de África y después en Italia, donde conoció a mi madre— consiguiera convencer a una mujer tan joven, guapa y de buena posición de que se fuera con él a su pueblo.

Lo más increíble de todo es que mi madre ya estaba comprometida con un dentista italiano alto y apuesto que seguramente tendría un nombre fabuloso como Alessandro o Giovanni o algo así, mientras que mi padre era un sargento inglés del norte de Inglaterra, de poco más de metro y medio, llamado Alan. Pero el arma secreta de mi viejo era su voz. Era tan potente y dominante que podía hacerte prestar

atención y cagarte en los pantalones a un kilómetro de distancia. Incluso cuando gruñía —cosa que hacía a menudo—, de algún modo conseguía que sus palabras brotaran al mismo volumen atronador. Su gran baza fue que aprendió a hablar italiano y le prometió a mi madre que en Inglaterra hablarían siempre en italiano, promesa que mantuvo hasta el final de su vida. De pequeños les oíamos hablar y nos preguntábamos por qué nadie más hablaba así. Era un poco confuso ir al cole y oír a todo el mundo hablar en inglés.

Papá se alistó en el Ejército en 1939, justo antes del reclutamiento, para no tener que trabajar en la mina. Pero entonces Hitler invadió Polonia, Inglaterra declaró la guerra y, de repente, el soldado raso Johnson fue destinado al norte de África, donde luchó contra las Ratas del Desierto. Ahora bien: como sabe cualquiera al que le interese un poco la historia, el Africa Korps de Alemania era una fuerza militar muy superior a la británica en aquellos primeros días de la guerra, así que el hecho de que mi viejo sobreviviera a dos años sangrientos en pleno desierto tunecino es poco menos que un milagro. Y no solo sobrevivió, sino que fue ascendiendo hasta llegar a sargento —tampoco es que hubiera mucha competencia, porque casi todos los candidatos murieron antes de poder optar al puesto—.

Mi propio padre estuvo a punto de no volver entero.

El día que estuvo más cerca de palmarla fue cuando iba en la parte de atrás de un camión y de repente se encontraron con un semioruga alemán armado con un cañón antiaéreo de 20 mm. Al cabo de un par de segundos, el camión y todos los que aún seguían dentro fueron convertidos en cenizas y polvo. Mi padre y varios más consiguieron saltar a tiempo y se apiñaron en una cueva cercana buscando refugio. Pero los alemanes apuntaron con el cañón hacia la cueva y estuvieron disparando hasta aburrirse. Cuando al fin paró el fuego, mi padre era el único que seguía vivo. Estaba convencido de que los alemanes le vieron salir a rastras, pero le dejaron marchar; tal vez no quisieron tomarse la molestia de cargar con un prisionero conmocionado que apenas podía caminar.

Pero eso no quiere decir que estuviera a salvo, ni mucho menos.

Cuando al fin llegó cojeando hasta la posición más cercana de los

aliados —que estaba a varios kilómetros—, el centinela británico se asustó y abrió fuego con el rifle. Pero por suerte mi padre tenía un arma aún más poderosa: su voz.

—¡¡SOY UN SARGENTO BRITÁNICO, IMBÉCIL!! —rugió—. ¡¡TIENES QUE PEDIRME LA CONTRASEÑA!!

Hubo una pausa tímida, y después una pequeña tos.

—Ehh… Lo siento, sargento. ¿Me puede decir la contra…?

—¡NO ME ACUERDO! ¡DÉJAME ENTRAR YA!

Mi padre y su unidad llegaron finalmente a Sicilia, lo cual les valió una invitación para participar en la batalla de Anzio, que duró casi cinco meses. Decenas de miles de hombres murieron o fueron heridos en aquel monumental fracaso táctico, en el que los titubeos del comandante estadounidense, el mayor general John Lucas, dejaron a mi padre y sus compañeros embarrancados en la playa de Nettuno, a pocos kilómetros del lugar donde habían atacado los ingleses.[1] Pero una vez más, el sargento Johnson vivió para contarlo.

Cuando acabó todo, mi padre había visto suficientes masacres y desgracias para hacerse ateo de por vida. Pero cuando llegó a Roma y se encontró con una ciudad llena de preciosas jovencitas católicas dispuestas a dejarse engatusar, decidió omitir ese detalle.

La vida de mi madre antes de la guerra no pudo ser más distinta que la de mi padre.

Para empezar, los De Luca eran ricos y estaban bien relacionados. En sus fotos de los años treinta se les ve tan despreocupados, felices y bronceados que parecen estrellas de cine. En el noreste de Inglaterra no había gente así.

Mi madre y sus hermanas iban a casarse como Dios manda, y eso es lo que hicieron. Una de mis tías italianas se casó con el dueño de una fábrica de azulejos. Otra emparentó con la familia que aún hoy es propietaria del equivalente en Frascati de la cadena de droguerías Boots. Uno de mis primos por parte de los De Luca, Giacomo Christafonelli, fue parlamentario durante años.

«Amor a primera vista» era como describía mi madre su encuentro con mi padre en Roma al final de la guerra.

Decía que era clavado a la estrella de cine americana George Raft,

que protagonizó la versión original de *Scarface* en los años treinta y más tarde salió en *Con faldas y a lo loco*. De acuerdo que el sargento Johnson no andaba sobrado de altura, pero como ella también era bajita, ¿qué importaba eso?

A veces pienso que me gustaría haber conocido a la versión de mi padre de la que se enamoró mi madre: sonriente, chistoso, con todo a su favor, la guerra no solo terminada sino además *ganada* y un «hogar para héroes» esperándole en Dunston. Ninguno de sus hijos llegamos a conocerle así.

Cuando Roma cayó en manos de los aliados, está claro que al Ejército inglés no le hacía gracia que sus hombres se mezclaran con las mujeres del enemigo, y menos aún si eran católicas. Los gerifaltes hacían lo que podían por impedir posibles romances; querían que los victoriosos soldados británicos regresaran a casa disponibles para las chicas de su país. Pero el cabrón de mi padre siempre fue un caradura y comprendió que habría muchas menos objeciones si se convertía al catolicismo. También pensó que así ganaría puntos con la familia de mamá, que se quedó lívida cuando ella canceló el compromiso con su apuesto dentista.

Mi padre apenas se había recuperado de la gran cogorza con la que celebró su vuelta a casa cuando empezó a comprender que los servicios del sargento Johnson ya no eran requeridos. Porque claro, lo único que sabía hacer era matar alemanes, y en Dunston no es que hubiera muchos después de la guerra. Y los americanos, a la vez que imprimían dinero para reconstruir Europa, se dedicaron a desvalijar a Inglaterra a base de deudas. Para un soldado retornado como mi padre, que recibió una medalla por correo y la baja del Ejército, fue como si en vez de ganar la guerra la hubiera perdido. Todo estaba bombardeado y hecho pedazos. No había dinero para nada. Inglaterra no abrió su primer tramo de autopista hasta 1958, más tarde que cualquier otro país europeo. El único trabajo que encontró mi padre fue en la fundición Smith Patterson de Blaydon, en el condado de Durham; allí se hacían moldes para todo tipo de cosas, desde tapas de alcantarilla hasta vías de tren. Su tarea era limpiar el interior de los hornos, un trabajo tan asqueroso que a veces debió de añorar los días

en que los nazis le pegaban tiros en el desierto.

En aquel sitio ni siquiera le daban un mono y unos guantes, o unas gafas de protección. Iba con chaqueta de calle y un pañuelo anudado a la cara, como el resto de sus compañeros. Para el pobre debió de ser una tortura porque, habiendo sido sargento, estaba acostumbrado a ir siempre impecable.

Mamá se quedó embarazada de mí ya antes de marcharse de Italia, y con mi llegada, el 5 de octubre de 1947, nacieron un padre y una madre. Un año después vino mi hermano Maurice, seguido otro año más tarde de mi hermano pequeño, Victor. La última de los Johnson fue mi hermana pequeña Julie, cinco años más joven que yo.

Mi padre, por supuesto, no podía permitirse pagar una hipoteca con su sueldo de obrero, y la lista de espera para una vivienda social era de diez años. Así que él y mamá tuvieron que vivir con sus padres en el nº 1 de Oak Avenue en Dunston, donde también vivían otros miembros de la familia. Entre ellos el odioso tío Norman, que era soltero, no llegaba a metro y medio y era aficionado a hurgarse con el tenedor en diversos orificios en plena comida. Luego estaban la tía Ethel y su hija Annette, ambas muy duras de pelar, y el marido de tía Ethel, un minero escocés muy majo al que llamábamos «tío Shughie». No se llamaba Shughie, pero así es como sonaba cuando lo pronunciaba la tía Ethel. También vivía allí el tío Billy, que conducía un Vauxhall de antes de la guerra, lucía un pequeño bigotito e iba siempre de punta en blanco. Después de que naciéramos yo, mis dos hermanos y Julie, hubo un momento en que llegamos a ser *diecisiete* en aquella casa. Como decían los vecinos: «¡Qué horrible desgracia!».

En esa época mi madre aún no hablaba mucho inglés y, cuando empezó a aprenderlo, casi nunca lo hacía en casa. Mi padre hablaba italiano con un fuerte acento de Newcastle, y cuando mamá no entendía lo que decía, él se limitaba a repetirlo más fuerte. A los otros Johnson de la casa no les hacía ninguna gracia; para empezar, porque acababan de estar en guerra con Italia, y odiaban a los extranjeros. Incluso el bendito de mi abuelo llamaba entre dientes «cerdos italianos» a sus propios nietos.

Pero bueno, no olvidemos que esto era Dunston en los años

cuarenta. Aparte de los vendedores de cebollas franceses que iban con boina y fumaban Gauloises, había poquísimos extranjeros. No recuerdo ver a una sola persona negra o asiática en toda mi infancia, y al ser una sociedad tan cerrada, a los de fuera se les trataba con enorme suspicacia. Incluso si aparecía por allí alguien de Sunderland, ya provocaba murmullos. Los escoceses eran prácticamente extraterrestres. Supongo que por eso nunca intenté aprender italiano; lo único que quería era no destacar, ser uno más.

La tía Ethel era la que más se metía con nosotros por ser «extranjeros», lo cual es bastante fuerte teniendo en cuenta que éramos familiares suyos. Uno de mis primeros recuerdos de ella es del día en que la acompañé a la oficina de correos, cuando tendría unos cuatro años. Estaba a algo más de un kilómetro de casa. Y era invierno, y nevaba. Pero la tía Ethel no me puso calcetines ni zapatos. «A vosotros no os hace falta nada de eso, asquerosos extranjeros», dijo resoplando.

Para cuando llegamos allí, yo era un gran cubo de hielo con forma de niño. A la señora mayor del mostrador casi le da un ataque al verme. «¿Pero qué hace?», le gritó a mi tía. Esta explicó que «no pasa *ná*, porque es extranjero y eso». La señora me cogió y me envolvió los pies con una toalla, y su marido fue a la tienda de al lado a comprarme una piruleta. No tengo ni idea de cómo volví a casa. Lo único que recuerdo es a la señora de correos metiéndole caña a tía Ethel y gritando: «¡Cómo puede ser tan estúpida! ¡Ese niño va a morir congelado!».

Me aterra pensar lo sola que debió sentirse mi madre después de la guerra. Todas las mujeres de nuestra calle —que de pequeño me parecían ancianas, pero no tendrían más de veinte o treinta años— se juntaban a diario en la esquina con su bolsa de la compra y su pañuelo en la cabeza, y se pasaban horas (o eso parecía) cotilleando. Pero mi madre apenas entendía el inglés, y mucho menos con el fuerte acento de Newcastle. Con los años, sin embargo, los vecinos se fueron dando cuenta de que era una mujer dulce, amable y generosísima, siempre contenta y sonriente, siempre obsequiando a los vecinos con platos que había cocinado y cosiéndoles la ropa. Y su forma de decir «¡Hola!»

era irresistible.

Si algo impidió que mi madre se volviera loca esos años fue su máquina de coser. Primero tuvo uno de esos tableros que iban a pedales, y luego una Singer eléctrica. Se pasaba el día entero y parte de la noche dándole a la máquina, y era la mejor costurera del mundo. De hecho, acabó teniendo un modesto negocio a base de coser trajes de boda a las novias del pueblo. Por no hablar de la ropa que llevaba cierto jovencito en el escenario cuando se hizo cantante profesional…

A mi madre también le encantaba tejer. Tejía lo que hiciera falta. Pasamontañas. Manoplas. Cubreteteras. Jerseys. Un día los Johnson decidieron ir a pasar el día a la costa —la costa del mar del Norte, apenas más cálida que una capa de hielo continental—, y ella nos tejió bañadores a mí y a cada uno de mis hermanos, ya que no podía permitirse comprarlos en la tienda. Recuerdo que eran de color azul oscuro, y los retales iban unidos por tiras elásticas procedentes de bragas viejas. Debo añadir que ninguno habíamos pisado jamás el mar ni teníamos la menor idea de nadar, pero estábamos emocionadísimos con la idea de ponernos nuestros nuevos trajes y chapotear en el agua.

La emoción se fue desvaneciendo rápidamente a medida que nos acercábamos a la orilla de la playa. «¡Muy bien chavales, *pa* dentro!», vociferó mi padre. Y nos empujó al agua. El frío nos cortó el aliento.

Pasados unos quince minutos, mi padre dijo que éramos unos inútiles y se alejó. Y entonces fue también cuando entendimos por qué nadie lleva bañadores tejidos: la lana tiene la capacidad de absorber muchas, muchas veces su propio peso en agua —¡es como una esponja!—, con lo cual se vuelve increíblemente pesada.[2] Así que nuestras pequeñas pililas acabaron quedando a la vista de todos. Volvimos a la arena como pudimos, tapándonosla con las manos, con las posaderas al aire y los bañadores empapados golpeándonos la parte trasera de las piernas.

Aquellos primeros años de mi infancia, Gateshead era un lugar gris y mugriento. Durante la guerra, cuando «Lord Haw-Haw»[3] emitía sus programas de radio de propaganda alemana, decía cosas como: «En Gateshead no vamos a tirar bombas, ¡tiraremos pastillas de jabón!». Eso molestaba mucho a todo el mundo, por supuesto, y fue un

aliciente para que los tanques de la fábrica Vickers se fabricaran al doble de velocidad. Pero lo cierto es que todos teníamos siempre una sombra sospechosa en el cuello de la ropa.

La comida tampoco hacía mucho por mejorar las cosas, y para mi pobre madre —acostumbrada al melón fresco, las carnes ahumadas, el pan de hogaza, el aceite de oliva y el parmesano— aquello era una tortura. Lo único que no se cocía era el hígado, que se servía frito, pero estaba tan duro que si lo tirabas por la ventana podías cargarte una farola. Mi madre lloriqueaba delante del plato y decía: «¡No puedo comerme esto!». Y tampoco podía improvisar su propia cocina italiana casera. En el Dunston de posguerra, para conseguir una botella de aceite de oliva tenías que irte a una droguería. La única salsa de tomate disponible era el kétchup. El ajo seguramente era ilegal. Hasta la panceta —un básico italiano— estaba racionada a ocho rodajas semanales, repartidas en dos entregas.

Tampoco contribuía a aliviar la falta de apetito de mi madre ver a mi abuela fumando en pipa, envuelta en su chal, mientras insultaba entre dientes a los «panini» que vivían en su casa y troceaba el periódico del día anterior para que lo usáramos como papel higiénico.

Por si todo eso no fuera suficiente, mi padre enfermó después de la guerra. Cuando quedó atrapado en aquella cueva de Túnez inhaló vapores tóxicos de los proyectiles y partículas de metralla, además de todo el polvo y el humo, y eso lo envenenó y le dejó un dolor de estómago crónico. En apariencia tenía buen aspecto; la única secuela visible era una cicatriz en el pulgar. Pero cada vez tenía el estómago peor, y llegó un momento en que no podía tragar los alimentos. Y cuando llegó a ese punto, por muy testarudo que fuera, no pudo seguir fingiendo que no pasaba nada.

La primera noticia que tuve de esto fue el día que me levanté por la mañana y vi que no estaba. «Brian, hijo, tu padre… ha tenido que ir al *ospitale*», dijo mi madre con voz temblorosa.

Unos días después fuimos a visitarle a un centro de convalecencia en una hermosa propiedad antigua, muy señorial, cerca de Ryton, junto al Club de Golf de Tyneside. Jamás había visto un sitio tan impresionante. Al entrar vimos a papá sentado en una cómoda butaca;

para pasar el rato hacía punto, ya que apenas podía moverse del dolor. Yo pensé, guau, ¿ahora vive *aquí*? Pues sí que se lo ha montado bien…

Luego eché un vistazo alrededor y vi a muchos otros padres como él, sentados, con la cabeza vendada, ojos de cristal, muchos de ellos sin algún miembro de su cuerpo. A algunos los veías arrastrarse llevando en las piernas las primeras prótesis de la Seguridad Social, que por entonces eran de madera y hacían un crujido horrible. Comprendí que estábamos en una especie de hospital, pero no lo relacioné con la guerra, porque en clase solían ponernos en fila para cantar: «¡Hemos ganado la guerra, viva Inglaterra!». No teníamos ni idea. Devorábamos aquellos tebeos de Eagle en los que salían apuestos soldados ingleses de brazos musculosos y nombres como Slogger[4] Smith, que iban por ahí matando nazis. Por eso, en mi mente infantil, no había motivo para pensar que la guerra tuviera algo que ver con estos hombres de aspecto normal que por algún motivo habían sufrido lesiones tan horribles.

Mi padre tuvo varias estancias largas en aquel lugar, cada una de ellas tras una nueva operación de estómago. Mi madre cogía el autobús para visitarle a diario y nos dejaba con la tía Ethel, que nos trataba como a prisioneros de guerra, porque de hecho nos veía así. Y cuando mi padre se recuperó y volvió a casa, se trajo todos aquellos preciosos tapetes que había bordado en el centro. En otra época y otro lugar, mi madre y él podrían haber montado un negocio y forrarse. Pero no allí. En cuanto a mi padre le dieron el alta en aquel hermoso lugar, regresó al trabajo.

También estuvo una temporada de obrero en Londres; bajaba todos los lunes en el tren de vapor y volvía a casa los fines de semana.

Mi hermano Maurice y yo fuimos una vez con él. Fue el viaje más emocionante que habíamos hecho nunca, y tampoco es que mi padre viviera a lo grande en Londres, ni mucho menos. Recuerdo que al bajarnos del tren en King's Cross nos dirigimos a la fila de taxis, y a mí se me aceleró el corazón solo de pensar que íbamos a montar en uno de esos coches negros.

Pero al llegar allí, mi padre pasó de largo… en dirección a la parada

de autobús de la acera de enfrente.

Para mi madre no fue fácil mantener el contacto con su familia de Frascati. Cada vez que mandaba una postal a su sobrina y le contaba lo dura que era la vida en el noreste, las hermanas de mamá le escribían pidiéndole su número de teléfono. Todos los De Luca tenían teléfono en casa, pero mamá tenía que darles el número de la cabina de nuestra calle e instrucciones para llamar en cierta fecha y a cierta hora. El día de la llamada, sus hermanas se reunían y se apiñaban en torno al teléfono, y eran tan felices de oír de nuevo su voz —había muchas lágrimas y muchos «*Ti voglio bene*»— que inmediatamente hacían otra llamada (de un máximo de tres minutos, que por entonces era el límite de las llamadas internacionales desde cabina).

Cuando las hermanas de mi madre comprendieron lo difícil que era su situación, se mostraron dispuestas a ayudarla.

Al igual que ella, habían creído que a un sargento británico le esperaría a su regreso una casa de campo con un césped impecable y un jardín lleno de flores, algo salido de una novela romántica victoriana, y no una vivienda social en Dunston. Así que empezaron a mandarnos provisiones. Un juego precioso de cacerolas y sartenes nuevas. Un abrigo de visón que había pertenecido a una tía abuela. Bufandas y blusas. Las cosas básicas de la vida para su mentalidad de clase alta. Pero en su afán de ayudar, a veces solo conseguían empeorar las cosas.

En la aduana inglesa solían abrir muchos de los paquetes, y la mayor parte del contenido se «perdía». Y lo que finalmente llegaba a Dunston a menudo era interceptado por el tío Norman o el tío Colin, que lo empeñaban para sacarse unas perras. Tal como lo veían ellos, mi madre no había *comprado* nada de eso, y ellos necesitaban el dinero mucho más de lo que ella necesitaba regalos caros de Italia, así que ¿por qué se iba a quejar?

Cada vez que pasaba algo así, mi madre lloraba sin parar.

Y se repetía una y otra vez, semana tras semana, mes tras mes.

Y el viento no dejaba de soplar… y la lluvia era incesante.

Y la comida no mejoraba.

Y hacía un frío *polar*.

Y mi padre apenas ganaba dinero suficiente para pagar su parte del alquiler, y mucho menos para tener una casa propia.

Y llegó un momento en que mi madre ya no pudo más.

El día que ocurrió yo estaba sentado en el salón, a mi bola, jugando con unos bloques de madera. Mis padres habían discutido por algo en otra habitación —algo más fuerte de lo normal, pero nada del otro mundo— cuando de repente mamá me levantó del suelo, me puso el abrigo y me arrastró a la calle.

—¿Adónde te crees que vas? —rugió mi padre en su italiano de Newcastle. No entendí lo que decía, pero con mi padre eso no hacía falta. El volumen era suficiente.

—¡Este sitio es horrible! —gritó ella llorando—. Me marcho a mi casa. Tu familia es…

No se le ocurrió una palabra lo bastante mala.

—Vamos, Esther —resopló mi padre—. Tú no te vas a ninguna parte.

—¡Me marcho!

—¡Tú no te marchas!

—Esto es horrible. ¡Horrible! ¡Me vuelvo a casa!

Y así fue como pasó; abrió la puerta y salió llevándome a rastras. No creo que lo hubiera planeado. Fue el típico arrebato. Pero llevaba encima dinero suficiente, así que debía de tener algo guardado por si acaso.

Nos montamos en un autobús antes de que mi padre pudiera alcanzarnos; en un abrir y cerrar de ojos estábamos bajándonos en la estación central de Newcastle. Y claro, aquel sitio era puro espectáculo para un niño como yo. Por entonces todos los trenes funcionaban a vapor, y resoplaban y pitaban a tal volumen que tuve que taparme los oídos, y luego estaban el eco de los anuncios por los altavoces, el vendedor del *Evening Chronicle* desgañitándose, los grupos de gente que corrían de un andén a otro y los porteros uniformados que arrastraban carritos repletos de maletas, maldiciendo cada vez que se les caía una y su contenido se desparramaba por el suelo.

Y allí estaba mi pobre madre, tirando de mí de un lado a otro mientras yo intentaba preguntar qué pasaba y empezaba a asustarme

un poco. Ella tenía el rostro húmedo e hinchado, y estiraba el cuello para estudiar el inmenso tablero de papel con los horarios —tendría dos metros y medio de altura, y era tan ancho como un autobús de dos pisos— y encontrar un tren a la estación Victoria de Londres. Tenía que ser a Victoria, porque desde allí podría coger el servicio del «tren barco» a la Gare du Nord de París, donde podría volver a cambiar, esta vez en dirección a Roma.

Por fin encontró el tren que buscaba y salió corriendo hacia él, sin dejar de tirar de mí.

Pero en ese mismo momento oímos un rugido inconfundible a nuestras espaldas, lo bastante fuerte para ahogar el ruido de un Flying Scotsman a toda máquina. Todo el mundo se detuvo a mirar qué era aquello.

—¡¡¡ESTHER!!!

Era mi padre, parado en mitad del andén, con la estampa más triste que quepa imaginar.

Él sabía muy bien lo que pasaba. Sabía lo que había prometido a su preciosa esposa italiana. Lo que no había cumplido.

Supongo que mi madre percibió el dolor en su mirada. Y quizá entendió que él hacía todo lo que podía, que se dejaba la piel día tras día.

—Vamos, Esther —le dijo con suavidad. Ella se puso a llorar como yo no había visto llorar a nadie en mi vida—. No puedes marcharte. Tendremos nuestra propia casa. Llamaré al ayuntamiento. Conseguiré algo mejor.

Dudo que le creyera.

Pero fue suficiente para que volviera a casa.

2

Frío polar

Era invierno en Dunston y estábamos a mitad de la década de los cincuenta, unos años después del intento de fuga de mi madre. Ahora vivíamos en una casa de protección para nosotros solos en Beech Drive, a diez minutos andando de casa de mis abuelos en Oak Avenue. Primero vivimos en el 106, que tenía dos dormitorios, pero mi padre, cumpliendo con la promesa que le había hecho a mamá, convenció al ayuntamiento de que nos promocionara al 1, que tenía otra habitación al fondo. Seguía siendo demasiado pequeña para una familia de seis —mis dos hermanos y yo compartíamos una cama doble en uno de los dormitorios—, pero con once Johnsons menos que en casa de mis abuelos, aquello nos parecía el Palacio de Buckingham.

Pero justo cuando nos mudamos, yo hice algo que me hizo ponerme tan enfermo que casi no lo cuento.

Todo empezó cuando vi el documental de cine mudo *Nanuk, el esquimal* en nuestra flamante televisión en blanco y negro. La película está rodada en los años veinte —se puede encontrar en internet— y debieron de ponerla en la BBC, porque era lo único que sintonizaba por entonces la antena del tejado. (En el noreste no tuvimos televisión hasta seis años después de la guerra.)

A mí en general no me interesaba mucho la tele. Solo había programas de jardinería, recitales de órgano de iglesia y, con suerte, reposiciones de pelis de Gregory Peck y dibujos animados de Mickey Mouse; un rollo insoportable que no habría visto ni aunque me pagaran, sobre todo pudiendo salir a la calle a jugar con mis amigos. Pero *Nanuk, el esquimal* era algo distinto. Me *cautivó*. El protagonista era un inuit llamado Nanuk que vivía en el Círculo Polar Ártico canadiense, y se le veía construir un iglú, cazar focas y comer su grasa, o luchar con un oso polar, todo esto mientras arreciaba una tormenta de nieve, el hielo se resquebrajaba bajo sus pies y hacía

veinte grados bajo cero. Llevaba siempre un gran cuchillo de caza y tenía una esposa inuit guapísima y un bebé inuit precioso que llevaba un gorrito de piel. Y como en Dunston era invierno y nevaba, me dejé llevar por la imaginación.

En cuanto terminó la película, salí corriendo a la nieve y me dije: «Muy bien, me voy a hacer un iglú como el de Nanuk». Y eso hice. Y me quedó fabuloso. Tenía más o menos metro y medio de ancho y una altura similar, con un pequeño hueco por delante para entrar y salir agachado.

Lo malo de hacer algo tan superemocionante a última hora del día, cuando eres pequeño, es que luego no puedes dormir; tu cerebro sigue funcionando a mil por hora mucho después de que todos se hayan acostado. Y eso fue lo que me pasó, y por eso decidí, en mitad de la noche, salir a echar un rápido vistazo a mi construcción. Así que me puse un jersey encima del pijama, cogí la linterna de mi padre, me escabullí por la puerta de atrás y salí al jardín. Y cuando entré a gatas en mi iglú, dejé de ser Brian Johnson en el jardín de su vivienda social de Dunston y me convertí en Brianuk del Noreste, regresando al hogar tras una dura jornada cazando focas para darse un atracón de pastel de grasa. Bostecé como lo haría Nanuk (un gran error, porque me hizo darme cuenta de lo agotado que estaba) y me quedé frito al instante.

Cuando unas horas más tarde mi padre se levantó para ir a trabajar —solía salir de casa hacia las seis y media—, enseguida notó que pasaba algo raro. En casa hacía un frío polar, porque la puerta de atrás se había quedado abierta y estaba entrando nieve. Y cuando echó un vistazo al cuarto de los niños, vio que faltaba un Johnson.

Pero gracias a un golpe de suerte, los ruidos que llegaban de casa me despertaron en el iglú y entré corriendo justo cuando mi padre bajaba las escaleras. Él se creyó que me había levantado muy temprano; no tenía ni idea de que había pasado casi toda la noche ahí fuera.

—¡Venga cabroncete, que te vas a helar! —gruñó—. Vístete ahora mismo…

Yo pensé que ese era el final de mi pequeña aventura.

Pero esa mañana en el cole, mientras hacíamos un ejercicio de

redacción, ocurrió algo horrible. Me empezó a salir *líquido* del cuerpo, como si fuera un bloque de hielo derritiéndose. El líquido cayó encima de la redacción y del tintero, y nuestra profesora, la señorita Patterson, se acercó.

—¡Brian Johnson! ¡Eso es una chapuza! ¡Empieza de nuevo! —me dijo.

Yo estaba tan mareado que fui incapaz de contestar.

—¡Espabila! —gritó, tirándome de la oreja—. ¡Has echado a perder este folio! ¿Qué te pasa? Vete a casa ahora mismo. ¿Está tu madre en casa?

Me las arreglé para gruñir un «sí», y eso le bastó para ponerme de patitas en la calle, donde nevaba y arreciaba el viento.

Cuando la profesora te mandaba a casa, podías estar seguro de que te iban a dar una buena tunda con el cinturón, pero yo me encontraba tan mal que ni siquiera pensé en eso. Fui recorriendo el camino habitual desde el cole hasta Beech Drive cada vez más y más lento… hasta que los pies dejaron de obedecerme. No tenía ni idea de lo que me pasaba. Porque a ver, normalmente yo iba a todas partes corriendo como un loco, pero ahora apenas podía tenerme en pie. Terminé por sentarme en la acera y enroscarme como un ovillo. Brianuk del Noreste iba a conocer muy pronto a su Creador.

Entonces oí la voz de una amable ancianita que me vio ahí tirado en medio de la calle.

«¿Puedes decirme cómo te llamas, corazón?»

Por entonces aún no teníamos teléfono, así que cuando aquella buena samaritana de Dunston me dejó en casa, mi madre tuvo que dejarme delante de la chimenea y salir corriendo a la cabina más cercana para llamar a nuestro médico de cabecera, el viejo y encantador doctor Fairbairn. Le dijo que vendría enseguida, en cuanto terminara de comer y atendiera un par de operaciones, lo cual le llevaría, eh, unas cinco horas.

Cuando al fin llegó eran las cinco de la tarde. Para entonces yo no paraba de lloriquear y sudar y temblar de frío, todo a la vez, y empezaba a tener problemas para respirar. El doctor Fairbairn anunció que estaba «gravemente enfermo» y me tumbó boca abajo para

ponerme una inyección en el trasero que me estabilizara un poco. Se quedó conmigo hasta bien entrada la noche, lo cual era bastante insólito.

—Hoy quiero que te portes como un soldado valiente, ¿de acuerdo, Brian? —recuerdo que dijo antes de ponerme otra inyección. Luego me preguntó si me gustaban los coches.

¿*Gustarme* los coches? Yo era un «pirao» de los coches, como solía decir mi padre. En aquellos días no se veían muchos. En nuestra calle solo había uno, el Morris Minor del jefe de mi padre. Podía pasarme horas mirándolo, imaginándome al volante, perdido en mi propio país de Nunca Jamás. De hecho, mi padre estaba tan harto de oírme hablar de coches y de que siempre anduviera fijándome en coches nuevos para admirar en la calle que un día fue al garaje local y les pidió un volante. (Con la única condición de que no fuera de un coche alemán.) Consiguió uno por seis peniques —que salieron de mi paga—, cogió un palo largo, lo sujetó al cabecero de nuestra cama, lo unió al volante y puso un montón de almohadas alrededor, como si fuera un asiento de conductor. De pequeño habré recorrido unos 50.000 kilómetros en esa cama.

—Sí, me gustan los coches —dije al doctor Fairbairn con voz lastimera.

—Bueno, me alegra oír eso, hijo —sonrió—. Porque, entre tú y yo, me acabo de comprar un Rover nuevo. Y si eres fuerte y consigues ponerte mejor, te daré una vuelta en él.

Detrás del doctor, mis padres me miraban cogidos de las manos, lo cual me acojonó muchísimo porque ellos *jamás* se cogían de las manos. La expresión de mi padre, en concreto, era algo que no había visto nunca. Expresaba, bueno… *amor*, supongo. Y miedo. Dos cosas que un tipo como mi padre nunca dejaba transmitir. Y también algo así como una extraña resignación. Porque para la generación de mi padre no era tan raro perder a un hijo o dos a causa de la gripe o la tuberculosis, o incluso por una infección de garganta. Ahí se nos va el primero, parecía estar pensando.

Lo que mi padre no tuvo en cuenta es que, en aquellos años, un Rover no andaba muy lejos de un Rolls-Royce. Tenía mandos

cromados y un salpicadero de madera con radio de onda media. Y el motor era tan potente que podía pasar de cero a cien kilómetros por hora en menos de veinte segundos… ¡hasta alcanzar una velocidad máxima de más de ciento treinta!

Así que por nada del mundo iba a morirme y dejar pasar una ocasión como esa.

Dejando de lado mi experiencia casi mortal con el iglú, la vida en Beech Drive era considerablemente mejor que en Oak Avenue. Recuerdo que, al poco tiempo de llegar —esto fue en el 106—, un día me levanté y vi la calle llena de banderines, sillas y mesas llenas de comida y bebida; el pueblo entero celebraba por todo lo alto que teníamos una nueva reina. Por supuesto, llovió sin parar casi todo el día, pero a nadie le importó; incluso mataron un cerdo y lo asaron en Dunston Park. Y para rematar, todo el mundo estaba invitado a una pinta gratis. No sé cómo describir lo flipante que fue aquello en plena época de panceta racionada. Era como decir: joder, si invitan a toda la gente del pueblo a una pinta gratis, ¡entonces todo es posible!

Quizá deba explicar que Beech Drive era un proyecto urbanístico muy reciente, la joya de la corona de los bloques de viviendas sociales del noreste. Todo era nuevo y moderno, desde el pavimento rojo recién instalado hasta las puertas de las casas, siempre de vivos colores. Y todos, pero sobre todo las madres y esposas, estaban tremendamente orgullosos de vivir allí. Los umbrales de las casas se veían impolutos. Los visillos, inmaculados. Y en cada sala de estar había un «aparador», un «secreter» y una chimenea tan limpia que podías cenar en ella. Muchas madres incluso cubrían de plástico los sofás para que no envejecieran.

Eso sí, en la calle aún había farolas de gas, y cada noche iba un tipo y las encendía con un palo alargado. Y seguía habiendo un ropavejero —«el trapero», le llamábamos— que iba en un carrito tirado por un caballo de aspecto patético, con un globo atado a las riendas. Nunca olvidaré el día que supe que, si le dabas al trapero un jersey o una sábana vieja, él te daba a cambio un penique o un globo. *¿Cómo es que nadie me había contado eso?* Pero, claro, en cuanto mi madre se enteró de lo que había hecho, salió corriendo por la calle detrás del trapero

para recuperar un par de calcetines viejos de mi padre.

Era increíble lo bien que lo pasábamos. En una época en la que no había ni coches ni tráfico ni pantallas refulgentes ni videojuegos a los que engancharse a lo bestia —y en la que todos cuidaban de los hijos de los demás—, éramos libres de una forma que hoy en día resulta inimaginable. Y como vivíamos en casas enanas, los chavales nos pasábamos el día al aire libre, buscando entretenimiento y formando pandillas. En Beech Drive, por ejemplo, estaban la Pandilla de Arriba y la Pandilla de Abajo (dependiendo del lado del bloque en el que vivieras), y dentro de la Pandilla de Arriba estaban los Grandes (yo y mis amigos) y los Pequeños (nuestros hermanos). Lo gracioso es que Maurice pertenecía a los Pequeños, aunque era más alto que yo.

Pensándolo bien, ni siquiera el colegio —la escuela primaria de Dunston Hill, a la que después seguía el bachillerato— estaba mal del todo.

Los Grandes llevaban y traían del colegio a los Pequeños día tras día, siempre vestidos con pantalones cortos; daba igual que lloviera, nevara, granizara o lo que fuera. Iba a añadir «hiciera sol», pero creo que podría contar con los dedos de la mano las veces que vi brillar el sol en Dunston durante mi infancia.

Una de las razones por las que me gustaba tanto ir a la escuela primaria era que había un balancín y un pequeño tiovivo, que hacían vomitar a todos los niños que se subían en ellos. El señor Graham, nuestro cuidador, siempre estaba ahí sentado con el cubo y la fregona a mano.

Cuando se acababa el recreo, la señorita Patterson nos daba a cada uno una pizarrita y una tiza para practicar caligrafía. Después venía la clase de música, en la que las chicas tocaban la flauta y a los chicos nos daban triángulos y panderetas.

Allí empezó ese amor por la música que me ha acompañado toda la vida: me *flipaba* el tintineo que hacía con el triángulo. Me podía pasar horas tocándolo. Y cantábamos canciones, acompañados al piano por la señorita Patterson. Cosas horrorosas como «Underneath the Spreading Chestnut Tree». Pero me daba igual; con tal de darle al triángulo, yo cantaba lo que hiciera falta.

Mi asignatura favorita era lengua inglesa. Me encantaba escribir; siempre sacaba las mejores notas con mis historias y redacciones. Y cuando me daban una estrella de oro, la llevaba a casa para enseñársela a mis padres.

Pero la verdadera vida empezaba *después* del colegio.

Todas las noches, aunque estuviera diluviando, colocábamos los jerséis en el suelo para hacer porterías y jugábamos a fútbol. Y cuando nevaba la calle se convertía en un gran campo de batalla, y hacíamos guerras de bolas de nieve que podían durar horas.

En esas guerras yo siempre iba con desventaja por culpa de las manoplas que me tejía mi madre. Como no quería que las perdiera, le cosía una tira elástica a cada guante y pasaba el elástico por las mangas de la chaqueta hasta llegar al otro extremo. Era un invento perfecto para evitar que los guantes se cayeran; lo malo es que cada vez que estiraba el brazo para tirar una bola, el elástico salía disparado por la otra mano y me daba un sopapo en toda la cara. Pero estaba tan emocionado que, aunque acabara con los labios hinchados, siempre se me olvidaba. «¡Mira, Brian Johnson se ha vuelto a pegar él solo en la cara!», gritaban los demás chavales al ver que me corría sangre por la cara y llamaba a mi madre lloriqueando. «¡Tira otra, Brian! ¡Tira otra!»

En esa época también descubrí *de verdad* el fútbol y la música.

Fue mi padre quien me llevó a mi primer partido de fútbol. Pero no fue un partido del Newcastle United, porque las entradas habrían costado un ojo de la cara y St. James's Park quedaba como a media hora en autobús. En vez de eso fuimos a Redheugh Park, que estaba más cerca, a ver al Gateshead AFC (el pariente pobre del United), donde la entrada solo costaba un par de peniques; en sus mejores días convocaba a unos dos mil espectadores.

Mi padre llevaba de casa un «*cracket*» —un banquito de madera con asiento de mimbre— que solía poner junto a la pared, a un lado de la grada, para que pudiera subirme y ver bien el partido.

Lo que más me llamaba la atención eran los viejos y descoloridos anuncios de los años treinta que aún se veían por las paredes. Cosas como: «¡Usted sabe bien que no hay nada como Bovril para evitar

neumonías y resfriados!». Algunos los habían pintado sobre soportes metálicos en los que la pintura había ido desapareciendo poco a poco y la roña se lo iba comiendo todo. Pero eran las únicas señales de color en un mundo por lo demás gris, y eso me fascinaba.

Ahora bien, más allá de las gradas se veían los cinco enormes gasómetros de hierro de la fábrica de gas de Redheugh —por entonces el gas se obtenía quemando carbón en hornos herméticamente sellados[5]— y el molino de harina de Dunston.

En cuanto a lo que pasaba en el campo, ni lo entendía ni me importaba demasiado. Tampoco es que hubiera muchos momentos dignos de «El Partido del Día». Los jugadores del Gateshead no estaban muy en forma; en el intermedio les veías encender un pitillo mientras masticaban un trozo de naranja.

Como casi todos los chicos, yo era feliz con tal de hacer algo —lo que fuera, en realidad— con mi padre.

Con esto no me refiero a escuchar los discos que teníamos en casa, regalo de una pareja de ancianos —el señor y la señora Adams— que vivían en una de las «casas de jubilados» de nuestra calle.

Teníamos uno de esos viejos gramófonos que había entonces, con una aguja de acero que se ponía en marcha con manivela, y a mi padre le daba de vez en cuando por poner uno de esos arcaicos discos de pizarra, aunque en el fondo la música le daba bastante igual. El único que recuerdo es «A Bird in a Gilded Cage» de Harry Anthony, un tenor que cantaba con un trino ridículo y ahogado, aunque apenas se le distinguía por encima del ruido siseante del vinilo. Me resultaba insoportable. De hecho, mis hermanos y yo cogimos un día todos los discos y los tiramos uno a uno por encima de la valla del jardín de atrás. Aunque no lo parezca, fue muy divertido, porque si hacías un gesto rápido con la muñeca en el momento de tirarlo, el disco salía girando y era como si flotara en el aire antes de caer suavemente al suelo. En definitiva, convertimos a Harry Anthony en un *frisbee*, y tiene bastante mérito, porque el *frisbee* aún no se había inventado.

En cuanto a mis gustos musicales, procedían directamente de *Children's Favourites*, un programa de radio de la BBC cuyo locutor era el muy rancio y victoriano «Uncle Mac». El programa siempre

empezaba con él diciendo: «¡Hola, niños del mundo!», y a continuación sonaba una de las mejores sintonías que ha tenido la BBC en toda su historia: «Puffin' Billy» de la Melodi Light Orchestra.

Cada sábado a partir de las 9.10 de la mañana, Uncle Mac ponía cosas como «The Laughing Policeman»[6] o «I Taut I Taw a Puddy Tat»[7] de Mel Blanc —el tío que ponía voz a casi todos los personajes de los *Looney Tunes*—, mezclado con algo de Bing Crosby y Max Bygraves. Si había suerte y Uncle Mac tenía el día atrevido, podía llegar a sonar hasta alguno de los *hits* más inofensivos de Frank Sinatra o Doris Day.

Para mí, ese era el momento cumbre de la semana.

Algunos de los recuerdos más vívidos y mágicos que conservo de mi infancia en Dunston son de las Navidades, y eso que al principio no podíamos celebrarlas comiendo pavo, ni mucho menos comprando regalos.

Mi padre, que era un bendito, siempre nos llevaba de excursión a algún lugar del bosque en busca de un árbol. Y como se había criado sin electricidad y era un hombre que valoraba las tradiciones, iluminaba el árbol con velas —velas de verdad, con llamas de verdad — que según él eran totalmente seguras, porque los Johnsons llevaban muchas generaciones haciéndolo y ninguno había muerto en un incendio doméstico.

Luego estaba la Nochebuena, la noche más larga en la vida de cualquier niño. Cada año, sin falta, mi padre dejaba una galleta y un vaso de leche para Santa Claus, y una vez que estábamos todos apiñados en la cama, daba un mordisco a la galleta y se bebía la leche, asegurándose de dejar por todas partes huellas de dedos con restos de carbón de la chimenea. Lo que demuestra que, a pesar de lo duro que era, el sargento Johnson también tenía su corazoncito. Y por supuesto, mis hermanos y yo nos quedábamos despiertos durante lo que nos parecía una eternidad, preguntando cada quince minutos a partir de las tres de la mañana: «¡Papá!? ¿Ha venido ya?». «¡Iros a *dormir*!», oíamos en un murmullo sordo… hasta que por fin cedía, y al amanecer bajábamos las escaleras todos juntos.

En cuanto a los regalos, lo que nunca faltaba era una naranja envuelta en papel de plata al fondo de cada calcetín (para darle el

toque navideño) y una barrita de chocolate con leche Fry's Five Boys o, con *mucha* suerte, una caja de surtido de chocolates Cadbury, que al ser tan grande y venir envuelta en papel de regalo nos parecía la cosa más emocionante del mundo.

El truco era conseguir que los chocolates te duraran lo más posible; en mi caso nunca pasaron del día siguiente. En cambio, a mi hermano pequeño Victor su caja le duraba *meses*, un prodigio de autodisciplina que me parecía casi sobrehumano.

Pero no todo era así de bueno. Entre los regalos siempre había también una «Maldición de las Navidades», que era una cajita de madera llena de higos arrugados que parecían testículos de camello con una cucharita de plástico para comértelos. Cada año uno de nosotros tenía la mala suerte de que le tocara este regalo, y como te pillaran tirando la cucharita y dando los higos a los pájaros te llevabas una buena paliza, aunque todos odiábamos aquellos higos, y más mi madre, que conocía el sabor de un higo de verdad.

A medida que pasaron los años los regalos fueron mejorando (un año me tocó una estupenda bicicleta Raleigh, para adultos), y unas Navidades Santa Claus nos trajo un «regalo para toda la familia» que a mí me cambió la vida: una grabadora de cinta Elizabethan con un pequeño micro incorporado.

Esa grabadora fue un antes y un después. Ahora podía poner el micro junto al altavoz de la radio, grabar *Children's Favourites* y escuchar las canciones cuando quisiera. Solo había un pequeño problemilla: nuestro periquito, que no recuerdo si se llamaba Bobby o Peter. En esa época todo el mundo tenía un pajarito en casa, y siempre se llamaba Bobby o Peter. A todo el mundo le encantaban, porque podías enseñarles a decir cosas como «Qué pasa, tío» y «¡Pajarito guapo!», y como solo comían semillas, era una forma muy barata de entretenimiento.[8]

El caso es que este periquito tomó la costumbre de ponerse a cantar cada vez que sonaba la radio; le gustaba *Children's Favourites* casi tanto como a mí. Y cantaba muy, muy alto.

Otra pega es que el micro solo captaba los agudos; prácticamente no recogía sonidos graves. Así que la primera vez que escuché mi

grabación del programa de Uncle Mac, lo único que se oía era la voz distante y apagada de James Baskett cantando «Zip-a-Dee-Doo-Dah» con un horroroso y estridente trino por encima.

Llevarme al periquito a otra habitación no servía de nada porque eso hacía que se enfadara, y cuando se enfadaba, nuestro amiguito se ponía a graznar al doble del volumen habitual.

Al cabo de un tiempo me rendí y empecé a cantar yo mismo por el micro; por alguna razón, el periquito nunca se animó a imitarme. Las únicas canciones que se me ocurrían al principio eran las horteradas que cantábamos en el cole. Pero grabarme a mí mismo me encantaba. Lo hacía a todas horas. Para más diversión, descubrí que podía ralentizar o acelerar la cinta, con lo cual mi voz podía sonar como la de un viejo o como las ardillas parlanchinas. Aquellas Navidades me las pasé casi enteras en el dormitorio que compartía con mis hermanos, cantando al micrófono mientras veía la cinta dar vueltas y rebobinando, escuchando y volviendo a empezar —o añadiendo algo más—, hasta que papá debió de arrepentirse de haber comprado el maldito trasto. «Te encanta oír tu voz, ¿eh?», dijo resoplando en alguna ocasión.

Me puse colorado y respondí con un murmullo. Pero la verdad —que, naturalmente, me daba mucha vergüenza admitir— es que sí: *me encantaba*. Lo que más me fascinaba era la sensación de novedad, de crear algo nuevo y ser el primero en escucharlo.

Nunca me aburría de grabar mi voz.

Y todavía hoy, sigo sin aburrirme.

3

Auambabuluba Balambambú

A mi madre se le empezó a pasar la nostalgia de su tierra al cabo de unos años de vivir en el nº 1 de Beech Drive. O tal vez encontró una válvula de escape: una compañía italiana de importación de alimentos de Glasgow dirigida por un tal Pietro Fazzi, que durante la guerra fue encarcelado por los ingleses junto con sus hermanos, y después liberado tras el Día de la Victoria.

La compañía había empezado siendo una heladería y cafetería familiar en los años veinte, pero un hijo del señor Fazzi se dio cuenta de que podía ganar más dinero vendiendo ingredientes de cocina directamente a restaurantes y a todos los italianos de Escocia y del noreste que añoraban su país. (Muchos prisioneros de guerra italianos se habían casado en Inglaterra y no habían regresado a sus hogares.) Me refiero a cosas como pasta Menucci, aceite de oliva Bertolli, auténtico salami, latas grandes de tomates, *parmigiano reggiano* y harina *doppio zero* para hacer masa de pizza.

Cualquier cosa que quisieras, con tal de que fuera italiana y se te hiciera la boca agua con ella, el señor Fazzi te la conseguía.

Cuando mi madre descubrió que existía este señor, su vida cambió.

Todos los viernes al mediodía hacía un pedido desde una cabina, y yo la oía despachar en italiano con el señor Fazzi durante horas (o eso me parecía). A los pocos días se presentaba un tipo en casa para entregarle sus provisiones, y mi madre se ponía tan contenta como un niño en Navidad.

Verla preparar esos alimentos era el mejor espectáculo del mundo. Mi hermano Maurice, futuro cocinero, se quedaba especialmente embelesado. Aunque la cocina británica de los años cincuenta tenía una pésima reputación, la gente de Newcastle estaba muy orgullosa —y con razón— de sus sopas, bizcochos, chuletas de cordero y salchichas inglesas, sus sándwiches de panceta y asados dominicales,

platos entrañables que yo sigo preparando a día de hoy. Pero lo que hacía mi madre en la cocina era otro nivel. Usaba especias desconocidas para nosotros. Partiendo de cero, preparaba platos de pasta como nunca los habíamos probado. Para ella cocinar era dar rienda suelta a sus emociones: una forma de rememorar la vida que había dejado atrás en Italia.

Nunca olvidaré aquel domingo por la tarde que preparó unos donuts italianos —los llaman *bomboloni*, porque parecen bombas pequeñas— por primera vez. Como si fuera una peli de Hollywood, la familia entera nos sentamos a ver cómo subía la masa delante del fuego, cuidadosamente cubierta por un paño húmedo. Después la amasó, la cortó en pequeños redondeles, colocó los donuts con cuidado sobre papel de repostería y los frio suavemente en el mejor aceite que había podido conseguir del señor Fazzi. Y cuando al fin salieron, calentitos, suaves y con una pinta increíblemente deliciosa, mamá hizo cortes en el centro como atención especial para los niños, los impregnó de azúcar, y *oooohhhh*, ¡era increíble lo ricos que estaban! Mis hermanos y yo podríamos habernos comidos mil donuts de esos.

Y claro, a los vecinos les llegó el olor de los *bomboloni*. Y como nunca habían olido nada parecido, vinieron corriendo para ver qué era aquello. Mi madre ya iba por la tercera o cuarta tanda, y empezó a envolverlos en periódicos viejos para repartirlos, y al día siguiente me vi llevándolos al colegio para la señorita Patterson y el señor Graham, el cuidador. Los chicos pronto dejaron de burlarse a nuestras espaldas por ser italianos.

A partir de ese día ya no me importó ser diferente. De hecho, empezó a gustarme.

Cada mañana, mi madre preparaba auténtico café italiano antes de que mi padre se fuera a trabajar. Los granos procedían del señor Fazzi, y los molía ella misma en una de esas cajitas de madera con una manilla giratoria en la parte de arriba. Olía tan bien que te daban ganas de hundir la cabeza en ella. Después hacía el café en una de esas cafeteras italianas, nos servía una tacita a cada uno y añadía una gota de leche y unos cuadraditos de pan tostado. Esos eran nuestros cereales. A ver, ¿qué otros chicos del noreste de Inglaterra empezaban

el día así?

Era una mujer maravillosa, mi madre. Siempre nos sorprendía y deleitaba con sus recetas, y se las sabía todas de memoria. Siempre la veías contenta y sonriente cuando nos tenía cerca. Y siempre quiso que viéramos e hiciéramos las cosas que ella no había podido hacer.

Pero cada cierto tiempo, el dolor se apoderaba de ella. Un día, yo estaba jugando a soldaditos con la escoba y me cargué el candelabro rosa pastel de la sala de estar —una de las pocas cosas que se había traído de Italia y no había sido robada ni empeñada—. Fue la primera y última vez que tuve miedo de mamá. No es que se enfadara: se puso absolutamente lívida.

Pero en cuanto se le pasó la cólera salió a flote la tristeza, y me tomó en brazos y se echó a llorar.

Tal vez este sea un buen momento para mencionar que hubo otra ocasión en la que mi madre quiso llevarme con ella a Italia, solo que esta vez no fue por sorpresa, sino durante las vacaciones escolares.

Yo tendría siete u ocho años.

Lo único que recuerdo del viaje es el cuarto de baño del tren, que se vaciaba directamente sobre las vías —«el retrete más ruidoso del mundo» fue mi descripción—, y el miedo paralizante que sentí cuando tuvimos que pasar con nuestras maletas por la estrecha y temblorosa pasarela del ferry que cruzaba el canal, en Dover. Estaba convencido de que íbamos a morir. No tengo ni idea de cómo se las arregló mi madre para obligarme a subir a bordo.

Pero Italia fue un descubrimiento.

La estación a la que llegamos —Roma Termini— era nueva y moderna, una obra maestra de la arquitectura, con un patio interior inmenso y un tejado de vigas como yo no había visto en mi vida.

Todavía aluciné más con los trenes italianos, que eran diésel, no de vapor, y estaban pintados de preciosos colores rojos, naranjas y verdes. Y cuando bajamos del tren, la terminal olía a café y pan del día, y no veías ni rastro de basura volando por ninguna parte. De hecho habría sido imposible que volara, porque allí no soplaba el vendaval del mar del Norte. Y tampoco llovía a cántaros. Y sentí algo raro en la cara, algo que no había sentido nunca…

Calor.

Calor del sol.

Era como si hubiera llegado al paraíso.

En cuanto nos apeamos del tren —yo con mis habituales pantalones cortos y unas sandalias abiertas— aparecieron las hermanas de mi madre y su sobrina Julianna, y se pasaron los diez siguientes minutos llorando. Eran las personas más agradables y amistosas que había visto en mi vida, y eran todas guapísimas; no podía dejar de mirarlas. Ninguna llevaba medias, porque sus piernas lucían un bronceado natural. Sus dentaduras eran rectas y blancas. Y el maquillaje que llevaban era tan sutil que apenas se notaba que llevaban los labios pintados. Una de ellas hasta tenía coche y sabía conducir, lo cual me pareció increíble. En Dunston ya era bastante raro ver coches, pero, ¿*mujeres* conduciendo? Me quedé atónito. Mis tías italianas y mi prima Julianna me parecían tan libres, tan elegantes… tan felices.

De camino a Frascati —que estaba a unos cuarenta y cinco minutos, en lo alto de un promontorio— vimos junto a la carretera un montón de tanques carbonizados y piezas de artillería de los alemanes.

Para cuando me di cuenta ya estábamos enfilando por un bloque de pisos de aspecto increíblemente lujoso, en el que resultó que mi tía Maria ocupaba ella sola todo el último piso.

Ver cómo vivía me dejó en shock. Todavía recuerdo las cortinas de seda, de color azul cielo y dorado, y la cocina, donde había una mesa muy larga para cortar y preparar todos aquellos alimentos tan frescos y vistosos. En las macetas de terracota del balcón incluso crecían de forma natural vides de uva que se derramaban por los lados y trepaban por la celosía de madera, creando un cobijo de sombra.

Esa noche fuimos agasajados con la cena más deliciosa de pasta, pescado, carnes y quesos que había probado jamás. A mí me sentaron con Julianna y mis otros primos italianos en la mesa de los niños, y me sirvieron un vasito de vino tinto. Y, por primera vez, fui plenamente consciente de todo lo que había sacrificado mi madre por mi padre.

Si mi madre era el alma de la familia, mi padre era la columna vertebral. Arrancarle una sola gota de emoción era como sacarle

sangre a una piedra. Gruñía, rugía, a veces incluso bramaba, pero en general decía muy poca cosa. Cuando se dirigía a mí casi siempre era para decirme: «¡Oye, chaval! ¡Deja de hacer eso!», o «¡Oye, chaval! ¡Ven aquí ahora mismo!».

Durante años pensé que mi nombre era «Chaval».

No es que fuera cruel; lo que pasa es que no quería parecer blando. Y no por ningún rollo masculino. Cuando eres sargento, la disciplina lo es todo; si no sabes hacer que tus hombres te obedezcan y formen en fila, tarde o temprano alguien morirá.

La primera pista de lo que vivió mi padre durante la guerra la tuve un sábado por la tarde cuando tenía unos diez años. Uno de mis grandes pasatiempos por entonces era construir aviones de juguete Airfix, y ese día le estaba dando los últimos retoques a un caza bombardero americano de doble motor P-38 Lightning («El Diablo de Cola Bífida», como lo llamaban los alemanes). Hasta ese día mi padre nunca había mostrado mucho interés por mis creaciones, pero cuando volvió de su club y vio el P-38, se detuvo, sonrió y dijo:

—Ese es el avión más hermoso del mundo.

Lo cual me sorprendió un poco, porque normalmente no decía nada.

—¿Por qué dices eso, papá?

—Porque nos salvó la vida, el trasto ese —respondió.

Y ahí quedó la cosa. Yo esperaba que me contara una historia, pero hablar de la guerra no molaba. Tuvieron que pasar veinte años para que conociera la explicación.

Tiempo después, mi hermano Maurice y yo estábamos en Frascati pasando unos días con la familia de mamá. Ella y mi padre habían venido también. Una tarde, él dijo: «Me gustaría ir a Nettuno», que no queda lejos de Anzio y es el lugar donde el 22 de enero de 1944 los aliados atacaron las cabezas de puente que ocupaban los alemanes. Los americanos lo hicieron en Anzio y los ingleses en Nettuno, que es donde aterrizó mi padre.

Así que Maurice y yo le llevamos a Nettuno. Tardamos una hora en llegar desde Frascati. Al llegar nos recibieron unos parientes de mi madre, que tenían un apartamento justo en la playa. Nos hicieron pasar, salimos al balcón y nos sirvieron un banquete glorioso. Había

salamis, queso, pan y vino. Perfecto. Contemplábamos la playa mientras bebíamos vino, charlando y disfrutando de la vista, cuando de repente mi padre dijo:

—¿Veis esa roca?

A unos ochocientos metros, justo donde la playa estaba a punto de tocar la orilla, se erguía una roca enorme.

Todos miramos y asentimos.

—Cuando salimos del avión nos refugiamos detrás de ella —dijo—. Había cadáveres por todas partes. Flotando en el agua. En la playa. Los hombres caían como moscas. Dije a mis hombres que corrieran hasta esa roca y no se detuvieran por nada en el mundo. No sé cómo, pero lo conseguimos… O al menos, *algunos* de nosotros.

Maurice y yo estábamos boquiabiertos. Era la primera vez que oíamos a nuestro padre hablar de la guerra.

—Y entonces, de repente, bajaron en picado los P-38 Lightning y ametrallaron y bombardearon a los alemanes —dijo mi padre—. No había visto unos aviones tan hermosos en toda mi vida.

Así que, muchos años después de aquel sábado por la tarde, por fin lo entendí.

Después fuimos al cementerio militar de los aliados. Se veían miles de cruces, alguna estrella de David de vez en cuando… Era algo impresionante. Nunca había visto algo tan triste y bello al mismo tiempo. Las flores, la muerte por todas partes: chicos jóvenes que dieron sus vidas para que, dos generaciones más tarde, a nadie le importara lo más mínimo dónde estaban Nettuno o Anzio.

Me sentí un poco avergonzado cuando pensé en las cosas que yo había deseado a su edad. Un nuevo equipo de sonido. Una moto. Esos chavales nunca tuvieron la menor oportunidad.

Mi padre enderezó los hombros instintivamente al entrar al cementerio y se dirigió directamente hacia una hilera de tumbas que quizá recordaba de cuando fueron enterrados los cadáveres. Maurice y yo le seguimos mientras él iba señalando algunas tumbas.

—Ah, Tommy, era un buen chaval, y ahí está Eric, era un tipo gracioso. Fui al cole con él, ¿sabéis? Y ese es Mickey, el pobre murió en el acto.

Vimos que ninguno de ellos había llegado siquiera a los veintiún años.

—Dadnos un par de minutos, hijos —nos pidió mi padre, y allí le dejamos con sus compañeros caídos. Vimos cómo hablaba con ellos sin abrir la boca, sonriendo de vez en cuando y asintiendo ocasionalmente; se habían reunido, después de tantos años de silencio. Espero que ahora esté con ellos. Se le llenaron los ojos de lágrimas y a nosotros se nos hizo un nudo en la garganta. Entonces se estiró hasta recuperar toda su altura e hizo un verdadero saludo de sargento, rígido e intenso. Sin trompetas ni declamaciones.

Después descansó, dio una media vuelta perfecta y se dirigió hacia nosotros.

—Ya he terminado —dijo, y le seguimos hacia la salida.

A partir de ese día vimos a nuestro padre con otros ojos.[9]

A pesar de lo cascarrabias que era mi padre, solo le vi perder los papeles un par de veces. Una de ellas fue conmigo, y la verdad es que lo tuve merecido.

Una tarde volví a casa del colegio y me fijé en una gran nube de humo negro que flotaba sobre nuestra casa. *¿Qué coño era aquello?* Así que yo y varios de los Grandes fuimos corriendo a averiguar el motivo y descubrimos que eran las vías del tren, que pasaban justo por detrás de nuestra calle y quedaban separadas del jardín trasero por una pequeña valla. Eso nos dio la idea de inventar un juego nuevo y muy divertido, al que inmediatamente se unieron también los Pequeños. El juego se llamaba… «el cobardica del tren». Y como os podéis imaginar, consistía en ponernos sobre la vía y esperar al tren —mientras el conductor tocaba el silbato y soltaba todas las maldiciones que se le podían ocurrir— para ver quién era capaz de aguantar más tiempo sin saltar de la vía.

Dicho de otro modo, cuanto más cerca estuvieras de sufrir una muerte horrible y violenta, más probabilidades tenías de ganar. Era un desafío perfectamente razonable para nuestra mentalidad infantil.

Total, que llevábamos ya unas cuantas semanas pasándolo en grande con este juego, cuando un buen día mi padre miró por la ventana de su dormitorio y vio lo que estábamos haciendo.

Su reacción no fue precisamente de orgullo paternal. No abrió la ventana y gritó: «¡Brian, hijo mío! ¡Qué juego tan entretenido os habéis inventado! ¡Bien hecho, chaval!».

No, lo que hizo fue salir corriendo de casa y plantarse ante nosotros con la misma mirada que debía de tener cuando mataba alemanes en Túnez. Nos señaló uno por uno y vociferó:

—¡¡Tú!! ¡¡Tú!! ¡¡Y tú!! CONTRA LA PARED. ¡*Ahora mismo*!

A continuación arrancó una rama de un árbol y empezó a darnos una buena tunda.

—Como os vuelva a ver haciendo eso —¡ZAS!— llamo a la policía —¡ZAS!— para que os meta en la cárcel, ¿me oís? —¡ZAS!

—Sí, papá —musitamos uno por uno, con lágrimas corriéndonos por las mejillas y el culo al rojo vivo.

Esa noche, el padre de uno de mis amigos vino a casa hecho una furia y preguntó por qué le habían pegado a su hijo con una vara. Pero cuando mi padre explicó que nos había pillado jugando al cobardica del tren, el hombre se quedó muy callado y dijo: «Perdona que haya dudado de ti, Alan. Si vuelves a verle haciendo eso, por favor dale una buena tunda de mi parte a ese cabrón».

Lechuga

En el Dunston de los años cincuenta, la terquedad de la mayoría de los padres de clase obrera era un peligro constante, algo casi imposible de esquivar; un buen ejemplo fue la vez que mi viejo me mandó al huerto de su amigo Billy a por una lechuga para mamá.

A finales de los cincuenta había pequeños huertos en todas las zonas de clase obrera de Inglaterra. Era un residuo de la guerra. La idea era que cultivaras tus propios alimentos, y normalmente tenías también un palomar.

No muy lejos de Beech Drive, donde vivíamos, había literalmente cientos de huertos. Todos medían, nabo arriba, nabo abajo, cuarenta por veinticinco metros. Estas parcelas las alquilaba el ayuntamiento local; todas tenían una valla de chapa ondulada y eran celosamente custodiadas por los inquilinos. Sobre todo cuando había concursos de

puerros.

El amigo de mi padre tenía un huerto, y una hermosa mañana de primavera papá me dijo: «Ve al huerto de Billy y trae una lechuga para tu madre». Era primavera, la época del año en la que se comía ensalada (ya que, a diferencia de hoy en día, eso dependía de la estación).

Me dio un par de peniques y me fui. Di unos golpecitos en la valla pero no hubo respuesta, así que pegué un grito, porque era demasiado alta para trepar por ella. Salió Billy y me dijo:

—Qué tal, chaval. Aquí tienes una bonita lechuga para tu madre.

Iba envuelta en papel de periódico. Yo dije:

—Aquí tienes dos peniques de parte de papá.

—¿Cómo? —dijo—. No hace falta, tengo muchas, quédatelos.

Fui a casa y anuncié muy orgulloso que la lechuga había salido gratis, porque Billy no quería el dinero.

—Coge ese dinero y dile que yo siempre pago lo que compro —dijo mi padre.

Volví al huerto de Billy un poco confuso y le dije:

—Papá no la acepta gratis, toma tus dos peniques.

Billy se rio y me dijo que le dijera a papá que no fuera tonto.

—No necesito esos dos peniques, vete ahora mismo cagando leches.

Mientras me alejaba cagando leches, comprendí que aquí había un juego político que no estaba capacitado para entender. ¿Qué coño iba a decirle ahora a mi padre?

Llegado a este punto debo decir que en esa época los padres del noreste eran muy estrictos y no estaban acostumbrados a que se les desobedeciera; yo era un simple peón en una partida de orgullo.

Volví de nuevo para rogarle a Billy que aceptara los dos putos peniques. Pero era demasiado tarde: se había marchado. Me invadió el pánico. No podía quedarme el dinero, porque me acusarían de robar. No podía llevarlo de vuelta, porque me iba a pasar una eternidad repitiendo el mismo viaje al huerto, y era sábado y se acercaba la hora de la matiné de dibujos animados.

Así que en eso consistía tomar una decisión. Lo más parecido que había vivido hasta entonces era en la tienda de chucherías, cuando

intentaba decidirme entre las gominolas y las rodajas de piña.

Eso de tener que tomar decisiones no me gustaba nada. Era confuso, me daba miedo. Así que estuve un buen rato pensando qué hacer. A los cinco minutos llegué a una conclusión y tiré el dinero por la alcantarilla.

Me pasé varios días aterrorizado de que Billy hablara con mi padre y descubrieran lo que había ocurrido, pero no pasó nada. Seguramente, tanto uno como otro eran demasiado orgullosos como para sacar el tema. Empecé a entender que no es tan fácil ser honrado.

Ingredientes de una ensalada inglesa entre más o menos 1950 y 1965

2 hojas de lechuga
½ huevo cocido
2 cebollas en vinagre
½ tomate
1 loncha de carne, jamón, *spam*[10] o lengua para un niño
2 " " " " para un adulto

y toneladas de pan untado con margarina o grasa, o la ubicua crema de ensalada Heinz (la clase media usaba mantequilla).

Después las lechugas desaparecían hasta el año siguiente, pero los tiempos cambian, y hoy en día la hidroponía ha revolucionado el mundo de la lechuga. Nosotros las cultivábamos, y como ocurre también con las gallinas ponedoras, el sabor de ahora no tiene nada que ver con el de entonces. Son totalmente insípidas.

1958 fue el año en el que todo cambió, para bien y para mal.

La parte mala fue que tuve que presentarme al examen «*eleven-plus*»[11], una prueba de inteligencia condenadamente difícil en la que además te hacían preguntas de todo lo que habías aprendido en el cole.

No es exagerado afirmar que, en la Inglaterra de entonces, la nota que sacaras en un solo examen —a la tierna edad de once años— era decisiva para el resto de tu vida. Los que sacaban puntuaciones más altas iban a institutos donde se les preparaba para la universidad. El resto iba a escuelas de secundaria más orientadas a tareas manuales

como carpintería o chapistería, y tus probabilidades de recibir educación universitaria eran tan elevadas como las de pisar la luna. Había también unas cuantas «escuelas técnicas» donde se enseñaban oficios, pero lo normal era aprenderlos trabajando como aprendiz.

El examen duraba entre cuarenta y cinco y sesenta minutos, y no podías repetirlo. Por tanto, la presión era horrorosa. Para empeorar las cosas, en Inglaterra no se habían construido suficientes institutos para atender a todos los chavales nacidos en la posguerra, así que las preguntas eran más difíciles cada año.

Siendo mi padre como era, su única manera de infundirme ánimos era meterme miedo. «¡Escucha, chaval! ¡Más te vale aprobar ese examen o acabarás de barrendero!», repetía una y otra vez. Para mi padre no había peor trabajo que barrer las calles. Para mí, en cambio, el destino más aterrador era terminar en la mina de carbón.

Lo que mi padre debería haber sabido, lógicamente, es que no puedes meter miedo a alguien para una tarea que requiere preparación y sangre fría, aparte del grado de inteligencia natural con el que hayas nacido. Yo no me preparé para ese examen ni lo más mínimo. Pero además, lo cierto es que a esa edad estaba menos desarrollado que el resto de mis compañeros. Seguía enfrascado en mis guerras de indios y vaqueros. Y la presión de tener que rendir me causaba una gran ansiedad; esto es algo que todavía me ocurre.

Aquello fue una gran humillación. Cuando me pusieron el examen delante, me quedé en blanco. Estaba tan nervioso que no me funcionaba el cerebro; me daba igual ocho que ochenta. Era como si las preguntas estuvieran en sueco. Pasé uno de los peores ratos de mi vida. Y lo más doloroso fue que en el colegio había sido muy buen estudiante, y siempre sacaba estrellas de oro y las mejores notas.

Una semana después nos dieron los resultados. Menudo día. De repente nos separaron en grupos. En uno estaban los futuros pilotos del mundo, los médicos, los abogados. Algunos de los que sacaron mejores notas eran amigos míos y siempre habían sido peores alumnos que yo, pero claramente se habían preparado para ese examen y habían dominado los nervios cuando había que hacerlo. Cuando dijeron mi nombre, me mandaron al grupo de los chicos que

normalmente lo suspendían todo. Se me cayó el alma a los pies. Estaba claro que había fracasado; iba a ir a una secundaria. Aunque al final tampoco supuso una gran diferencia. Hasta los golpes más duros que recibes en la vida se pueden superar si sabes jugar la mano que te ha tocado en vez de quedarte con cara mustia y lamentarte de tu suerte. Pero no os voy a engañar: cuando los chicos del instituto se fueron por un lado y yo me fui por el otro… no pude sentirme más vacío.

Unas semanas después llegó la parte buena.

Ese día no había ido a clase; debía de encontrarme mal, o tendría dentista o algo así, y estaba en casa muerto de aburrimiento, así que puse la tele y empecé a ver un programa de la BBC con el atractivo nombre de *Farming*[12]. Así, sin más: *Farming*. Algún tiempo después decidieron darle un poco de vidilla —debió de ser un gran escándalo en la Broadcasting House— y empezó a llamarse *Farming Today*. En cualquier caso, el programa entero era un tío con traje y corbata hablando a la cámara, y este episodio en concreto iba sobre la diferencia entre el abono y el estiércol.

Os estaréis preguntando: ¿por qué este chavalín no cambió de canal? Pero tened en cuenta que en el noreste, por aquellos días, la BBC era el *único* canal; la Tyne Tees Television no empezó hasta más o menos un año después. Así que, o te tragabas un episodio de *Farming* —en blanco y negro, todavía más emocionante— o te quedabas mirando la pared. Y ese día yo ya había mirado la pared más de lo que puede aguantar un crío de once años.

Así que ahí me tenéis, disfrutando de aquel entretenimiento salvaje —babeando, con los ojos fuera de las órbitas— cuando de repente salen los créditos y un locutor de voz engolada de la BBC dice: «Y ahora, vamos con el interludio…».

Casi seguro que solté un gruñido. Porque aunque no lo creáis, los «interludios» de la BBC eran casi peores que su horrorosa programación. Eran cosas como: «A continuación, unas imágenes de peces nadando en un estanque», o «Aquí vemos a esta ancianita escocesa decorando un jarrón», o «Ahora el coro de la iglesia va a cantar un himno… *a ritmo muy lento*».

Pero ese día no. Ah, no. Ese día, los dioses del rock'n'roll habían decidido que el pequeño Brian Johnson, del nº 1 de Beech Drive, iba a recibir una buena descarga eléctrica en el culo.

En vez de quedarme extasiado con imágenes de peces nadando, de pronto me quedé boquiabierto viendo a un tío negro con un bigotito muy fino y una mata de pelo revuelto. Además iba maquillado y llevaba camisa de lentejuelas y corbata estrecha, y todo en él era «gay» de una forma evidente, salvaje, fabulosa, pero «gay» en el sentido de «alegre», que es lo que aún siguió significando esa palabra durante muchos años.

«Este joven estadounidense es conocido como Little Richard», dijo el locutor con un deje de malicia en la voz, como si supiera que aquello era demasiado atrevido para la BBC, «y esta es su canción más popular… ¡que ha sido un *enorme* éxito al otro lado del Atlántico!»

Dicho esto, Little Richard abrió la boca y lanzó un grito a pleno pulmón que era una combinación de pura alegría, sexo y liberación. «¡AUAMBABULUBA-BALAMBAMBÚ!»

Esta canción, «Tutti Frutti», ha sido descrita a menudo como el sonido del nacimiento del rock'n'roll, y yo estoy muy de acuerdo, porque mi sueño de hacerme cantante nació también en ese mismo momento.

Me sentí como si me hubieran conectado a un enchufe. Se me puso el cuerpo entero de punta, desde el pelo y las tetillas hasta esas partes de abajo que todavía no sabía cómo usar. Aquello era distinto de cualquier cosa que hubiera visto, oído o sentido anteriormente… y me volvió absolutamente loco.

Pero como sucede con todos los subidones, a «Tutti Frutti» le siguió un buen bajón. Porque yo quería —mejor dicho, *necesitaba*— volver a oír esas frases, esos gritos, esos desinhibidos «uuuuhhh» y esa frenética sección rítmica. Inmediatamente. Pero tenía once años y vivía en Dunston. Era demasiado pequeño para ir a una tienda de discos. No tenía dinero. Y aunque el single hubiera llovido del cielo como por arte de magia, no habría tenido dónde escucharlo. Nuestro viejo gramófono de manivela solo funcionaba a 78 r.p.m.

¡Era un *sufrimiento*!

Resultó que unos días después, volviendo del colegio, oí llegar desde lo alto de la calle ese inconfundible chillido de éxtasis rocanrolero. Corrí para localizar su procedencia y, cuando descubrí que salía de la ventana del piso de abajo de un vecino, salté la valla y me quedé escuchando desde el jardín, hipnotizado.

La canción terminó. Y a día de hoy, sigo sin creerme que hiciera lo que hice. Llamé a la puerta.

Me abrió una señorita con rulos en la cabeza. Recuerdo que me pareció demasiado mayor para estar escuchando «mi» música, aunque como mucho tendría diecinueve o veinte años.

—Perdone que le moleste, señora —dije notando que me ponía colorado—, pero ¿podría… *volver a poner eso*?

Me miró un segundo sin creer del todo lo que estaba oyendo.

—Bueno… Como quieras —dijo con una sonrisita. Volvió dentro, se oyó el ruido del surco y el siseo de la aguja sobre el vinilo, y entonces, *oh, sí, sí, sí, sí*…

«¡AUAMBABULUBA-BALAMBAMBÚ!»

Lo siguiente que ven mis ojos es que la chica vuelve a la puerta y se pone a bailar el *hand jive*[13]. Eso me flipó. Era lo mejor que había visto en mi vida. Así que, por supuesto, yo me puse a hacer lo mismo, y ahí estábamos, aquel chaval que acababa de suspender el «*eleven-plus*» y aquella joven hecha y derecha en un bloque de viviendas sociales de Dunston, los dos con una gran sonrisa en la cara al ritmo de este nuevo estilo musical, tan marciano y a la vez tan emocionante. Sin duda, el mejor martes por la tarde que había vivido jamás.

—¿Cómo te llamas, encanto? —preguntó la chica, casi sin aliento, cuando la canción terminó de sonar por segunda vez.

Le dije mi nombre.

—Bueno, encantada de conocerte, Brian —dijo—. Yo me llamo Annette.

Annette: si estás leyendo esto, muchas gracias por haberme mostrado el camino.

SCOUT INK

BOY SCOUT MEMBERSHIP CARD

AND RECORD OF PROGRESS

5th TYNE SEA SCOUTS

GROUP

Name Brian Johnson

Warren Young

SCOUTMASTER

3. RATE August

NO. B.1 "SCOUT-INK" SERIES. COPYRIGHT MADE IN ENGLAND

4

¡A escena!

Mi mayor problema en aquellos años en que estaba creciendo… era que no lo hacía. Era un enano. Un renacuajo. Verticalmente desfavorecido, como seguramente se dice ahora. Siempre fui uno de los más bajitos de la clase, eso desde luego, y mi hermano «pequeño» Maurice me sacaba unos cuantos centímetros. Cuando entré en la Dunston Hill Secundary Modern, casi todos mis amigos medían ya más de metro y medio, mientras que yo seguía anclado alrededor del metro treinta. Incluso Victor me había superado, y al paso que íbamos, temía que mi hermana Julie me alcanzara pronto.

A cada semana y mes que pasaba —sin que hubiera la más mínima señal de crecimiento visible—, mi situación se volvía más desesperada.

Pero un día que estaba hojeando una revista para chicos me encontré un anuncio de un «libro práctico» que parecía ser la respuesta a mis plegarias. Se titulaba *The Morley Method of Scientific Height Development*[14] y su autor era John Morley, una autoridad mundial sobre crecimiento infantil. Así que, naturalmente, fui corriendo a la oficina de correos y envié un giro postal por el valor del libro a la dirección del anuncio.

Una semana más tarde, al volver del cole, el libro me estaba esperando en el felpudo de casa. «¡Enhorabuena!», se leía en la portada. «Tienes en tus manos el Famoso Método Morley, con el cual podrás aumentar tu altura en tan solo doce días!»

Casi lloré del alivio que sentí.

El libro resultó ser incluso más útil de lo que esperaba. En unos pocos capítulos aprendí que la mejor forma de crecer era aprovechar las «fuerzas magnéticas de la naturaleza» y dormir con la cabeza mirando al norte y los pies mirando al sur. *¿Cómo es que nadie me lo había dicho?* Así que fui a por la brújula de mi padre y, cuando llegó la

hora de acostarse, me tumbé en el colchón según lo indicado. Lo malo era que no conseguía pillar el ángulo exacto, porque había dos Johnsons más en la misma cama —y los dos parecían crecer más y más cada día—. Será por eso que no ha funcionado, pensé cuando pasaron los primeros doce días.

Pasaron doce días más.

Y otros doce.

¿Y sabéis qué?

Que seguía midiendo 1,37.

A estas alturas, como podréis imaginar, empecé a preguntarme si John Morley sería *de verdad* una autoridad mundial sobre crecimiento infantil. Porque a ver, cuando leí la contraportada del libro y vi otros libros que había escrito, resultó que era también una autoridad mundial en calvicie, salud de los pies, superfuerzas magnéticas, técnicas para intercambiar sellos, exceso de peso, jiu-jitsu, cómo tener el pecho fuerte, cómo tener buena vista (sin gafas), el «boxeo científico» y la timidez. Aparte de eso, aseguraba que la falta de altura se debía casi siempre a la costumbre de andar encorvado, lo cual bastó para que incluso mi ingenuo cerebro preadolescente dijera… *¿cómo?* Estaba claro que, caminaras o no encorvado, *ibas a tener la misma altura*. Después vi que todas las citas de la contraportada eran de niños que decían haber crecido varios centímetros después de leer el libro, lo cual, pensándolo bien, era exactamente lo que habría pasado *mediante el crecimiento natural*.

Pero me negaba a admitir que me hubieran estafado. Así que seguí leyendo y releyendo cada capítulo, yéndome a dormir más tarde cada noche, buscando consejos inadvertidos, alguna pista escondida, *lo que fuera*… Hasta que mi padre vio lo que pasaba y se sentó conmigo para tener una pequeña charla.

—Hijo —gruñó—, tú siempre has sido un «torrenacuajo», y siempre serás un «torrenacuajo». —Mi padre nunca decía tacos, así que «torrenacuajo» era su versión de «puto renacuajo»—. Y ahora, por lo que más quieras, saca la nariz de ese libro para imbéciles y aprovecha lo que tienes lo mejor que puedas.

Para ser justos con mi viejo, él sí que me dio algunos consejos útiles

sobre mi altura; más que nada porque le preocupaba que, en un pueblo lleno de tipos duros y aficionados a pelearse, un chaval de mi estatura fuera un saco de boxeo ambulante. Y es que mi padre también era bajito, aunque era un tío absolutamente feroz, y por eso consiguió sobrevivir a cinco años de muerte y destrucción en la Segunda Guerra Mundial.

Pero no se hacía muchas ilusiones sobre mi destreza como luchador. «No tienes suficiente altura, hijo», me dijo, «así que si te metes en líos, date media vuelta y vete por donde has venido. Y si no puedes hacer eso, dales en la nariz con todas tus fuerzas… y *echa a correr.*» A esta maniobra de probada fiabilidad, añadió mi padre, se le llamaba «el beso de Newcastle».

Hacía bien en preocuparse, porque muy pronto tuve que vérmelas con un atacante.

Por entonces tenía un trabajillo de repartidor de leche que consistía en levantarme a las cinco de la mañana, subir la cuesta que llevaba a la lechería Youen's, cargar la leche en una pequeña furgoneta Austin A50 —también tenían un coche tirado por un caballo— e ir colgado de la parte de atrás repartiendo botellas por las casas según pasábamos por ellas. La cosa tenía su miga porque había botellas de muchas clases: tapón plateado, tapón rojo, tapón verde, tapón dorado y la más cara de todas, la de tapón marrón, que era leche de vacas de Jersey; esa solo la compraban los médicos y directores de colegios. Así que tenías que ir atento, y también tenías que intentar no caerte de la furgoneta, y todo esto normalmente bajo la lluvia, la aguanieve o la nieve, con un viento del norte que amenazaba con arrancarte la cara.

Además de eso, en cuanto terminaba la ronda de la leche me iba corriendo a la papelería y hacía la ronda de periódicos. Así que cuando llegaba al cole ya llevaba más de dos horas de pie. Pero me encantaba tener esos trabajillos. Sobre todo los sábados, que eran los días en que Lettie, la conductora de la furgoneta de leche, me llevaba a la panadería después del reparto y allí me comía una empanada de carne recién salida del horno que me quemaba la boca y la lengua, pero no me importaba porque para bajarla me bebía media pinta de leche cremosa. Después me pagaba, y con el dinero me compraba un

avión de juguete.

Uf, era una gozada.

El lío empezó con la última ronda de leche antes del día de Navidad; ese día todo el mundo salía de su casa y te daba una propina. Aquella mañana recibí en total dos libras, y decidí gastármelas en regalos de Navidad para papá y mamá.

Pero en la lechería también trabajaba un chico grandullón y malote —no voy a decir su nombre— que debió de enterarse de lo de mis propinas, porque al terminar el turno me siguió, me acorraló en el vestíbulo de una tienda y me dijo que le entregara el dinero. Así, sin más motivo. Se creyó que se iba a salir con la suya.

Pues no.

Entonces se irguió todo lo alto que era, me tiró del cuello de la camisa hasta pegar su cara a la mía y dijo: «Te lo voy a decir una vez más, enano de mierda… *Dame tu dinero*».

Yo solo pensaba en el consejo de mi padre: darme la vuelta y alejarme. Pero tenía la espalda contra una puerta, así que no había escapatoria posible. Y por una cuestión de principios, me negaba a darle un solo penique a ese tío. Así que, casi sin pensarlo e invadido por una ola de pura rabia animal, le di un cabezazo tan fuerte entre los ojos que le rompí la nariz y *también* el pómulo. El gritó que pegó fue horrible. Hasta yo me quedé paralizado. Se puso a llorar, y claro, chorreaba sangre por todas partes. Pero no sentí ninguna pena por él. Había intentado robarme por ser bajito y, como diría mi padre, *se lo tenía merecido*. Así que le dejé allí y me marché a casa, mirando de vez en cuando hacia atrás por si acaso me seguía.

Nadie llamó a la Policía. Pero cuando volví al trabajo después de Navidad, la hermana de Lettie empezó a lanzarme todos los insultos que se le pasaron por la cabeza.

—Enano, cerdo italiano —me dijo—, deberías avergonzarte de ti mismo, mira que pelear como un extranjero.

Lettie le dijo que el que había empezado todo había sido el otro chico al intentar robarme las propinas, y que era bien sabido que era un vago y un maleducado y que robaba leche de la furgoneta.

—Ah, pero a él no podemos echarle —fue la respuesta—. Es *inglés*.

Pero fui yo, y no él, quien conservó su trabajo. Lettie fue mi heroína. Estuvo ahí para defenderme, y eso fue muy significativo en un momento tan duro.

Mi gran y único rayo de esperanza en mis últimos años de infancia y en la preadolescencia fueron los Fifth Tyne Sea Scouts. Para quien no esté familiarizado con las distintas ramas de los Scouts, los Sea Scouts son como los scouts normales pero más orientados a los barcos y el agua, dos cosas que abundan en Tyneside, que en su día fue junto a Glasgow y Belfast una de las grandes capitales mundiales de construcción naval. Pero el objetivo de la pequeña tropa a la que me uní era hacer que chavales de clase obrera como yo pudiéramos conocer un mundo distinto de nuestro entorno industrial, gris, contaminado y cada vez más decadente. Y eso fue lo que hice.

Sin los Sea Scouts, estoy seguro de que mi vida habría sido muy diferente.

Esto se debió en gran parte al jefe de los scouts y primer mentor que tuve, un tío que respondía al nombre de Warren Young… Porque al parecer, cuando nací, se abrieron las nubes, cayó un rayo de luz y la voz de Dios atronó: «Y HE AQUÍ QUE TODAS LAS FIGURAS IMPORTANTES EN LA VIDA DE BRIAN LLEVARÁN EL APELLIDO "YOUNG"».

Vale, de acuerdo que Warren era un tipo un poco raro —era soltero y seguía viviendo con su madre en una casa grande y vieja de Gateshead—, pero era la persona más amable, agradable y sensata que había conocido nunca. Si cometías un error, no te gritaba. Siempre escuchaba cualquier cosa que le dijeras. Y si podía, te ayudaba.

Para que entendáis lo raro que era eso en aquella época, tened en cuenta que era totalmente normal —incluso *esperable*— que quienes ejercían la autoridad trataran a los niños de una forma que hoy sería motivo de cárcel. Cuando estaba en primaria en Dunston Hill, por ejemplo, un día que estaba leyendo en voz alta delante de toda la clase cometí un pequeño error, y el profesor vino por detrás y me dio un golpe tan fuerte en la cabeza que me caí al suelo y apenas pude levantarme.

La fuerza con la que me golpeó fue algo criminal. Y no paraba de

repetir que me levantara, pero yo no podía, así que tuvo que mandar a un compañero a buscar a la enfermera del colegio. Pensé que eso quizá le causaría algún problema, pero nada de eso; al día siguiente ya estaba dando sopapos a otros chavales.

Lo que quiero decir es que Warren Young era prácticamente un santo por lo paciente y amable que era, y eso hacía que lo respetáramos aún más. Otra cosa que nos gustaba de él es que siempre proponía nuevos juegos y actividades, entre ellas rondas interminables del «Bulldog Inglés», que consistía en darnos de tortas unos a otros en el salón de los scouts durante media hora —aunque alguno de los Pequeños siempre acababa yendo a casa con la mitad de los dientes metidos en una bolsita—.

Pero lo que más me gustaba de los Sea Scouts no eran los juegos. Para nada. Lo que más me gustaba era… *cantar*. Porque no tenía nada que ver con las cosas pesadas y aburridas que cantábamos en el cole o en misa. Aquí cantábamos a voz en grito, todos sentados alrededor del fuego y desgañitándonos: esa forma de cantar que te da un escalofrío en la columna y te pone una gran sonrisa en la cara, incluso si no estás de buen humor.

Otra razón por la que me gustaba tanto cantar era porque empecé a darme cuenta de que se me daba bien.

Pensándolo ahora, es curioso que fuera capaz de cantar melodías; la voz aún no me había cambiado y estaba muy poco desarrollado. Supongo que he heredado el gen de «un buen par de pulmones» de mi padre. Pero no tengo ni idea de dónde me viene la capacidad de afinar. Porque mi padre no afinaba ni a tiros, y mi madre, la pobre, era aún peor.

Así que ahí estaba yo en el salón de los scouts una semana tras otra, y a veces también los fines de semana, con mi pañoleta al cuello, las piernas y los brazos amoratados y magullados de jugar al Bulldog Inglés, cantando a grito pelado e imaginándome que estaba en la sabana africana… y pasándolo en grande. Un buen día, Warren me llevó aparte y me dijo algo que cambió mi vida para siempre.

—Mira, Brian —me dijo—, quiero que vengas el martes por la tarde para hacer una prueba.

—¿Una prueba? —dije con cara de miedo, ya que no sabía si era algo bueno o un castigo por haber hecho algo malo—. ¿Qué quiere decir… con una *prueba*?

—Bueno, los jefes de los scouts nos hemos reunido y hemos decidido que ya es hora de que montemos un Gang Show —dijo—. Y con esa voz que tienes… creo que deberías participar.

Y aclaró que iba a participar toda la tropa, por supuesto, pero él quería que yo cantara un solo en una canción.

Aquello me dejó sin habla.

Lo cierto es que los Gang Shows que se montaban por entonces eran eventos bastante horribles; eran como representaciones escolares, o casi peor. Pero a comienzos de los sesenta teníamos tan pocas ocasiones de divertirnos que todos estábamos deseando amontonarnos en el salón de los scouts y pasar dos horas viendo a otros chavales contar chistes, bailar y cantar canciones que nos sabíamos de memoria.

Los Gang Shows habían empezado en los años treinta de la mano del compositor y productor Ralph Reader, que fue quien compuso «We're Riding Along on the Crest of a Wave».

Así que tener la ocasión de formar parte de esta gran institución británica era un gran honor y una oportunidad que perfectamente podía cambiarme la vida. Pero primero tenía que pasar una prueba con el «director musical» del espectáculo, un tío bastante mayor llamado Tedd Potts que llevaba el pelo engominado hacia atrás y se daba unos aires muy afectados y teatrales.

Los días anteriores estaba tan nervioso que apenas pude comer ni pegar ojo.

No tenía que haberme preocupado tanto, porque la prueba nos la hacían a la vez a un montón de scouts de distintas tropas de la zona, y lo único que te pedían era que dieras vueltas en círculo mientras un tío tocaba el piano y el señor Tedd Potts vigilaba tus movimientos con mirada inquietante. Después me dijeron que había pasado la prueba sin ningún problema y que iba a cantar *cuatro* canciones. Por primera vez en mi vida iba a cantar ante un público.

Nos dieron unas clases de baile bastante básicas; en realidad no era

un baile, sino más bien un desfile en el que movíamos las manos. Todos mis amigos de la tropa de scouts y de Beech Drive estaban ahí: George, Raymond, Carl… A mí aún no me había cambiado la voz y no tenía mucha potencia, pero daba bien la nota. Había muchos otros pájaros cantores, pero al parecer yo era el que afinaba con más facilidad y casi sin pensarlo. Las canciones eran «Stay after School», «The Morning of My Life», «Sisters» y otra más.

La primera prueba de vestuario fue en el salón parroquial; íbamos todos muy elegantes, y había un piano y focos. Aunque no había público, estábamos muy nerviosos. Para cambiarnos de ropa bajábamos a todo correr por unas escaleras que llevaban a un cuarto abarrotado de chavales. Nuestras madres nos ayudaban a maquillarnos, pero las luces eran muy malas y el maquillaje quedaba fatal. Teníamos que pintarnos las mejillas de rojo, y parecíamos maniquíes. Lo mejor de todo era esa gran excitación, que no había sentido nunca, de pertenecer a algo. Había chicos que tropezaban al salir del escenario y se chocaban con las cosas, y después se llevaban un buen rapapolvo. Era una sensación fantástica; comprendí que eso era lo que quería hacer en la vida.

Yo estaba muy nervioso porque una de las canciones, «Stay after School», era complicadilla. Tenía que cantarla en vaqueros, pero no tenía, así que me prestaron unos, y también una camiseta. Cuando salimos a actuar todas las chicas se pusieron a gritar, y eso nos encantó. Llevábamos el pelo peinado hacia atrás y calzado deportivo. Yo estaba tan metido en mi papel que ni siquiera pensé en los padres que tenía enfrente, pero a mi madre le pareció todo muy bonito. Para mí fue como actuar ante un público de miles de personas.

Lo malo fue que solo hubo dos actuaciones, una el viernes por la noche y otra el sábado por la noche, y ahí se acabó todo. Sentí que me había quedado sin nada que hacer. Antes del espectáculo habíamos tenido dos ensayos semanales… y ahora nada.

5

Actividades de riesgo

Cuando estaba con los Sea Scouts, Warren Young sabía que yo, al igual que él, era un católico en medio de una tropa de scouts mayormente anglicanos. Los dos éramos lo que en el noreste se llamaba «*left footers*»[15].

Young había producido los Gang Shows de Dunston y me había oído cantar, así que me preguntó si quería entrar en el coro de la iglesia de St. Joseph. Yo no mostré mucho interés hasta que comentó que pagaban un chelín y seis peniques semanales.

«Me encantaría», dije entonces.

Dios no tuvo nada que ver con esto. Fue todo por dinero.

Un miércoles por la noche me llevó a un ensayo, y habría allí unos dieciséis mozalbetes como yo, de trece años para arriba, y unos veinte adultos.

Me pidió que cantara algo y me pasó una hoja con himnos. Eché un vistazo y vi que estaba en latín. Adiós a mi chelín y mis seis peniques.

Dije que no entendía lo que ponía y él, sonriendo, dijo: «Claro, ni tú ni ninguno de nosotros».

Entonces me tendió una hoja con la transcripción fonética y pensé, *ah vale, esto ya es otra cosa*.

Con solo decir «*dominus vobiscum*» y cosas parecidas, ya te parecía estar haciendo algo sagrado. Los únicos que sabían latín eran los chicos de colegios privados y los curas.

Lo primero que aprendí no era un himno, sino una frase que me enseñó uno de los chicos mayores:

Illegitimi non carborundum.

Lo cual significa algo así como «No dejes que esos hijos de puta puedan contigo». Una lección fundamental para la vida.

Cualquier cosa que se diga en latín o italiano suena elevada y de clase alta. Pensad, por ejemplo, en el Ferrari *Testa Rossa*; significa

«Cabeza Roja», pero ¿qué clase de nombre sería ese para un Ferrari? O el *Quattroporte*. Es un nombre precioso para un coche, pero significa «Cuatro Puertas». ¿Veis a lo que me refiero?

Volviendo a los ensayos del coro, canté «Oh Come, All Ye Faithful» y el director del coro debió de quedarse impresionado porque me dio una almohadilla y una sotana, que cuando te la ponías te daba un aire todavía más sagrado; ya solo me faltaban las alas.

Tras un par de semanas de ensayos ya estaba listo para mi primer bolo: la misa de una hora del domingo a las once.

La misa católica siempre me había parecido una forma muy complicada de adorar a una deidad. El cura decía cosas y el público respondía con un zumbido monótono. No había la menor alegría, a nadie se le veía feliz. ¡Aunque tampoco es que Dios sea muy gracioso!

Luego estaban los monaguillos que daban vueltas por el escenario (perdón, el altar) haciendo cosas como quitarle el polvo al crucifijo y sacarle brillo a todo. El cura sacó un recipiente con una cadena de plata y lo meneó de un lado a otro haciendo salir un humo bastante apestoso. A mí me recordaba al vudú, pero oye, el dinero manda y había que tragárselo todo. Después cantamos algo; recuerdo ese momento como un cierto alivio, casi como un descanso para los anuncios. Y cuando ya me sentía a salvo, el cura reunió a toda la pandilla del altar y bajó por el pasillo regando a todo el mundo con agua bendita. Una vez intenté quitar una mancha de la sotana con agua bendita y no funcionó, así que ya veis.

Después regresaron al escenario y el maestro de ceremonias sacó una caja de galletitas. Pensé: estupendo, por fin algo de picoteo. Pero no: elevó una de ellas al cielo, dijo algo excepcionalmente sagrado, la partió en trocitos para que cada asistente se acercara a comer el suyo y, mientras ellos comían, nosotros cantábamos. La cosa no era breve. Vaya forma de matar el tiempo. Era algo interminable. Yo me moría de aburrimiento, aquello tenía que acabar ya de una vez. Perdí la cuenta de la cantidad de veces que se levantó y se sentó la gente, para después arrodillarse y volver a levantarse otra vez. Era agotador.

En algún momento, en mitad de la acción, el cura se subió al púlpito para dar un sermón y nos dijo que fuéramos buenos y no

cayéramos en la tentación de comer carne los viernes, excepto *spam*[16], ya que eso no era carne de verdad. Dijo que la cólera de Dios iba a descender sobre nosotros y que cuanto peor nos portáramos en la tierra, más tiempo pasaríamos en un lugar llamado purgatorio hasta que nos dejaran entrar en el paraíso. Para terminar, dijo que Dios nos quería a todos, pero no mencionó al Espíritu Santo. Supongo que ser un espíritu no tiene mucho de particular ahí arriba. Después volvió al altar, se sirvió una copa de vino y se la bebió él solo. Eso me impresionó; el tío ya había celebrado misa de ocho y de nueve, y aún conservaba el equilibrio.

Esa copa había sido la espuela, y mientras cantábamos a pleno volumen, el cura y su pandilla salieron del escenario sin que nadie les aplaudiera, lo cual me pareció muy injusto. Lo había hecho bastante bien.

Mi madre estaba allí, muy orgullosa de mí. Dijo que era el que mejor había cantado, que es lo que dicen siempre las madres. Y lo cierto es que dos semanas después, en un ensayo, el director del coro dijo delante de todos que a partir de ese día yo sería el solista, y me tendió una banda para que me la pusiera alrededor del cuello.

Mierda, pensé, esto es mucha responsabilidad para alguien que no tiene ni idea de lo que es una misa. Hasta ahora me había dedicado a seguir a los demás, pero ahora tendría que cantar solos de vez en cuando. No estaba preparado, y lo sabía.

Me dijeron que a los solistas del coro les pagaban dos chelines y seis peniques. Guau, un ascenso y un aumento de sueldo, y todo en nombre de Dios. Pero aún quedaba un pequeño detalle. Cuando terminó el ensayo, el solista destronado me estaba esperando fuera de la iglesia, y el cabrón era un tío muy grande. Debo decir que pocas cosas dan más miedo que un solista de coro destronado al que le ha cambiado la voz. Se lanzó sobre mí en cuanto salí por la puerta, y me habría dado una buena somanta si el director no llega a salir y le aparta de mí dándole una patada en el culo; a continuación le dijo que estaba terminantemente prohibido pelear en suelo sagrado (que se lo digan a los cruzados).

Mi gran momento como corista tuvo lugar en la misa de gallo de las

Navidades de 1960. Canté «Noche de paz» yo solo. Todas las luces de la iglesia estaban apagadas; solo habían encendido las velas. Fue precioso. Mi madre también estaba allí ese día y lloró. Fue algo mágico. No hubo aplausos, lógicamente, pero sí muchos suspiros y muchos «aaahh».[17]

No todas las ideas de Warren Young tenían un final tan feliz.

El ejemplo que me viene enseguida a la cabeza —porque aquello fue un desastre sin paliativos— fue el torneo de boxeo que organizó una vez entre nuestra tropa y los Sea Cadets de Scotswood, que estaba al otro lado del río. Tened en cuenta que nosotros éramos colegiales de entre diez y catorce años, mientras que los Sea Cadets, que eran una verdadera fuerza naval de reserva, tenían entre dieciséis y dieciocho y unos brazos musculosos y llenos de tatuajes. Y encima eran de Scotswood, que era donde iban los chavales de Dunston los viernes y sábados por la noche… si querían morir. Era el sitio más peligroso de Newcastle, por no decir de todo el norte de Inglaterra; de allí era la terrorífica familia de los Tams y varias pandillas más al estilo de *Peaky Blinders*. En otras palabras, subirse a un ring de boxeo con esos tíos era una auténtica locura.

Pero yo ya era adolescente y me atrevía con todo —algo que Warren claramente apreciaba de mí—, y puede que me sintiera un tipo duro después de mi victoria frente al ladrón de la lechería. Así que fui uno de los idiotas que levantamos la mano para apuntarnos como voluntarios al equipo, y eso sin haberme calzado unos guantes de boxeo en la vida.

Recibimos un riguroso entrenamiento… que consistió exactamente en *un* asalto. Ah, y nuestra tropa solo tenía dos pares de guantes, y los que me tocaron a mí eran más grandes que mi cabeza, de modo que tenía que rellenarlos de papel de periódico para que no salieran volando cada vez que intentaba soltar un gancho. E incluso rellenos de periódicos quedaban blandos y sueltos, y el asalto terminó sin que hubiera conseguido dar un solo puñetazo. Pero ya era demasiado tarde para retirarse.

Cuando llegó la gran noche, el salón de los scouts estaba lleno de espectadores, casi todos ellos padres, y entre ellos un tal sargento

Johnson que había sido boxeador y entendía bastante de aquel deporte. Se sentó en primera fila con el ceño fruncido y los brazos cruzados. En el momento en que entré en el vestuario y vi a aquellos chavales de la Marina, comprendí que me había metido en un lío muy gordo. El más joven de ellos no tendría menos de dieciséis años, y todos tenían la misma pinta: fríos y duros luchadores callejeros, capaces de mandarte al cementerio por una bolsa de patatas fritas. En comparación con ellos, yo era tan bajito y débil que seguramente a ninguno se le ocurrió que pudiera ser uno de sus oponentes.

Minutos más tarde llegó el árbitro —un cadete vestido con camiseta marinera blanca—, y nos dieron a cada uno un número y el nombre del chaval con el que íbamos a pelear.

Cuando me llegó la hora de saltar al ring, apenas podía mover las piernas de lo aterrado que estaba con todo aquel espectáculo. Las cuerdas. La campana. Las luces del salón parroquial, de un sucio color blanco debido al humo de los cigarros que colgaba del techo. El hombre del botiquín con un cubo en la mano, no tenía ni idea por qué. Era una visión del infierno.

Entonces miré a mi oponente.

Tenía cuatro años más que yo, medía 1,70 y parecía que había salido en libertad condicional para hacer servicios comunitarios. Por supuesto, iba equipado con todo lo necesario: pantalones cortos negros, calzado deportivo y guantes del tamaño adecuado, mientras que yo llevaba los pantalones cortos del cole, playeras y guantes rellenos de periódicos. Bueno, he vivido bastante bien, pensé. Al menos voy a morir dando vueltas…

—Oiga, árbitro, esto es absurdo —gruñó el Sea Cadet al verme—. A este chavalín lo voy a matar.

El árbitro me miró y dudó un momento. Oh, Dios mío, gracias, es un tío sensato y va a poner fin a esto. Pero se encogió de hombros y dijo:

—Qué va, ya se las arreglará.

—Escucha, chaval —dijo el chico, mucho mayor que yo, inclinándose hacia mí—. Te voy a pegar una sola vez; tú quédate tirado en el puto suelo.

Asentí, pensando para mis adentros: tengo que sobrevivir al menos

una ronda. No puedo perder con el primer golpe. Sería el hazmerreír de todos. Mi padre no volvería a dirigirme la palabra.

Así que nos tocamos con los guantes —¡DING DING!—, y allí me lancé dando saltitos al estilo de Muhammed Ali, esquivando y agachándome, aprovechando mi velocidad y mi peso pluma. Y en esas empecé a pensar, oye… La verdad es que no se me da tan mal. A lo mejor puedo perder tiempo, hacer que corra el reloj… y agotar a este tío.

Tampoco es que el cadete se moviera mucho.

Estaba ahí quieto, con cara de aburrimiento, como intentando decidir en qué momento…

¡ZAS!

Recobré el sentido en el vestuario; un médico inclinado sobre mí me preguntaba cuántos dedos veía en su mano.

—¿Cuántos… asaltos… he durado? —mascullé.

—¿Asaltos? —dijo el médico resoplando—. Hijo mío, apenas has durado un segundo.

Cuando volví a casa esa noche, mi madre me llamó desde la cocina para preguntar qué tal había ido. Como casi todas las madres de los scouts, ella no había querido ir, porque no podía soportar ver cómo un marinero de Scotswood le recolocaba el cerebro a su pequeño. Y ahora no se atrevía a salir de la cocina y supervisar los daños.

—Ha podido ser peor —dije, como si hablara de una picadura en la lengua.

Papá entró detrás de mí y emitió su veredicto.

—No habría podido dar un puñetazo ni aunque hubieran atado al otro.

Cuando pienso en ello, no me puedo creer la suerte que tuve de ser adolescente precisamente en 1960, justo al comienzo de la mejor década de la historia. Un ejemplo increíble de buen *timing*. Si hubiera nacido unos años antes, mi adolescencia habría sido igual que la de cualquier generación de chavales de Newcastle de antes de la Segunda Guerra Mundial. Todo habrían sido canciones de *music hall* como «Keep Yer Feet Still Geordie Hinny» y «Blaydon Races», programas de variedades de la BBC, y no habría conocido el sexo hasta el

matrimonio. Ahora, en cambio, estaba a punto de conocer a los Beatles, la minifalda, la liberación de la mujer, los Jaguar E-Type y las expediciones a la luna. Aunque no olvidemos que también estaban la Guerra Fría y la omnipresente amenaza de la bomba atómica.

Ya antes de que empezaran los sesenta se notaba que el estado de ánimo del país estaba cambiando. De repente la opresiva pobreza de la posguerra dio paso a una sensación nueva y desconocida…

El *optimismo*.

Mi vida también cambió cuando me hice actor infantil de la Tyne Tees Television y salí varias veces en un programa semanal llamado *One O'Clock Show*. (Al ser bajito podía pasar por más joven de lo que era, y me pagaban la astronómica cantidad de cinco guineas —poco más de cinco libras— por cada aparición. Uno de los productores había oído hablar de mi actuación en el Gang Show, y fue así como me «descubrieron».) La producción más grande en la que aparecí fue un drama futurista llamado *In the Year 2000*, donde mi única frase era: «Papá, ¿qué es un resfriado?», ya que supuestamente los resfriados ya habrían sido erradicados para entonces. Así de felices e inocentes éramos…

Entre tanto, justo al comienzo de la década, mi padre hizo algo que unos años antes nos habría parecido increíblemente atrevido. Un sábado por la mañana nos llevó a Maurice y a mí a Byker, al otro lado de Newcastle, y fuimos directos a un garaje de coches usados llamado Northern Motors. Yo estaba totalmente alucinado. *Íbamos a comprar un coche*. Mi padre se decidió por un Wolseley 6/90 verde oscuro con un capó muy grande, seis cilindros y matrícula PBB96. Un trasto absolutamente precioso. El vendedor ni siquiera le dejó dar una vuelta para probarlo; lo más que le permitió fue oír cómo sonaba el motor. Pero eso bastó para que cerraran el trato por la desorbitada cifra de 195 libras.

Mi padre ni siquiera tenía un verdadero carné de conducir. Tenía el carné del ejército, que valía para conducir un camión de tres toneladas por el desierto tunecino. Desde la guerra no había vuelto a conducir, así que estaba un poco oxidado, por decirlo suavemente. «¡Que os calléis!», repetía una y otra vez mientras intentaba manejar los

botones y tiradores y las ventanas giratorias y —lo más difícil de todo — el cambio de marchas de columna, «¡estoy intentando conducir!»

Media hora después estaba empapado de sudor y no dejaba de repetir, a voz en grito y con la mirada desquiciada, «¡estoy perdido, estoy perdido, no sé dónde estoy!». Cuando por fin llegamos a casa —una hora más tarde— salió como pudo del coche, intentando recuperar el aliento, y caminó los dos kilómetros que había hasta su club social para tomarse una cerveza.

¡Pero teníamos un coche aparcado en la puerta de casa! Y no era el coche del médico ni el del cobrador del alquiler; era el *nuestro*. En cuanto papá se marchó, me subí al asiento del conductor y me quedé sentado ahí hasta la hora de la cena. Y después de la cena seguí un buen rato mirándolo por la ventana del salón. Lo malo es que mi padre solo lo tuvo un par de años; las reparaciones, el seguro, los impuestos y la gasolina resultaron ser un gasto excesivo.

Así que hubo que volver a caminar o coger el autobús.

Y él nunca tuvo otro coche ni volvió a conducir en su vida.

En cuanto llegué a la adolescencia mi rendimiento escolar se empezó a resentir. Durante años había sido el primero de la clase A. Después crearon una clase X para que los mejores alumnos de la clase A no se aburrieran, y ahí seguí siendo el primero. Pero de pronto perdí todo interés y pasé del nº 1 al nº 6… Y a partir de ahí, digamos que mi educación se convirtió en una causa perdida. La culpa la tuvo la música.

No ayudaba mucho que el colegio estuviera a reventar y hubiera cuarenta y ocho chavales en cada aula, con lo cual los profesores pasaban más tiempo haciéndonos callar que ayudándonos a aprender. O que, en cualquier caso, los chicos que íbamos a secundaria nunca fuéramos a examinarnos de niveles A —a los quince años te ponían de patitas en la calle—. No teníamos motivo para esforzarnos.

Por increíble que parezca, me las arreglé incluso para meterme en líos en los Sea Scouts.

El problema empezó con una «prueba de campo» que se hacía para acceder al rango de scout de primera clase. La prueba consistía en que otro scout —mi amigo íntimo George Beveridge— y yo teníamos que

ir a un campamento llamado Beamish, en el condado de Durham, y una vez allí, atrapar y cocinar una paloma siguiendo instrucciones muy específicas. Tenía que ser entre el viernes por la tarde, al salir del cole, y el domingo por la tarde, y debíamos recorrer *a pie* los diez kilómetros que había aproximadamente entre Dunston y Beamish, porque si cogías el autobús o hacías autoestop quedabas inmediatamente descalificado.

Así que allá nos fuimos un día hermoso y soleado —es broma: llovía a mares—, y cuando por fin llegamos, nos tiramos una hora interminable montando la tienda de campaña a oscuras.

Ninguno de los dos tenía saco de dormir —eran demasiado caros en aquella época—, así que nos las tuvimos que apañar con unas sábanas sujetas con imperdibles. Y el tiempo era horriblemente frío y húmedo, y tampoco habíamos llevado comida suficiente, pero estábamos tan agotados que nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente nos tocaba preparar una trampa para la paloma. Básicamente era un montón de hojas, trozos de cuerda y ramitas con una puerta sujeta por otra rama, y dentro, a modo de cebo, un poco de pan. Cuando una paloma torcaz hambrienta se aventuraba a entrar para picotear un poco, tirabas de la ramita, el pájaro quedaba atrapado, y así podías retorcerle el pescuezo. Cocinarlo era una operación distinta; para eso había que hacer un «horno de barro» en la orilla de un río. Pero hasta que no atrapáramos a nuestro pájaro, no íbamos a preocuparnos de eso.

Así que fabricamos la trampa, la montamos… y nos sentamos a esperar.

Y esperamos.

Y esperamos.

Para cuando nos dimos cuenta ya era mediodía. Y empezamos a preguntarnos por qué una paloma silvestre en su sano juicio iba a querer vivir en un campamento frecuentado por scouts hambrientos en pantalón corto que ponían trampas a las palomas torcaces.

A las cuatro de la tarde nuestra suerte no había mejorado y empezamos a preocuparnos, porque a las doce del día siguiente venía un examinador a supervisar la trampa y probar nuestra paloma. Y los

dos queríamos, *a toda costa*, ser Sea Scouts de primera categoría. Así que dijimos: a la mierda, vayamos andando hasta la señal más cercana de civilización —que resultó ser una antigua población minera llamada Stanley— a ver si alguien nos ayuda.

Tuvimos muchísima suerte, porque en la calle principal de Stanley había una pollería, es decir, una carnicería en la que solo se venden aves y caza. Entramos y preguntamos al señor del mostrador, un tipo con gorra y pinta de granjero, cuánto costaba una paloma torcaz. Nos dijo el precio, contamos el dinero para ver si teníamos suficiente entre los dos —lo teníamos— y decidimos inmediatamente comprar una.

—¿Queréis que os la desplume? —preguntó el tipo—. Serían dos peniques más.

—¡Nooo! —gritamos al unísono, recordando que el manual de los Sea Scouts exigía que el pájaro fuera cocinado con plumas y todo. Usar un pájaro desplumado habría sido un puto cante.

—¿…Seguro, chavales? —preguntó el pollero—. Desplumar un pájaro tiene su aquel.

—Sí, señor, estamos seguros.

Y nos volvimos al campamento para acostarnos pronto.

Después de dormir a pierna suelta aquella noche, nos pusimos a cocinar el pájaro que habíamos «cogido» en la pollería, asegurándonos de seguir al pie de la letra las instrucciones del manual del Sea Scout.

Primero teníamos que cortarle la cabeza, lo cual no fue muy agradable, y luego las patas. Después bajamos a la orilla del río que pasaba junto al campamento —se llama Beamish Burn— y cavamos dos hoyos en el barro, uno encima de otro. En el de más abajo pusimos trozos de madera y materiales para hacer fuego y lo encendimos, y en el de arriba pusimos a la paloma. Tapamos el hoyo de arriba con barro, y con eso más o menos ya teníamos un horno de barro de andar por casa. El tiempo de preparación era entre dos y tres horas; una vez transcurrido, sacamos las cacerolas, las llenamos de zanahorias, patatas y agua, y las cocimos en el fuego. La comida estaba prácticamente lista para servir.

Por fin llegó el examinador para juzgar nuestro trabajo.

Era un momento crucial. Si daba el visto bueno, nos convertiríamos

oficialmente en Sea Scouts de primera clase. Habríamos llegado a lo más alto del escalafón.

—Jefe de patrulla Johnson —rugió el examinador—, enséñeme su paloma.

—Sí-sí, señor —dije, mostrando un amasijo de barro cocido con un pájaro dentro.

—Ummm —dijo, mirándolo con escepticismo—, ¿y las guarniciones?

—Aquí están, señor —dijo George, enseñando el platito de hojalata donde estaban las verduras, que por supuesto habíamos cocido y recocido hasta convertirlas en una papilla grisácea.

—Muy bien preparadas —asintió el examinador.

A continuación cogió el amasijo de barro y lo abrió con su cuchillo de cazador, como si estuviera abriendo un coco. Y tachán… En su interior apareció una pechuga de paloma torcaz perfectamente asada —rojiza, con pinta muy sabrosa, casi parecía cordero—, con las plumas y la piel separadas de manera natural gracias al calor del horno, tal como lo describía el manual.

Yo no me lo podía creer.

—¡Lo conseguimos! —le dije a George. Él asintió y me hizo el gesto de victoria con los pulgares.

Así que el tío se sentó en un tronco, cortó la carne, la sirvió en el plato de hojalata con las verduras cocidas y empezó a zampársela. Y a juzgar por los ruidos que hacía, *le estaba encantando*.

—¿Tenéis sal? —preguntó, con la boca llena de paloma y verduras.

—¿Perdone? —dijo George.

—Sal —dijo haciendo el gesto de agitar un salero.

—¡Oh, sí, señor! ¡Aquí tiene, señor! —dijo George, haciendo los honores. Pero el tío ya casi tenía el plato limpio. Miré a George sonriendo, él me sonrió a mí, y entonces…

CRAC.

De repente el examinador se llevó la mano a la mandíbula con gesto de angustia y lanzó un aullido de dolor, intentando sacarse de la boca algo a lo que le había dado un fuerte mordisco. Escupió el bocado en el plato y empezó a hurgar con los dedos hasta que encontró lo que

buscaba y lo levantó para que lo viéramos bien.

George y yo cerramos los ojos al ver aquella cosita negra que tenía en la mano.

Era… ah… Esto podía ser un problema.

Un perdigón de escopeta.

—Os ha costado mucho cazar esta paloma, ¿verdad, chavales? —susurró el examinador con voz encolerizada.

—¿Cómo ha podido llegar eso ahí? —farfulló George.

—Alguien debió de pegarle un tiro al pájaro… ¡antes de que cayera en la trampa! —dije casi sin aliento—. ¿¿No es una gran coincidencia??

—¡Ya basta! —rugió el examinador—. ¡Habéis hecho trampa en la prueba! Habéis decepcionado a vuestra tropa… ¡y habéis decepcionado a los Scouts! ¡Debería daros vergüenza! ¡Voy a proponerle a vuestro jefe un despido deshonroso!

Aquello era muy grave.

Volvimos a Dunston con un nudo en el estómago y muy apenados por nuestra suerte. Me horrorizaba la idea de decepcionar a Warren, después de todo lo que había hecho por mí. Y desde luego, no quería un despido deshonroso de los scouts en mi historial cuando llegara el momento de buscar trabajo. Porque a ver, ¿a quién coño le echan de los Sea Scouts? Ya oía la voz de mi padre retumbando en mi cabeza: «¡Vas a acabar barriendo las calles!».

En la siguiente reunión de la tropa tuvimos que dar explicaciones a nuestro comodoro, una capitán de navío retirado de setenta años que, por algún oscuro motivo, vivía en una habitación encima de un pub de Birtley.

Pero lo curioso fue que… no pareció importarle mucho.

Y tampoco a Warren Young.

—No os preocupéis, chavales, en toda la historia de esta prueba nadie ha conseguido cazar una paloma —nos dijo—. Vosotros habéis sido los primeros en mostrar al menos un poco de iniciativa. Siempre decimos que tenéis que estar preparados… y lo habéis estado. Sí, vale, tendríais que haber sido más sinceros con el examinador… y el pobre va a necesitar un pequeño arreglo en la dentadura. Pero como yo

mismo le dije: ¡un Sea Scout no puede aprender sin cometer errores!

George y yo nos quedamos callados. ¿De verdad que nos íbamos a librar así de fácil?

—Eh, entonces… ¿no tendremos despido deshonroso? —aventuró George.

—¡No, claro que no! —resopló Warren—. Lo que pasa es que el examinador estaba muy enfadado.

—Entonces, ¿tendremos un… despido *honroso*? —pregunté.

—Noooo, no, no, no —dijo Warren riéndose—. ¡Nunca despediríamos a un Sea Scout por una cosa tan tonta! Y creo que habéis aprendido la lección, ¿verdad, chavales?

Los dos asentimos con mucho énfasis.

—Muy bien —dijo Warren, poniéndose muy serio de repente—, porque hemos decidido montar otro Gang Show… y voy a necesitar vuestros servicios…

Unas semanas después, Warren me hizo su último y mayor favor de todos.

Yo sabía que trabajaba de delineante en C.A. Parsons & Co., que tenía sus oficinas en Heaton, junto al río, en Shields Road. Era un lugar enorme que ocupaba unas cuarenta hectáreas, con una terminal de ferrocarril justo al lado; las vías del tren terminaban en los edificios de la fábrica. Para apreciar de verdad la escala de aquel sitio tenías que verlo con tus propios ojos. A eso se referían los que llamaban por entonces a Inglaterra el «taller del mundo».

Yo siempre había dado por hecho que conseguir un trabajo allí sería imposible. Era bien sabido que cada año contrataban solo a unos sesenta aprendices —de toda la región noreste—, así que la única forma de entrar por esa puerta era estar entre los mejores.

Pero Warren insistió en que me presentara, y me prometió que hablaría bien de mí.

—Brian —dijo—, puede que no hayas ido al instituto, pero eres un chaval espabilado, tienes mucha energía, eres trabajador y, lo más importante, siempre estás dispuesto a probar cosas nuevas, ya sea subirte a un ring de boxeo, cazar una paloma o disfrazarte de las Berveley Sisters en el Gang Show. Pero no te preocupes, que no diré

nada de eso en tu carta de recomendación.

Así que seguí su consejo y me presenté, pensando que no habría respuesta. Pero me llamaron para una entrevista… y unas semanas después llegó a casa una carta que hizo que a mi madre se le saltaran las lágrimas.

En ella se me invitaba a ser aprendiz en Parsons, lo cual equivalía a cinco años de escuela técnica y formación en el trabajo, seguidos de un empleo protegido por el sindicato de por vida —siempre que no la cagara—. Hasta mi viejo estaba que no se lo creía. O al menos, cuando le di la noticia, gruñó con un poco más de entusiasmo que de costumbre.

THE FREEWHEELIN'
BOB DYLAN
Blowin' in the Wind
Girl from the North Country
Masters of War
Down the Highway
Bob Dylan's Blues
A Hard Rain's A-Gonna Fall
Don't Think Twice, It's All Right
Bob Dylan's Dream
Oxford Town
Talkin' World War III Blues
Corrina, Corrina
Honey, Just Allow Me One More Chance
I Shall Be Free

6

El aprendiz

La oferta de Parsons debería haber marcado mi camino para el resto de mi vida. Durante los cinco años siguientes iba a beneficiarme de uno de los aprendizajes técnicos más avanzados y rigurosos del mundo, después me convertiría en el primer Johnson que iría al trabajo vestido con camisa… y me uniría a las filas de la *clase media*. Si perseveraba y me esforzaba, no había límites a todo lo que podía conseguir. Un coche. Vacaciones en el extranjero. Mi propia casa de tres dormitorios. Cosas con las que mi padre solo podría haber soñado en 1945.

Y además, trabajar en Parsons no era nada aburrido.

La primera vez que entré en el edificio principal —conocido como «el taller de máquinas ligeras»—, que era del tamaño de veinte campos de fútbol y donde se fabricaban turbinas de vapor que se enviaban a navíos y plantas eléctricas de todo el mundo, me sentí como un niño pequeño. Los fabricantes de herramientas, los instaladores, los torneros, los fabricantes de troqueles, los chapistas… Lo que hacían aquellos tíos era increíble. Para mí aquellas hojas de metal, aquellas válvulas, aquellas carcasas de cojinetes no eran simples piezas, eran objetos de gran belleza.

En aquella época el director era el sobrino de Sir Charles Parsons, Norman.

Era un personaje legendario, porque conocía a la perfección las tuercas y los tornillos de cada máquina y, si hacía falta, no tenía reparos en ponerse él mismo manos a la obra.

Y además tenía un sentido del humor muy sarcástico.

Mi anécdota favorita suya es del día que estaba enseñando una turbina —un trasto enorme, del tamaño de un autobús de dos pisos— a unos alumnos de la Universidad de Oxford.

Uno de ellos señaló una varilla de acero que salía de la turbina y

preguntó para qué servía.

—Eso es un perno de parada de emergencia —explicó el señor Parsons—. Lo usamos como una especie de freno si la turbina se pone a girar demasiado deprisa, para que no se salga de la base.

—Y si eso no funciona —preguntó el estudiante—, ¿qué pasos siguen?

—Bueno, hay un segundo perno —prosiguió el señor Parsons—, aunque casi *nunca* hemos tenido que usarlo. Y en el caso muy improbable de que ese también fallara, hay incluso un tercer perno, muchísimo más grande que los otros, que se ensarta en el rotor y prácticamente destruye la turbina, pero al menos evita un accidente de graves consecuencias.

Hubo una larga pausa mientras el estudiante tomaba notas en su cuaderno. Pero entonces levantó la vista y frunció el ceño.

—Y si *eso* no funciona, ¿cuáles son los siguientes pasos?

—Unos pasos largos de cojones.

Podría contaros cómo empecé de chico para todo en la oficina general de delineantes, llevando los planos al taller, o sobre mi época en la «escuela de aprendices» (allí mismo, en la fábrica), que vino seguida de clases diurnas y nocturnas en el «instituto de aprendizaje» de Gateshead, donde finalmente aprobé los exámenes del City & Guilds[18], me saqué el certificado Tech Three y pasé a ser aprendiz de inspector, vestido con mi bata marrón, y luego aprendiz de demarcación, dibujando líneas para las perforadoras y los taladros. Incluso os podría hablar de la primera vez que usé un torno de manos libres, que hacía girar las piezas en la dirección que quisieras para cortarlas, lijarlas, moletearlas, lo que más te apeteciera, siempre que las medidas y los ángulos fueran absolutamente perfectos, porque si no, los veteranos capataces que supervisaban tu trabajo te obligaban a empezar de nuevo.

Pero lo cierto es que en aquellos días solo tenía una cosa en la cabeza… y no era una turbina de vapor.

Había algo con lo que estaba obsesionado y de lo que me había vuelto insaciable: la música.

Al fin y al cabo, estábamos al comienzo de la Beatlemanía y la

Invasión británica, y estilos de los cincuenta como el blues y el rockabilly estaban evolucionando rápidamente hacia algo mucho más duro y ruidoso. Era un momento absolutamente electrizante. Y por supuesto, uno de los mejores grupos de las listas de éxitos era de allí mismo, de Newcastle: los Animals. De hecho el bajista de los Animals, Bryan James «Chas» Chandler, había trabajado con el mismísimo torno que usaba yo en Parsons, y eso hacía que convertirte en una estrella del rock pareciera algo posible, algo que no solo te pasaba si eras de Londres o Liverpool. Durante un tiempo llegué a pensar que tal vez el torno tuviera poderes mágicos que podría heredar. Años después se lo conté a mi gran amigo Jimmy Nail —otro que también fue aprendiz de Parsons— y él lo usó como argumento de *Crocodile Shoes*, una obra de teatro que hizo para la BBC en los noventa. Me dio un subidón enorme cuando oí a un personaje de la obra pronunciar mi nombre.

Otra cosa que contribuía a aquella excitación era que este nuevo tipo de música era algo peligroso y prohibido. Hasta que empezó Radio One, la BBC se negaba a pinchar cualquier tipo de rock'n'roll por miedo a corromper a la juventud del país. Si querías escucharlo tenías que rastrear las frecuencias de onda media en la radio de tus padres y localizar «emisoras piratas» como Radio Caroline, que emitía desde barcos con transmisores de tipo militar en aguas internacionales.

En un sitio tan al norte como Newcastle[19] no se sintonizaba ninguna radio pirata. La recepción era tan mala que por cada dos segundos de música tenías un minuto de *interferencias*.

Por extraño que parezca, la música de los sesenta con la que me obsesioné al principio ni siquiera fue el rock. Fue la obra de un joven y sensible cantante folk de pelo rizado, venido del otro lado del charco.

La forma en que descubrí a Dylan fue totalmente accidental.

Por entonces estaba medio saliendo con una chica —siento decir que no recuerdo su nombre— que trabajaba en una tienda de discos en Clayton Street, en Newcastle. Los sábados por la mañana me acercaba por allí a saludar y, claro, era una tortura, porque quería

comprarme todo lo que había en la tienda, pero los discos estaban muy fuera de mi alcance. Mi sueldo de aprendiz era de una libra, diecisiete chelines y seis peniques semanales; más o menos un tercio se lo daba a mi madre para cubrir mis gastos, y el resto se me iba en billetes de autobús y alguna que otra bolsa de patatas fritas. Ni siquiera tenía tocadiscos. Si quería escuchar un LP, tenía que ir a casa de mi primo Stuart y oír sus discos.

Pero el caso es que un día que estaba flirteando con esta chica junto a la caja registradora —en lo alto de mi lista de prioridades estaba llevármela a la cama—, ella señaló una pila de discos y dijo:

—Mira, esos llegaron hace un mes pero no se han vendido… El lunes a primera hora los van a mandar de vuelta a la discográfica.

Y ahí estaba: el *Freewheelin'* de Bob Dylan —su primer álbum de canciones propias en su mayoría, antes de que «The Times They Are a-Changin» lo convirtiera en un icono—, con su foto en la portada, posando huraño en algún rincón de Greenwich Village de Nueva York, los hombros encogidos por el frío y una chavala muy guapa de pelo largo, con botas y abrigo largo, cogida de su brazo. Era lo más *cool* que había visto en mi vida.

—¿Quién es este Bob Dylan?

—Ni idea —dijo ella encogiéndose de hombros. Entonces cogió el disco y me lo metió debajo del jersey; parecía que me habían salido dos tetas cuadradas y puntiagudas—. ¡Venga, rápido, fuera de aquí!

Por un momento me quedé paralizado. Yo no era ningún ladrón, y la idea de robar me disgustaba; era algo que me había inculcado mi padre. Pero esta tía estaba muy buena y yo no iba a hacer nada que pudiera poner en peligro un beso… o mejor todavía, un polvo. Así que dije:

—Eh, muy bien, ¡gracias! —y me las piré.

Una hora o dos más tarde estaba sentado en el salón de mi primo Stuart junto a su tocadiscos, listo para escuchar el disco que me acababan de regalar. Stuart era un chaval curioso; le flipaba Dusty Springfield y tenía un póster de Marlene Dietrich en la pared. (Como ya he dicho antes, en aquellos días no sabíamos nada sobre los gays.) Pero ya desde la primera frase de la primera canción —«Blowin' in the

Wind», por supuesto— nos quedamos los dos hipnotizados. Cada acorde, cada palabra, cada respiración… Todo sonaba embriagador, peligroso, como si un hombre con una guitarra pudiera realmente cambiar el mundo.

Pronto descubrí otras cosas además de Dylan, gracias a mi medio novia de Clayton Street. Los discos que me pasaba no eran solo cosas que no se vendían. También me regalaba muestras que le daban los representantes de las discográficas. Mi disco favorito era el de The Paul Butterfield Blues Band. No tenía título —solo venía el nombre del grupo— y en la contraportada se leía «PARA ESCUCHAR AL MAYOR VOLUMEN POSIBLE». La música era sensacional. «I Got My Mojo Working», «Shake Your Money-Maker», «Look Over Yonders Wall», «Born in Chicago», «Mystery Train»… Casi todas eran versiones de blues negros tradicionales de Chicago, claro, pero Butterfield y su grupo tocaban con los amplis a semejante volumen que podías imaginarte un apagón en todo el estado de Illinois en el momento en que enchufaban los instrumentos.

Cada vez que lo escuchaba, se me ponía una sonrisa de oreja a oreja.

Enseguida descubrí que en Parsons había otros aprendices a los que les gustaba la misma música que a mí.

Y claro, una cosa llevó a la otra, y para cuando quise darme cuenta había formado mi primer grupo.

Éramos un cuarteto, y nos llamábamos Section 5. Si el nombre os parece una idiotez, tendríais que haber oído algunas de las ideas que barajamos. En esa época todos los grupos tenían nombres muy absurdos. Uno de los grupos de más éxito en el circuito de salas del noreste se llamaba Mr. Poobah's Chicago Line, y a todo el mundo le parecía la cosa más normal.

Lo cierto es que decir que «teníamos un grupo» es un poco exagerado.

No actuábamos nunca. No teníamos ni un solo fan. Y no sabíamos tocar ninguna canción. Pero dejando de lado esos detalles, estábamos convencidos de que nos aguardaba una rutilante carrera de éxito en las listas.

Al bajo estaba un chaval encantador llamado Steve Chance, que se las había apañado para hacerse con una preciosa guitarra Rosetti y un ampli de cincuenta vatios de la misma marca con un acuerdo de alquiler-compra. Felizmente, Steve tenía un hermano mayor, Les, que había aprendido él solo a tocar la guitarra solista con una semiacústica Hofner de caja muy fina. (Les era el único miembro del grupo que no trabajaba de aprendiz en Parsons.) A la batería estaba un tío llamado Robert Conlin, un fichaje muy sólido en todos los aspectos menos uno: no tenía ni idea de tocar. Eso sí, tenía una batería increíble —todas las piezas eran nuevas, de la marca Rogers—, porque era hijo único y sus padres lo tenían muy mimado. Durante su corta estancia en el grupo, Rob se mantuvo firme en la idea de que era físicamente imposible usar un pie para tocar el bombo mientras el otro pie controlaba el charles, y *menos aún* si a la vez estabas usando los brazos.

Tampoco es que importara, porque Steve metía tanto ruido con su ampli que no se oía nada más.

En cuanto a mí… Le había dado vueltas a la idea de tocar algún instrumento. La armónica de Paul Butterfield, en concreto, era una gran inspiración. Quería tocar como él. Pero por más que lo intenté, no le pillaba el tranquillo. Y lo mismo me pasó con los demás instrumentos; me faltaba la concentración necesaria. Ni siquiera podía tocar la guitarra de la forma más convencional, pasando de un acorde a otro. Era como si, en vez de dedos, tuviera salchichas. Así que me ceñí a lo que ya tenía de nacimiento: mi voz… y un par de huevos.

Con una competencia como la del ampli de Steve, pronto me di cuenta de que no podía limitarme a gritar a pleno pulmón. Necesitaba conseguir mi propio equipo. Pero como ganaba una miseria como aprendiz, no me quedó más remedio que dirigirme a mi padre con una mano delante y la otra detrás.

—Papá —dije, respirando hondo—. Necesito un juego de voces.

—¿Qué?

—Sí… Un micrófono y unos altavoces. Con un pequeño amplificador. Para tocar en directo y tal. Porque he decidido hacerme cantante profesional.

Eso le hizo prestar atención.

—¡¿*Cantante profesional*?!

De pronto vi pánico en sus ojos.

—Sí, papá, cantante profesional.

—Sí, ya te he entendido, y creo que estás loco. Johnny Cash es un cantante de verdad, pero tú no eres Johnny Cash, así que olvídate de esa idea.

—Papá… Hablo en serio.

Para ser justos con mi viejo, dejemos claro que ningún Johnson se había dedicado jamás al mundo del espectáculo. Así que todo esto no podía sonarle más marciano.

Pero después de mucho insistir, acabó por ceder. Así que cogimos el autobús nº 66 —el circular de Dunston de toda la vida—, subimos por Marlborough Crescent y llegamos a Millers Music, que estaba en un sótano de una bocacalle de Pink Lane, en Newcastle. Para mí ese sitio, con sus relucientes guitarras nuevas, sus amplis, teclados y baterías, era el paraíso.

Una vez que mi padre firmó el contrato de alquiler-compra —pagabas un depósito de tres libras y diez chelines, seguido de pagos semanales de diez chelines y seis peniques que se hacían personalmente en el mostrador—, salí de allí con un flamante micro de mano Crystal y un amplificador Watkins de diez vatios con la frase «Fabricado en Inglaterra» estampada detrás.

Era el hombre más feliz del mundo. Y mi padre, el más escéptico.

—Como falles en *un solo* pago, hijo —me soltó—, ¡lo devuelvo todo a la tienda!

Los ensayos del grupo eran los sábados por la tarde en casa de los Chance, en Walker.

Yo estaba tan ilusionado que cogía el autobús de las once y media de la mañana y me presentaba allí antes de la comida.

Me encantaban las miradas que recibía cuando me subía al bus con mi juego de voces y la gente notaba que debía de ser músico, que era lo más *cool* que podías ser en el Gateshead de mediados de los sesenta. Pero esa sensación se desvaneció rápidamente cuando comprendí que tenía que cargar con el equipo desde la parada de autobús de Walker hasta la casa de los Chance, casi a un kilómetro.

Los Chance no vivían en un semiadosado normal como el nuestro. Era un bungaló prefabricado sobre un soporte de acero, construido en una fábrica y transportado por carretera hasta la zona de Walker en la que vivían. Allí todas las casas eran prefabricadas. Después de la guerra se habían fabricado decenas de miles para contrarrestar la escasez de vivienda causada por los bombardeos y el *baby boom*. Se entraba siempre por detrás (a no ser que fueras el cobrador del alquiler) y se pasaba directamente a una pequeña cocina. Esta daba al salón y a un estrecho pasillo que conducía a dos pequeños dormitorios. El salón, por supuesto, era el gran orgullo de la señora Chance, ya que ahí estaban el aparador, la tele y sus mejores porcelanas, sin olvidar al periquito Peter, la mascota de la familia.

El único sitio donde podíamos montar el equipo era el cuarto de Steve y Les. Yo me ponía al pie de la cama —con mi pequeño ampli Watkins de diez vatios encima del colchón— y Steve y Les se ponían al otro lado. Rob, por su parte, montaba su equipo en la puerta, con el culo casi en el vestíbulo. Y aunque la casa no era mayor que tres o cuatro plazas de aparcamiento, a los padres de Steve —Dios los bendiga— no les importaba nada. Eran las personas más maravillosas del mundo, de verdad que lo eran. Siempre tan dignos, tan sonrientes (aparte de que la madre de Steve era un bombón). Cada semana invadíamos esa habitación y nos pasábamos horas haciendo el ruido más infernal, y ni una sola vez nos dijeron que paráramos. No es nada fácil encontrarte a gente así, que sabe animarte en el momento de la vida en que más lo necesitas.

Cuando pienso en ello, aquellos sábados en la casa prefabricada de los Chance se cuentan entre los momentos más felices de mi vida. Y los más emocionantes. Porque sentíamos que, si lo intentábamos, podíamos conseguir lo que quisiéramos.

Las primeras canciones que aprendimos eran todas del primer álbum de los Rolling. Muy fáciles de tocar. «Route 66», «Mona», «I Just Want to Make Love to You» y mi favorita, «I'm a King Bee», la versión que hacían los Rolling del clásico de Muddy Waters. Sabíamos que no éramos muy buenos, eso por supuesto. Pero cada sábado nos sentíamos más cerca de llegar a algo que antes ni siquiera habríamos

soñado, algo completamente inalcanzable en nuestro mundo industrial de clase obrera: algo así como una sensación de glamur, emoción, sexo y aventura. Y el día que por fin conseguimos tocar una canción entera sin parar fue un momento absolutamente mágico.

Aunque yo me aburría rápido.

—Ya está —decía nada más cantar la última frase—, ¿por qué no probamos alguna otra?

—No, no, no —decía Steve—, tenemos que seguir con esta hasta que nos salga bien.

—¡Pero si ya la hemos tocado *dos veces*!

—Sí, y sigue sonando de asco. ¡Tenemos que ensayar, tío!

—Joder, no…

Me encantaría poder decir que desde entonces me he vuelto más paciente.

Pero sería mentira, así que mejor me callo.

En uno de los primeros ensayos de aquellos sábados por la tarde —yo tendría dieciséis o diecisiete años—, decidimos celebrar que por fin habíamos dominado una nueva canción de los Rolling saliendo a tomar una pinta. Que resultó ser la primera que tomaba en mi vida. O al menos la primera que pedía para mí en un pub. Así que cogimos el autobús y fuimos a The Scrogg[20], toda una institución en Walker y un nombre que define muy bien todo lo que había en aquel sitio, desde el barro de la entrada hasta el alquitrán de los cigarros que goteaba del techo.[21] Cuando digo que fuimos en bus, me refiero a que el autobús paraba justo en la puerta, porque en algún sitio del noreste está escrito sobre mármol que una parada de autobús no puede estar a más de tres pasos de una pinta. Llegó el momento de respirar hondo y hacer nuestra entrada… Cosa que hicimos, y a punto estuvimos de desmayarnos al penetrar en la niebla de sudor, vapores de cerveza y desinfectante que flotaba en el aire, junto con las volutas de humo de los ceniceros desbordados y los pulmones ennegrecidos de la clientela.

Estuvimos a punto de dar media vuelta y marcharnos. Pero allí todo el mundo respiraba ese mismo aire… y estaban vivos, o casi. El movimiento brillaba por su ausencia.

Era evidente que éramos menores, pero The Scrogg no era la clase

de lugar donde se hacían preguntas —una pregunta se parecía demasiado a una conversación, y eso no era muy del gusto de los parroquianos—.

Yo no tenía ni idea de qué beber. La única palabra que conocía era «cerveza». Pero Les me dijo que mejor pidiera un «terciopelo negro», que era media pinta de cerveza negra mezclada con media pinta de sidra muy fuerte, y al probarlo fue como… ummm, esto está muy bueno… Así que el líquido bajó a mi estómago y la confianza se me subió a la cabeza, y lo siguiente que dije fue: «Vamos a tomar otro», y así tres o cuatro veces más. La única interrupción fue una rápida salida al exterior para mear contra la pared —con la pinta en la mano y un pitillo en la boca—, porque la única forma de sobrevivir al cuarto de baño del pub era con máscara de gas y bombona de oxígeno, y no tenía ni una cosa ni la otra.

No hará falta que os explique lo que le pasa a un adolescente de 1,67 que se bebe cuatro pintas de cerveza con el estómago vacío la primera vez que pisa un pub. Me pillé un pedo fabuloso. Estaba como una cuba. Y lo mismo les pasó a Steve, Les y Rob. Solo que ellos eran algo más altos que yo y al menos conservaban unas cuantas funciones básicas, como por ejemplo la capacidad de hablar.

Yo, en cambio, hacía grandes esfuerzos por pronunciar alguna que otra vocal.

—Vamos a coger el autobús a mi casa —masculló Steve—. Sé dónde esconde el whisky papá.

—¡Síiii! —corearon los demás antes de emprender el largo y peligroso viaje de vuelta a la calle.

Lo siguiente que recuerdo es estar esperando el autobús en la acera, con un seto muy bien cortado a mi espalda y la luna llena en lo alto. De repente la luna se movió, pero no un poco, sino que recorrió el universo entero y luego desapareció por completo. Guau, eso debe haber sido una *luna fugaz*, pensé, sin darme cuenta de que en realidad había perdido el equilibrio, me había caído de espaldas y estaba tumbado boca arriba en el seto, con las manos aún metidas en los bolsillos. Era una sensación extraña, como si estuviera esposado.

Oí que Steve le preguntaba a Les:

—¿Dónde está Brian? Andaba por aquí hace un momento…

Entonces alguien vio mis pies que sobresalían del seto, y eso provocó un gran estallido de jovialidad.

Cuando llegó el autobús, de alguna forma me las arreglé para desembarazarme del seto y ponerme erguido antes de iniciar la ascensión al piso de arriba. Creo recordar que el tema principal de conversación era mi estado de embriaguez, y a todo el mundo le parecía graciosísimo.

Entonces tuve una sensación muy rara… O mejor dicho, la tuvo mi estómago. No estaba seguro de lo que era, pero me daba la impresión… de que *algo luchaba por salir*. Empecé a hacer ruidos muy raros, en vista de lo cual se decidió que sería buena idea abrir la ventana que tenía junto a mí. Pero las ventanas de los pisos de arriba de los autobuses eran muy pequeñas, de unos diez centímetros de ancho, y solo se abrían de lado. Lo cual era un problema, porque ya estaba subiendo por mi garganta, a la velocidad de una bala de mortero, una buena cantidad de líquido mezclado con los restos de la comida y el desayuno de aquel día.

No tuve elección. Sabía que era casi imposible vomitar por una ventana de diez centímetros con un ángulo de noventa grados y en un autobús que va a sesenta por hora, pero a pesar de todo lo intenté.

Cuando terminé ya no oía risas, pero sí muchos gritos, y es que a todos los que me rodeaban les habían caído encima muestras del contenido de mi estómago.

Cuando al fin regresamos a casa de los Chance, la señora Chance declaró que no estaba en condiciones de volver a Dunston y era mejor que durmiera con Steve y Les, los tres en una cama.

Y eso fue lo que hicimos.

Por supuesto que volví a vomitar, pero por suerte esta vez tenía un recipiente a mano: las nuevas y relucientes Chelsea Boots de Steve. Sí, fue una de esas noches que se convierten en leyenda…

Me gustaría poder deciros que ese día aprendí algo importante sobre la experiencia de beber en exceso. Pero en realidad, lo único que quería era repetir.

Y ya lo creo que repetimos.

Hubo muchas más aventuras en The Scrogg, y también una tragedia. Esta tuvo lugar un día que volvimos a casa de Steve con una cantidad considerable de priva en el buche. Steve se derrumbó en el sofá y los demás hicimos lo mismo.

La señora Chance dijo:

—Voy a prepararos una taza de té. —Al llegar a la cocina dijo—: ¿Dónde está Peter? Vamos, Peter, bonito, ven con mamá.

Pero Peter, el periquito —un miembro muy querido de la familia, que se posaba sobre el hombro de todos, bebía té, picoteaba galletas y veía las noticias de la BBC—, había desaparecido.

—Oh, no —dijo la señora Chance—. Seguro que salió volando cuando entrasteis. ¡Los gatos van a ir por él!

Así que el señor y la señora Chance salieron a la calle en busca del pequeño Peter.

Nosotros no nos movimos. Steve se estaba tirando pedos como un profesional y los demás sonreíamos con aprobación —y luego con horror, cuando el olor se posaba en el aire y se negaba a desaparecer —.

La señora Chance volvió muy compungida y con los ojos llorosos. En esas Steve se levantó de golpe, y entonces comprendimos dónde estaba Peter: sufriendo una horrorosa agonía bajo las nalgas juguetonas de Steve Chance. La señora Chance intentó revivir a Peter, pero no hubo manera. Su mirada bizca reflejaba el rigor de aquellos vientos huracanados. Fue un triste final para aquella noche y para la vida de Peter.

Al día siguiente, Steve fue castigado sin desayunar y tuvo que soportar las miradas iracundas de la señora Chance.

Yo por mi parte vomité unas cuantas veces más a la vuelta de The Scrogg, pero tampoco fueron tantas. Creo que por suerte tengo una alarma en el cerebro que dice: «Ya basta, Brian», y suelo parar antes de que la cosa se me vaya de las manos. Aunque si alguno de mis amigos está leyendo esto, seguro que pensará: «Brian, eres un puto mentiroso».

Pero esta es mi versión de la historia, y nada me hará cambiarla.

7

Eine kleine Rockmusik

El primer concierto que di en mi vida no fue como me lo había imaginado. Ni siquiera fue con Section 5. Un día estaba en Parsons dedicándome a mis asuntos, y llegaron un par de chavales mayores diciendo que tenían un grupo y habían oído que no cantaba mal, así que quizá me interesara tocar con ellos en el Sunniside Working Men's Club la semana siguiente.

En esa época había un verdadero boom de clubs para trabajadores y la demanda de música en directo era muy superior a la oferta, por lo cual el listón para que te dejaran actuar no estaba demasiado alto. Pero yo no lo sabía. Me parecía increíble que hubieran conseguido un bolo de verdad, y cobrando, así que se me aceleró el corazón al oír la propuesta. Además Sunniside estaba a pocos kilómetros de Dunston, así que llegar allí no iba a ser ningún problema.

—¿Y qué tipo de música tocáis? —pregunté, como si no estuviera nada impresionado.

—Somos un grupo de folk.

—Ah, ¿cómo Bob Dylan?

—¿Cómo *quién*?

Se me cayó el alma a los pies. ¿Cómo podían tener un grupo de folk sin haber oído hablar de Bob Dylan?

—Lo siento, tíos —dije—, pero no me sé ninguna canción folk y ya estoy en otro grupo, así que…

—Toma —dijeron, tendiéndome un cuaderno con las letras—. Nos vemos el martes, ¿de acuerdo?

El nombre con el que actuamos era… Casi no me atrevo ni a escribirlo: The Toasty Folk Trio[22].

En cuanto al repertorio, consistía en seis canciones cuyas letras me apunté a mano para aprendérmelas de memoria. En realidad no era música folk, sino más bien country and western; el tipo de cosas que

cantaba Gene Autry. Uno de ellos tocaba la guitarra y el otro tocaba la caja, de pie. Bueno, Brian, por algún sitio hay que empezar, me dije a mí mismo mientras esperábamos para salir. Entonces el presentador del club nos anunció diciendo: «Muy bieeeen, el chaval que va a cantar hoy puede parecer un crío, pero nada de abuchearle o tirarle cosas, ¿valeeee? Vamos a darle una oportunidad, ¿de acuerdo?».

Hubo un gruñido generalizado. La mitad del público se levantó y se fue a mear.

Va a ser una noche muy larga, pensé.

La primera canción era «Red River Valley», un tema tradicional de Canadá.

Y fue también la última, porque al ver que éramos una puta mierda, el presentador subió al escenario y nos dijo que nos daba diez chelines a cada uno si recogíamos las cosas y nos íbamos a casa.

Me sentí fatal. Totalmente humillado. Pero mientras recogía las letras, el presentador me agarró del brazo y me dijo: «Tú no, chavalín, tú quédate aquí». En esas apareció una señora muy gorda y me invitó a sentarme a su lado ante el órgano Hammond del club para hacer unas cuantas canciones juntos. Y resultó que tocaba genial. El sonido que le sacaba a aquel órgano era increíble, y tenía una voz preciosa, como de cantante de góspel… También me hacía arrumacos entre canción y canción; no era así como había imaginado mi debut profesional. Pero bueno, un bolo es un bolo…

La última canción que hicimos fue «House of the Rising Sun», que la señora presentó como «una canción de toda la vida de Newcastle», lo cual no era cierto, por supuesto, aunque los Animals hubieran grabado una versión de ella. Pero le hicimos justicia… Tanto es así, de hecho, que muchos años después la volví a cantar con mi grupo Geordie, y grabamos una versión de la que sigo estando muy orgulloso. (Más tarde la usaron para *El juego del ahorcado*, la peli de Al Pacino.)

Cuando bajamos del escenario recibimos una gran ovación. Bueno… O igual es que acababan de salir a la venta los cartones del bingo. En todo caso, el dueño del club estaba tan contento que me dio cinco libras —¡*cinco libras*!— además de los diez chelines que me había dado para hacer callar al Toasty Folk Trio. No me lo podía creer. ¡Cinco

libras era el triple de mi salario semanal en Parsons! Los dos tipos del Toasty Folk Trio tampoco se lo podían creer. De hecho, en el momento en que salí a la calle se me echaron encima y me dijeron que les debía dos tercios de esas cinco libras.

—¿Cómo? —dije—. ¿Por qué?

—Es nuestra comisión como mánagers —dijeron.

—¡Pero si yo no tengo mánager!

—Esta noche sí, chaval.

El bolo que marcó el verdadero comienzo de mi carrera, y que siempre he recordado como algo importante, fue la primera actuación de Section 5 unas semanas más tarde en el Walker Boys' Club. El sitio era un salón parroquial, más que otra cosa, pero ese fue el comienzo, y no lo olvidaré nunca.

Como éramos demasiado jóvenes para conducir —y en todo caso no podíamos permitirnos una furgoneta—, no quedaba más remedio que coger el trolebús y apilar el equipo bajo las escaleras. Si ya me había sentido como una estrella de rock cargando con mi juego de voces yo solo, ir con todo el grupo y los instrumentos era una sensación todavía mejor. Era genial. Eso sí, ni al revisor ni al resto de los pasajeros les hizo mucha gracia lo que tardamos en subir el equipo al autobús. Sobre todo porque solo viajamos una parada y luego repetimos toda la operación, pero para bajar.

La única razón por la que habíamos conseguido ese bolo era que Steve y Les habían sido miembros del club cuando eran pequeños; en la misma época, decían, en que uno de los Animals estaba en el equipo de boxeo. (Nunca estuvo muy claro cuál de los Animals.) Pero de eso ya hacía muchos años, y cuando entramos nos dimos cuenta de que el sitio estaba hecho una ruina. Básicamente era una sala vacía con un suelo de tablones de madera. Un cuchitril de mierda. Aunque tampoco es que Section 5 estuviéramos listos para tocar en el estadio de Wembley.

Estoy casi seguro de que todas las canciones que tocamos esa noche eran de Chuck Berry. O al menos el tipo de canciones de Chuck Berry que habían hecho suyas los Rolling Stones, temas como «Come On» y «Carol». Creo que también hicimos «Walking the Dog», otra del

repertorio de los Rolling.

Para nosotros ese fue el momento de la verdad. Porque habíamos ensayado y ensayado y ensayado para aquel día… y seguíamos siendo una mierda. A Rob, el batería, le habíamos dicho: «Tú haz lo que hacen ellos en el disco», pero no sabía o no podía, y en el escenario se quedó paralizado. Las guitarras estaban demasiado altas. A Les se le rompió una cuerda. Yo me olvidé de la letra de… todas las canciones. El peor momento fue el tema de Manfred Mann «5-4-3-2-1», inmediatamente reconocible porque era la sintonía del famoso programa de la ITV *Ready Steady Go!* La canción ya era bastante difícil de por sí, con muchas partes de armónica —que ninguno sabíamos tocar— y coros de «5, 4, 3, 2, 1» a cargo de todo el grupo, que los demás se negaban a hacer porque no sabían cantar y además no tenían micro. Así que a nuestra versión le faltaban dos tercios de lo que hacía que valiera la pena tocarla. Y el tercio restante era una puta mierda.

Una buena forma de rematar esta historia sería decir que el público nos abucheó y nos echó del escenario.

Pero lo cierto es que ni se fijaron en lo que hacíamos.

Pasaron completamente de nosotros.

Los pocos que *sí* prestaron atención estaban apoyados en la pared, sin moverse ni un centímetro y con pinta de estar deprimidos. No había bebida. Ni siquiera gaseosa. Nada. La única razón por la que estaban allí era que la entrada solo costaba un chelín —hoy serían un par de libras—, y en Walker no había nada más que hacer ni adónde ir. Cuando terminamos se hizo un silencio absoluto, ni siquiera hubo un tímido aplauso de cortesía. Todo el mundo se fue echando hostias al *fish and chips* de al lado.

Pero, desde otro punto de vista, la noche fue un éxito triunfal. En el público había una piba alemana rubia de unos diecinueve o veinte años —su padre debía de trabajar en un buque mercante o algo así—, y cuando salí del club a echar un pitillo, ahí estaba ella esperándome con unos amigos. No tengo ni idea de si le gustó el concierto. Solo sé que me incrustó la lengua en la oreja y, para cuando quise darme cuenta, me estaba indicando que la siguiera a un romántico escondrijo en la parte de atrás del club; el escondrijo en cuestión era un callejón

de paredes de ladrillo lleno de ortigas, colillas y toda clase de basura. Ella me bajó los pantalones y me tiró al suelo, y sentí cómo me picaban las ortigas en el culo y en la parte de atrás de las piernas. Pero no recuerdo que me doliera, y menos desde el momento en que ella se levantó la falda y se sentó encima de mí.

Así fue como en aquella velada —después del primer bolo de Section 5 en una sala medio vacía del Walker Boys' Club— perdí la virginidad con esta alemana increíblemente sexi y mayor que yo, que se puso a saltar encima de mí como si estuviera cabalgando un caballo, todo esto sin quitarse el abrigo ni el jersey, fumando un cigarro, usando mi estómago como cenicero y mirando alrededor de vez en cuando por si venía alguien. Pero el que se vino fui yo.

—¿Has terminado *ya*? —preguntó.

—¡¿Quieres más?! —fue todo lo que acerté a decir, ya que en aquellos días te podías dar por satisfecho con echar un solo polvo.

—¿Dónde coño estabas? —preguntó Steve cuando volví para recoger mi equipo, sintiéndome el rey del mundo—. ¿Y por qué caminas así?

—Me he sentado encima de unas ortigas —expliqué.

—Los baños están ahí —dijo, un poco extrañado—. No hacía falta que fueras a cagar a los matorrales…

Pero no le presté atención, porque no podía dejar de preguntarme: ¿por qué *yo*, y por qué *esta* noche, precisamente esta? Decidí que había sido por mi forma de cantar. Y eso me hizo pensar algo más. Si seguía mejorando en esto de cantar y conseguía entrar en un grupo mejor, puede que esto mismo me pasara todas las noches… durante el resto de mi vida.

Esos son los momentos en los que uno toma las Decisiones Vitales de su Carrera.

8

Desastre en la carretera

Era verano de 1966 y bajábamos por la A1 hacia Dover para pasar nuestras primeras vacaciones en el extranjero: una visita a la parte italiana de mi familia en Frascati, cerca de Roma. Éramos tres: George Beveridge, Robert Conlin y yo. Se celebraba el Mundial de Fútbol, e Inglaterra iba ganando 4-2 a Alemania en Wembley. ¡Qué gran día! Cada vez que veíamos un coche alemán le hacíamos la peineta. La vida nos sonreía: tres chavales de diecinueve años en un Renault 4 bastante nuevo, propiedad de Rob (el cabrón era hijo único). Íbamos al sitio donde habían estado nuestros padres veinte años antes, pero nosotros no íbamos a que nos pegaran tiros.

Subimos al ferry en Dover rodeados de coches increíbles: varios Aston Martin 4 y 5, Bentleys Continental, Facel Vegas, Ferraris y hasta un Mercedes Gullwing, todo en el mismo barco. No nos podíamos creer que hubiera tanta gente rica en el mundo.

Ese año muchos nos sentíamos orgullosos de ser ingleses. Los Beatles y los Stones arrasaban en todo el mundo, se vendían Minis en todas partes (aunque en Italia se fabricaban bajo licencia y se llamaban Innocenti), y las marcas de motos inglesas todavía eran las mejores: Norton, Triumph, BSA, Ariel, James.

El barco zarpó. Salimos del puerto y, por primera vez en mi vida, entendí por qué se habla tanto de los blancos acantilados de Dover. El viaje fue maravilloso: Francia, Suiza, el norte de Italia y después hasta Frascati por la bien llamada Autostrada Sud. Lo pasamos en grande, y en ese viaje comprendimos que para los italianos, un coche lo es todo. Aquellos preciosos Alfas, Giuliettas, Lancias... Era otro nivel.

Cuando regresamos después de dos semanas estupendas, no sospechábamos lo que estaba a punto de pasarnos. Mis familiares nos llenaron el coche de cajas de vino, jamón y salami. Íbamos muy bien provistos. Cuando salimos ya era un poco tarde (como de costumbre)

y nos perdimos varias veces intentando encontrar la carretera para salir de Frascati.

A las cuatro de la mañana, Robert estaba agotado de tanto conducir de noche. Pero no nos dejaba conducir ni a George ni a mí, por miedo a que «rompiéramos las marchas». Os juro que dijo eso. Así que íbamos durmiendo como podíamos en el coche. Llevábamos recorrida la tercera parte del camino y estábamos en la temible autovía francesa N7, famosa entre los aficionados al motor por su largo historial de muerte y destrucción. Teníamos que llegar a Calais para coger el ferry; si no, no llegaríamos al trabajo el lunes en Newcastle. Era sábado, y la hora de salida del ferry era las cuatro y media de la tarde del domingo. Si seguíamos adelante y solo parábamos a por gasolina, llegaríamos bien.

Rob no tenía buen aspecto, así que nos ofrecimos a conducir, pero él se negó de nuevo. George me dijo: «¿Qué tal si cambiamos de sitio, Brian? Estoy harto de ir atrás». El asiento trasero parecía la camioneta de un repartidor de comestibles, pero era mi turno de ir ahí, así que cambiamos de asiento. Fue el mejor cambio que he hecho en mi vida.

Una hora más tarde, en la N7, vimos a una familia de cuatro personas haciendo un picnic a un lado de la carretera junto a su Peugeot State. Acabábamos de adelantar a un coche lleno de enfermeras inglesas y nos habíamos saludado. Rob se quedó profundamente dormido con el coche a cien por hora y, antes de que pudiéramos hacer nada, embistió de frente al Peugeot. Todo se volvió blanco y negro; misteriosamente, yo me quedé completamente sordo, y es cierto lo que dicen: todo ocurrió a cámara lenta. JODER, ¿cuánto tiempo va a durar esto? Según algunos testigos, el coche dio siete vueltas. El techo del coche quedó aplastado a la altura de la manilla de la puerta. Se hizo un silencio absoluto.

Entonces empezaron los gritos. El que gritaba era Rob: el volante se había salido y la llave de contacto le había atravesado la caja torácica. George había salido volando del asiento del copiloto y estaba tirado en algún lugar del campo. Yo estaba atrapado. El coche tenía el motor detrás; no había salida posible. Respiré hondo y me palpé buscando sangre. Ni rastro. Eso no era posible. Menuda suerte has tenido,

cabrón, pensé. Las horribles sirenas de la policía francesa se oían cada vez más cerca. Voces alrededor del coche: voces inglesas, voces de chicas, voces de enfermeras. Me quedé esperando a que me rescataran, pero lo malo es que nadie sabía que estaba ahí. No podían verme.

Reconozco que tuve un arrebato de pánico, porque el coche había quedado de lado, salía gasolina por todas partes y el motor estaba caliente. Me puse a gritar, pero, según me dijeron más tarde, todos estaban cuidando de Rob o estaban en el campo con George, que tenía unas heridas horribles.

Decidí hacer un intento de salir por el vano motor, imbécil de mí. Arranqué el asiento —algo no muy difícil en un Renault de los sesenta —, alargué la mano y me quemé al momento. «¡UUUAHHH!», chillé. Entonces uno de los *pompiers* me vio y gritó: «*Cet git anglais entre l'auto est FUCKAYED!*» (o eso me pareció).

Me sacaron y me tumbaron en el suelo. Entonces empecé a sentir el shock y a asimilar lo crucial que había sido ese cambio de asiento. Mi mejor amigo iba en una camilla, medio muerto, camino de una ambulancia. Por favor, George, no te mueras…

Todos me miraban con cara un poco rara y yo no entendía por qué. Acababa de sobrevivir a una hostia importante, y me miraban como si fuera culpa mía. El poli me preguntó si habíamos bebido, y entonces me di cuenta: tenía el cuerpo empapado del mejor vino italiano. Si nos libramos de esa fue porque pude demostrar que los corchos aún estaban puestos en las botellas. Y entonces fue cuando noté un dolor en el pecho. No me había ido de rositas; la cosa iba por dentro. Tres costillas rotas.

Me llevaron a un pequeño hotel rural donde me trataron de maravilla. A los otros los llevaron al hospital; nunca olvidaré aquella noche. Yo estaba vivo, pero no sabía si George lo estaba. Al día siguiente fui al hospital: estaban vivos. Un poco magullados, pero eso daba igual. No teníamos ni un duro, así que nuestra mayor preocupación era cómo salir de allí. George tenía la cara llena de puntos y seguía sangrando. De modo que hicimos lo siguiente: yo me manché la cara con sangre de George, me metí en la cama y fingí que era él, mientras George, con ayuda de Rob, se vestía en un armario.

De allí huimos a la estación para coger el tren a París, con los empleados del hospital persiguiéndonos para que pagáramos la cuenta.

Un tío muy majo de la embajada británica nos consiguió billetes a Inglaterra en el tren barco, pero este solo llegaba hasta Londres. No teníamos dinero para comer y estábamos muertos de hambre. Al llegar a King's Cross, después de atravesar todo Londres con la ropa metida en cajas de cartón, conseguimos comprar tres billetes a casa prometiendo a los que nos prestaron el dinero que se lo devolveríamos en un mes.

El domingo por la tarde llegamos por fin a Newcastle. Menuda pinta debíamos de tener: George parecía el jovencito Frankenstein y yo iba con los pantalones totalmente ensangrentados. Y entonces va Rob, saca la cartera y dice que va a coger un taxi para irse a casa. ¡El cabrón tenía dinero! George y yo nos arrastramos como pudimos hasta Dunston, nuestro pueblo, que estaba a unos seis kilómetros.

El lunes por la mañana, a las siete y veinticinco, fiché en C.A. Parsons & Co. Ltd., con costillas rotas y todo. George fue al hospital para que le siguieran sacando cristales de la cara; hoy todavía tiene algún trocito dentro.

Unas semanas después terminó mi aprendizaje. En Parsons se portaron bien conmigo y me ofrecieron un puesto fijo.

Ya era un verdadero adulto.

Y no… No me hacía mucha gracia cómo sonaba eso.

SEGUNDA PARTE

9

Oops

Nochevieja de 1966.

Soy joven, libre y sin compromiso —o al menos estoy soltero—, y las cosas marchan viento en popa.

Para empezar, he dejado a Section 5 y ahora canto en un grupo nuevo, mucho mejor y con un nombre mucho más sensato. Vale, esto último no es cierto. Nos llamamos The Gobi Desert Kanoe Klub[23], que es algo que hemos leído en una camiseta de coña que anunciaban en la contraportada del *New Musical Express* junto con una oferta de patillas postizas… que además compramos, sin pararnos a pensar en el color[24]. En cuanto al estilo musical, basta con decir que yo salgo al escenario equipado con unas maracas y una pandereta. Ah, y no hacemos «bolos». Hacemos «happenings» y, mejor todavía, «*love-ins*[25]».

¿He dicho ya que tengo una nueva novia? Pues sí, y está buenísima. Pelo rojo como el fuego. Grandes ojos azules. Se llama Carol, y no podemos despegarnos el uno del otro.

Y ahora se acercan las doce de la noche y nos dirigimos a una fiesta para celebrar el paso de 1966 a 1967, en casa del guitarra rítmica de The Gobi Desert Kanoe Klub, Dave Yarwood, un tío valiente que va con el pelo cortado en plan tazón, camisa de flores y pantalones blancos ajustados.

Como todos los que asisten a esa fiesta, Dave es una de esas improbables y maravillosas criaturas: un jipi de Newcastle. En 1966 hay cientos como nosotros en el noreste, por no decir miles. Nuestro dios es el melodioso Scott McKenzie, y nuestro himno es «San Francisco», a pesar de que San Francisco queda muy, muy lejos de casa de Dave, en Scotswood Road.

La Nochevieja —o Noche de Año Viejo, como la llaman algunos— es un evento importante en Newcastle, y no solo porque allí nos

parece bien cualquier excusa para pillarnos un buen pedo. Cuando el reloj da las campanadas, todos los barcos del Tyne tocan las sirenas, y la ciudad entera vibra al son de este sonido inquietante y emotivo que recorre varios kilómetros a través de la niebla y la lluvia. Es el momento del «primer invitado»: el primero que entre en una casa el 1 de enero debe hacerlo cargado con una bolsa de carbón para llevar la buena suerte, y es recibido con un vaso de whisky y un coro de voces que entonan el «Auld Lang Syne»… A no ser que sea una mujer, o un pelirrojo, en cuyo caso caerá sobre el anfitrión una maldición para los próximos doce meses. Extraña superstición, teniendo en cuenta la cantidad de tías y de pelirrojos que hay en la zona, pero a mí no me miréis, yo soy medio italiano y no tuve nada que ver con eso.

Todavía hoy, Carol y yo seguimos sin acordarnos de nada de lo que pasó entre las campanadas de las doce y la mañana siguiente, momento en que nos despertamos abrazados en el suelo del salón de Dave.

Lo único que sé a ciencia cierta es que los dos estábamos muy borrachos…

Y que uno de los dos acabó muy embarazado.

En la senda que conduce a un cantante de rock hacia la fama y la fortuna, dejar preñada a tu novia a los diecinueve mientras curras a jornada completa en una fábrica no es el paso más aconsejable.

No es que me arrepienta. No podría arrepentirme. La niñita que nació nueve meses después —mi preciosa Joanne— me ha dado más alegría y amor de lo que sería capaz de expresar.

Pero digamos que podríamos haber elegido un momento mejor.

De hecho, habría sido imposible elegir un momento peor.

Pensad que, para un aspirante a músico de rock, no podía haber mejor lugar que la Inglaterra de comienzos de 1967. Era como ser explorador en Portugal en la época de Cristóbal Colón. O pintor en Italia en pleno Renacimiento. Si recordáis todo lo que estaba pasando por entonces, era algo tremendo. Los Rolling Stones acababan de sacar un single de doble cara A con «Let's Spend the Night Together» y «Ruby Tuesday». El *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* de los Beatles estaba a punto de salir… Al igual que el *Are You Experienced* de The

Jimi Hendrix Experience y el single «Waterloo Sunset» de los Kinks. Y en cuestión de meses, la BBC lanzó Radio One.

Solo la existencia de Radio One ya nos cambió la vida a todos. Antes de eso, lo único que ofrecía la radio de la BBC era esa mierda asquerosa del Light Programme o, peor aún, el Home Service, con sus pronósticos meteorológicos para navegación que parecían durar días, describiendo al detalle cada ráfaga de viento y cada gota de lluvia en lugares que no conocían más que cuatro pescadores. «Holmsgarth, noroeste, de dos a cuatro… buen tiempo en general, malo a ratos… Lochmaddy, lluvia ligera e intermitente, de poca intensidad…»

Y de repente pasaron de eso a estar pinchando «Flowers in the Rain» de The Move, que fue la primera canción que sonó en las ondas de Radio One. Esa mañana me descontaron un cuarto de hora del sueldo; no era capaz de despegarme de la radio Rediffusion que teníamos en la cocina.

Y cuando llegué al trabajo, solo pensaba en volver corriendo a casa para seguir escuchando.

A decir verdad, ya había sentido que me estaba perdiendo los sesenta incluso antes de convertirme accidentalmente en papá. Porque mi trabajo en Parsons no era solo de nueve a cinco. Cuando supe que habría semanas enteras en las que iba a hacer el turno de nueve de la noche a siete y media de la mañana me quedé hecho polvo, por mucho que la paga fuera doble y la semana tuviera solo cuatro días. El dinero extra me daba igual, y eso que no me sobraba ni un penique. Pero yo quería tener noches libres para tocar con mi grupo.

Recuerdo mi primer turno de noche como si fuera ayer. Iba camino de la fábrica con otros dos aprendices como yo, y en esas levanté la vista y vi una puesta de sol espectacular. Ya sé que me quejo mucho del clima del noreste, pero debo reconocer, con el corazón en la mano, que las puestas de sol allí son inigualables. El viento se convierte en el pincel de Dios y los nubarrones en su paleta de colores, y el cielo estalla formando increíbles remolinos de rosas, naranjas y rojos, sobre todo en verano, ya que cuando estás tan al norte nunca oscurece del todo.

—Ostras… fijaos en eso —dije, estirando el cuello para no perder

detalle.

—¿En qué? —fue la respuesta.

—El cielo, tío, el puto cielo.

Los tíos levantaron la vista, se miraron entre sí y se encogieron de hombros. Ya sabían lo que era una puesta de sol.

—Pensad en todo lo que está pasando bajo este mismo sol en el resto del mundo —dije maravillado—. Todos esos lugares fantásticos. Toda esa gente fantástica. Todas esas aventuras esperando a ser vividas.

Entonces dirigí la mirada al taller de máquinas ligeras, un enorme agujero negro en el cual se adentraban las vías del tren.

—Y nosotros, en cambio —dije—, metiéndonos *ahí*.

Me miraron como si acabara de aterrizar de otro planeta.

—Estás como una cabra, tío. ¿Lo sabías? Estás como una puta cabra.

Para acrecentar aún más mi frustración, había empezado a ver en directo a muchos grupos importantes, y eso me daba una ligera idea de cómo podría ser mi vida si consiguiera hacerme cantante profesional.

El primer bolo que recuerdo fue en el Odeon Cinema de Pilgrim Street, en Newcastle. La entrada era gratis porque estaba patrocinado por una marca de tabaco, lo cual no era ningún problema por entonces, ya que el tabaco era bueno para la salud —o eso decían los médicos que lo defendían—. La artista principal era Julie London. Recuerdo que al entrar te daban un paquete de veinte cigarros; para mí y para George Beveridge, que vino conmigo, eso fue como si Papá Noel hubiera adelantado su visita. Normalmente andábamos tan pelados de pasta que los comprábamos en paquetes de diez. Además de la atracción principal había varios grupos más, y cada uno de ellos tocó un par de canciones. Los Bachelors, los Fourmost y después los Pretty Things, que salieron y arrollaron a todos los que estábamos allí con «Don't Bring Me Down».

Habría dado un brazo por ser cualquiera de esos tíos que veía sobre el escenario, sobre todo por ser uno de los Pretty Things.

Una de las razones por las que todos los grupos buenos subían a Newcastle era el Club a'Gogo, un sitio regentado por el famoso

mánager *cockney* Mike Jeffery. Se convirtió rápidamente en el equivalente del Marquee de Londres en el noreste, más que nada porque Jeffery había conseguido a un cantante excelente, Eric Burdon, para el grupo residente del club.

Ese grupo, por supuesto, eran los Animals.

Todo el mundo pasaba por el Club a'Gogo. Los Rolling Stones. Los Who. Ike and Tina Turner. Howlin' Wolf. Los Animals llegaron a dedicarle una canción al club, y la sacaron como cara B de «Don't Let Me Be Misunderstood». Así de importante era ese sitio. Pero había muchas otras salas en la ciudad. Estaban La Dolce Vita, el Downbeat, Change Is, el Oxford, el Majestic, el Cavendish y, por supuesto, el Mayfair, con su fabuloso escenario giratorio.

Sí, Newcastle estaba muy en la onda por aquellos días.

El Mayfair era el club al que más iba porque tenía el mejor equipo de sonido y una «noche de rock» en la que los DJs pinchaban las novedades más heavies de rock y blues a un volumen que era como un puñetazo en el estómago. La canción que más ansiábamos escuchar era «My Generation» de los Who. Siempre esperábamos al momento en que Roger Daltrey cantaba, con ese tono genial y amenazador, «*Why don't you all…. f-f-f-fade away*?[26]», y todos lo coreábamos desparramados por la pista de baile, con la cabeza echada hacia atrás, haciendo con el brazo los molinos de viento de Pete Townshend mientras Keith Moon aporreaba como loco su batería.

Me gustaba tanto esa canción que más tarde intentamos versionarla con The Gobi Desert Kanoe Klub…

Pero nos quedamos sin talento ya en la primera estrofa.

El concierto que realmente nos hizo comprender a qué velocidad estaba llegando el futuro fue el de The Jimi Hendrix Experience. Os puedo decir hasta la fecha: 10 de marzo de 1967. En el Club a'Gogo, por supuesto. Debió de ser uno de los primeros conciertos de Hendrix en Inglaterra, lo cual es lógico teniendo en cuenta que sus mánagers eran Mike Jeffery y Chas Chandler, de los Animals.

En cuanto me enteré de que venía a tocar, supe que iba a ser algo distinto. El tío ya lo estaba petando incluso antes de que nadie le hubiera oído tocar; en *Record Mirror* habían escrito un artículo sobre

él y lo llamaban «Mr. Phenomenon». Entonces se publicó *Are You Experienced* —se decía que la primera canción, «Foxy Lady», iba sobre la novia de Roger Daltrey—, y recuerdo que al oírlo pensé: «¿*qué coño es esto*?». Era como si el tío se hubiera materializado desde otra dimensión… trayéndose de allí un montón de frecuencias nuevas.

Mucho más potentes.

Pero, claro, no tenía dinero para la entrada. Y en realidad daba igual, porque se agotaron en un segundo. Así que hice lo que cualquier chaval un poco espabilado habría hecho en mi lugar. Cuando los porteros estaban distraídos, me puse a cuatro patas y pasé a gatas por debajo del mostrador de entrada.

Para cuando alguien me vio, yo ya corría escaleras arriba mezclándome con el resto de la gente.

No cabía ni un alfiler. La sala estaba al doble o triple de su capacidad. Apenas se podía respirar. Años después me enteré de que también estaba allí un tal Gordon Sumner, más conocido como Sting, que por entonces era un chavalín de quince años. Y también, aún más joven, un tal James Bradford, hoy Jimmy Nail, que no tenía ni trece años. Quizá debería explicar que el Club a'Gogo tenía dos salas. Una recibía el nombre de «The Young Set» porque era para menores de dieciocho, y la otra era «The Jazz Lounge», para un público mayor y más sofisticado. Esa noche estábamos en The Young Set, porque el concierto del Jazz Lounge no empezaba hasta una hora tan intempestiva como las dos de la mañana.

El propio Sting se acuerda de que hubo un poco de lío cuando los dueños del club intentaron pillar al chaval que se había colado. («¿Que eras *tú*?», me dijo cuando se lo conté años después.) Pero me las arreglé para encontrar un sitio hacia el fondo de la sala donde pude quedarme camufladamente (no sé si existe esta palabra) y escuchar. Era lo único que podía hacer, escuchar, porque ver algo era imposible… aparte de un poco de la cinta que llevaba Hendrix en la cabeza, el clavijero de la guitarra y algún detalle de la casaca. De pronto hizo un movimiento con la guitarra y se le quedó enganchada en el falso techo —algo no muy difícil en un lugar tan horriblemente claustrofóbico—. Otro guitarrista habría parado el concierto, pero él

siguió tocando con la guitarra ahí colgada.

Y en un momento dado, si no recuerdo mal, con los dientes.

El club se vino abajo.

El mundo nunca volverá a ver algo como Jimi Hendrix. El aura que tenía. El carisma. No hay palabras que le hagan justicia ni de lejos. Aunque para ser sincero, diré que el sonido fue horroroso. Era malo *de verdad*. Ni siquiera había roadies que acompañaran al grupo. Tan solo Mitch Mitchell a la batería y Noel Redding dándole al bajo. No había mesa de mezclas ni técnico, simplemente tres tíos sobre el escenario y aquel ruido increíble, totalmente abrumador, todos los volúmenes al rojo, las válvulas ardiendo, chispas volando, el aire vibrando y crujiendo con aquella corriente de alta tensión. Todo ello esculpido y moldeado por el propio Jimi Hendrix, con sus formidables dedos. El tío abría su alma al público a través de la guitarra.

Se hacían llamar «experiencia», pero en realidad eran un ataque frontal. Al salir del concierto sabías que el mundo había cambiado, que *tú* habías cambiado. Es el mismo efecto que veo cuando Angus Young se suelta, se pierde en su propio mundo y usa la guitarra para traducir lo que está sintiendo.

Por supuesto, salí de allí totalmente enganchado.

Todavía me zumbaban los oídos del concierto de Hendrix cuando decidimos formar The Gobi Desert Kanoe Klub.

Éramos un servidor a la voz, Dave Yarwood (el de la famosa fiesta de Nochevieja) a la guitarra y otro guitarrista más que decente llamado Ken Brown. (Yo conocía a Ken de Parsons; era un tío con melena y bigote que más tarde se emparejó con Jen, la hermana de Carol, y acabó siendo mi cuñado.) Al bajo estaba mi viejo colega Steve Chance, y a la batería un chaval que atendía al extravagante nombre de Fred Smith.

Hay por ahí una foto de los cinco sentados en la escalera de atrás de casa de Dave, intentando parecer unos tíos *enrollaos*.

Si no recuerdo mal, Ken quería que nos llamáramos Half Past Thirteen[27], pero a todos nos pareció una idiotez.

Teníamos grandes planes, por supuesto. Pero con nuestras discutibles versiones de temas de John Mayall & The Bluesbreakers y

de The Paul Butterfield Blues Band —con mi pequeño juego de voces Watkins de diez vatios totalmente ahogado por las guitarras de Dave y Ken—, estaba claro que no íbamos a llegar muy lejos.

Aunque con este grupo tuve uno de los ritos de iniciación más importantes en la carrera de cualquier músico.

El día que ocurrió estaba en casa de mis padres, mirando por la ventana del salón.

Primero oí aquel horrible chirrido. Luego hubo un estruendo ensordecedor. Y entonces la vi aparecer, envuelta en el humo del tubo de escape: una furgoneta Austin J2 con las palabras «Gobi Desert Kanoe Klub» escritas a uno de los lados.

Por primera vez en mi vida estaba en *un grupo con transporte propio*.

En algún lugar del firmamento, Dios estaba tocando el estribillo de «Aleluya» con su Fender.

Sí, ya sé… La furgoneta era una mierda. Pero esa mierda era *nuestra*. Nos daba igual que el cable que iba de la palanca de marchas a la transmisión se rompiera continuamente y a veces hubiera que cambiar de marcha con unos alicates. O que aquel trasto avanzara casi de lado porque los neumáticos estaban totalmente desgastados, o que la alineación estuviera fatal. Para nosotros, aquella pequeña furgoneta con pinta tan poco fiable era la libertad. Ya no teníamos que cargar con el equipo en un bus de línea o, peor aún, suplicar a los colegas que nos llevaran a algún sitio. No recuerdo quién nos vendió semejante trampa mortal. Solo sé que juntamos dinero entre todos, que el padre de alguien puso lo que faltaba y que el precio fue unas veinte libras (aunque debería haber costado veinte libras menos).

Cuando aquella furgoneta se detuvo en el nº 1 de Beech Drive, el mundo entero se ralentizó.

Se descorrieron cortinas.

Se asomaron cabezas.

Se oyeron exclamaciones y susurros.

Y cuando salí de casa y recorrí el caminito que llevaba a la calle, me imaginé los flashes de los fotógrafos, las chicas gritando mi nombre, los fans chillando. Se abrió la puerta lateral de la furgoneta, me metí en ella y cerré dando un portazo. Ahora toda la calle sabría que era

músico. Tío, cómo molaba.

Era esa maravillosa sensación de estar donde debías estar…

Hasta que volvías a la realidad.

He dicho que tocábamos en «*love-ins*» y en «happenings», pero en realidad solo hubo un *love-in* —un evento organizado por alumnos de la Universidad de Reading a fin de recaudar dinero para causas benéficas—; los únicos sitios donde nos contrataban eran los pubs más decrépitos del noreste. Los clubs para trabajadores aún no dominaban la escena como lo harían más tarde en los setenta, pero no éramos lo bastante *mainstream* para ellos. Preferían contratar a cómicos, malabaristas y prestidigitadores.

—¿Noooo podéeeeis tocar naaaada de las listaaaas? —nos gritaba el público las escasas veces que tocamos en esos sitios. Entonces tocábamos otro tema de Paul Butterfield, y los que no nos estaban tirando colillas, asqueados con nosotros, se marchaban sin más.

Peor nos fue aún cuando intentamos que nos programaran como parte de algún «evento». El único bolo de ese estilo nos lo consiguió el tío de Steve Chance, que acababa de abrir el primer motel de Northumberland cerca de la vía romana que lleva a Carlisle, en mitad de la nada.

Allí era donde había decidido construir su motel el tío de Steve, que era un magnate en ciernes. Como iniciativa era muy rompedora: se atrevió a hacer algo que no había hecho nadie, porque allí nadie sabía lo que era un motel.

Hasta que llegamos allí —todo un milagro, dado el estado de la furgoneta— no teníamos ni idea de que íbamos a tocar en una fiesta navideña de la brigada local de bomberos. Es decir, que el público iba a estar compuesto mayormente de tiarrones de cuarenta o cincuenta años con sus esposas, y que mientras tocábamos iban a estar picoteando un bufé de jamón y guisantes aliñado con la ceniza de sus cigarros.

—¿Tú crees que es buena idea? —le pregunté a Steve, un poco nervioso, viendo todo aquello por la ventanilla.

—¡Es un concierto pagado! —dijo Steve—. ¿Qué más quieres?

Cuando empezamos a descargar el equipo, el capitán de los

bomberos se nos acercó y soltó la bomba.

—Muy bien, chavales —dijo—, cuando estéis listos voy al micro, os presento y entonces, como hemos quedado, empezáis con el «Fire Brigade» de The Move.

Nos quedamos mirándole.

—No sé si le he entendido bien —dije con toda la educación que pude—. No hemos hablado de eso con nadie.

—Pues se lo dejé muy claro al mánager del hotel. «Fire Brigade» es la canción del cuerpo de bomberos.

Todos los ojos se posaron sobre Steve, cuyo tío era el susodicho mánager. Steve se encogió de hombros.

—Lo siento mucho —dije—, pero no sabemos tocar «Fire Brigade». Teníamos pensado empezar con algo de Chuck Berry.

—¡Pero claro que os la sabéis! —dijo el capitán riendo, y a continuación se puso a cantarla—: Corre-y-apaga-ese-fue-gooo, llama-a-la-brigada-de-bomberoooos, apaga-el-fuegoooo...

—Sí que la *conocemos* —le interrumpí—, lo que quiero decir es que no sabemos *tocarla*.

—¡Está en el número 1 de las listas, no puede ser muy difícil!

Yo estaba cada vez más desesperado.

—¿Le importa si hacemos una de Chuck Berry? —pregunté.

—Mira, hijo, la única razón por la que os hemos contratado es para que toquéis «Fire Brigade». Así que haced un intento, ¿vale?

De puta madre.

Una vez montado el equipo nos reunimos para un ensayo de emergencia. Dave, Ken y Steve intentaron sacar los acordes, yo intenté recordar la letra y Smithy tanteó en busca del ritmo. (Estábamos en 1968, no podías abrir una *app* y oír la canción al momento.) Salimos al escenario sintiéndonos totalmente faltos de preparación e hicimos lo que pudimos por tocar aquel tema. Yo me inventé la mitad de las estrofas, pero el estribillo era bastante fácil: básicamente, Roy Wood quería que alguien llamara a la «brigada-de-bomberooos» porque la tía que se sentaba a su lado en el cole estaba buenísima. Al público le dio todo igual; lo único que querían era corear el estribillo.

Cuando al fin la terminamos fue el mayor alivio de mi vida.

—Y ahora —dije jadeando, con la frente sudorosa—, vamos con un poco de Chuck Berry...

Eso cayó como un jarro de agua fría. Se oyeron gritos de «¡Tocad otra vez "Fire Brigade"! ¡Queremos "Fire Brigade"!».

—¡Que no nos la sabemos, joder! —dije al micro, provocando un acople.

—¡QUE LA TOQUÉIS DE UNA PUTA VEZ, JODÍOS!

Debimos de tocarla unas cinco veces. Luego un listillo gritó que tocáramos «Penny Lane». Al principio no lo pillaba; luego recordé que una parte de la letra habla de un bombero que siempre tiene su camión muy limpio. Y tuvimos que intentarlo. No íbamos a discutir con una sala llena de bomberos borrachos.

No sé qué fue lo que acabó con nosotros: la brigada de bomberos, el hecho de que yo fuera a ser padre o nuestra incapacidad de acceder a salas grandes donde se tocaba el tipo de música que hacíamos. No lo sé.

Fuera lo que fuese, la furgo la cascó más o menos a la vez que nosotros. Una noche conducía de regreso a North Shields después de dejar a todo el mundo en casa y vi que me seguían unas luces azules. Mierda. La poli me estaba diciendo que parara. Esto suponía un problema, sobre todo porque los frenos no funcionaban y la única forma de parar era forzar la primera marcha con los alicates a la vez que tirabas del freno de mano, esperando que no se produjera ningún fallo mecánico catastrófico.

—¡Baja de la furgoneta, chaval! —dijo el madero cuando por fin conseguí frenar del todo—. No puedo dejar que conduzcas esto, es un peligro.

Entonces se fijó en la pegatina de pago del impuesto de circulación… que, por supuesto, era una etiqueta de Brown Ale. En el noreste, todos los menores de veinticinco que tenían una furgoneta le ponían la etiqueta de Brown Ale en vez de la pegatina del impuesto de circulación (yo, al menos, había hecho eso). Era como si los de Scottish & Newcastle Breweries se hubieran propuesto hacerla casi del mismo tamaño y la misma forma.

—Haré como que no he visto eso —dijo el madero—. Y para

hacernos la vida más fácil a los dos, tampoco te preguntaré si tienes seguro, porque creo que ya sé la respuesta. Pero sí voy a insistir en que me sigas muy despacio hasta comisaría, donde me haré cargo de esta furgoneta y aliviaré sus penas. En el desguace.

Se me cayó el alma a los pies.

Sin transporte no podía haber bolos, y sin bolos no había grupo.

Aunque lo cierto es que tenía cosas más importantes en las que pensar.

Me casé con Carol el 1 de junio de 1968; para entonces ella ya lucía una panza considerable. Todo el mundo intentó quitarnos de la cabeza la idea de casarnos. La madre de Carol se ofreció a cuidar del bebé. Mi padre insistió en que tenía toda una vida por delante, que no tenía *ni idea* de dónde me metía. Pero como tantos otros adolescentes antes que yo, no les escuché. Me parecía que lo suyo era casarme con la chica a la que había dejado embarazada.

El lugar fue una iglesia de North Shields, la ciudad costera donde se había criado mi prometida. Esto era un poco raro, porque North Shields es un lugar de pescadores y Dunston es un pueblo minero; históricamente hablando, los pescadores siempre han despreciado a los mineros y nunca han dejado que sus hijas se casen con hijos de familias mineras. Vamos, que era un rollo tipo Romeo y Julieta. Pero por suerte ningún familiar de Carol se dedicaba ya a la pesca, y la tensión había aflojado con los años.

La ceremonia pasó en un abrir y cerrar de ojos. Éramos unos críos. No teníamos ni idea de cómo comportarnos en semejante ocasión. Con decir que el padrino fue Dave Yarwood y que el vestido de novia lo hizo mi madre…

Una vez intercambiados los votos matrimoniales, papá vino y me preguntó:

—¿Eres feliz?

—Todo va a ir muy bien, papá —le dije, pero se me veía el miedo en la cara. ¿Cómo iba a funcionar aquello? ¿Cómo iba a tener un trabajo a jornada completa y hacer medios turnos extra y cuidar de una esposa y una hija, y seguir tocando en un grupo de rock? La respuesta ya la conocía, claro. Era imposible. Debía renunciar a algo.

Y ese algo no iba a ser el trabajo ni los medios turnos ni cuidar de mi esposa y mi hija.

La recepción fue en un salón junto a la iglesia. Allí estaba mi familia al completo, incluidos mis abuelos. A las mujeres se les ofreció un jerez y a los hombres un whisky. Luego nos sentamos para dar cuenta de un bufé caliente nada caro pero bastante rico. Para entonces ya estábamos todos un poco cocidos y reinaban la simpatía y la cordialidad.

La luna de miel, como era costumbre por entonces, fue una sola noche en casa del tío de Carol en Belmont, cerca de Chester-le-Street. Yo tenía un Cortina Mark I de segunda mano al que había dado una mano de pintura azul bastante cutre; a los diez días de salir del taller ya estaba lleno de burbujas. Más tarde ese trasto se aficionó a perder la capota cada vez que corría un poco de viento —salía volando como una gran cometa metálica—, así que fue una suerte que aquel trayecto de veinte kilómetros transcurriera sin problemas.

De pronto nos vimos en aquella casa, que era un pequeño semiadosado con la nevera repleta de comida para los recién casados, y recuerdo que nos miramos el uno al otro como pensando: *¿y ahora qué*?

—Pagaría por comerme un sándwich de salchicha —dijo Carol, que debido al embarazo tenía toda clase de antojos.

Intenté cocinar algo, pero fracasé por todo lo alto. En mi noche de bodas.

Cuando al día siguiente regresamos a North Shields, me mudé al cuarto de Carol en casa de sus padres; a eso se le llamaba «*living in*», y lo hacían muchas parejas de recién casados. Fue muy extraño, sobre todo a la mañana siguiente, cuando bajé a desayunar. Y tampoco es que sobrara sitio, ya que en la casa había dos chicos más.

Cuando pienso ahora en ello, no sé cómo salimos adelante. De verdad que no lo sé.

Entretanto, mi carrera musical estaba estancada. O más bien iba marcha atrás, ya que había dejado de actuar en directo por completo. The Gobi Desert Kanoe Klub ya era historia, y ninguno de los grupos más potentes de la zona iba a coger a un cantante con un raquítico

juego de voces de diez vatios. Y con razón. Para que se pudiera oír tu voz por encima de un grupo de rock en una sala o un club —o incluso en los clubs más grandes para trabajadores—, necesitabas un ampli mucho más grande y un micrófono Shure como Dios manda. Pero eso estaba fuera de mi alcance, incluso con acuerdo de alquiler-compra.

Fue entonces cuando Bill, el padre de Carol, hizo algo genial que nos quitó un gran peso de encima. Había cobrado dinero del seguro por un accidente laboral, y por 600 libras compró un entresuelo cerca de allí —en el 61 de Chirton West View— y nos dejó instalarnos como inquilinos pagando un alquiler ridículo. Era la primera vez que compraba una casa. (Vivía en una alquilada del ayuntamiento.)

Cuando nos lo dijo fue un alivio tan grande que casi me echo a llorar.

Vale que el piso había sido construido en 1910, que había humedades en las paredes y que el cuarto de baño estaba fuera, al fondo del patio, en una caseta tan fría que habían colgado un martillo de la pared para romper el hielo en las mañanas de invierno. Pero al menos era un lugar que podíamos considerar nuestro. Y tenía un fuego de carbón en el dormitorio y otro en el salón, así que podríamos haberlos usado para calentar la casa… si hubiéramos tenido dinero, claro. Pero una bolsita de carbón costaba dos chelines y siete peniques en el ultramarinos, y solo duraba un par de horas. Así que optamos por temblar de frío y reservar ese dinero para comer.

Unas semanas después de mudarnos, la señora del piso de arriba llamó a Bill y le dijo que su tejado tenía goteras.

—Vaya, lo siento mucho —dijo él—, pero, ¿por qué me cuenta eso a mí?

Así fue como se enteró de que no solo había comprado el piso de abajo; ¡se había comprado la casa entera! Y ahora tenía que hacer frente a un montón de reparaciones que iban a costarle mucho más que la miseria que recibía por nuestro alquiler.

Pero bueno, llamó a varios amigos que se plantaron allí con unas cuantas tejas, y enseguida dejaron la casa en condiciones.

Para Carol las cosas no pintaban mucho mejor que para mí. La pobre tenía dieciséis años y debía haber estado disfrutando de la vida,

en vez de quedarse en casa cuidando de un bebé. Cada vez que lo pienso es algo que me da mucha pena. Pero nuestra pequeña Joanne era una fuente constante de alegría, como también lo fue su hermana Kala unos años después. El amor que nos dieron nuestras hijas es algo que no podría explicar con palabras, y por eso no me arrepiento de nada.

Hubo un momento muy crítico una noche que fui a casa de mis padres y me encontré a papá en la calle, con la cara congestionada, gritando con su atronadora voz de sargento a mi hermana Julie y a un novio que se había echado. Julie tendría quince o dieciséis años.

La pobre Julie no paraba de llorar, y su novio estaba tan asustado que se dio la vuelta y salió corriendo. Pero mi padre seguía pegando berridos, y ya no pude aguantar más. Siempre tenía que estar gritándole a alguien, sobre todo a mi madre; era tan vergonzoso como innecesario. Pero en el fondo, lo que pasaba es que yo estaba cada vez más quemado.

—¡Déjalo ya, papá! —grité, casi tan alto como él—. ¿A qué viene todo este jaleo?

Pero mi padre estaba cegado por la rabia.

—¡Como me hables así, te arranco la cabeza! —rugió.

—A que no —le respondí—. Como se te ocurra ponerme la mano encima…

Mi padre se lanzó a por mí como si aún fuera un crío de diez años. Pero ya era adulto y con el trabajo de la fábrica me había puesto bastante fuerte; y encima me pilló de mala hostia. Así que le di un tortazo. Más fuerte de lo previsto. Y cuando cayó al suelo, salté encima de él y le dije que como volviera a pasarse con alguien de la familia, no me hacía responsable de mis actos. Se quedó muy nervioso y cortado; no sé si estaba orgulloso de mí por haberle plantado cara o simplemente estaba colérico y estupefacto.

En el fondo daba igual. Al día siguiente me sentí tan mal que volví a casa y le pedí perdón.

Soltó sus típicos gruñidos por toda respuesta. Creo que él también se sentía mal, porque después de aquello todo volvió a la normalidad. Pero el shock me despertó y me hizo comprender que no podía seguir

así, esperando a que ocurriera un milagro.

Ya era hora de que hiciera algo *de verdad*.

10

Un asqueroso montón de mierda

La inesperada respuesta a mis problemas fue un chaval llamado Jimmy Shane. Una mañana, Jimmy se presentó muy emocionado en el taller de máquinas ligeras porque acababa de entrar en el Ejército Territorial, la versión británica de la Guardia Nacional de Estados Unidos.

—¡Lo único que tienes que hacer es desfilar un rato los miércoles, y algunos fines de semana te llaman para ir a un campo de entrenamiento y pegar tiros con una escopeta! —me dijo, hablando tan rápido que apenas podía entenderle—. ¡Si aguantas un año, te dan una prima de doscientas libras!

—¿Cómo? —dije, sin apenas creer lo que acababa de oír.

—Que lo único que tienes que hacer es… desfilar...

—No, no, lo otro, lo que has dicho después.

—¡Que si aguantas un año, te dan una prima de doscientas libras!

Joder, pensé, *esta es la mía*. ¡Con eso podría comprarme un juego de voces más potente! Y podría volver a los escenarios… solo que con un grupo mejor y más conocido. (Y me encantaba la idea de ganarme «una prima».)

Ese mismo día fui corriendo a la oficina de reclutamiento del Ejército Territorial y rellené el formulario. Luego me hicieron pasar a otra habitación para someterme a un riguroso examen médico.

El médico: ¿Nombre y dirección?

Yo: 61 Chirton West View, North Shields.

El médico: ¿Tiene algún problema?

Yo: Bueno, yo…

El médico: Muy bien, está aceptado.

A estas alturas debería explicar que podías elegir entre distintas divisiones, pero en la única donde pagaban la inimaginable suma de doscientas libras era en el regimiento de paracaidistas, que era donde

se había apuntado Jimmy Shane. Si entrabas en los ingenieros, por ejemplo, «solo» te daban ciento veinticinco libras. Y además, con los paracaidistas había una bonificación de ocho libras cada vez que saltabas de un avión. No es que yo tuviera la menor intención de hacer eso; en esa época el Gobierno británico no tenía dinero para *nada*. Y corrían tiempos de paz, y esto era el noreste. Así que la idea de que pudieran mandar a un tipo como yo a hacer acrobacias por los aires me parecía risible. Según mis previsiones, lo de los paracaidistas sería algo parecido a los Sea Scouts, quizá a un nivel un poco más alto. Iríamos de uniforme, entrenaríamos un poco, tal vez hubiera alguna que otra acampada, y al cabo de un año yo tendría doscientas libras más en el bolsillo: muchas gracias.

Casi sin darme cuenta me apunté a un entrenamiento después del trabajo en Gosforth, un barrio de gente de pasta al norte de Newcastle. Incluso convencí a George Beveridge de que se viniera conmigo. Cuando le conté lo de la prima ya no tuve que insistir mucho más.

Cuando me acerqué al salón de entrenamiento y oí gritos dando órdenes y un ruido sordo de pies desfilando, sentí que un escalofrío me recorría la espalda. Y esa parte de mí dijo: *hostias*. También me puse un poco nervioso al ver a los tíos del Ejército, porque parecían muy duros. Pero cuando hubo un descanso y vinieron a hablar con nosotros, resultaron ser bastante majos.

No puedo decir lo mismo de los sargentos que dirigían las maniobras. De cada tres palabras que decían, una era un juramento, y cada vez que pronunciaban tu nombre —o, mejor dicho, te lo gritaban a la cara— venía seguido de la frase «*tú, asqueroso montón de mierda*».

Lo primero que tuve que hacer fue firmar el Acta de Secretos Oficiales; me pareció un poco exagerado, pero bueno, también tuvo su punto.

Después recibí mi primera orden:

—¡TÚ! ¡ASQUEROSO MONTÓN DE MIERDA! ¡CÓRTATE ESA PUTA MELENA!

Oh, mierda. No me acordaba de que en el Ejército hay que cortarse el pelo por los lados y por detrás. Tenía que haberme acordado de Elvis cuando lo pelaron y lo mandaron a Alemania Occidental a

conducir un tanque. Yo llevaba el pelo bastante largo y rizado, y en el escenario quedaba muy bien. Pero sin un juego de voces no me servía de nada. Y si Jimi Hendrix había estado en la Marina de Estados Unidos, ¿quién era yo para quejarme?

Me dieron un uniforme de segunda mano que olía a viejos campos de batalla y a viejas putas, por no hablar de sus viejísimas manchas. Nos dieron botas nuevas —negras y relucientes, con polainas caquis— y la codiciada guinda del pastel: una boina roja. Solo que la boina venía sin galones; eso tenías que ganártelo tú.

Luego nos dijeron que nos tomáramos dos semanas libres en el trabajo para el Entrenamiento Básico. Eso tampoco lo había previsto. ¿Qué coño era eso del Entrenamiento Básico? Pronto iba a descubrirlo.

El Entrenamiento Básico se hacía en un lugar gigantesco: la Guarnición de Catterick, justo al límite de los Yorkshire Dales.

El grupo de chavales en el que me metieron estaba bajo el mando de un sargento bajito y fornido que hablaba siempre a gritos. Era de Glasgow, y le pusimos el mote de El Cerdo.

Cada vez que El Cerdo gritaba una orden, la palabra «tú» salía de su garganta convertida en un «TEEEEUUUÚHHH!»; más o menos el grito que pegaría alguien a quien le estuvieran metiendo un rallador de queso por el recto. Y cuando El Cerdo nos hacía desfilar por la plaza de armas —cosa que hacíamos prácticamente todo el rato—, sus «izquierda» sonaban más bien como «¡IEGDA!», y sus «derecha» sonaban como «¡EECHA!». Más o menos así: «¡IEGDA-EECHA! ¡IEGDA-EECHA! ¡IEGDA-EECHA!».

Oh, sí, la afición que tenía El Cerdo por hacernos sufrir era legendaria. Al igual que la gran dedicación con la que se entregaba a ello.

El lugar donde dormíamos en Catterick eran unas cabañas Nissen[28] de la Segunda Guerra Mundial; básicamente, unas láminas de chapa ondulada con forma de medio cilindro, un bloque aislante de hormigón y una puerta a cada lado. Para calentar la cabaña había un tubo de estufa, pero no lo usábamos, porque por la noche habríamos tenido que limpiarlo para pasar la inspección matinal del Cerdo. Cuando se acercaba a tu cama, tenía la costumbre de tirar una

moneda de seis peniques sobre ella; si no rebotaba, quería decir que no habías estirado las sábanas lo suficiente, y eso te hacía merecedor de sus insultos.

Los días comenzaban al amanecer, que era cuando El Cerdo se paseaba por las cabañas golpeando dos tapas de basurero como si fueran platillos, a escasa distancia de nuestras cabezas.

Después desayunábamos en la Naafi[29] —es decir, la cantina— y el resto del día era una sucesión de desfiles, entrenamientos, clases de cómo desmontar la escopeta y visitas al campo de tiro, hasta que llegaba la hora de cenar, y luego a dormir. Normalmente estabas tan hecho polvo que te quedabas frito en cuanto posabas la cabeza sobre la almohada.

El campo de tiro tendría que haber sido lo mejor de todo. Pero como teníamos tanto miedo de no pasar la prueba, era imposible divertirse. No había miras telescópicas ni nada parecido. Y el objetivo estaba a una distancia de doscientos o trescientos metros, a veces incluso seiscientos, y por supuesto tenías al Cerdo gritándote al oído cosas como «¡No, no, *no*! ¡*Así no*! ¡La mano más firme!», justo en el momento en que ibas a apretar el gatillo. A mí me pusieron en nivel medio, es decir, que acertaba tanto como fallaba; pero al menos era suficiente para pasar la prueba.

Lo bueno de pasar por cosas tan duras era que se forjaban lazos muy estrechos con los demás reclutas.

En un par de días me hice muy amigo de Jimmy Shane —el que me había dado la idea de meterme en el E. T.—, de otro chaval llamado Jimmy Smith y de un tío grandote al que llamábamos simplemente El Danés. Pero, claro, cuanto más empezamos a intimar, más ganas nos entraron de hacer el tonto…

Y eso nunca es buena idea en el Ejército.

Una mañana, por ejemplo, nos alineamos para desfilar y El Cerdo no aparecía por ninguna parte, así que se me ocurrió hacer mi mejor imitación de él ante mis colegas. No debí de hacerlo mal, porque estaban todos tronchándose de risa… cuando de pronto dejaron de reír y se pusieron firmes. Yo pensé: vaya, esto se me da bien. Pero entonces sentí a mi espalda una respiración intensa y oí una voz

rebosante de odio indisimulado.

—*Te odio, Johnson, y te voy a hacer la vida imposible*.

Mierda. El Cerdo.

Yo era hombre *muerto*.

Ese día me hizo correr por la plaza de armas, con el rifle encima de la cabeza, hasta que terminaron todas las marchas de la mañana.

Luego hicimos una ruta de treinta kilómetros cargando con todo el equipo, y cuando volvimos al campamento todos se fueron a la Naafi… menos yo. El sargento Cerdo tenía otras ideas, como hacerme correr otra vez por la plaza de armas con ese puto rifle que cada vez pesaba más. Después tuve que limpiar un enorme búnker de carbón hasta que él se dio por satisfecho. Tenía los brazos derrengados; nunca había visto tan lejos ese juego de voces. Y durante un par de días ni pensar en hacerme pajas, claro.

Al terminar el Entrenamiento Básico, yo era básicamente un soldado muy básico a tiempo parcial. Pero para ser paracaidista de verdad tenía que saltar de un avión en perfectas condiciones a unos 250-300 metros de altura, y para eso teníamos que ir al centro de entrenamiento de paracaidistas de RAF Abingdon, en Oxfordshire.

Seríamos unos cuarenta, y todos nos preguntábamos quién nos había mandado meternos allí. Se oían risas demasiado fuertes y se veía mucha fanfarronería, señal de que estábamos todos muy acojonados.

Lo primero que notabas al llegar a una base de la Royal Air Force era que no se oían gritos en la plaza de armas. Todo el mundo era amable y educado, y el sargento que nos recibió era un tipo encantador.

—Hola, chavales, espero que hayáis tenido un buen viaje; ahora seguidme y os llevaré a vuestro pabellón para que os instaléis. En una hora vuelvo y os digo dónde está el comedor.

Ah, qué maravilla. Qué sargento tan majo y simpático. Y luego a comer: estupendo. La cantina era mejor de lo que habría podido imaginar. Aquí era donde las patrullas de bombarderos comían huevos y beicon después de hacer incursiones nocturnas en territorio enemigo; tenía un rollo mágico.

Además, la comida era buena. Después del postre, este adorable

sargento dijo:

—Muy bien, chavales, ahora vamos a la sala de conferencias, donde os explicaremos en qué consistirán estas dos semanas de entrenamiento y os presentaré a vuestros sargentos de salto (los monitores).

De repente tuve una sensación desagradable que achaqué a algún movimiento brusco de mis intestinos. Al entrar a la sala de conferencias supe por qué: allí, con un brillo malvado en la mirada, nos aguardaba el temido Cerdo. *¡Mierda, estoy muerto!*, pensé, y él debió de leerme el pensamiento, porque asintió levemente cuando me vio.

Esta vez se había traído a sus amigos, y todos ellos parecían ansiosos de ponerse a saltar desde grandes alturas. Vi cómo se desintegraban mis sueños de cantar con un grupo ante un público entregado, así como mis esperanzas de vivir una larga vida. Pero había decidido llegar hasta el final.

La mañana siguiente comenzó con el desfile y la inspección habituales; después vino el desayuno, y luego aprendimos a caer desde distintas alturas. Los sargentos te gritaban «¡SALTA!» directamente al oído y, cuando oías eso, saltabas.

Lo más aterrador de todo era trepar por la Torre. Era como una torre de alta tensión, y cuando estabas arriba del todo notabas que se balanceaba con el viento. El factor miedo tenía un potencial acojonantemente catastrófico. Después te ponían un arnés alrededor de la cintura y los hombros; el arnés iba unido a un cable, y este a una polea que, cuando saltabas, activaba una tabla cuadrada de unos sesenta centímetros que servía más o menos de freno.

El sargento monitor de saltos se lo pasaba en grande viendo a aquellos incautos reclutas mearse en los pantalones cuando veían la altura a la que estaban. Yo intenté hacerme el simpático; él sonrió y gritó «¡SALTA!», y obedecí.

No hay que olvidar que al comienzo del curso te decían que, como dudaras o te negaras a saltar, en treinta minutos te estabas yendo del campamento con todo tu equipaje, así que ninguno nos atrevíamos a confesar el miedo que teníamos.

Esa tarde nos dijeron que nuestro primer salto con un paracaídas de verdad sería a la mañana siguiente. Un chaval se alegró y se puso a celebrarlo en voz alta. Le dimos una somanta de hostias.

El día siguiente amaneció con un hermoso cielo azul. Nadie desayunó con muchas ganas. Nos pusimos en fila para recibir el paracaídas. Mientras te lo ponías, pasándolo por los hombros, la cintura y la entrepierna, te empezabas a preguntar si el tuyo funcionaría bien. Habíamos oído hablar de la temible «vela romana», que es como le llaman al paracaídas que no se abre, y cuando nos emborrachábamos cantábamos una vieja tonadilla de los paracaidistas:

Saltó desde seis mil metros sin paracaídas
saltó desde seis mil metros sin paracaídas
y ya no saltará más.

Gloria, gloria, qué forma tan triste de morir
gloria, gloria, qué forma tan triste de morir
y ya no saltará más.

Lo barrieron de la pista
parecía un charco de mermelada de fresa…

Creo que pilláis la idea.

—Muy bien, caballeros, comprueben que el paracaídas de reserva esté bien colocado sobre su pecho y la manilla roja esté mirando hacia arriba; al que pierda esa manilla se le descontarán diez chelines y seis peniques de la paga. Síganme.

¡Joder!, pensé. Yo lo único que quería era comprarme un juego de voces. Ni los Beatles ni los Rolling habían tenido que pasar por algo así. Ellos estaban siempre de gira, tirándose a tías buenas y viviendo por todo lo alto… ¡Pero no tan alto como yo!

Seguimos a los monitores de salto hasta nuestro transporte a los cielos. Era una cesta que colgaba de un globo, como el de los hermanos Montgolfier. El sargento mayor gritó:

—Esto no es un puto globo, es un dirigible, y lo de debajo no es una cesta, sino una góndola. ¡Como alguien los llame de otra manera, se

las verá conmigo!

No recuerdo muy bien mis pensamientos en ese momento, pero serían algo así como una cruz blanca con unas florecillas encima. Íbamos a saltar en grupos de cinco. Yo era el cuarto de mi grupo.

—A ver, vosotros, os toca, seguidme.

Y eso hicimos. Nos metimos en aquella cesta (perdón, góndola) y nos agarramos a los lados, listos para una muerte horrible. Empezó a ascender, el instructor gritó «¡ENGANCHE!», y enganchamos el paracaídas a la cuerda de apertura automática. Entretanto no parábamos de subir. Dios, aquello iba en serio. Como de costumbre, mi culo se puso a hacer su mejor imitación del hocico de una ardilla. Pero lo más acojonante era el silencio profundo y absoluto que había. Se oían hasta los pájaros que cortaban el viento.

—Muy bien, chavales, aquí estamos, a 250 metros. Haced exactamente lo que yo os diga.

Una portezuela había estado abierta todo el rato. Todos seguíamos aferrados a la barandilla, rezando por nuestra suerte.

—¿Para qué os agarráis a eso? En un minuto vais a estar saltando.

Y entonces lo vi claro: a la mierda el juego de voces, a la mierda la música, lo único que quiero es vivir.

—Número uno, a la puerta, mano en la puerta, ¡SALTA!

Y luego siguió con el dos, con el tres…

—¡Número cuatro, a la puerta, ¡SALTA!

Salté y caí, y seguí cayendo hasta que una gran mano tiró de mí hacia arriba y empecé a flotar y a reír mientras dirigía el paracaídas. Aterricé sin hacerme daño; la sensación de alivio fue explosiva y me moría de ganas de repetir, porque acababa de ganar ocho libras.

Ese día hicimos otro salto más: dieciséis libras.

Para conseguir tus galones de paracaidista tenías que hacer siete saltos; dos desde un dirigible y cinco desde un avión. Eso fue lo siguiente que hicimos, y no tuvo nada que ver.

Al día siguiente fuimos a un hangar y recogimos las bolsas con el equipo; cada una pesaba casi treinta kilos. Esta bolsa la llevabas atada a la pierna derecha, y de ahí salía una especie de maroma de cuatro metros y medio que se sujetaba al cinturón con un cierre de

desenganche rápido. Una vez que saltabas y el paracaídas se abría del todo, tenías que soltar la bolsa, y esta quedaba colgando de tu cintura. Así, cuando aterrizabas, tenías tu equipo a tu lado.

Lo malo es que aquello se ponía a oscilar, con lo cual me refiero a que te movías como un péndulo y podías hacerte papilla los genitales. Además, si te asustabas y tirabas la bolsa, te ibas a buscar problemas con unos y con otros, ya que hacer eso es muy peligroso para los que están debajo de ti.

La experiencia de saltar desde un avión es muy intensa, tanto para un hombre como para un chaval. Caminar con una bolsa de treinta kilos a cuestas es casi imposible, y luego está el ruido de los motores del avión (era la primera vez que me subía a uno). Trepar hasta el fuselaje. Encontrar la malla, que es donde te vas a sentar. Comprobar que el casco está bien sujeto. Nadie sonríe, nadie hace bromas, tan solo ves miradas rígidas en todas las caras.

El avión despega y va subiendo poco a poco. Este era un Blackburn Beverley; estaba más viejo y cascado que un poni de feria.

En esas hicimos un círculo, y el monitor de salto se puso de pie. Miró hacia abajo y levantó las manos. Eso significaba «de pie». Nos levantamos y le miramos.

—¡ENGANCHE!

No se oía lo que decía pero hizo un gesto con el índice, así que enganchamos.

—¡COMPRUEBEN EQUIPO!

Eso significaba revisar las correas del tío que tenías delante y comprobar que eran seguras. El que iba detrás de ti hacía lo mismo con las tuyas. Y ya estabas listo. La luz roja estaba encendida, mierda, ¿qué coño hago aquí? ¿Quién me manda meterme en líos? «*Querida señora Johnson, aquí tiene este cubo con los restos del paracaidista Johnson.*» Deja de pensar, Brian.

Luz verde, y el primer hombre salta. No ves nada hasta llegar a la puerta; es entonces cuando ves la Tierra.

Muy abajo, moviéndose a toda prisa. ¡Salta!, y ya he saltado. Estoy casi horizontal durante unos segundos hasta que ese bendito paracaídas se abre, ¡ufff!

Mierda, me he olvidado del cierre de desenganche. Lo suelto; cae la bolsa del equipo y se queda flotando ahí mientras vamos bajando. Al aterrizar, ruedo un poco por el suelo y tiro del paracaídas. Estoy a salvo, lo he conseguido (veinticuatro libras).

Hicimos cuatro saltos más, todos igual de emocionantes y acojonantes… Pero lo había conseguido.

BRIAN GIBSON TOM HILL BRIAN JOHNSON VIC MALCOM

red bus records

Goodie

EMI

11

Un auténtico Geordie[30]

Compré el juego de voces en Windows, una tienda de instrumentos que estaba en el Central Arcade, un precioso mercado de Newcastle cubierto con techo de cristal que se remonta a la era eduardiana. Ni idea de cuánto pagué por él. Solo recuerdo que el vendedor me preguntó si quería comprarlo con el sistema de alquiler-compra, y pronuncié una frase que *nunca* había creído que saldría de mis labios:

—No, gracias, pagaré al contado.

El juego de voces era un sistema WEM con un ampli de cien vatios y dos columnas de cuatro altavoces, cada uno de veinte centímetros; menos potente que el estéreo de cualquier coche surcoreano de hoy en día, pero en aquella época era la hostia. E incluso me sobró algo de dinero para un pedal de eco. Tío, aquello sonaba profesional. Aunque tenía mucho cuidado de no abusar de él, porque a los peores cantantes siempre los pillabas porque metían todo el rato el pedal de eco.

Ese juego de voces no fue lo único que me subió la moral. Ahora que ya había hecho mis siete saltos en paracaídas, fui condecorado oficialmente con galones en una ceremonia especial de presentación del Ejército Territorial… Y fue uno de los mejores momentos de mi vida. Lo mejor de todo fue que pude ir a casa vestido con el uniforme completo: boina roja, blusa de combate y botas de salto. Eso era lo mejor de los «paras»; con el uniforme parecías un tío duro. No tenía botones brillantes ni bandas ni mierdas de esas. Te vestías como si estuvieras a punto de saltar del avión sobre territorio enemigo y arrastrarte treinta kilómetros por el barro para volar un puente. Os juro que mi padre soltó una lágrima de orgullo la primera vez que me vio y me arrastró hasta su club social para que me vieran sus amigos. Verle tan contento me hizo muy feliz.

Aparte de eso, ahora que tenía el equipo que necesitaba, ya era hora de ocuparme de asuntos más serios que luchar en la Guerra Fría. Tenía

que meterme en un grupo y ponerme a actuar en directo.

Pero antes de que vayamos con eso, quizá deba rebobinar un poco y explicar que tampoco había abandonado del todo la música después de dejar The Gobi Desert Kanoe Klub y casarme.

Durante un tiempo anduve haciendo cosas con dos tíos de Seaton Delaval y un teclista al que todo el mundo llamaba «el Gamba». Habían estado en un grupo llamado Hannibal Kemp —ni idea de dónde sacaron ese nombre— y querían montar un grupo nuevo pero conservando el nombre, para no perder a sus fans. El único fallo de ese plan era que no tenían *ni un solo fan*, así que cuando dimos nuestro primer concierto nadie vino a vernos. Se convocó una reunión de emergencia del grupo, pero después de varias horas de estrujarnos los sesos y debatir acaloradamente qué nombre ponernos, seguíamos sin dar con la inspiración.

—Necesitamos algo que suene… ¡*fresco*! —dije yo. Y se quedó. A partir de ese momento, nos llamamos Fresh.

La verdad es que Fresh era un grupillo bastante decente, porque tocábamos cosas más *mainstream* y orientadas a las listas que el blues heavy de The Gobi Desert Kanoe Klub. Hacíamos versiones de temas como «Magic Carpet Ride» de Steppenwolf y «Back in the USSR» de los Beatles, que es un temazo muy rockero, con ese riff tan insistente de piano. Solo que yo no tenía mucha pinta de rockero. Seguía entrenando con los paracaidistas y preparándome para salvar al mundo de las hordas comunistas, así que llevaba el pelo corto. Unos años más tarde podría haber pasado por un punk, pero en aquel momento estaba totalmente fuera de lugar.

Aunque rara vez actuáramos, me encantaba esa sensación que tienes de pertenecer a algo cuando estás en un grupo.

Íbamos por la calle como un grupo. Íbamos al pub como un grupo. Solíamos estar fuera de Windows, en el Central Arcade, como un grupo, esperando a que llegaran las partituras recién salidas de imprenta con los nuevos temas que habían entrado en las listas.

Fresh alcanzamos nuestra cima creativa cuando metimos a un saxofonista. El tío era uno de los mejores técnicos de turbinas de Parsons, absolutamente brillante. Con el saxo no era tan brillante. En

realidad, hablando en términos técnicos, no tenía ni idea de tocar el saxo. Pero se sabía unos cuantos acordes.

El gran logro de nuestro saxofonista fue construir un ingenioso sistema de luces casi digno de Pink Floyd. Las tripas del invento venían de un viejo tocadiscos que modificó colocando diez microinterruptores en el plato, de modo que al girar hacían distintos contactos en una secuencia preestablecida. Los contactos enviaban señales eléctricas a una vieja tarima con diez conectores de corriente, cada uno con una bombilla de un color distinto; no como las que se usan en casa, sino más grandes, como focos. Cuando nos hizo una demostración nos quedamos boquiabiertos. Era como una luz estroboscópica, pero en color. Totalmente flipante.

En otra reunión del grupo tomamos la decisión de estrenar esa arma secreta en nuestro siguiente bolo, durante el solo de guitarra de «Magic Carpet Ride». Estábamos tan emocionados que tocamos las canciones anteriores a toda velocidad, hasta que por fin llegó el gran momento. Cuando empezó el solo de guitarra, las luces del escenario se apagaron, el tocadiscos trucado empezó a girar, los microinterruptores se activaron siguiendo su secuencia, y entonces…

Cada uno de los focos gigantes estalló en el momento de encenderse, disparando trozos de vidrio de colores por todas partes.

Yo siempre había querido hacer que el público gritara.

Pero sin heridas y sin sangre.

Todavía ahora echo de menos a los tipos de Fresh. Nos lo pasábamos muy bien.

La siguiente oportunidad que se presentó fue bastante inesperada y vino de la mano de Ruth Saxon, una cómica joven, negra y alta, muy graciosa y famosa por las pelucas rubio platino con las que salía al escenario.

Ruth venía de Londres y era un soplo de aire fresco en el circuito de clubs para trabajadores; no paraban de contratarla. Y además se comportaba como una estrella. Había adoptado un ligero acento americano, había alquilado una casa enorme y tenía incluso mánager. Dado que estábamos en los setenta, seguro que tuvo más de un problema por ser negra, pero como era una fuerza de la naturaleza, a

nadie se le ocurría levantarle la voz cuando estaba en escena.

Otra cosa a tener en cuenta es que, en esta época, el musical jipi-rockero *Hair* causaba furor. Era un gran fenómeno. Y por supuesto, el hecho de que todo el reparto se quitara la ropa a mitad de la representación no venía mal para vender unas cuantas entradas más.

El caso es que, viendo *Hair*, Ruth tuvo una idea. No actuar en pelotas, por suerte, sino escribir y protagonizar una pieza de cabaret para hacer una gira por el país, pero con un grupo de rock al estilo de *Hair*.

Y ahí es donde entro yo… con varios de mis viejos colegas de The Gobi Desert Kanoe Klub.

Cuando me compré el juego de voces, el grupo más o menos se volvió a reunir bajo el nuevo nombre de The Jasper Hart Band. (Una vez más, me temo que no tengo ni idea de dónde salió aquello.) A la guitarra estaba Ken Brown. Al bajo, Steve Chance. Y a la batería, de nuevo, Fred Smith. El único problema es que todos trabajábamos a jornada completa —yo, además, tenía una esposa y un bebé—, así que el único momento en que podíamos ensayar era en los conciertos.

Al menos nos salían bolos; eso se debía en parte a mi juego de voces, pero también al hecho de ampliar nuestro repertorio con canciones que no tenían solos de blues de un cuarto de hora. Hasta los clubs para trabajadores nos empezaron a llamar para que volviéramos.

Fue en uno de esos bolos cuando el mánager de Ruth vino a hablar con nosotros y nos contó su idea. A ninguno nos gustaba mucho *Hair*, por supuesto; los musicales eran para marujas y gilipollas. Pero ¡oye!, cuando hay dinero, uno hace lo que haga falta. Incluso tocar versiones de temas horrorosos.

La oferta incluía una serie de condiciones. La primera era meter a un teclista para poder tocar un repertorio más variado. La segunda era que teníamos que alquilar el Studio One de Clayton Street para ensayar, porque Ruth había notado nuestra falta de práctica y quería que sonáramos (según sus propias palabras) «como un tiro». Y también quería que saliéramos al escenario con la ropa adecuada para el espectáculo.

Era todo muy emocionante, pero también muy estresante.

Emocionante porque encontramos a un teclista —un tipo llamado Alan Taylorson— y con eso nos convertimos en quinteto. (Alan ya había tocado con Ken, Steve y Fred en otra formación llamada Crusade.) Y estresante porque, cuando alquilamos el local de ensayo y compramos ropa al nivel de lo que exigía Ruth, los gastos se empezaron a acumular. Incluso tuvimos que ir a Manchester porque Ruth quería hacer allí las fotos promocionales. Y lo cierto es que no teníamos un duro.

Pero, con todo, íbamos a salir de gira.

Al regresar de Manchester nos dijeron que el primer bolo iba a ser en un cabaret de Newcastle; una especie de prueba para ver si estábamos listos para echarnos a la carretera.

El día del concierto llegó Ruth y nos contó, muy ilusionada, que las estrellas de la gira de *Hair* —que se representaba esa semana en el Theatre Royal— iban a pasarse esa noche a escuchar «todas las canciones que habíamos aprendido».

—¿Qué canciones hemos aprendido? —pregunté, sinceramente sorprendido.

—¡Las canciones de *Hair*! —dijo Ruth.

—Pero si no hemos aprendido ninguna canción de…

—Aquí tenéis las partituras —dijo, pasándome una carpeta. Qué pena que ninguno del grupo supiera solfeo.

Nos miramos unos a otros y nos pusimos a rezongar. Además del repertorio que ya habíamos ensayado, ahora tendríamos que pasar varias horas antes del primer bolo aprendiendo canciones nuevas como «Aquarius» y «Good Morning Starshine». Por no hablar de títulos como «Sodomy», «Hashish» y… cosas peores. (Hoy en día sería imposible tocar algunas de esas canciones.)

Al final se vino a nuestro concierto prácticamente todo el reparto de la obra. Y menos mal, porque no vino nadie más. Los actores iban con adornos peludos sobre los hombros, y las actrices iban desnudas de cintura para arriba; todo muy típico de finales de los sesenta, aunque esto ya era en primavera de 1970. Y ahí estábamos nosotros, tocando esa música que no nos gustaba mucho para una sala casi vacía, con todos esos actores pegando saltos y bailando a nuestro alrededor.

Qué pérdida de tiempo.

Creo que a Ruth ni siquiera le gustaba el rock en plan heavy; la música que oía yo, en cambio, cada vez era más heavy. Lo que me abrió de verdad los ojos fue ver en directo a Status Quo, en un lugar tan improbable como el Central Youth Club de Blaydon, en octubre de 1969.

No recuerdo con quién fui, pero no me iba a perder ese concierto por nada del mundo.

Un viernes por la noche salí en dirección a Blaydon, que estaba a unos seis kilómetros de casa. Mi transporte fue el bus 89 de dos pisos, que te dejaba en el centro de Blaydon. Compré la entrada en la misma sala y entré; estaba oscuro y no había mucha gente, porque el viernes por la noche casi todo el mundo se iba a Newcastle. Pero yo me moría de ganas de verlos. Las luces se iluminaron un poco y unos tipos subieron al escenario. Un momento: no eran «unos tipos», eran músicos, y en mitad del escenario había una batería increíble; nunca había visto tantos platos juntos en mi vida. Los amplis parecían gigantescos. En mi opinión, todo era exactamente como tenía que ser.

De pronto, Rick Parfitt, uno de los guitarristas, se acercó al micro y vociferó:

—VAMOS A TOCAR A TODO VOLUMEN, Y SI NO OS GUSTA, QUE OS FOLLEN, Y NO VAMOS A TOCAR LA PUTA «PICTURES OF MATCHSTICK MEN».

Guau, el tío había dicho «puta» en una sala municipal, y además bien alto.

Se lanzaron directamente a por «Down in the Dustpipe»… Oh, esa armónica, era electrizante. Si después de Little Richard hubo algún momento en mi vida en que sentí chispas volando, sin duda fue ese.

Status Quo habían pasado un tiempo alejados del foco y se habían metamorfoseado en auténticas bestias del rock. No recuerdo cuánto tiempo tocaron. Fue acojonante, el volumen era la hostia, y yo estaba totalmente flipado. Alucinado. Acabaron demasiado pronto y se marcharon sin dar bises. Seguramente querrían tener una charla con el gilipollas que los había contratado para tocar allí.

Salimos de la sala, nos tomamos una pinta en el pub de al lado y

nos quedamos un rato fuera. Al cabo de una hora vimos pasar una furgoneta de seis ruedas, distinguimos a algunos miembros del grupo sentados delante y luego los vimos desaparecer por la carretera. Yo quería formar parte de algo así, fuera como fuera.

Por la época en que me preparaba para salir de gira con Ruth, apareció un grupo que sonaba aún más duro y tocaba aún más alto: Black Sabbath. No puedo expresar con palabras lo revolucionarios que fueron estos tíos a comienzos de 1970, sobre todo con su primer single, «Paranoid». En Parsons yo me ofrecía a diario para ir a buscar el almuerzo de todos al café de al lado —estoy casi seguro de que se llamaba The Paddock— por la única razón de que tenían «Paranoid» en el jukebox, ya que estaba en el nº 4 de las listas. Los viejos que hacían cola para comprar su pastel de carne debían de odiarme, porque me gastaba todas las monedas que tenía para oírla una y otra vez. Incluso añadimos «Paranoid» al repertorio de Jasper Hart durante una temporada, aunque a Ruth no le gustaba. De hecho, yo empezaba a tener serias dudas sobre esa idea de profesionalizarme para acabar cantando canciones de *Hair* en cabarets medio vacíos.

Pero no hacía falta que me preocupara.

Antes de empezar la gira, Ruth desapareció de la faz de la Tierra. Se esfumó, sin más. Nunca más tuvimos noticias de ella, y eso que nos habíamos empufado para comprar el vestuario y el equipo para los bolos. Luego me enteré de que la habían contratado en la ITV para ser la primera presentadora negra de la cadena. No teníamos ni idea.

En el fondo fue una gran liberación.

En el regimiento de paracaidistas del E. T. nos dijeron que teníamos que ir a Alemania Occidental para hacer una gran maniobra militar, así que me tocó ir allí para proteger a las democracias occidentales de las hordas comunistas. El nombre de la maniobra era Red Hammer[31], o algo igualmente absurdo.

Íbamos a pasar dos semanas detrás de las líneas enemigas, y el papel del enemigo lo iban a hacer el temible regimiento escocés de la Guardia Negra y unos francocanadienses.

Teníamos que saltar en paracaídas por la noche y provocar todo el caos y destrucción que pudiéramos. Por supuesto que toda la

munición era de fogueo, pero, con todo, la cosa daba bastante miedo.

Saltar en paracaídas de noche nunca es la mejor idea, pero a esta gente le encantaba medir el tamaño de nuestros huevos. Creo que los míos eran de la talla M.

De noche, el interior del avión era de un color fantasmal y neblinoso: el color de una verdadera pesadilla. Era como estar metido en un tubo de ruido. El olor era infernal. Hacía mal tiempo, estaba nublado y el avión daba bandazos. Sentí cómo me subía hasta la nuez lo último que había comido y luego, ¡oops!, volvía hacia abajo. ¡Y no había cuarto de baño!

Esa noche vino con nosotros un tío que era un saltador muy experimentado y hacía la labor de explorador. Él saltaba primero para asegurarse de que no era demasiado difícil. Si llegaba sano y salvo al suelo, hacía una señal al avión. Si no la hacía, es que estaba muerto o gravemente herido. Un tío valiente.

El monitor de salto nos dio la señal, seguimos los pasos habituales y nos lanzamos a la oscuridad.

Siempre se dice que en un salto nocturno no puedes bajar la guardia, porque no ves el suelo; de hecho, no ves nada. Es vital mantener las rodillas dobladas si quieres que tus testículos terminen intactos.

La cosa es que estás todo el rato preguntándote dónde estará el suelo y, justo cuando te relajas, ¡bang, ahí está!

Llovía y hacía frío, pero recogimos los paracaídas y nos adentramos en el bosque. Los oficiales y sargentos nos fueron dirigiendo hacia nuestro escuadrón. Al frente estaba alguien que debía de saber adónde íbamos, porque cada vez nos adentrábamos más en el bosque.

Cuando nos detuvimos, el cabo Stirling dijo:

—Muy bien, ahora sacad el vivac, comed algo y echad una cabezada.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Primero había que encontrar unas ramas, pegar cuatro de ellas al suelo… Un momento, mejor os hago un dibujo, es más fácil. Luego ponías debajo hojas y cosas parecidas, como si fuera un colchón, y encima de todo ponías tu poncho impermeable. El vivac solo mide unos 45 centímetros, así que es

bastante difícil meterse ahí dentro, y de todas formas no impide que te mojes.

Cuando terminé aquel retrete que me había construido a oscuras, decidí ver qué había para cenar. Abrí la mochila y saqué mi rancho de expedición: ¡ummm! Qué difícil era elegir: una latita de salchichas y alubias, o unas galletas duras, o tal vez una carne estofada desconocida para el hombre, ¿o qué tal un tubo de queso, o un tubo de mermelada y, para terminar, un buen trozo de chocolate con sangre? Bueno, también tenía unos sobres de sopa, pero había que calentarlos. Para eso te daban unos bloquecitos blancos de algo que olía vagamente a pastillas de urinario. Se suponía que tenías que encenderlas, llenar la taza con agua de la cantimplora y ponerla sobre el fuego, que se tapaba con las manos. Tardaba siglos en calentarse; al final, conseguías la temperatura suficiente para absorber una sopa de sobre o una infusión.

Los días siguientes los pasamos caminando, escondiéndonos del enemigo y preparando emboscadas a convoyes de camiones que nunca aparecían. Y no paraba de llover. Una semana estaba cantando en un grupo, y a la siguiente estaba en Alemania armado con un rifle. Igual que mi padre veinticinco años antes, solo que sin riesgo de morir.

Una noche oscura estábamos en un bosque, en algún sitio y en medio de la nada al mismo tiempo, y nos detuvimos. El día había sido largo y agotador, y yo solo pensaba en dormir. Estaba prohibido fumar y encender luces; la oscuridad era absoluta y los árboles ocultaban el cielo.

—Johnson —susurró el sargento—, sígueme, te voy a poner en el primer turno de guardia.

Qué mierda, justo cuando estaba a punto de desplomarme.

Avanzamos un rato dando tumbos y dijo:

—Aquí está bien. Ten los ojos y los oídos bien abiertos, en dos horas volveré con tu sustituto.

—Sí, sargento —dije.

Me tumbé boca abajo sin mirar a ninguna parte. Pasados unos treinta minutos, cuando ya empezaba a quedarme dormido, vi algo en la oscuridad. ¿Qué coño era eso? Parecía un soldado; era blanco como

la leche y llevaba un casco de la Primera Guerra Mundial. Y alargaba la mano como si estuviera pidiendo agua o ayuda o… Dios santo, ¿sería un fantasma? Giré la cabeza y me eché agua en la cara para despejar la mente y la vista. Miré de nuevo; mierda, seguía allí. Entonces me volví una nenaza y salí corriendo lo más rápido que pude de vuelta hacia el escuadrón. Al sargento no le hizo ninguna gracia.

—¿Qué hostias haces aquí? —preguntó.

Le dije que había visto un fantasma. Me cogió del brazo y volvimos al lugar encantado. No había nada y seguramente no lo hubo nunca, pero a mí todavía me quedaban noventa minutos de esperar a que volviera a aparecer mi nuevo amigo. A día de hoy, sigo sin creer en los fantasmas.

Nota de pie de página: por suerte todo terminó gracias a un escocés grande y peludo que estaba con la Guardia Negra y que, al vernos, atacó de repente. Estaría como mucho a medio metro, y me disparó con su rifle directamente al estómago. Gracias a Dios eran balas de fogueo, pero, joder, el poder de la detonación me derribó y me dejó sin aire. El árbitro dijo: «Muerto», y me dio una cinta para que me la pegara al uniforme. A los muertos nos metieron en la parte de atrás de un camión de tres toneladas y nos llevaron al campamento. Allí me dieron una taza de té y un sándwich. Después de diez días durmiendo en el bosque bajo la lluvia, aquello era el colmo del lujo. Se acabaron las noches en vela. Ojalá me hubieran matado antes.

Entretanto, la decepción y el fiasco monetario de la abortada gira por cabarets con Ruth Saxon fueron demasiado para Steve Chance y Alan Taylorson. Ambos dejaron The Jasper Hart Band poco después. (Tengo entendido que Alan montó una cadena de tiendas de bricolaje en Sunderland.) Pero los demás no estábamos dispuestos a rendirnos. Así que hicimos correr la voz de que buscábamos músicos, y enseguida encontramos a dos tíos con mucho talento, Tom Hill y Brian Gibson, para hacerse cargo del bajo y la batería respectivamente. Los dos eran bastante conocidos a nivel local, ya que habían tocado en un grupo llamado Sneeze, y conectamos inmediatamente.

Pronto empezamos a sonar «como un tiro», que era lo que yo siempre había querido, y tocábamos dos o tres veces a la semana en

clubs para trabajadores y salas nocturnas, a veces hasta dos bolos la misma noche. El dinero me venía muy bien para complementar mi paga de delineante. Y lo mejor de todo es que no teníamos que tocar una sola canción de *Hair*…

Pero entonces surgió otra oportunidad.

Esta vez la oferta vino de un tipo llamado Mike Forster, un mánager, compositor y aspirante a pez gordo del mundo discográfico que había puesto en marcha una compañía llamada Circa 2000 Records. Cuando nos vio tocar, nos propuso grabar tres canciones suyas con idea de moverlas y conseguir un contrato discográfico. Así que volvimos de nuevo a Clayton Street —esta vez al estudio de grabación que había junto al local de ensayo— y grabamos aquellos temas, correctos pero bastante convencionales. Era la primera vez que cantaba en un estudio con un gran micro delante y la cinta corriendo, y la sensación fue fabulosa. Ken todavía conserva los masters, y por internet circula un trozo de una de las canciones, «Down by the River». Aunque al escucharla es evidente lo verdes que estábamos como grupo. A muchas partes les faltaba una buena vuelta. Estábamos *cerca*… pero aún no habíamos llegado.

Al final no tuvimos ocasión de llevar la maqueta a ninguna compañía, porque en las siguientes semanas The Jasper Hart Band perdió a todos sus miembros menos uno.

No es que se marcharan del grupo.

Es que fuimos *asaltados*.

El asaltante en cuestión fue Vic Malcolm, un guitarrista de South Shields que era lo más legendario que se podía ser en el noreste sin llegar a ser una estrella de rock. Había estado en un grupo llamado The Influence con el cantante John Miles, conocido más tarde por ese tema tan épico, «Music», y el batería Paul Thompson, que más tarde entró en Roxy Music. Incluso habían publicado un single, «I Want to Live», en 1969. Vic había tocado en dos grupos más con Paul Thompson —Yellow y Smoke Stack Crumble—, que también habían publicado singles. Y había llegado a tener una residencia de dos semanas en el famoso Top 10 Club de Reeperbahn, en Hamburgo.

Vic era lo más, no cabía la menor duda.

La primera vez que noté que pasaba algo fue cuando Tom Hill me dijo que había hecho una prueba para tocar en el nuevo grupo de Vic, U.S.A., y que le había ofrecido el puesto.

Después Brian Gibson me dijo que él también había hecho una prueba… y que también le había ofrecido el puesto.

Me quedé muy puteado. Tom y Brian acababan de entrar en The Jasper Hart Band, y estábamos sonando mejor que nunca. Y con las canciones que habíamos grabado, por fin parecía que íbamos a llegar a algo.

—No podemos decir que no a Vic Malcolm —suspiró Tom—. Este tío puede ser el nuevo Pete Townshend.

—Sí, sí, ya lo sé —dije con tristeza—. Seguramente yo haría lo mismo en vuestro lugar.

—Bueno, me alegra oír eso —sonrió Tom—. Porque Vic quiere hacerte una prueba a ti también.

La prueba fue, por algún motivo, en un salón de scouts de un bloque de viviendas sociales en South Shields. No fue una cosa muy formal. Vic me había dicho por teléfono: «Ven y canta algo».

Pero desde el momento en que entré allí, supe que aquello era otro nivel.

Como guitarrista, Vic jugaba en primera división. Podría haber tocado con cualquiera de los mejores grupos del mundo y encajar sin problemas. Pero es que los riffs y las canciones que tocaba eran *suyos*. Y eran buenos. Eran tan pegadizos que tenías la impresión de haberlos oído en la radio. Y además, con su Fender, su pelo, su camiseta de cuello bajo y toda aquella bisutería en plan Keith Richards, también tenía el look.

Hagas lo que hagas, Brian, me dije, *no la cagues*.

Vic me pasó las letras de tres o cuatro canciones suyas, entre ellas «Don't Do That» y «Keep on Rockin'».

Antes de empezar, ni siquiera había pensado en cómo sería cantar material completamente nuevo. Pero la sensación de exclusividad, de tener un single con posibilidades de entrar en las listas y que nadie más tenía, era mágica. Aunque en el fondo yo creía que en los clubs no nos iban a dejar tocar estos temas porque lo que querían eran

versiones. Pero a Vic le daba igual. Sus ambiciones iban mucho más allá de los clubs. Y además, sin canciones propias era imposible conseguir un contrato discográfico.

—Estás en el grupo —dijo Vic después de oírme cantar las canciones —. Siempre que quieras, claro…

Dijo también que su idea era girar con U.S.A. por el circuito de clubs para trabajadores, poner el grupo a punto, grabar una maqueta, llevarla a algunos de sus contactos en discográficas de Londres, conseguir un contrato, hacernos profesionales y sacar singles que nos llevaran hasta *Top of the Pops*. Lo decía de una forma que hacía que sonara fácil.

Solo había un problema: Ken. El pobre era el único al que Vic no había ofrecido entrar en el grupo. Al fin y al cabo era guitarrista, y Vic no necesitaba un guitarrista, ya que era uno de los mejores del noreste. Fue bastante incómodo, porque además Ken estaba saliendo con la hermana de mi mujer. Pero lo cierto era que The Jasper Hart Band ya no daba más de sí. Fue muy cruel, sobre todo después de todo lo que habíamos pasado juntos con Ruth Saxon. Pero así es el mundo del espectáculo.

U.S.A. dimos nuestro primer concierto a comienzos de 1972.

Creo que fue en Peterlee, en el condado de Durham. Era una de esas «ciudades nuevas» que se habían creado en Inglaterra, y conducir por ella era una pesadilla porque estaba dividida en zonas, y en cada zona las calles tenían los mismos nombres, y todas las casas de ladrillo rojo parecían idénticas. Y encima el bolo era en un club para trabajadores, pero había media docena de ellos, también idénticos y con nombres *muy ligeramente* diferentes. Cuando al fin encontramos el nuestro ya era bastante tarde, y el «coordinador de conciertos» —ese era el gran título que se daban a sí mismos estos tíos del sindicato— estaba bastante mosqueado. No era la mejor forma de empezar nuestro primer bolo, y más con lo nervioso que estaba por tener que cantar temas originales.

Pero los nervios se esfumaron a los pocos minutos de empezar a tocar. Las canciones de Vic eran tan buenas que el público prácticamente no notaba que eran versiones. Cuando hicimos «Don’t

Do That» en el bis, algunos ya la estaban coreando. Yo estaba alucinado.

Pronto estábamos tocando en todos los clubs y salas que anteriormente se habían negado a dar una oportunidad a The Jasper Hart Band, y a los seis meses éramos cabeza de cartel en Croft Park, el campo del equipo de fútbol Blyth Spartans, con un aforo para cinco mil personas. Esa noche tuvimos incluso dos *teloneros*: un grupo llamado Lyght Plynth y una banda de rock que atendía al nombre de Brass Alley. El cantante de Brass Alley era una estrella local, Dave Ditchburn (todavía hoy sigue siendo uno de mis cantantes favoritos), y anteriormente había estado con Vic en un grupo llamado Vince King and The Stormers… cuyo mayor logro había sido quedar primeros en un concurso en 1963 y tocar en el Astoria Ballroom de Middlesbrough con la nueva sensación de Liverpool.

En efecto: Vic había sido telonero de los Beatles.

Y ahora lo tenía a mi lado en el escenario.

En un par de meses tuvimos lista la maqueta. Vic y Tom se fueron a Londres en busca de alguna discográfica interesada. Se subieron al Ford Transit de seis ruedas del grupo, fueron literalmente directos al Soho y aparcaron en Wardour Street; en esa época aún podías hacer eso porque no había parquímetros de diez libras la hora ni cepos para coches mal aparcados.

Yo podría haber ido con ellos, pero era un día laborable, así que ni hablar.

En cuanto Vic y Tom aparcaron la furgoneta hubo un apagón en todo Londres, algo muy frecuente en la Inglaterra de los setenta. Así que en las primeras compañías a las que fueron no hubo forma de escuchar la maqueta. No tengo ni idea de si fueron dejando copias de la maqueta por ahí, y Vic tampoco se acuerda. Lo que es seguro es que la luz volvió justo cuando entraban a un sello llamado Red Bus Records, que acababa de empezar pero ya había firmado un acuerdo con EMI y andaba buscando nuevos grupos. El momento era inmejorable.

Les recibió Ellis Elias, que era el típico tío del mundillo discográfico, muy enrollado, muy en la onda. Los dueños de Red Bus eran él y otro

tipo llamado Eliot Cohen.

—Muy bien, chavales, esto suena genial, sí, me gusta —dijo Ellis después de escuchar la maqueta.

—Entonces… eh… ¿os lo pensaréis… y nos llamaréis? —preguntó Vic.

—Bah, yo creo que no hace falta —dijo Ellis.

Esa noche llamaron a la puerta de mi casa. Era Tom, recién llegado de Londres. Estaba en shock.

—Ya está hecho —dijo.

—¿Habéis repartido las maquetas?

—No. Ya está hecho.

—No entiendo —dije—. ¿*No* habéis repartido las maquetas?

—¡Ya tenemos un contrato!

Entonces recordé que estaba casado y tenía una hija y un trabajo de oficina a jornada completa. Sí, estaba encantado. Pero al mismo tiempo… ¿qué coño iba a hacer ahora?

Tenía cuarenta y ocho horas para tomar una decisión. Red Bus quería que U.S.A. bajáramos a Londres lo antes posible para grabar un single —dos canciones, la cara A y la cara B—, que iría seguido de un álbum. Eso sí, sin garantías. Si el single no funcionaba, no era seguro que después hubiera un álbum. Teníamos que arriesgarnos.

Carol estaba preocupada, claro. Le horrorizaba la idea de que todo fracasara y acabáramos más arruinados de lo que ya estábamos. Puede que mi trabajo de delineante no fuera muy lucrativo, pero era estable. Y tener un trabajo normal también significaba que podía echar una mano en casa. Si me lanzaba a la carretera a tocar en un grupo de rock, Carol se quedaría sola en casa cuidando de Joanne, que tenía cuatro años. Y no solo eso, sino que pronto iba a llegar Kala, la hermanita de Joanne, lo cual añadía un bebé recién nacido a la ecuación. Así que para Joanne no era un buen arreglo, a no ser que U.S.A. lo petáramos y pudiéramos vivir lujosamente.

Eso era lo que había.

Fue uno de esos momentos en la vida. ¿Tomar el camino más sensato… o lanzarte a por todas?

Lo que más me preocupaba, curiosamente, era tener que decir a mis

compañeros de trabajo que lo dejaba para hacerme músico profesional. Se iban a mear de la risa. Iban a pensar que me había vuelto majara. Por otra parte, el negocio no iba muy bien y la compañía había empezado a ofrecer despidos, así que tenía la excusa perfecta porque parecía que pronto iba a haber más. Tener empleados en Newcastle se había convertido en algo muy caro, y los japoneses estaban fabricando el mismo producto por una fracción de su precio. Parsons decía a sus clientes: «Nosotros fabricamos el Rolls-Royce de las turbinas, va a durar toda la vida». Pero los clientes sabían que si compraban una turbina japonesa, les seguiría saliendo más barato aunque tuvieran que cambiarla dentro de veinte años.

Otra razón para marcharme fue el delegado sindical de mi taller, Harry Blair, un tipo orgulloso y testarudo que hablaba siempre con metáforas bélicas y era miembro del Partido Comunista.

A ver, Harry me caía muy bien, pero siempre estábamos chocando porque yo no tragaba sus ideas políticas. Una vez incluso me «mandó a Coventry» —que en la Inglaterra de los setenta era algo real, no solo una frase hecha[32]— por negarme a apoyar el cambio de nombre de nuestro sindicato, DATA (Draughtsmen and Allied Technicians' Association), por el de TASS (Technical, Administrative and Supervisory Section). Mi argumento era que TASS era también el nombre de la famosa agencia de propaganda soviética.

—¡Exacto! —dijo Harry—. ¡Estamos demostrando solidaridad con nuestros hermanos!

Cuando le dije lo que opinaba de eso —sobre todo siendo miembro de las Fuerzas Armadas, que se entrenaban para protegerle de esos mismos comunistas— fue cuando me envió a Coventry, negándose a hablar conmigo en una semana. Y se lo anunció al resto de la oficina.

Eso sí, Harry también podía ser un tipo muy ameno, sobre todo si se había tomado unas cuantas birras.

En Navidades, por ejemplo, siempre había una gran fiesta para todos los delineantes de Parsons, y cada uno tenía que hacer un pequeño número. La aportación de Harry era una canción tradicional de Newcastle llamada «Geordie's Lost His Liggie», que habla de un chavalín que pierde su «*liggie*» (canica) y hace todo lo que puede por

encontrarla, como por ejemplo meter un palo de escoba por el urinario, hasta que finalmente lo hace volar con dinamita y descubre que la canica estaba «en su puto bolsillo, aarrgh». La versión que cantaba Harry le volvía loco a todo el mundo, y siempre le estaré agradecido por habérmela descubierto, porque más tarde grabé una versión con Vic y el grupo, y siempre me lo he pasado en grande cantándola.

El despido fue un regalo del cielo porque recibí un finiquito de 800 libras, que era un auténtico dineral para alguien que ganaba 36 libras a la semana. Si el contrato nos salía rana, pensaba, siempre podía vivir de ese dinero hasta encontrar un trabajo de delineante en otro sitio. Eso era una ilusión, por supuesto; la industria pesada estaba a punto de morir en todo el noreste, y esos trabajos estaban desapareciendo a la misma velocidad que dejaban de llegar pedidos de turbinas. Pero me ayudaba a afrontar el riesgo con más optimismo.

Unos días después, a U.S.A. nos hicieron unas fotos en el *Evening Chronicle* para un artículo titulado «Futuras estrellas», y a continuación nos fuimos a Londres en la Transit, cargados con todo el equipo que teníamos. Tom conducía, Brian iba de copiloto y Vic y yo íbamos detrás, intentando aguantar la avalancha de amplificadores cada vez que frenaba la furgoneta. No fue exactamente un viaje relajante —sobre todo porque salimos a mitad de la noche para llegar a Londres a las nueve de la mañana—, pero nos daba igual. Los cuatro sonreíamos.

Pronto estábamos haciendo una entrada triunfal por la puerta de la oficina de Red Bus Records.

Y ese fue el momento en el que volvimos a poner los pies en la tierra.

Lo que sucedió fue más o menos esto:

—Respecto al nombre, chicos —dijo Ellis, frunciendo el ceño con aire amistoso—. No estamos seguros de que «U.S.A.» sea *del todo* sugerente… Porque da a entender que venís del otro lado del charco, ¿no?

—No… yo creo que no —contestó Vic—. Lo que da a entender es que tocamos rock al estilo americano.

—Ummm —dijo Ellis.

—A mí me gusta cómo suena U.S.A. —dije yo, intentando echar un cable.

—Y a mí —dijo Tom, mientras el otro Brian asentía también.

—Ummm —repitió Ellis—. Estábamos pensando en un nombre que… ¿dijera algo sobre vuestras raíces?

—Bueno… Supongo que… sí, tiene sentido —dijo Vic, encogiéndose de hombros.

—Hombre, somos un grupo con raíces —convino Tom.

—¡Estupendo! —dijo Ellis, dando palmaditas—. Pues no se hable más. Vamos a cambiar el nombre a… Geordie.

Se hizo un silencio espantoso.

Nos miramos unos a otros horrorizados, demasiado asustados para decir lo que estábamos pensando. Porque Geordie sonaba tan, tan obvio… Y además no tenía sentido para nadie que no fuera inglés, ya que no podía saber que un Geordie es una persona de Newcastle, ni que los cuatro miembros del grupo eran Geordies. Aparte de que había zonas del país donde los Geordies no estaban muy bien vistos. Sunderland, por ejemplo. Como aparcáramos una furgo en la que se leyera «Geordie» delante del Club de Fabricantes de Calderas de Sunderland, tendríamos suerte de salir de allí con vida. Pero a Ellis no parecía preocuparle nada de eso, tal vez porque el tío nunca había salido de Golders Green[33] más que para ir al aeropuerto.

Quizá deberíamos haber dicho algo. Pero apenas podíamos creer que nos fueran a *pagar* por grabar un disco, que es algo que habríamos hecho gratis a la mínima ocasión. Así que no era momento de poner pegas.

Y con eso se terminó la reunión.

Y Geordie nos quedamos.

12

Wardour Street

En la historia de grupos con nombres horribles, Geordie no es de los peores. Pensad por un momento en Showaddywaddy. O en esos tipos de Kajagoogoo. Y las reservas que pudiéramos tener hacia el nombre desaparecieron en cuanto saboreamos las primeras mieles del éxito.

Nada más salir de la oficina de Ellis nos llevaron directamente a una tienda enorme que había a la vuelta de la esquina, en Carnaby Street, donde nos esperaba un batallón de dependientes con el símbolo de la libra esterlina brillándoles en los ojos. Cuando entramos en ese sitio éramos cuatro tíos normales del noreste. Cuando salimos, Vic llevaba botas de tacón alto y un abrigo hasta las rodillas cubierto de relucientes discos metálicos, Tom iba con un sombrero de seda negra y una *bomber jacket* a juego con mangas abultadas, y yo llevaba un peto de campesino y las mismas botas que Vic, solo que con rayos pintados a los lados. (Más tarde me las robaron… Menos mal.) El otro Brian fue el único que se negó a que lo maquearan, y siguió con sus aburridos vaqueros y camiseta hasta que le obligamos a enfundarse en un mono de lentejuelas blancas.

No me podía creer que estuviera pasando todo esto. Era un rollo de auténtica estrella del rock. No era un sueño, no era un rumor, éramos nosotros discutiendo acaloradamente con los dependientes sobre cualquier cosa que nos probáramos. Era de locos.

Después de ir de compras, llegó el momento de la sesión de fotos. Luego volvimos a Red Bus, donde firmamos una serie de papeles y nos enteramos de que nuestro «salario» iba a ser de 45 libras semanales.

Recuerdo que nos pasamos el resto de la tarde dando vueltas por Wardour Street como en un sueño.

Esa noche Ellis iba a llevarnos a cenar, así que aún teníamos unas horas libres, y estábamos dando una vuelta cuando vimos un cochazo superlujoso que se paró a nuestro lado y a unos tíos con pintas

alucinantes bajar de él y entrar en un pequeño restaurante italiano. Eran los Small Faces, o más bien los Faces, que era como se llamaban desde que Rod Stewart había entrado como cantante. Juraría que estaba también Steve Marriott —uno de mis cantantes favoritos de todos los tiempos—, que por entonces los había dejado ya para formar Humble Pie.

Fue un momento increíble, porque aunque acabábamos de firmar un contrato, seguíamos siendo unos chavales flipados de Newcastle. Recuerdo que nos quedamos mirando al interior del restaurante con las caras pegadas al cristal, viendo a uno de los grupos más *cool* de la historia charlar y bromear con el dueño.

¿Adiviináis adónde nos llevó a cenar Ellis esa noche? Exacto, a ese mismo sitio; y también charlamos y bromeamos con el dueño del restaurante, que se sabía nuestros nombres. Pero con nosotros sonaba un poco falso, porque si sabía quiénes éramos era únicamente porque se lo había dicho una secretaria de la oficina de Ellis. Fue uno de muchos momentos en la historia de Geordie en que supe que estábamos *a un paso* de ser *cool*, pero aún no lo éramos. Y nunca lo fuimos, por supuesto.

Por lo que sabíamos, Ellis y sus socios estaban pagando nuestras comidas y todo lo demás. Al ser chavales de clase obrera de Newcastle, no se nos ocurrió que todo eso iba a salir de nuestros futuros royalties y ventas de entradas, y que nuestros sueldos de 45 libras semanales iban a ser una fracción de lo que ganábamos en realidad, y que si no actuábamos en directo nos suspenderían la paga. Pero en ningún caso habríamos dejado de firmar el contrato. Mientras nos lo estuviéramos pasando bien, no íbamos a hacer preguntas. Habríamos firmado cualquier cosa que nos pusieran delante.[34]

Algo parecido pasó cuando nos llamaron para tocar en el Marquee Club —la sala en la que habían dado su primer concierto los Rolling Stones diez años antes—; nos pusimos muy contentos cuando supimos que podíamos usar el equipo de la sala en vez de bajar todas nuestras cosas desde Newcastle. Pero, claro, al final nos cobraron una cantidad astronómica en concepto de «alquiler de equipo» y nos los descontaron del caché, con lo cual no ganamos casi nada.

Pero, una vez más, estábamos tocando en el *Marquee Club* —¡y el concierto salió anunciado en el *New Musical Express*!—, así que ser víctimas de ese chanchullo nos pareció un precio muy bajo a cambio de todo lo demás.

Por supuesto que el día que tocamos allí, el Marquee no estaba exactamente a rebosar. Los chavales más enterados no iban a hacer cola para ver a un grupo de Newcastle llamado Geordie. Pero yo hice todo lo que pude por animar el cotarro, y en un momento dado me agaché y le dije a Tom que se subiera a mis hombros. Después me puse de pie y empecé a correr por el escenario como un loco, cargando a mis espaldas con un bajista hecho y derecho. Eso hizo que el público prestara atención. Y a los del Marquee les gustamos lo bastante como para invitarnos a tocar varias veces más, aunque llegar allí desde Newcastle era una pesadilla. Había noches en las que terminábamos de tocar, nos tomábamos unas cervezas, subíamos a la Transit, buscábamos la A1 —que llega hasta el centro mismo de Londres— y recorríamos los 450 kilómetros hasta llegar a casa. Un viaje peligroso para hacer de noche cuando estás agotado (y borracho) después de un bolo, y encima vas en una furgoneta vieja y baqueteada.

Una noche había una niebla tan espesa al salir del Soho que no pudimos encontrar la A1 y tuvimos que parar en algún lugar perdido del norte de Londres. Justo enfrente, apenas visible a causa de la masa de niebla, vimos un restaurante con una pinta muy extraña; el logo que se veía en la puerta era un viejo barbudo con un traje blanco. Y lo más raro de todo es que el sitio estaba *abierto*, aunque ya eran las diez u once de la noche.

Sin saber cómo, habíamos ido a parar a uno de los primeros Kentucky Fried Chicken de Inglaterra. (McDonald's no llegó hasta finales de 1974.)

Por pura curiosidad entramos, pedimos un «cubo» de pollo y nos lo llevamos a la furgo para bajárnoslo con unas Brown Ales, suponiendo que el sabor sería tan asqueroso como es de esperar cuando te sirven algo en un cubo. Pero mira por dónde… Aquello estaba muy bueno. No podíamos parar de comer. Debimos de pedir dos o tres cubos más.

Fue una revelación. Nos daban exactamente igual las calorías o las grasas saturadas, claro, y no solo porque fuéramos jóvenes y viviéramos sin preocupaciones; es que no teníamos ni puta idea de lo que eran las calorías ni las grasas saturadas.

En aquellos tiempos, la ignorancia era pura alegría.

Nuestro gran momento, el momento en el que incluso el propio Vic empezó a pegar brincos como un niño grande, fue un día que íbamos en la Transit de camino a un bolo, justo a punto de cruzar el Severn Bridge.

Esto era a mediados de septiembre de 1972, y nuestro primer single, «Don't Do That», estaba a punto de salir.

Habíamos grabado material suficiente para un álbum en los Pye Studios de Marble Arch y en los Lansdowne Studios de Holland Park —incluida la canción que me había descubierto Harry Blair, «Geordie's Lost His Liggie»—. El productor había sido Ellis, junto con un tío italiano fabuloso llamado Roberto Danova, de pelo largo y moreno y con un enorme mostacho; tenía unas pintas perfectas. (Había trabajado mucho con Tom Jones, lo cual tenía todo el sentido del mundo.[35]) El álbum, que se publicó a comienzos del año siguiente, se llamó *Hope You Like It*[36], y la portada era como un envoltorio de regalo, con su cinta y su lazo y con el título escrito en la etiqueta. Un poco hortera, sí, pero Red Bus quería lanzarnos como un grupo de rock con un rollo cachondo y descarado, capaz de atraer a los chavales más jóvenes.

«Don't Do That» resumía todas esas cualidades a la perfección. Era un tema muy rockero y enérgico, ideal para patear el suelo al ritmo de la música, pero con gritos y palmas y un interludio en plan country a mitad de la canción que decía: «Coge de la mano a tu pareja/y ven al país de Geordie/Vamos todos a por ello/Coge tu Brown Ale y dale fuerte». La cara B de «Don't Do That» era un tema más heavy y sin florituras llamado «Francis Was a Rocker», construido en base a otro de los riffs de Vic.

Así que allí estábamos sentados en la furgoneta, con un tráfico intenso, a punto de llegar al Severn Bridge, y como de costumbre íbamos escuchando Radio One. El locutor era Noel Edmonds —estoy

seguro de que era un viernes por la tarde—, y en su programa había una sección donde presentaba una selección de singles nuevos que le gustaban pero aún no se habían publicado. Era bastante habitual que los singles que él escogía entraran en el Top 40 la semana siguiente.

—Y ahora vamos con el siguiente tema, que es de un grupo que viene desde Newcastle —dijo Noel, dejándonos a los cuatro boquiabiertos—, y tengo que decir que este disco me ha hecho sonreír…

¿Habría *otro* grupo de Newcastle del que no tuviéramos noticias?

¿No se estaría refiriendo a…?

—Si este tema no te hace mover los pies, no eres un ser humano —prosiguió Noel—. Aquí están: ¡*Geordie*!

No pudimos oír más porque estábamos todos gritando como locos.

Aquello era… A ver, ¿qué puedo decir para que os hagáis una idea de lo alucinante que era estar sonando en Radio One en 1972?

Casi lloré.

Mejor dicho, sin el «casi»: teníamos todos lágrimas en los ojos. Lo habíamos conseguido. *Lo habíamos conseguido al fin*.

Cualquiera que nos viera desde fuera debía de preguntarse qué coño pasaba dentro de aquella furgoneta, con esos cuatro tíos gritando, vociferando y dando tantos saltos, que se balanceaba de un lado a otro. Un policía nos empezó a hacer señales para cruzar el puente, pero tuvimos que parar a un lado porque no estábamos en condiciones de manejar un vehículo. Nos quedamos ahí sentados mirando la radio y escuchando nuestra canción.

Tuvimos suerte con Noel, porque estaba claro que le gustaba lo que hacíamos. En cambio, cuando Tony Blackburn pinchó «Don't Do That» unos días después, empezó diciendo: «A veces te llegan discos que no te gustan mucho, pero tienes que pincharlos, así que allá va…». Muchas gracias, Tony. Pero el apoyo de Noel fue suficiente para que nuestro primer single entrara directo al nº 32 esa semana, y eso nos sirvió para aparecer en un sitio aún más potente que Radio One.

Íbamos a salir en *Top of the Pops*.

Algo a tener en cuenta sobre *Top of the Pops* en los setenta es que no era un simple programa de televisión pregrabado que emitía la BBC

One los jueves a las siete y media. Era una institución cultural, era parte integral de tu juventud, ¡y era la típica basura de la BBC! Pero prácticamente todos los chavales de Inglaterra lo veían después del té —cuando deberían haber estado haciendo los deberes— y sus cifras de audiencia eran astronómicas, algo así como quince millones de espectadores cada semana. Por ello, la presión que suponía actuar en el programa —o mejor dicho, de hacer playback, que era lo obligatorio— era abrumadora.

La primera gran pregunta era qué ropa llevar.

Yo ya me había puesto la ropa que habíamos comprado en Carnaby Street en unas cien sesiones de fotos, así que necesitaba algo nuevo. Pero Red Bus no iba a llevarnos otra vez de compras (casi me da un infarto cuando vi la factura de la anterior expedición).

Al final fue mi madre la que me salvó la papeleta. Tenía un rollo de tela blanca para bodas y otro de tela negra para vestidos de noche, y los cosió juntos creando una especie de versión rockera del uniforme del Newcastle United. Me la puse con el peto y las botas de rayos a los lados, que por desgracia no me habían robado aún. Parecía un hombre-anuncio, pero mi madre no cabía en sí de orgullo.

—*Mi hijo famoso, muy famoso* —presumía ante cualquiera que le escuchara—. *Y yo hago traje especial para que él va a top-a the pops.*

Todavía tengo ese conjunto por algún lado; no he sido capaz de deshacerme de él.

Por aquellos días *Top of the Pops* se grababa en el BBC Television Centre de White City, al norte de Shepherd's Bush. Así que allí nos plantamos con la furgo; para entonces ya estábamos muy familiarizados con el viaje por la A1. Apenas podíamos disimular nuestra emoción. Naturalmente, dábamos por hecho que antes y después del programa estaríamos con los demás grupos, intercambiando anécdotas de la carretera, haciendo *jam sessions*, jugando al billar y tomando unas cervezas. Yo pensaba que al final de la velada estaría improvisando duetos con un Michael Jackson adolescente mientras Vic y los demás apostaban a ver quién se bebía más copas.

Pero, claro, la realidad no pudo ser más decepcionante.

Lo más curioso de todo fue el apaño que tenía montado la BBC con el sindicato de músicos; antes del programa te obligaban a regrabar la canción en un estudio aprobado por el sindicato. Y aunque la estuvieras grabando con un equipo de producción distinto, la canción debía sonar *idéntica* a la versión que estaba en listas. Ah, y todo este proceso debía ser supervisado por un oficial del sindicato, al que se le pagaba solo por estar ahí mirando. Además de ridículo, era una verdadera estafa (montada, por supuesto, por los sindicatos).

Lo que sucedía en realidad es que, en cuanto llegabas al estudio, uno de la discográfica se presentaba ante el tipo del sindicato y le invitaba a una comida bien regada con alcohol en algún lugar del Soho o de Covent Garden. Tú, entretanto, te quedabas por allí haciendo tiempo. Cuando regresaban el tío de la compañía y el del sindicato, casi haciendo eses, el técnico entregaba una copia del máster original y el del sindicato fingía creer que era una grabación nueva, sabiendo perfectamente que no lo era. Lógicamente, ninguna discográfica iba a arriesgarse a grabar una nueva versión de un tema que ya era un éxito. Y la BBC tampoco lo habría aceptado; si obligaban a todo el mundo a hacer playback era porque temían que los grupos no tocaran bien sus canciones en directo. (Aunque ese no era el motivo *oficial*: si insistías en tocar en directo, te decían que el ruido de los amplis y la vibración de la batería hacían temblar las cámaras en los primeros planos.)

Una vez terminada la falsa grabación nueva de «Don't Do That», lo siguiente era ir al Television Centre para el ensayo, y ahí me di cuenta de que para un cantante de rock como yo, que se desgañita en cada canción, hacer playback era *increíblemente* difícil. Y era importante hacer playback y no cantar nada, porque lo que saliera de tus labios podía ser recogido por los micros del estudio y mezclarse con la grabación. También creía que el equipo de sonido del Televisión Centre sería el típico equipazo de sala de conciertos, pero cuando hicimos un par de veces la canción para ensayar nuestros movimientos, el sonido fue como escuchar el disco en tu casa. La experiencia entera estaba siendo una enorme decepción.

Finalmente, a eso de las cinco o seis de la tarde, dejaron entrar al

público para el «directo» y comenzó la grabación. Que fue cuando nos enteramos de que el presentador de esa semana no era otro que el que había criticado nuestro disco en la radio: Tony Blackburn. De hecho, el centro de la grabación parecía ser él; el equipo técnico le perseguía por entre el andamiaje, entre los grupos de chicas que bailaban, mientras él iba desgranando sus intros y sus frases con la autenticidad de un billete de cuatro libras. Cuando le mirabas no veías más que dientes blancos y un cuello alto, y su pelo recordaba a una de esas piezas que se pegan en un Lego. En cuanto a las chicas del público, parecían ser habituales del programa y pasaban totalmente de los grupos.

O, al menos, de *nuestro* grupo.

Nosotros nos limitamos a sonreír y a cumplir con nuestra parte.

De repente todo se había acabado, y nos fuimos al salón verde. De camino vi a Blackburn y le paré para decirle lo que pensaba.

—Tú eres locutor, no crítico musical, así que estaría muy bien que te guardaras tus opiniones —dije, o al menos esa es la versión que puedo reproducir aquí; él dijo algo entre dientes y después se escabulló por el pasillo, sumergido en su cuello alto.

En el salón verde el ambiente era frío y desganado. Tengo un vago recuerdo de ver entrar un segundo a varios miembros de los Jackson 5, pero el resto eran los asiduos del programa de toda la vida.

A pesar de lo poco acogedor que era todo, esa noche nos apetecía quedarnos allí para tomarnos unas cervezas y saborear el momento. Pero después de un par de rondas, el camarero cerró la barra y nos condujo a la salida. En cuanto estuvimos fuera, volvió a abrir el bar.

El mensaje estaba claro. Puede que hubiéramos entrado en la lista de éxitos, pero todavía no éramos nadie.

El programa se emitió tres días después. Hoy en día no se conserva, y quizá sea mejor así cuando pienso en lo poco natural que me resultó hacer playback (se me notaba en la mirada: parecía que me estaban cortando la picha a trozos). La BBC tenía por entonces la política de borrar sus cintas para reutilizarlas, y casi todas las imágenes de *Top of the Pops* desde que comenzó en 1964 hasta mediados de los setenta fueron borradas, incluida la única aparición de los Beatles en el

programa.

A pesar de lo bajonera que fue la experiencia, salir en la tele fue un subidón.

—¡Te vi el otro día, cabrón! —me gritaba la gente por la calle ya de vuelta en casa—. Estuvo bien. ¡Pero a ver si te cortas el pelo, que parecías un puto marica!

Mi madre no cabía en sí de gozo, claro. Sobre todo porque me había puesto el modelo que me había hecho. Pero mi padre pasaba del tema. La noche que lo emitieron se fue a su club a tomarse una pinta, como hacía cada día a las siete de la tarde.

—No he visto *Top of the Pops* en mi vida —dijo—, y no voy a empezar ahora solo porque tú salgas ahí.

La primera gira de Geordie propiamente dicha comenzó a finales de 1972, justo antes de que saliera *Hope You Like It*. Para la parte inglesa de la gira viajamos de una sala a otra en un gran autobús rojo de dos pisos que le alquiló la compañía a un jipi que vivía en el piso de arriba. De allí fuimos a Bélgica, Holanda, Escandinavia y Alemania. Teloneamos y fuimos teloneados por grupos alucinantes. En Manchester compartimos cartel con la increíble Suzi Quatro.

Al otro extremo de la M62 nos aguardaban noticias aún mejores. Un día de repente echamos un vistazo a la lista de bolos que teníamos las dos semanas siguientes, y ahí estaba: THE CAVERN, LIVERPOOL. No me lo podía creer. Ese sitio era el cuchitril donde empezó todo, el sonido Mersey, los Beatles, Gerry and the Pacemakers, todo aquello. Y ahí estaba nuestro nombre, «Geordie». Íbamos a tocar en el Vaticano del rock'n'roll.

La sala era exactamente como me la había imaginado: un antro de mierda, un agujero, un sótano lleno de recuerdos y poco más. El escenario no se veía a no ser que estuvieras en primera fila, ya que estaba lleno de pasillos e intrincadas escaleras. Así que supongo que a los Beatles solo los vieron unas cincuenta y tres personas en cada concierto. Pero todo eso daba igual; para un músico, era como estar el paraíso. Recuerdo el concierto con bastante detalle; esa noche lo dimos todo y, si no recuerdo mal, fue un buen concierto.

El *Liverpool Echo* dejó dicho para la posteridad: «Geordie estuvieron

bien, pero en el fondo son unos Slade de segunda división». Urgh, eso nos dolió un poco, pero los críticos están ahí para criticar, y este tío era un buen crítico. Me alegro de que también hubiera allí un público para expresar su opinión, no como periodistas, y que todo el mundo se fuera contento a su casa.

A Slade los teloneamos en el Palladium de Londres, y tuve el placer de conocer a Noddy Holder, que resultó ser un tío encantador.

Ese mismo mes, el 27 de enero, teníamos que empezar una gira por Alemania teloneando a Chuck Berry en el Festhalle de Frankfurt. Por desgracia el bolo se canceló y tuvimos que esperar cinco días más para compartir escenario con el legendario guitarrista. Pero al fin llegó el momento, y el 1 de febrero de 1973, exactamente un año después de nuestro debut en Peterlee, compartimos cartel con uno de mis héroes en el Niedersachsenhalle de Hannover. Cada noche, Chuck llegaba a la sala, exigía cobrar el caché por adelantado —guardándoselo en el bolsillo de la chaqueta para mayor seguridad—, y entonces se subía al escenario y se enchufaba a nuestro equipo.

El 2 de febrero, en el Philipshalle de Düsseldorf, Vic y yo estábamos sentados encima de un *flight case*[37] a un lado del escenario. Esa noche Chuck Berry y su grupo lo estaban bordando, pero el podio de la batería no estaba bien sujeto y, a medida que el batería la iba aporreando, se iba moviendo hacia los lados.

Cuando vimos eso dijimos a Charlie y Alan, nuestros roadies, que salieran rápidamente a arreglarlo. Fue un descojono ver cómo se arrastraban por el escenario sobre sus tripas como dos comandos, con clavos en los dientes y martillo en mano, creyendo que no se les veía en aquel escenario iluminado y con todo el público mirando. Mientras ponían los clavos, Chuck se paró a media canción. Miró a los roadies y les dijo:

—¿Qué estáis haciendo?

Le explicaron rápidamente lo que pasaba y su respuesta fue:

—¡Al menos podíais dar los martillazos al ritmo de la música!

Al terminar la canción, dio las gracias y añadió:

—Esto ha sido posible gracias a una persona: ¡un gran aplauso para este chaval!

Y señaló a Charlie.

—Vamos, ven aquí.

Charlie salió al escenario, muy poco convencido, y recibió una gran ovación del público.

Después del último concierto, en el Friedrich-Ebert-Halle de Ludwigshafen, aproveché la ocasión para acercarme a Chuck y pedirle un autógrafo.

Teniendo en cuenta que había usado nuestro equipo noche tras noche, pensé que ese detalle era lo mínimo, pero su respuesta me jodió mucho. Me miró fijamente y dijo:

—Solo firmo un autógrafo al día, y hoy ya lo he hecho.

Puede que haya algo de verdad en el viejo dicho de que es mejor no conocer a tus héroes.

En cuanto a Charlie Wykes, hubo una anécdota muy graciosa con él. Charlie no tenía ni idea de lo que hacía un roadie, pero podía levantar pesos muy grandes y era muy trabajador. Poco a poco fue aprendiendo a arreglar cosas, montar una batería y todo lo demás. En los primeros días de U.S.A., un coordinador de conciertos nos dijo:

—Vosotros, cabrones, he oído por ahí que tocáis demasiado fuerte. Como os paséis con el volumen, os pago el dinero, pero no volvéis a tocar por aquí nunca más.

Necesitábamos la pasta. Vic le dijo a Charlie:

—Esta noche, si algo va mal, si algo suena demasiado fuerte, en fin, si falla cualquier cosa, haznos una señal con los brazos para que paremos de tocar.

Así que cuando íbamos por la tercera canción, de repente Charlie empezó a mover los brazos con todas sus fuerzas. Vic dijo:

—¡PARAD, PARAD! ¿Qué pasa, Charlie?

—¡Se ha acabado la Brown Ale!

Nuestros problemas de transporte fueron resueltos finalmente por Ellis, que nos mandó una fantástica furgoneta Mercedes nueva. Nos pareció un detalle muy generoso hasta que nos enteramos de que, a cambio del privilegio de utilizarla, teníamos que salir en una campaña publicitaria de Mercedes[38].

Pero no nos quejamos. La furgoneta no solo era una gran mejora

con respecto a la Transit, sino también una señal de que el grupo estaba subiendo.

Y cuando nuestro nuevo single entró al nº 27 de las listas —se llamaba «All Because of You» y era otro tema bailón, con una intro con voz acelerada, más gritos del resto del grupo y una sección intermedia inspirada en el «Twist and Shout» de los Beatles—, Red Bus se superó y nos mandó también un Ford Granada nuevo. La idea era que los roadies viajaran en la furgo con el equipo y nosotros llegáramos elegantemente a todas partes en aquel lujoso salón de cuatro puertas.

Cuando nos dieron las llaves de ese coche volví a sentirme como un crío. En aquella época un Granada tenía casi tanto nivel como un Jaguar; era una verdadera limo de ejecutivo. Pero, claro, enseguida empezaron las peleas sobre quién se lo llevaba a casa cuando no estábamos de gira. «Pues yo lo quiero para este fin de semana.» «Que te follen, tú lo tuviste la semana pasada.» Ese tipo de cosas. Todos queríamos un Ford Granada aparcado en la puerta de casa. Yo estaba casado, así que no podía usarlo para ligar con chavalas, pero al menos podía sacar a mi mujer a dar una vuelta en condiciones.

El único que pasaba del Granada era Vic. Al ser el principal compositor, había firmado un contrato propio de derechos editoriales, y debieron de pagarle un adelanto bastante decente porque el tío se compró un Reliant Scimitar nuevo. Es uno de los coches más guays que ha habido nunca, y eso que lo fabricaba la misma compañía que dio a Inglaterra la furgoneta Reliant Regal de tres ruedas.

Entretanto, Vic había empezado a salir con una chica que tenía un piso en Chiswick, un barrio muy agradable del oeste de Londres. Así que cuando estábamos en la capital, los demás nos quedábamos en un piso cutre de protección oficial que había alquilado Red Bus en Hackney y consistía literalmente en una habitación con cuatro colchones en el suelo, mientras Vic se pegaba la buena vida en la otra punta de la ciudad. Después de una larga jornada en el estudio, a Vic le esperaba una rica cena casera con su novia; nosotros deambulábamos por el Soho buscando algún café italiano barato donde comer unos espagueti.

Pero aunque todos pensáramos que Vic era un cabrón con mucha suerte, ninguno le reprochábamos su estilo de vida.

O al menos nadie lo hizo hasta más adelante, cuando todo se empezó a ir al garete.

Después de nuestro debut en *Top of the Pops*, Geordie salimos en ese programa unas catorce veces más, lo creáis o no.

Pero para mí la más memorable fue nuestra segunda aparición, promocionando «All Because of You». Más que nada porque entre los otros invitados estaba uno de mis héroes del rock de todos los tiempos: Roger Daltrey, que esa semana estaba en las listas con su primer single en solitario, «Giving It All Away».

No nos podíamos creer la suerte que teníamos de estar tocando en el mismo programa que un auténtico dios del rock.

Una vez más, tuvimos que fingir que regrabábamos el single antes de ir a White City para grabar el programa. Cuando llegamos al Television Centre vi un horrible Jaguar E-Type amarillo aparcado enfrente, con la matrícula personalizada con dos iniciales, y sentí un escalofrío, porque solo había un tío capaz de echar a perder un coche tan precioso de esa manera: el impresentable de Jimmy Savile. Esa semana el programa lo presentaba él.

Me alegra decir que, aparte de verle pasar con su horrible melena rubia, su abrigo de pieles hasta los pies y sus collares con medallones, no tuve que hablar con Savile. Pero bastaba verle ahí solo, sin nadie que se le acercara, para darse cuenta de que era un tipo raro. Ya entonces, mucho antes de que se supiera lo degenerado que era, yo no conseguía entender su atractivo. Tanto si salía en la radio como si presentaba *Top of the Pops* o lo que fuera, el tío no hablaba, solo hacía ruidos con la boca. «Y ahora, y ahora, y ahora tíos y tías, *uhuhuhuhuh*, vaya por Dios, qué os parece eso.» Solo decía chorradas. Pero por algún motivo la BBC no paraba de contratarlo y pagarle un pastón, y el público inglés tragaba con él.

Después de grabar el programa fuimos de nuevo al salón verde para tomarnos un par de birras, convencidos de que nos echarían por no ser lo bastante famosos. Pero esta vez no ocurrió, y seguramente fue porque Roger se nos presentó inesperadamente en el bar. «Hola, tíos,

¿cómo va eso?» Yo al principio estaba cohibido —este tío era un verdadero icono; iba vestido con un mono acampanado increíblemente *cool*, y por debajo solo se veía su piel bronceada y un crucifijo dorado que le colgaba del cuello—, pero resultó ser de lo más normal, y no pudo ser más majo con nosotros. Incluso llegó a decirme que pegaba muy buenos gritos, lo cual, viniendo del tipo que había cantado «Won't Get Fooled Again», era el mayor piropo que me habían hecho jamás. No recuerdo mucho más de la conversación, aparte de que nos preguntó dónde nos alojábamos cuando estábamos en Londres, y yo le hablé del asqueroso piso con colchones en el suelo que compartíamos en Hackney. Después, antes de despedirnos, me llevó aparte y me preguntó:

—¿Quieres venir a comer el domingo y charlar un rato?

Yo pensé: «¿Es católico el Papa?». ¡Pues claro que sí!

A continuación me apuntó en un papel la dirección de su casa de campo y el nombre del pueblo más cercano, y yo me repetía a mí mismo, *era esto*, lo que había leído tantas veces en las revistas: estrellas que quedan para tomar unos tragos, decir tonterías, hacer lo que les apetezca. El estilo de vida rockero del que tanto había oído hablar.

La pelea por tener el Granada ese fin de semana la había ganado algún otro del grupo, por supuesto. Así que tuve que ir en la furgoneta Mercedes con todo nuestro equipo dentro. La casa quedaba bastante lejos —casi en la costa sur, de hecho—, y el paisaje de la zona era deslumbrante. Recuerdo que la carretera cada vez se estrechaba más y la furgoneta cada vez parecía más ancha hasta que finalmente, allí estaba: una puerta seguida de un largo camino de gravilla que conducía a una imponente mansión del siglo XVII.

Cuando llamé al timbre, me pregunté si Roger (se me hacía raro incluso pensar en él como «Roger») se acordaría de quién era, por mucho que me hubiera invitado a comer.

—¿Hola? —dijo una voz de mujer por el interfono—. ¿Quién es?

—Hola… Soy Brian, Brian Johnson. Del grupo Geordie…

—Ah… Roger no está, pero si quieres entrar y aparcar delante de casa, no tardará en llegar.

Así que entré y me quedé esperando en la furgo. De pronto oí unos cascos de caballo que se aproximaban y, al levantar la vista, me encontré con un espectáculo asombroso: un precioso caballo blanco galopaba hacia mí, sin silla de montar, llevando a lomos a un hombre descalzo de melena rubia y dorada que iba sin camisa y con vaqueros ajados. El jinete parecía sujetarse al caballo tan solo *cogiéndolo de las crines*.

Si esto no es una estrella de rock, pensé, nadie lo es.

—Qué tal, tío —dijo Roger mientras hacía detenerse al caballo delante de mí—, ¿llevas mucho esperando?

Más tarde me llevó a un cobertizo que había transformado en un estudio de grabación equipado a la última.

—Townshend se ha superado esta vez —dijo—, me acaban de mandar esto. A ver qué te parece.

La cinta que había llegado del estudio era el nuevo álbum de los Who: *Quadrophenia*.

Menudo momento.

Escuchamos unas cuantas canciones; eran fantásticas, por supuesto, y estaban a punto de convertirse en clásicos. Entonces Roger me preguntó si tenía hambre. Reconocí que estaba bastante hambriento después del largo viaje en coche, y regresamos a la casa.

Tanto la mansión como la comida fueron todo lo que había imaginado y más. El comedor era una sucesión de chimeneas gigantes con un suelo de gruesos tablones de madera, techos altos y amplias vistas de la campiña. Era lujoso y señorial, pero al mismo tiempo acogedor. La mesa era del tamaño de un campo de fútbol. Y la cena fue deliciosa: carne asada, pudin de Yorkshire, verduras inglesas… No faltaba de nada. Me parecía estar soñando. Y Heather, la mujer de Roger —que era quien había contestado por el interfono— era encantadora.

Cuando me disponía a marchar, Roger me explicó por qué me había invitado.

—Me dijiste que estabas viviendo en un piso de mierda en Hackney —dijo—. Pues te diré que la parienta y yo sabemos muy bien lo que es eso. Por eso quería que vinieras aquí: para enseñarte lo que puedes

conseguir si perseveras, porque el camino nunca es fácil. Y si no volvemos a cruzarnos por ahí, espero que todo te vaya muy bien.

Lo que más me flipó fue que se notaba que lo decía de verdad. De cantante a cantante —aunque él era una gran estrella de rock y yo era el cantante de un grupo novato de Newcastle—, él quería de verdad que triunfara.

—El secreto está —añadió— en no rendirse. No te rindas *nunca*.

A la semana siguiente, gracias a nuestra aparición en *Top of the Pops*, «All Because of You» subió hasta el nº 6 de las listas. Fue nuestro primer single en el Top 10. Y también el último.

Después, cuando llegaron los años malos y mis días de fama se evaporaron como las promesas de un político, hubo momentos en que las palabras de Roger no fueron más que un recuerdo lejano. Pero seguí aferrándome a ellas, incluso cuando me alcanzaron los treinta y se llevaron por delante al veinteañero que había en mí; incluso cuando tuve que renunciar a ser músico y buscar de nuevo un trabajo «de verdad».

Roger tenía razón, claro. Como todo en la vida, el camino nunca es fácil.

Por lo demás, me alegra mucho decir que sí, nuestros caminos volvieron a cruzarse.

Y de hecho seguimos en contacto a día de hoy.

Aunque solo tuviera veintiséis años, estaba muy casado, y con el nacimiento de Kala[39] —para el cual volví corriendo a casa desde Somerset, en plena gira— ya tenía dos hijas a las que adoraba. Así que lo mejor que podía hacer era jalear desde fuera mientras mis compañeros de grupo, muy solteros y libres, salían por ahí y se lo pasaban en grande.

Pero mi matrimonio nunca había sido del todo feliz y, con mis largos periodos de ausencia del hogar, las cosas empezaron a torcerse. Seguro que yo no era el único que se preguntaba a veces cómo habría sido la vida si hubiéramos tomado otras decisiones.

Lo cual me lleva a algo que ocurrió una noche, al poco tiempo de salir en *Top of the Pops* por segunda vez.

Estábamos haciendo un bolo en algún sitio rural —en la parte más

pija de la campiña, al sur— y al terminar vino una chica que, con un acento fabuloso, parecido al de Julie Christie, me dijo: «Jo, el concierto ha sido una pasada». Me conquistó al momento. Era guapísima, morena y con melena corta; tenía veintipocos años y mucho estilo, y se la veía muy segura de sí misma. He olvidado su nombre, lo cual me sabe muy mal, aunque quizá sea mejor así. Total, que empezamos a hablar y después de unos cuantos tragos me dijo:

—Brian, ven a verme este fin de semana, vivo en Bagshot, en Surrey. Me encantaría que conocieras a papá y a mamá.

Yo no tenía ni idea de dónde estaba Bagshot, y mucho menos podía imaginar que estaba justo al lado de la Real Academia Militar de Sandhurst. La única ropa que tenía eran mis botas de tacón, mi peto de campesino y un jersey amarillo. Y como de costumbre, alguien se había agenciado ya el Granada, así que tenía que ir con la furgoneta Mercedes.

Una hora después, más o menos, estaba aparcando en el camino de gravilla de una casa grande y preciosa. La chica me presentó a su madre, que a lo sumo tendría cuarenta años y era muy atractiva, y luego me presentó a su padre y… joder, era un alto oficial del Ejército. Yo pensaba, Brian, ¿qué cojones haces aquí? Tenía el pelo hecho un caos, estaba sudado y todavía llevaba la ropa sucia del concierto del día anterior; si me hubiera visto, el Cerdo me habría puesto a dar vueltas alrededor de la casa. Pero el padre era un tío encantador. Y tenía el Fiat más pijo que se podía tener en esa época, un 132 de cuatro puertas, que me pareció una decisión muy respetable, porque en un tío como él la elección más obvia habría sido un Rover. Pero no, él había optado por este precioso salón italiano.

—¿Te quedarás a cenar? —preguntó la madre de la chica.

—Bueno, si no es mucha molestia… —dije—. No tengo prisa por volver a Londres.

—Oh, no estarás pensando en volver ya —dijo—. Mira, vamos a hacer esto: John y tú os vais al pub y os tomáis un par de pintas, y para cuando estéis de vuelta, yo tendré la cena lista.

Así que me fui con el padre —no me salía llamarle John— y, efectivamente, cuando volvimos la mesa estaba exquisitamente puesta,

el aroma a guiso flotaba por toda la casa y se habían descorchado botellas bastante caras de vino francés.

Durante la cena le dimos bien al vino; yo estaba un poco achispado, y la piba no paraba de lanzarme miraditas. En esas su madre va y dice:

—Brian, no hace falta que vuelvas a Londres, puedes dormir aquí. Hay una cama libre.

Y el general añade:

—Sí, para qué vas a viajar un sábado, es una pérdida de tiempo.

Esa noche, por supuesto, alguien llamó a la puerta de mi cuarto.

Y yo, claro, había olvidado mencionar que estaba casado.

Pero ella lo había adivinado.

—Si no quieres a tu mujer, ¿por qué no la dejas?

—Porque se quedaría con todo —dije suspirando.

—Vamos, no seas tonto —respondió con su deliciosa sonrisa—. Si tú no tienes nada.

Tenía bastante razón.

13

Autopista a… ninguna parte

Un mes después de que «All Because of You» entrara en el Top 10, estábamos en Torquay, en la costa de Devon. Era lunes de Pascua, 23 de abril de 1973. Tengo esa fecha grabada porque fue uno de esos días en los que el universo parece querer decirte algo.

Torquay queda a unos ochenta kilómetros de Francia cruzando el canal, y nos habían dicho que el clima era casi tropical y que había palmeras en las calles. Siendo un poco ingenuos y de Newcastle, nos lo creímos y reservamos habitaciones en un hostal frente al mar, y metimos en la maleta los trajes de baño y la crema bronceadora.

Fue la noche más fría de la historia de Torquay. El viento que soplaba desde el canal era tan fuerte como en nuestro mar del Norte, y lo que caía no era lluvia, sino aguanieve. A primera hora de la mañana había una capa de escarcha en el suelo.

Nuestro alojamiento era una habitación para cuatro hombres adultos, con cada uno de nosotros en una de esas camas turcas de las que te caes si te das la vuelta. La pintura de la pared estaba descascarillada. Las sábanas eran de ese tipo de nailon que te da una descarga eléctrica cada vez que te mueves. Y, por supuesto, no había calefacción, a no ser que metieras monedas de cinco peniques en el contador de la habitación, cosa que dejamos de hacer en cuanto vimos que con cinco peniques no tenías más que cinco minutos de calor. Y el calor se escapaba por las grietas de los marcos de las ventanas.

Pero al menos *teníamos* un sitio donde dormir. En aquellos días no era raro que el dueño del hostal le diera tu habitación a otra persona antes de que tú volvieras, sobre todo si ya era tarde.

Y nuestra casera no tenía el don de la hospitalidad.

—La puerta se cierra a las doce en punto; si no habéis vuelto para entonces, mala suerte.

Y añadió que al amanecer habría una tostadora y algo de pan

disponible para desayunar, durante unos veinte minutos.

—¿Y si nos lo perdemos? —pregunté.

—Os quedáis sin él.

El concierto de esa noche era en el Torquay Town Hall. Allí había tocado todo el mundo, desde los Rolling Stones hasta los Who, y David Bowie iba a estar allí unos meses después de nosotros.

Lo primero que nos llamó la atención al llegar fue el autobús aparcado en la puerta. No era un bus normal, sino un modelo americano gigantesco de comienzos de los cincuenta, con paneles laterales de acero inoxidable y la parte trasera en forma de bala. Era un Flxible Clipper; más tarde me enteré de que habían sido construidos para una agencia de viajes australiana, y por eso tenían el volante a la derecha. No me podía creer que alguien se las hubiera apañado para meter en el país un vehículo con esa forma y ese tamaño.

—¿De quién será *eso*?

—Debe de ser de los teloneros —dijo Vic encogiéndose de hombros. Pero los teloneros solían estar incluso más pelados que nosotros. ¿Cómo iban a permitirse un transporte como ese?

Cuando entramos, los teloneros en cuestión estaban aún sobre el escenario y les quedaban unos quince minutos de prueba de sonido, así que pedimos unas cervezas y nos sentamos en el bar a escuchar.

El grupo era australiano y se acababa de cambiar el nombre de Fraternity a Fang, después del fracaso de su debut en Inglaterra el año anterior. Yo no podía quitar la vista del cantante, porque era uno de los tíos con las pintas más salvajes que había visto en mi vida. Llevaba el pelo cortado en plan casco, le faltaba un diente y tenía una barba estilo Lincoln. Parecía un elfo. Pero lo que cantaba no era rock. Era algo así como… prog-folk. Algo similar al *Living in the Past* de Jethro Tull, pero aún más progresivo. Y más folk. En un momento determinado sacó incluso una flauta dulce de madera y se puso a tocarla de una forma que habría emocionado a la señorita Patterson, mi antigua profesora. Y luego dejó la flauta y la cambió por un trasto que era una mezcla de pipa de agua y lanzamisiles. Al parecer se llamaba fagot.

Cuando terminaron Fang, vaciamos nuestras cervezas y fuimos a los camerinos.

—¿Quién es el tío que canta? —le pregunté a un tío que llevaba una camiseta ya anticuada de Fraternity.

Porque estaba claro que Bon Scott no era un cantante normal.

Me encantaría poder deciros que ese día decidí escuchar todo lo que había hecho Bon anteriormente, pero Fang no me decían mucho, y al final de la noche estábamos muy agotados del concierto y de habernos pasado el día conduciendo. Así que volvimos al hostal con los dientes castañeteando de frío y tomamos la decisión de forzar el contador para poder meter una y otra vez la misma moneda de cinco peniques.

El truco funcionó a la perfección. Pero cuando al fin empezábamos a entrar en calor…

Tap-tap-tap.

—¿Qué es ese ruido? —dijo Tom.

Tap-tap-tap.

—¡Mierda! —susurró Vic—. La casera debe de haber oído que hemos abierto el contador. ¡Ciérralo, rápido!

A esto siguió un frenético revuelo en el que todos intentamos recomponer el contador eléctrico, hasta que nos dimos cuenta de que los golpes no venían de la puerta, sino de la ventana.

Entonces oímos susurros.

—Pssst. ¿Hola? Hola, tíos. ¡Abrid la ventana! Somos nosotros… ¡Fang!

Yo estaba borracho y no lo recuerdo muy bien, pero por lo que me contaron, al correr las cortinas vimos a Bon y a un par de miembros de Fang temblando de frío en la calle. Se les había estropeado el autobús de la gira, con lo cual no tenían calefacción, y como los paneles laterales del bus eran de acero inoxidable, el interior se había convertido en una especie de nevera. Dijeron que tenían a un mecánico arreglándolo, aunque no tengo ni idea de cómo pudieron encontrar en Torquay, un lunes de Pascua y a las once y media de la noche, a un tío que supiera qué hacer con un motor diésel americano gigante. Fuera como fuese, Fang necesitaban desesperadamente un sitio donde resguardarse del frío, porque encima volvía a caer

aguanieve. Así que forzamos el bastidor de la ventana y los ayudamos a meterse dentro, intentando no despertar a la casera. Yo no estoy muy seguro de que sucediera todo esto, pero me aseguran que fue así. Como estaba tan borracho, tengo una excusa.

Finalmente, su roadie tocó en la ventana y avisó de que había conseguido poner el bus en marcha.

La noche siguiente actuamos en el Plymouth Guildhall, de nuevo con Fang de teloneros.

Lo único que recuerdo de ese bolo fue que, cuando llevábamos dos tercios del repertorio, me entró un dolor absolutamente insoportable en la tripa, caí al suelo y empecé a rodar sobre el escenario, quejándome y gritando. El público se pensó que era parte del espectáculo y estaba encantado, jaleándonos como locos, así que me obligué a levantarme y seguir con la canción que estábamos tocando, pero eso fue todo; terminamos el concierto veinte minutos antes y me llevaron a urgencias.

Resultó que tenía apendicitis. Por suerte no era tan grave como para operar inmediatamente, pero tuve que estar una buena temporada tomando antibióticos.

A pesar de ello la gira siguió adelante, noche tras noche, seis días por semana. Cada día conducíamos cientos de kilómetros, a veces en el Granada y a veces en la furgo. Pero éramos tan jóvenes y teníamos tanta ilusión —y tantas esperanzas de llegar a lo alto— que fue una época mágica.

Siento mucho decir que nunca volví a ver a Bon. Pero me parece muy curioso que nuestros destinos se cruzaran aquella noche helada en la costa de Torquay.

Ojalá hubiera podido conocerle mejor.

En la carretera era cada vez más evidente que Geordie era dos grupos distintos. Uno de ellos era bastante pop, tocaba canciones como «Don't Do That» y «All Because of You», y salía en revistas para quinceañeras donde se organizaban concursos del estilo de «¡Pasa un día con Geordie en un parque de atracciones!». El otro grupo, en cambio, estaba representado por canciones como «Black Cat Woman» y «Keep on Rockin'», y tenía más que ver con Led Zeppelin o Black Sabbath

que con cualquier grupo glam. Pero la prensa solo parecía fijarse en el primer grupo y no paraba de compararnos con Slade —lo que empezó a rayarnos un poco al cabo de un tiempo—, y nuestros mánagers estaban firmemente convencidos de que pertenecíamos al mundo del pop.

Yo no estaba tan seguro. Y uno de los momentos que me convenció de lo contrario fue nada menos que un bolo en la base de submarinos de Faslane.

Geordie íbamos a tocar en el club de la base; éramos cabeza de cartel y de teloneros teníamos a un grupo escocés, Nazareth. Nunca había oído hablar de ellos, porque fuera de Glasgow no los conocía casi nadie. Antes del bolo estuve charlando con Dan McCafferty, el cantante, y conectamos enseguida. Los dos veníamos del mismo ambiente de viviendas sociales y fábricas, y él también había sido aprendiz.

El público estaba formado por marineros —la mayoría de ellos de uniforme, algunos de civil— que habían ocupado las paredes y la barra que rodeaban la pista de baile. Entonces entraron las chicas. Era una noche de viernes perfecta para una pelea, sobre todo porque a los submarinistas no les caían muy bien los marineros, y viceversa. El aire estaba cargado de tensión eléctrica; era casi palpable.

Dan dijo:

—Bueno, más vale que salgamos antes de que esto se ponga chungo.

Decidí quedarme a verlos. Cuando salieron y empezaron a tocar, me quedé hipnotizado. Eran como un trueno. Tenían un sonido fuerte, rockero y compacto, y pensé: yo quiero estar en un grupo así. La tensión desapareció de la sala, todo el mundo estaba entregado a este grupo tan fabuloso. Lo siguiente que pensé fue, ¿qué coño vamos a hacer nosotros después de algo así? Cuando terminaron hubo gritos de «¡OTRA! ¡OTRA».

Llegó nuestro turno. Aunque éramos un grupillo bastante rockero y sonábamos potentes, nuestros singles eran bastante poperos. Hicimos lo que pudimos y el grupo lo dio todo, pero lo de Nazareth había sido un huracán y un tornado, todo en uno.

A mitad del concierto vi volar la primera botella en dirección a los

submarinistas, y a partir de ahí fue la locura. Hubo sangre. La gente se subía al escenario en busca de un lugar seguro. Aquellos marineritos no se andaban con tonterías.

Seguimos tocando, no sé muy bien cómo, porque aquello era demencial. Alguien llamó a la policía militar y el sitio se empezó a vaciar. Dan se me acercó, me tendió un whisky y me dijo:

—Bah, no te preocupes, la semana pasada fue mucho peor…

Durante el resto de 1973 nos dejamos la piel intentando aprovechar el éxito de «All Because of You» y pasar al siguiente nivel. Pero nuestro álbum, *Hope You Like It*, no estaba vendiendo lo suficiente para convertirnos en un grupo de primera fila, así que tuvimos que seguir sacando singles para no perder el tirón. Ese año salieron tres más —«Can You Do It», «Electric Lady» y «Black Cat Woman»—, pero solo «Can You Do It» llegó al Top 20. Los otros ni siquiera entraron en las listas.

No era una señal muy esperanzadora, pero decidimos que la solución era grabar un nuevo álbum.

Así que volvimos a los Pye Studios de Marble Arch y los Lansdowne Studios de Holland Park, de nuevo con aquel excéntrico personaje que era Roberto Danova como productor, y de allí salió *Don't Be Fooled by the Name*. Para la portada nos vestimos como gangsters en plan Al Capone, con sombrero y traje negros y, en mi caso, con un puro en la boca. La idea era que habíamos madurado un poco desde *Hope You Like It*, que era un disco más desenfadado.

Para mí una de las mejores cosas de grabar este álbum fue conocer a André Jacquemin, un compositor, productor y arreglista que acababa de trasladar su estudio del invernadero de su padre al edificio de Red Bus en Wardour Street. Era el tío al que solían recurrir Monty Python para la producción de sus discos —más tarde compuso el tema original de *La vida de Brian*, con un rollo muy James Bond—, y como fan acérrimo que era de Monty Python, no me cansaba de oír historias de ellos. Aunque André una vez casi consiguió matarnos, porque tenía un Bond Bug[40], un «microcoche» de tres ruedas con forma de cuña y una cabina extraíble en vez de puertas. Parecía un gajo de naranja —solo se hizo en ese color— y también un chiste, pero André estaba tan

orgulloso de él que insistió en llevarme a dar una vuelta, y casi acabamos bajo las ruedas de un autobús londinense.

Otro momento memorable de aquellas sesiones fue cuando grabamos nuestra versión de «The House of the Rising Sun», que había interpretado por primera vez muchos años antes en el Working Men's Club de Sunniside. Hice unas cuantas tomas de voz y pensé que la había clavado, pero Roberto insistía en que le faltaba «algo». Entonces tuvo una inspiración; empezó a colocar micros por todo el estudio y se puso a tararear distintos sonidos en cada uno de ellos. El comienzo de la canción se convirtió en una especie de zumbido monocorde que le iba como anillo al dedo a su ambiente dramático y ominoso.

Pero, claro, nadie llegó a oírla… Porque ese disco no lo compró nadie.

Pensamos que la respuesta a nuestros problemas sería una gira por Australia y Japón, así que a comienzos de 1974 hicimos las maletas y nos fuimos allí. Tuvimos que hacer todo el viaje en la parte de atrás del avión, naturalmente, pero nos hicimos con una buena provisión de tabaco y whisky en el *duty-free* y nos pasamos casi todo el vuelo dando buena cuenta de ella. (Cuando en 1980 se prohibió fumar en los aviones, los vuelos a Australia quedaron exentos de la norma porque *nadie* podía pasar tantas horas sin echar un pitillo.)

Tuve la sensación de que el viaje duraba tres días (y probablemente fuera así). Primero fuimos a Baréin, luego a Singapur y de allí a Sídney. Pero no nos importó porque estábamos eufóricos, sobre todo cuando el promotor australiano, que era un chaval bastante joven, nos dijo que nos iba a alojar en Bondi Beach. No nos podíamos creer que fuéramos a estar en la orilla del Pacífico Sur, disfrutando de buenas vistas a la playa y a todas aquellas australianas con minúsculos bikinis. Y menos mal que no nos lo creímos, porque era una puta bola. El tío nos metió en un cuarto con dos literas, sin vistas ni aire acondicionado y a un kilómetro y medio del océano.

A partir de ahí empezaron los chanchullos habituales. Tuvimos que alquilar el equipo de sonido al mismo tío que llevaba la contratación —sus infladísimos honorarios se dedujeron de las ventas de entradas antes de que nos llegara un solo penique—, y el encargado del

transporte se presentó con una vieja furgoneta de Correos en vez de un autobús de verdad. Pero no podíamos llamar a Ellis para decirle que lo solucionara. Una vez que estabas en Down Under[41] estabas bien abajo, colega.

El primer bolo fue una especie de festival en el E. S. Marks Athletic Field, un gran espacio al aire libre con gradas cubiertas, y éramos cabeza de cartel. Cuando salimos fue como estar en Woodstock: un escenario grande, un equipo de sonido potente y un público de varios miles de australianos coreando las canciones y pegando saltos. Fue fantástico; nos subió muchísimo la moral.

Pero dos días más tarde estábamos tocando en un club de trabajadores a media tarde, en pleno campo, con 50 grados a la sombra. El sitio parecía un vertedero. Casetas de hojalata y coches oxidados por todas partes. El escaso público estaba sudoroso y muy borracho, y no sentía mucho respeto por los ingleses. Después de tocar, estábamos en el camerino quitándonos la ropa de actuar y de pronto vimos una serpiente enorme; los cuatro salimos corriendo y pegando gritos en calzoncillos. Joder, éramos de Newcastle; las únicas serpientes que habíamos visto en nuestra vida eran las de las pelis de Tarzán. Cuando se lo dijimos al dueño de la sala, murmuró «putos ingleses», entró al camerino, agarró la serpiente y al salir nos dijo: «Ni siquiera es venenosa, gilipollas». Eso nos hizo pensar que alguien la había puesto ahí deliberadamente.

Para cuando volvimos a Sídney empezábamos a preguntarnos si la gira había sido una buena idea. Pero al menos conocimos aquellos fantásticos parques a los que podías llevarte unas chuletas y unas cervezas y montar una barbacoa, y fuimos al cine a ver *El exorcista*, que nos dejó a todos muy acojonados.

El clímax del viaje fueron las dos noches en Chequers, la famosa sala de conciertos de Sídney; y en una de esas noches, si hubiera sabido dónde mirar, habría visto a Malcolm Young al fondo de la sala. Estaba allí para recoger un cheque que le debían los dueños y decidió quedarse, ya que Bon le había hablado de mis movimientos por el suelo en plan James Brown. No sé si será cierto, pero he oído que Angus nos vio una semana después cuando tocamos en el Hornsby

Police Boys Club (no había ido a vernos, coincidió que estaba allí). Ninguna de esas dos noches me retorcí por los suelos, aunque eso sí, Tom Hill se pasó buena parte del concierto subido a mis hombros, como de costumbre.

Llegó el momento de volar a Tokio, donde fuimos recibidos por el legendario promotor Mr. Udo, que un par de años antes había montado la gira japonesa de Led Zeppelin.

Japón nos dejó alucinados. Era flipante. No se veía basura por las calles. Los obreros de la construcción te hacían reverencias. Todo el mundo iba con guantes blancos. Las puertas de los taxis se abrían automáticamente. Y en el hotel nos dieron *una* habitación a cada uno, un lujo inédito.

Mr. Udo nos llevó a cenar a un sitio de *teppanyaki*; probamos la ternera de Kobe, tierna como una gominola. Fue sin duda una de las mejores comidas de nuestra vida. También nos hicieron probar el sake, que nos servimos en grandes tazas; estaba delicioso. Si bebías suficiente, podías acabar cantando canciones folk japonesas. En japonés.

En Japón dimos unos cuatro conciertos, si no recuerdo mal, y viajamos de una ciudad a otra en el tren bala, que era algo de lo que había oído hablar pero apenas creía que existiera de verdad. Era una experiencia extraordinaria ir sentado en el vagón-restaurante de un tren a más de 150 por hora, sin bandazos ni traqueteos. La verdad es que los japoneses estaban a años luz del resto del mundo.

Ahora bien, en los conciertos era todo muy raro. Tocabas una canción; al terminar recibías un aplauso educado y enseguida se hacía el silencio. A veces me preguntaba si de verdad les gustaba la música. Un día, en uno de los conciertos, un chaval se emocionó tanto que se levantó y se puso a dar palmas.

Los de seguridad fueron corriendo a por él y lo echaron.

Terminamos el año teloneando a Deep Purple en su gira por Alemania. Aquello iba a ser un puntazo, porque en aquel momento lo estaban petando. Pero el contraste entre nuestro éxito y la supernova de Ritchie Blackmore —el último disco de Deep Purple, *Burn*, había entrado en el Top 10 a ambos lados del Atlántico, a pesar de un

cambio radical de formación en el que David Coverdale sustituyó a Ian Gillan como cantante— no podía ser más deprimente.

Me refiero a que en esos conciertos, los fans habían ido allí únicamente para ver a un grupo. Y aunque lo hicimos bien y sonamos potentes, nadie nos hizo mucho caso.

Otro de los grupos teloneros de esa gira fue The Sensational Alex Harvey Band, cuyo líder era aquel loco escocés que daba nombre al grupo. Su versión en directo de «Delilah» —más dura y oscura que la original, por decirlo suavemente— era algo digno de verse, y al año siguiente entró con ella en el Top 10. Pero por entonces Alex todavía era un artista de culto y, al igual que nosotros, estaba a la sombra de Deep Purple.

—Sabes, Brian —me dijo antes de un concierto, con su fuerte acento escocés—, el secreto del éxito en este mundillo es hacer que la gente *reaccione*. ¡Eso es lo que hay que hacer para impresionarles! Así que esta noche voy a reforzar un poco el espectáculo...

No pensé más en ello hasta las ocho, momento en que Alex hizo su entrada habitual armado con un bote de spray, con una lúgubre pared de ladrillos al fondo. A continuación solía pintar un grafiti en la pared en el que se leía «Vambo», se encendían las luces y el grupo se lanzaba de lleno a la feroz intro de guitarra con wah-wah de un tema llamado «Vambo Marble Eye». (Vambo era una especie de superhéroe inventado por Alex.) Pero aquella noche no hizo nada de eso, sino que salió al escenario haciendo el paso de la oca, vestido con gorra militar nazi y luciendo un bigotito postizo. No olvidemos que estábamos en *Alemania*, y la Segunda Guerra Mundial todavía era un recuerdo reciente. Los alaridos de incredulidad y estupor del público fueron ensordecedores. Le cayó una verdadera lluvia de sillas y botellas, pero él se limitó a sonreír y saludar antes de marcharse rápidamente del escenario.

Yo estaba en un lateral.

—¡Guau, hoy *sí* que han reaccionado! —dijo sonriendo al pasar.

Y a continuación teníamos que salir nosotros. Gracias, Alex…

Ese tío no sabía lo que era el miedo. Y era uno de los letristas con más talento que he conocido; canciones como «The Faith Healer»,

«Hammer Song», «Sergeant Fury» o «Boston Tea Party» son clásicos absolutos. Si quieres hacerte un favor, escucha todos sus discos.

La última vez que vi a Alex fue en el camerino que compartíamos; en aquel momento de la gira yo había empezado a intimar con una novia suya, una alemana morena que iba de reluciente cuero negro de pies a cabeza, con falda y botas hasta la rodilla. Decir que era un pibón es quedarse corto, y más con aquel acento que me transportaba a mi noche entre ortigas en el callejón del Walker Boys' Club.

Ese día la chica había decidido pasarse por el camerino durante el concierto de Alex y, al ver que estábamos solos, me hizo un gesto que no necesitaba traducción. Para cuando quise darme cuenta se había levantado la falda, yo me había bajado los pantalones… Y justo en ese momento, entró Alex y nos pilló *in fraganti*.

—JOHNSON —vociferó, apuntándome con su bastón—. ESO QUE TE ESTÁS FOLLANDO ES PARTE DE MI CABARET. QUIERO UN INFORME MAÑANA A PRIMERA HORA EN MI ESCRITORIO, ¡Y POR TRIPLICADO!

Sin rollos raros ni consecuencias. Tan solo un guiño juguetón.

A día de hoy no he conocido a otra persona como él. Que Dios te tenga en su gloria, colega.

Geordie estábamos desesperados por intentar algo nuevo, ya que *Don't Be Fooled by the Name* no nos había dado ningún hit. Pero la forma en que acabó todo no tuvo ningún sentido.

Un buen día, de repente, Vic ya no estaba allí. Aún sigo sin saber qué pasó; nadie me contó nada. Vic había sido nuestro guitarrista y principal compositor, pero de pronto ya no estaba en el grupo. Teniendo en cuenta que era él quien lo había montado todo, no parecía muy justo.

El nuevo guitarrista era un tal Micky Bennison, un viejo amigo de Tom. Era un tío majo y buen guitarrista. Le encantaban los coches americanos; tenía un negocio de importación, Third Leg Motors. Pero compusimos unas cuantas canciones nuevas, salimos a tocarlas… y descubrimos que ya no interesábamos a nadie. Y cuando tocábamos los temas antiguos, sonaban flojos y sin gracia; se echaba de menos la guitarra de Vic. Lo peor de todo era tener que pasar horas en la furgo

con un tipo al que apenas conocía. Ya no era divertido. La camaradería había desaparecido.

Era evidente que Tom y el otro Brian también habían perdido el entusiasmo. Cuando regresamos de Alemania abrieron una tienda en Newcastle —Geordie the Boutique se llamaba, enfrente del Theatre Royal—, y eso les consumía casi todo su tiempo. Tom era muy aficionado a la moda y solía bajar a Londres para volver con las últimas novedades, el tipo de ropa que no se encontraba en el norte, para luego revenderlas. Se les veía mucho más ilusionados con eso que con Geordie.

Yo, entretanto, estaba a la espera de que ocurriera algo. Mi salario de 45 libras semanales fue retenido durante varias semanas porque ya no actuábamos con regularidad, y no porque no quisiéramos, sino porque no nos salían conciertos. La realidad empezaba a imponerse y era obvio que nuestro momento ya había pasado.

Una noche, un tío de EMI Records subió a Newcastle y me invitó a cenar en un indio. Me preguntó a qué me dedicaba.

—La verdad es que no hago gran cosa —respondí.

Me preguntó si alguna vez me había planteado trabajar para una compañía discográfica.

—Ah, *me encantaría* trabajar en una discográfica —le dije, sin hablar muy en serio—, porque me da la impresión de que siempre ganan más dinero que yo…

—Tú podrías ser representante —me dijo, mirándome a los ojos, y ahí comprendí que la conversación no giraba en torno a un supuesto. Me estaba tanteando de verdad para ofrecerme un trabajo.

—¿Tú crees… que podría hacerlo? —pregunté.

—Pues claro —dijo—. Eres un tío gracioso, te entiendes bien con la gente, has salido en *Top of the Pops*. Eres exactamente lo que necesitamos. Serías un gran fichaje para la compañía.

—Guau, tío —dije, intentando contener la emoción—, eso sería un sueño hecho…

—Y te podríamos conseguir un coche de la compañía.

—Muy bien, ¿dónde hay que firmar? —dije. Y no bromeaba.

Por desgracia para mí, el tío de EMI quedó al día siguiente para

cenar con el locutor de radio James Whale, que era amigo mío y presentaba el programa *Night Owls*[42] en Metro Radio. Y creyendo que velaba por mis intereses, James le disuadió de hacerme una oferta oficial.

—Oh, no, no, Brian no vale para eso, ¡Brian es *cantante*! —le dijo—. ¡No puedes echar a perder su carrera haciéndole representante de una discográfica!

Le habría matado. Necesitaba ganar dinero urgentemente.

—Eres un puto gilipollas, ¿*por qué* le dijiste eso?

James no se arrepintió en ningún momento. Me dijo que estaba muy convencido de lo que había dicho y que creía de verdad que yo estaba destinado a cosas mejores. No supe si darle las gracias o mandarle a tomar por culo.

La situación en el hogar era bastante cruda. Pero no me sentía capaz de volver a Parsons con una mano delante y otra detrás para que me readmitieran. Iba a ser insoportable oír los sermones de gente como Harry Blair: «¿Ves? Ya te lo dije». Y lo más probable era que mi antiguo trabajo ni siquiera existiera. En cuanto a cobrar el paro, era demasiado orgulloso para pedir dinero al Gobierno.

Carol estaba desesperada. Los dos lo estábamos. Y está claro que ese tipo de estrés no es lo ideal para la dicha matrimonial. Nos pasábamos el día discutiendo.

Un día sonó el teléfono.

—¿Qué tal está mi estrella de rock favorita? —preguntó una voz inmediatamente reconocible al otro lado de la línea.

—Estoy arruinado, Ellis. No me estás pagando —contesté apretando los dientes.

—¿Ah, no? Vaya, tendré que hablar con los contables, eso no mola. Pero bueno, ¿qué te parecería venir a Londres y empezar a trabajar en el nuevo disco?

—¿*Qué* nuevo disco?

—El nuevo disco de Geordie.

—Ellis… Sin Vic no hay Geordie. No es lo mismo. Y de todas formas, no quiero saber nada de esta historia. Es una estafa tras otra, no lo aguanto más. Necesito un trabajo *de verdad*.

—Ummm —dijo Ellis, parándose a pensar un segundo—. ¿Y si te consiguiéramos una casa nueva? ¿*Eso* ayudaría?

Oh, Dios mío, pensé. Ya estamos otra vez…

14

Polizón

La casa estaba en Preston Grange, un suburbio muy pijo cerca del Club de Golf de Tynemouth. Yo nunca me habría podido permitir algo así. Era nueva y tenía ventanas amplias y modernas, calefacción central, garaje, entrada para el coche y jardín en la parte de atrás; el hogar ideal para una familia joven de clase media. En realidad parecía demasiado bueno para ser cierto, teniendo en cuenta lo poco que habíamos vendido Geordie desde nuestro único éxito en el Top 10.

Por otra parte, me dije a mí mismo, íbamos a entregar un nuevo disco a Ellis. Y en aquellos días no era tan raro que un grupo como nosotros remontara a mitad de su carrera, aunque ya no estuviera Vic, que había sido el motor de todo aquello.

Pero iba a ser un acto de equilibrismo. Por un lado, necesitábamos alejarnos de los antiguos Geordie y de las comparaciones con Slade. Pero tampoco queríamos perder a nuestros antiguos fans… o a los pocos que quedaban.

Al menos Red Bus se lo estaba tomando en serio, como demostraba el hecho de que hubieran llamado a Philip «Pip» Wilson para producir el disco —Pip había trabajado con los Kinks y los Moody Blues, y más tarde produjo el *Rockin' All Over the World* de Status Quo—. Así que estábamos en buenas manos. Pero Red Bus, queriendo ahorrar dinero como siempre, solo nos dio unos pocos días de estudio. Y como habíamos empezado a componer los temas nuevos antes de que Vic se marchara, el repertorio estaba manga por hombro.

El single del disco era «She's a Teaser», un tema potente y rockero, pero al que se le añadieron muchos arreglos de viento, y eso hizo que sonara como un intento de comercializarnos. (La canción ya estaba terminada *mucho* antes de que empezaran las sesiones de grabación del disco.)

Cuando llegué a Londres para grabar las voces, las bases ya estaban

terminadas. Solo eso ya era una clara señal; el espíritu de grupo había desaparecido por completo. Cuando Pip me hizo escuchar las bases, no pude ocultar un gesto de decepción.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Pip—. Aún les falta algo. Para eso estás aquí…

En los siguientes días estuve más cerca de lo que había estado nunca de trabajar con un productor, y me hizo comprender el mérito que tiene. Porque para ser productor tienes que ser un diplomático al nivel de la ONU, un genio musical y un maestro de la técnica, todo en uno. Pip tenía esas cualidades y muchas más. Y además tenía el look; solía llevar una fabulosa chaqueta de ante con las mangas llenas de borlas que le hacía parecer un pionero del lejano Oeste. Era la prenda rockera más flipante que había visto en mi vida.

Así que ahí me tenéis, con la letra y una vaga idea de la melodía, y la misión de hacer que la canción funcionara. Por supuesto, en las primeras tomas me conformé con llegar al final sin meter ninguna gamba —es el método habitual, a no ser que la canción la hayas compuesto tú—, pero luego empecé a soltarme, a improvisar un poco, a pasármelo bien.

Lo genial de Pip era que sabía adivinar mi estado de ánimo y adaptarse a él. Por ejemplo, decía:

—Vamos a hacer un descanso, Brian, ya hemos currado mucho. ¿Crees que podrás echar una hora más después de cenar? Aunque no me gusta que los cantantes graben después de cenar.

Yo era joven, así que pensaba: yo canto después de *lo que haga falta*.

Para mí lo peor era la hora de comer, porque no tenía dinero para pagarme restaurantes. A veces Pip hablaba de algún sitio al que quería ir, pero cuando veía mi cara decía: «Ah… ¿es muy caro?». Para evitar ese problema empecé a llevar sándwiches al estudio; además, tampoco estaba acostumbrado a comer en restaurantes. Incluso cuando Geordie habíamos tenido más éxito y salíamos en *Top of the Pops* cada dos por tres, para nosotros salir a comer significaba parar en el Little Chef de la autopista o en el inevitable restaurante indio.

Y por cierto, ni el cocinero con más estrellas Michelin habría podido competir con el «desayuno olímpico» del Little Chef cuando

parábamos allí muertos de hambre después de una noche entera conduciendo.

Grabamos unos doce temas en tres días, y al terminar Pip me invitó a tomar unas copas para celebrarlo.

—Me encantaría, Pip —le dije—, pero el tren de vuelta a casa sale a las siete, así que mejor me voy marchando.

—Sí, vas bastante justo —dijo, consultando su reloj—. Venga, vamos a llamar a un taxi.

—Déjalo, Pip, voy en metro.

—Con el metro no vas a llegar, Brian. Y además hay huelga. Tienes que coger un taxi.

Entonces tuve que admitir que tenía el dinero justo para el billete de metro y una cerveza y un sándwich. No se hable más, dijo Pip. Metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de 20 libras, que hoy sería el equivalente a unas 150. Le dije que de ninguna manera iba a aceptar esa cantidad de dinero. Pero él me lo metió en el bolsillo de los vaqueros.

—Brian, por favor —dijo—, quiero que lo aceptes.

Dos minutos después estábamos en la calle esperando un taxi. Pip señaló mi ajada cazadora vaquera, que debía de remontarse a los días de The Gobi Desert Kanoe Klub. Estaba vieja y se caía a pedazos.

—¿Cuánto hace que la tienes? —preguntó.

—No sé muy bien —me encogí de hombros—. ¿Por qué?

—Pruébate esto —dijo, quitándose su chaqueta, su fabulosa chaqueta de ante—. Te va a quedar muy bien.

—Pip, no puedo quitarte la chaqueta que llevas puesta —protesté—, ¡nos conocemos desde hace tres días! Y además, mira qué chaqueta. ¿Dónde la conseguiste? ¡Tuvo que costarte un ojo de la cara!

—Tres días de estudio es mucho tiempo, Brian. Ahora somos amigos. Y la chaqueta te queda mejor a ti.

—Pip, no puedo, déjalo, estoy bien, ¡deja de darme cosas!

Entonces llegó un taxi y Pip puso la chaqueta en el suelo, delante de mí, y empezó a alejarse.

—Nos vemos, Brian —me dijo volviéndose—. Que llegues bien a casa. ¡Y coge esa chaqueta! Eres una estrella de rock, tienes que

vestirte a tono.

Ese fue un momento especial para mí. Cuando la recogí del suelo y me la puse, me sentí como si la estuviera robando. Y claro, al lado de esa prenda, todo lo que llevaba parecía sucio y gastado, sobre todo mis zapatos.

—Estación de King's Cross —le dije al taxista por la ventanilla. Asintió y yo me repantingué en la parte de atrás… rezando a Dios para que mi hermano Maurice estuviera en el tren.

Si os estáis preguntando por qué Maurice no ha salido mucho en el libro, es porque casi siempre estaba fuera.

A los quince años, cuando yo empezaba a trabajar a jornada completa en Parsons, él decidió que quería ser chef y se fue a trabajar a The County Hotel, frente a la estación central de Newcastle. Al principio le pusieron a currar de botones. Luego pasó a ayudante de camarero, o aprendiz, y de ahí a ayudante de chef. Incluso practicaba en casa.

—¿Unas patatas cocidas, mamá? —le decía a mi madre mientras servía la comida los domingos—. ¿Le apetecen unas zanahorias a la señora?

Una noche vimos que estaba haciendo las maletas. Nos dijo que se iba a Jersey, en las Islas de la Mancha, para trabajar en un hotel mucho más grande de St. Helier, la ciudad más importante de las islas. Era la primera noticia que teníamos de eso, porque Maurice era bastante callado. No hubo despedidas emotivas. Simplemente se subió al tren y se marchó.

La siguiente vez que apareció por casa se había comprado una escúter Lambretta en plan mod, con tubos de escape cromados a cada lado y la rueda de repuesto atrás. Era fabulosa. Aunque la primera vez que me dejó ir en ella —para ir al cine—, me robaron la rueda de repuesto. Todavía lo lamento cuando me acuerdo de eso.

Maurice volvió a desaparecer de nuevo, y esta vez regresó con un deportivo Triumph Spitfire.

Recuerdo que al llegar a casa lo vi aparcado delante y pensé: «¿De quién será *eso*?». Nadie tenía un coche así en nuestro bloque. Maurice salió de casa en ese momento, pero estuve a punto de no reconocerle,

porque había crecido treinta centímetros y se había dejado bigote.

Antes de llevarme a dar una vuelta en el coche —para conducir se ponía guantes de cuero y gorra de paño de espiga; el modelo completo de conductor de la vieja escuela—, me obligó a quitarme la ropa sucia del trabajo y lavarme las manos. Dos veces. Pero lo entendí. Qué máquina más gloriosa era aquel Spitfire. Tenía todos los mandos, indicadores y botones, tenía incluso palanca de intermitentes, y cuando cambiabas de marcha el motor resoplaba haciendo un ruido satánico.

Admiraba mucho a Maurice. Yo siempre había sido buen estudiante en el cole —menos al final— y trabajaba en una de las mejores empresas tecnológicas del mundo a la vez que me ganaba un dinero extra haciendo bolos. Pero siempre estaba en la ruina. En cambio Maurice, que había suspendido todos los exámenes que le habían puesto delante, ahora conducía un trasto como *este*.

Pero así es Maurice. Le gusta hacerse el tonto, pero es más listo que nadie. Y es la persona más encantadora que te puedas imaginar. Toda la vida me he encontrado a gente que venía y me decía: «¿Qué tal está Maurice? Tu hermano es un tío genial». Es de esa clase de personas.

La cosa es que, al volver definitivamente de Jersey, Maurice consiguió un trabajo de jefe de servicio en el tren de Londres a Newcastle, en los vagones de primera clase. Y si coincidías con él en el tren, aunque fueras en el asiento más barato, siempre se ocupaba de ti. En aquellos tiempos todo el mundo cuidaba de sus familiares. Era una norma implícita. Pero Maurice, que era una bellísima persona, también prodigaba esas atenciones a sus amigos. Mi gran colega Brendan Healy, que viajaba a menudo a Londres para presentarse a pruebas —más adelante hablaré de Brendan y sus muchos talentos—, solía llamarle «el buen samaritano de King's Cross».

Oí la voz de Maurice antes de verle.

—¿¿¿Brian???

Alivio instantáneo. Miré a mi alrededor y vi su cuerpo asomando desde el vagón de primera clase.

—¿Vas a una fiesta de disfraces de indios y vaqueros? —me dijo, con la mirada fija en mi chaqueta.

—Que te follen, Maurice —dije sonriendo.

—Venga, sube aquí.

Era la rutina acostumbrada con Maurice. Cruzabas el vagón restaurante a paso decidido, como si te dirigieras a tu asiento de segunda clase, y entonces se abría una puerta de servicio y te colabas dentro. Te sentabas junto a la pared de la cocina, donde no te viera nadie, y te fumabas un cigarro esperando a que el tren empezara a moverse. Con un gesto de cabeza y un guiño eras conducido a un asiento junto a la ventana en el vagón comedor, ante un mantel blanco, y a continuación dabas cuenta de un buen bistec con cubertería de plata y toda la cerveza que te apeteciera.

—¿Desea unas patatas cocidas? —preguntaba Maurice con aires refinados, para que ninguno de los pasajeros que estaban pagando sospechara nada—. ¿Le apetecen unas zanahorias al caballero?

La mejor parte del viaje, por supuesto, era cuando el tren cruzaba el río Tyne para entrar en la estación central; esos últimos segundos te ofrecían la vista más espectacular del puente Tyne, completamente iluminado desde abajo. Eso era lo más bonito de coger el tren de King's Cross a Newcastle: te sentías bien al volver a casa.

El nuevo álbum se hundió sin dejar ni rastro. No hubo supervivientes. No quedó ni un salvavidas. Pero a diferencia de lo que pasó con el Mary Celeste, aquí no había ningún misterio: el disco era una mierda.

La campaña de marketing también había sido bastante penosa, todo hay que decirlo.

La solución de Red Bus al problema de cómo hacer que Geordie siguiéramos adelante sin alienar a los fans de siempre fue lanzar un disco «sin caras» y poner en la portada a una mujer desnuda que sale disparada de la Tierra con una luz centelleante en la mano. El título del disco era *Save the World*, «*featuring* Brian Johnson». Pero ese disco no salvó a nadie. Al mundo, desde luego, no. Y tampoco a Geordie.

Recuerdo que Maurice se acercó una mañana a la casa de Preston Grange y me preguntó:

—¿Qué tal va el disco? No he oído nada en la radio…

Le dije que aún no se había publicado oficialmente, y era cierto, pero lo normal era que un disco se publicitara al máximo antes de su

lanzamiento. Ninguno de los dos singles que habíamos publicado —«She's a Teaser» y «Goodbye Love»— habían llegado siquiera a rozar las listas.

—¿Puedo oírlo al menos? —preguntó Maurice.

—Yo no lo tengo —dije con desdén, y era verdad. Ya que a nadie le importaba el disco, a mí tampoco.

La gente suele preguntarme cuándo y cómo nos separamos Geordie. Pero lo cierto es que no nos separamos. No hubo grandes broncas ni portazos. No perdimos a ningún músico por culpa del alcohol o las drogas. Ni siquiera nos echó nuestra discográfica.

Sencillamente… nos apagamos.

15

El blues del embargo

El momento en que la primera parte de mi carrera como cantante profesional tocó a su fin fue el día que estaba en la casa de Preston Grange y alguien llamó a la puerta.

—¿El señor Johnson? —preguntó un hombre con bombín que se había subido a mi felpudo. Antes de que pudiera responder, aparecieron detrás de él un par de tiarrones con pinta de malos —una barrera humana de músculo del norte— y casi me da un vuelco el corazón.

—Me llamo Fulano Pérez y voy a ser su alguacil de embargo —dijo el señor Bombín mientras yo le miraba boquiabierto—. Ahora, si no le importa, estos dos amables caballeros van a entrar a su casa y asegurar su mobiliario como bien colateral, incluida la televisión, si la tiene. Ah, y el frigorífico. Cuando digo «asegurar», quiero decir que se lo van a llevar. Se lo devolveremos tan pronto como pague sus deudas.

Corría el invierno de 1978, uno de los más fríos, sombríos y deprimentes de la historia de Gran Bretaña. Debido a las incesantes huelgas, la basura se amontonaba en las calles y hasta los muertos se quedaban sin enterrar. Entretanto, el IRA no paraba de poner bombas por todas partes.

«El Invierno del Descontento» lo llamaban en los periódicos, y era un nombre de lo más apropiado… aunque solo fuera para describir mi situación personal. No había tenido un bolo desde hacía meses, y Carol y yo estábamos tan arruinados que teníamos que elegir entre calentar la casa y comprar comida. Y por supuesto, las broncas eran más feroces que nunca, con las pobres Joanne y Kala —de diez y cinco años respectivamente— en medio de todo aquello.

Siempre me había parecido demasiado bueno para ser cierto que Red Bus estuviera pagando la hipoteca de la casa de Preston Grange, y ahora que tenía delante a ese alguacil, comprendí que tenía que haber

hecho caso a mi instinto.

—¿Me puede explicar todo esto? —logré tartamudear finalmente, temiendo la respuesta.

—Tenemos una orden del juzgado, en representación de la Leeds Permanent Building Society, de confiscar bienes colaterales contra un impago de los plazos de su hipoteca por valor de 500 libras —explicó el alguacil, enseñándome un papel con una firma y un sello.

—Pero si yo no he pagado *nada* —dije.

—Bueno, admiro su franqueza —fue la respuesta—. La excusa habitual suele ser que el cheque ya está en el buzón.

—No, yo me refiero a que… mi *compañía discográfica* es la que hace los pagos.

O eso creía yo.

Con el alguacil en casa, me las arreglé para localizar a Ellis Elias por teléfono:

—Hola, Brian, qué guay tener noticias tuyas, vaya, lo siento muchísimo, tiene que haber alguna confusión, déjame hablar con ese alguacil…

Gracias a la palabrería de Ellis, conseguí un aplazamiento de 48 horas.

Pero no había ninguna confusión. Sencillamente, Red Bus había dejado de pagar la hipoteca porque yo no estaba ganando dinero. Y la hipoteca estaba a mi nombre —al igual que la casa—, así que estaba pillado por todas partes. Tenía que haberlo sabido, pero siempre he sido así de ingenuo.

Para cuando quise darme cuenta, estaba en el juzgado de Newcastle.

Tuve suerte por dos motivos. Primero, porque el juez fue comprensivo con un tipo que estaba a punto de perder la casa y no podía pagarse un abogado. Y segundo, porque Leeds Permanent envió como responsable de los atrasos hipotecarios de la compañía a un tío engreído, baboso y asqueroso.

Cuando el juez comprendió que no me inventaba la historia de mi contrato con Red Bus, le cantó las cuarenta al tío de Leeds.

—Si el señor Johnson era el propietario de la casa y vivía en ella, ¿por qué siguieron enviando las cartas a una compañía discográfica de

Wardour Street en Londres? —le reprendió—. ¡Ustedes sabían desde hace cuatro meses que la compañía había dejado de pagar! ¿Por qué no hablaron entonces con el señor Johnson? ¿Por qué esperar todo este tiempo y después acorralarle, amenazándole con llevarse todas sus posesiones y poner a su esposa e hijos de patitas en la calle? Creo que lo hicieron porque querían recuperar la casa. ¡Ustedes *no han querido* darle ninguna oportunidad!

El juez se volvió hacia mí y dijo:

—Señor Johnson, ¿cuánto puede pagar usted mensualmente?

La respuesta correcta habría sido:

—Ni un puto penique, Su Señoría.

Pero por alguna razón dije que setenta libras.

—Pero entonces va a necesitar un empleo, ¿verdad? —dijo—. Un empleo *de verdad*. No un empleo de… ejem, de *músico*.

Sí, Su Señoría. Lo que usted diga, Su Señoría.

Dio un golpe con el mazo.

—Por la presente, Leeds Permanent se verá obligada a añadir la cantidad adeudada en el balance y redactará un nuevo contrato hipotecario con pagos de 70 libras mensuales. Y usted, señor Johnson, tiene que buscarse un empleo rápidamente. Y no vuelva a fallar en sus pagos ni una sola vez.

La satisfacción de defenderme y ganar —y conservar la casa— me duró a lo sumo un par de horas.

Fue entonces cuando Carol dijo que iba a «salir con las chicas» para celebrarlo, y de algún modo eso dio pie a otra discusión, y ahí fue cuando vimos claro que ya no había nada que salvar en nuestro matrimonio. Me di cuenta de que teníamos que dejarlo. No era justo para las niñas. Así que hice las maletas, cogí el coche —que ahora era un escarabajo muy usado y roñoso, con una batería de seis voltios que apenas podía moverte la gorra de la cabeza, y mucho menos poner en marcha los dos faros a la vez— y empecé a conducir. Muy despacio.

Obviamente, solo tenía un lugar donde ir: el nº 1 de Beech Drive.

Esa noche me volví a instalar en la misma habitación que había compartido en su día con Maurice y Victor; el *Morley Method of Scientific Height Development* seguía allí, debajo de la cama, con las

tapas completamente arrugadas. Y cuando me levanté al día siguiente y vi por la ventana las montañas de residuos de minas, las vías del tren y la fábrica de tanques Vickers en la orilla del Tyne, no pude evitar preguntarme cómo había pasado de estar en *Top of the Pops* con Roger Daltrey a esto. Tenía treinta y un años y lo había perdido todo. Mi matrimonio, mi carrera, mi casa… Aunque al menos las niñas pudieron quedarse en casa con su madre.[43]

Todavía recuerdo la espantosa sensación de fracaso como si fuera ayer. Fue una época horrible, confusa, agotadora. No podía dormir. Apenas podía comer. Ni siquiera quería ver a mis amigos porque no quería verlos compadecerse de mí, y menos aún aceptar su caridad.

Aparte de eso, se me hacía muy duro ir a ver a otros grupos, porque nada me habría gustado más que estar haciendo lo mismo que ellos. Pero, claro, no podía resistirme. Y lo curioso es que el grupo al que recuerdo ver más veces en aquella época es AC/DC. No en directo, sino en *Rock Goes to College*, una serie de la BBC Two en la que salían grupos «emergentes» tocando en directo en recintos universitarios de todo el país. AC/DC habían tocado en la Universidad de Essex y todo el mundo hablaba de ellos. La gente me decía: «Tienes que ver a esos tíos».

Menudo concierto dieron. Eran tan distintos a todo lo que se veía por ahí que apenas te lo podías creer. Angus estaba poseído. Por entonces no tendría más de veintidós años. Ya iba con el traje de colegial, por supuesto, y en «Bad Boy Boogie» hacía su número de striptease. En cuanto al cantante, era un *frontman* nato, con sus pantalones negros ajustados, los brazos llenos de tatuajes y lo que parecía un cubata de ron en la mano. Ni se me pasó por la cabeza que pudiera ser el mismo tío que había conocido en Torquay. De hecho, no me lo habría creído aunque me lo hubieran dicho. No se parecía en nada. Este tío era un cantante de *rock*, no un músico folk.

Disfruté con cada segundo de aquel concierto. Pero, claro, también me recordó que yo había tenido mi oportunidad y la había perdido. Porque en el rock, a mi edad, y a no ser que fueras ya una estrella, estabas acabado. Como había dicho el juez: era hora de buscar un trabajo de verdad.

Aunque me hubiera sentido capaz de volver a Parsons, era demasiado tarde. Era una sombra de lo que había sido. Tenía que aspirar a algo más modesto. Así que cogí el *Evening Chronicle* —el mismo periódico que en su día me había declarado una «futura estrella»— y empecé a leer los anuncios clasificados.

«Se necesita instalador de parabrisas», decía el primer anuncio que vi, con un número de teléfono a continuación. Ni siquiera recuerdo qué otros anuncios había en la página. Con tan solo ver las palabras «instalador de parabrisas» pensé… ¡eso no puede ser muy duro! A ver, yo solía dibujar turbinas de vapor para centrales eléctricas; si te equivocabas una milésima de pulgada en una medida, podías provocar un desastre. Para colocar un trozo de cristal en un coche no podían hacer falta muchas neuronas.

Cuando llamé al número me contestó un tipo llamado Peter. Pero no con el típico «¿Digaaa?» que habría soltado un currela de Newcastle. Qué va. Peter era de otra clase. O eso se creía él.

—Buenas tardes —dijo, con voz muy pomposa, como si fuera el capitán del Concorde a punto de despegar hacia Nueva York—. Le habla Peter, mánager de la zona noreste de Windshields, Ltd. ¿En qué puedo ayudarle?

Me dieron ganas de ponerme a dar cabezazos contra la pared y gritar.

Pero necesitaba ese trabajo —*desesperadamente*—, así que me tragué mi orgullo y no colgué el teléfono.

Peter me informó de que tendría que pasar una «entrevista preliminar» en «la sede de operaciones de servicio de carretera» de Windshields, Ltd. Al final de la llamada descubrí que dicha sede era el asiento de copiloto de su Ford Escort Estate, que estaba aparcado frente a Birtley Services en la A1, a unos veinte kilómetros al sur de Newcastle.

En el fondo fue un alivio que Peter estuviera tan lejos del centro, porque así había menos probabilidades de que me reconociera. Geordie habíamos sido celebridades de segunda en Newcastle durante una temporada; en Metro Radio pinchaban mucho nuestros singles —sobre todo «Geordie's Lost His Liggie»—, y solíamos salir en un

programa de Tyne Tees Television llamado *The Geordie Scene*. Y yo, naturalmente, era bastante inconfundible gracias a mi masa de pelo rizado.

Pero ahora que iba a volver a la vida de civil con el rabo entre las piernas, quería ser invisible.

La entrevista fue un viernes a primera hora.

Mi mayor preocupación era que el escarabajo no me dejara tirado. Hacía tiempo que la llave no encajaba bien en el arranque, y para ponerlo en marcha tenía que hacer un apaño con el mango de una cucharilla.

Esa mañana llovía, por supuesto. De hecho, era más que lluvia. Era como si Thor, el Dios del Trueno, se hubiera puesto a mear después de una noche de farra y me estuviera cayendo todo a mí. Y claro, el suelo del escarabajo tenía un agujero, y cada limpiaparabrisas iba en una dirección distinta, y cada dos por tres salía humo de la parte delantera del coche, cosa rara teniendo en cuenta que el motor estaba detrás.

Tal como habíamos quedado, Peter había aparcado su Escort junto a la entrada. Así que yo aparqué detrás. Salí del escarabajo intentando protegerme de la lluvia como podía, y golpeé con los nudillos en la ventanilla del copiloto para que estirara el brazo y me abriera la puerta.

Pero en mi vida las cosas no eran tan fáciles.

Peter me miró, levantó el dedo índice y pronunció con los labios: «Un momento».

Le miré a través de la ventana sin poder creerlo. A cada segundo que pasaba me caían encima otros diez litros de lluvia, empapándome la ropa y calándome los zapatos. Yo pensaba, ¿qué coño te tiene tan ocupado que no me dejas entrar en el coche? El tío ni siquiera podía fingir que estuviera tecleando algo en un teléfono o un portátil. ¡Estábamos en 1978! Solo tenía un cuadernillo y un lápiz.

Volví a golpear en la ventanilla, intentando no parecer tan mosqueado como en realidad estaba.

Esta vez ni se molestó en levantar la vista.

Para cuando abrió la puerta, yo parecía una bayeta sin escurrir.

—Muy bien, Brian —dijo, mientras me chorreaba agua por la punta

de la nariz y me preguntaba si acabaría dándome una hipotermia—. Una de mis muchas responsabilidades aquí en Windshields, Ltd. es garantizar que todos los instaladores potenciales tengan la competencia y la dedicación necesarias para un trabajo tan exigente. Así que dime, ¿qué cualificaciones tienes?

—He sido delineante —le dije—. Tengo el certificado del City & Guilds y el Tech Three.

Esto tiene que impresionarle, pensé. Porque eran cualificaciones importantes, para las que tenías que hacer un aprendizaje de cinco años y aprobar un montón de exámenes.

—Oh —dijo mirándome con cara inexpresiva—. Me parece que estás sobrecualificado.

Que alguien me saque de aquí, pensé.

Peter me llamó esa noche para decirme que le había dado el trabajo a alguien con más experiencia.

—Claro, lo entiendo —le dije, y colgué. A los pocos minutos volvió a llamar para decirme que esa persona con más experiencia había rechazado el trabajo porque el sueldo no era suficiente, así que, eh… ¿tal vez yo seguía interesado en ese puesto?

Dos días después me hallaba en el almacén principal de Windshields, Ltd., en Darlington, para una semana de lo que Peter llamaba «formación».

O, por usar el término técnico, «aprender a cambiar un parabrisas».

En el almacén tenían cristales para cualquier tipo de vehículo imaginable, además de una flota de preciosas furgonetas Ford Transit blancas con luces naranjas en la parte de arriba. Debo reconocer que cuando vi esas furgonetas empecé a ver la situación con otros ojos. Estaba *impaciente* por ponerme al volante de una de ellas.

El tipo al que tuve que seguir toda esa semana era un ser de muy pocas palabras llamado Norman. No tendría más de treinta años, pero llevaba gafas de culo de vaso y se vestía como si todavía estuviéramos en los sesenta. No se le veía muy contento de tenerme de compañía.

La primera llamada que recibimos por su *walkie-talkie* fue para un Peugeot que tenía el parabrisas roto, en un garaje cerca de Boldon Colliery. Así que allí nos fuimos en la furgo —en silencio— hasta que

Norman gruñó algo relacionado con parar en su casa para recoger el almuerzo que le había preparado su mujer.

De modo que nos dirigimos a su casa. En silencio.

Llegamos y aparcamos enfrente. En silencio.

Nos quedamos sentados allí un momento, todavía en silencio; por la ventana se veía a su mujer fregando los platos. Suspiró y dijo:

—Dios, tiene la misma cara que un *bulldog* chupando unas ortigas meadas. Quédate aquí. *Y no levantes la cabeza*.

Esta va a ser la semana más larga de mi vida, pensé.

En los días siguientes descubrí que cambiar parabrisas no requería exactamente la competencia, la dedicación y las cualificaciones de las que hablaba Peter.

La primera vez que Norman me dejó ayudarle —en vez de dejarme ahí plantado mirando—, fue para sujetarle las herramientas a mitad de la faena mientras él se «tomaba un respiro»; yo sabía por experiencia que eso consistía en una taza de té, tres pitillos, un movimiento intestinal y un buen rato de contemplar la Página 3[44].

Pero me aburrí de esperarle, así que acabé el trabajo yo solo.

No lo pude evitar. Tenías tantas ganas de reanudar la marcha, de volver a la vida…

Cuando regresó, Norman me miró como si fuera Judas.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Si vas tan rápido, nos van a dar más trabajo!

Estoy casi seguro de que a raíz de eso dejó de hablarme.

Pero tampoco hubo mucha diferencia.

EXIT

16

Una señal del cielo

Una vez terminada mi formación, me dieron mi propia Transit con una luz naranja encima y me dijeron que tenía que hacer una guardia cada dos noches. También me dieron un *walkie-talkie* y, lo mejor de todo, mi propia señal de llamada: «Whisky Oscar, uno-uno-uno». No era el mejor nombre del mundo, os lo aseguro —y a ver quién podía pronunciar eso después de unas cuantas cervezas—, pero me daba exactamente igual, porque estaba *encantado* con mi trabajo.

No solo por haberme librado al fin de Red Bus y de toda la mierda de la industria musical. O por el alivio de tener al fin ingresos estables. Cuando salía por ahí con mi furgoneta… sentía que estaba prestando un servicio muy importante.

No olvidemos que en aquellos tiempos, si se te rompía el parabrisas mientras conducías por la A1, no podías coger tu teléfono y pedir ayuda. Tenías que salir del coche y *caminar* hasta la cabina de emergencia más cercana. Y si el teléfono quedaba lejos, o si ya había oscurecido y llovía a cántaros —que como creo que ya he dicho alguna vez, ocurría a menudo—, podía ser una experiencia aterradora y agotadora. En invierno, si no te andabas con cuidado, podías morir congelado de frío. Y puesto que estábamos en la Inglaterra de los años setenta, era muy fácil que la primera cabina que encontraras no funcionara. Con lo cual tenías que caminar hasta la *siguiente*. Y luego volver a tu coche.

Como podréis imaginar, cuando llegaba con mi furgoneta solían recibirme con los brazos abiertos, y a mí me daba una satisfacción considerable ver a una familia de cuatro personas reanudar la marcha en su pequeño Austin Maxi una vez terminada la reparación. Incluso me planteé montar mi propio negocio; hasta ese punto había aceptado que esa sería mi vida en adelante. No había renunciado a cantar, pero me había convencido de que era mejor considerarlo un *hobby*. Aun

cuando, en lo más hondo de mí, seguía muriéndome por demostrar que podía llegar a más y estar a la altura de los mejores.

Y por supuesto, había días en que instalar parabrisas podía ser un coñazo, como pasa con cualquier trabajo.

Para empezar, era una tarea físicamente exigente; al volver a casa te encontrabas trocitos de cristal y pegamento en el pelo, y tenías las manos pegajosas y ennegrecidas de tanto manipular la goma del parabrisas. Y los clientes podían ser difíciles, o un poco raros.

Una vez me llamaron a eso de las once y media para asistir a un enorme camión articulado al que se le había salido la ventana delantera. Esto era en Scotch Corner, unos ochenta kilómetros al sur de Newcastle. Y, naturalmente, llovía a mares y soplaba un viento feroz.

El cristal de un camión es enorme y pesa mucho; la única forma de acceder al hueco era subiéndome al techo. Estaba acojonado de que el viento me hiciera caer o el cristal se me cayera al suelo, así que le dije al conductor:

—¿Podría sujetar un extremo mientras yo lo voy colocando?

Me miró, le quitó el tapón a su cantimplora, se sirvió una rica taza de té y dijo:

—Ese no es mi trabajo.

Fue una noche muy divertida.

O aquella vez que fui a buscar un Ford Cortina perdido en mitad de la nada, y al llegar me encontré al conductor sentado en el maletero bebiéndose un cargamento de minibotellitas de whisky, totalmente mamado. Al mirar con más atención vi que faltaban el parabrisas de delante *y también* el de detrás.

Cuando vi aquel desastre me llevé un susto de muerte.

Lo que fuera que había chocado con ese coche tenía que haber entrado por un extremo a tal velocidad que había salido por el otro. Nunca había visto algo así. Y el tío llevaba toda esa priva en el maletero porque era un representante de whisky de Edimburgo que iba dejando muestras por todos los hoteles de la A1.

No había forma de entenderle.

—Lad… Lad…

No conseguía pronunciarlo.

—Puto lad…

Pensé que iba a decir «ladrón». Joder, pues vaya ladrón tan grande.

—No, *ladrillo* —consiguió decir al fin. Ah, eso explicaba por qué había traspasado el coche entero. Normal que el tío se hubiera quedado paralizado. El ladrillo, que iba sujeto entre los dos neumáticos traseros del camión de delante, se había soltado y había atravesado el coche, pasándole a escasos centímetros de la cabeza.

Le miré y me pregunté cómo se las iba a arreglar para recorrer los ciento y pico kilómetros que le separaban de su casa en aquel estado. Pero eran otros tiempos. La gente hacía continuamente cosas por las que hoy te meterían en la cárcel. Yo había hecho todo lo que podía hacer por él. Y de propina me dio seis botellas de whisky.

En el momento en que Margaret Thatcher fue nombrada primera ministra de Inglaterra en mayo de 1979, creo sinceramente que no habríais encontrado en todo el país a un instalador de parabrisas más rápido y trabajador que un servidor. Había convertido mi tarea en una de las bellas artes. Y ganaba dinero. De hecho, si no llega a ser por lo que pasó a continuación, puede que no lo hubiera dejado nunca…

Eran las tres o cuatro de la tarde —el principio de lo que entonces considerábamos «hora punta»— cuando mi *walkie-talkie* dio señales de vida.

—¿Brian? —dijo el controlador—. Por favor, lo más rápido que puedas, tenemos un Ford Cortina Mark IV negro justo al norte de Scotch Corner. Les corre mucha prisa.

Veamos: un Cortina Mark IV nuevo era una máquina muy potente en aquellos días, y en color negro debía de ser la caña. Así que cuando me monté en la furgoneta y enfilé a toda velocidad hacia la A1, sabía que este iba a ser un cliente especial.

Y así fue.

Desde el momento en que vi el coche adiviné que esta faena iba a ser distinta. Dentro iban dos tíos vestidos de negro, uno de ellos con sombrero panamá y gafas negras. Fuera había otros dos apoyados en el capó, fumando, vestidos también de negro. Algo en ellos transmitía… *libertad*. Como si no pertenecieran al mundo normal de

nueve a cinco. Era un ambiente con el que no me había mezclado en mucho tiempo. Algo que echaba de menos…

Muchísimo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó uno de los fumadores con voz suave y autoritaria.

—Brian —dije yo.

—Muy bien, Brian —dijo—. Esta es la situación. Tenemos a un vip en el asiento de atrás y tiene que estar en el escenario del Hammersmith Odeon esta noche a las nueve. Son las 4.15 y estamos a cinco horas de Londres… Puede que algo menos si pisamos un poco.

Señaló el parabrisas roto del Cortina.

—¿En cuánto tiempo crees que puedes colocar uno nuevo? Tenemos a 3.500 personas pendientes de que lleguemos a tiempo a la sala.

Hostias, pensé.

—Dadme un cuarto de hora —dije.

—Venga, tío. Sé realista… ¿en cuánto tiempo?

—En quince minutos.

Trabajé tan rápido como si estuviera en trance. Saqué el parabrisas viejo en dos minutos, sin problema. Luego me metí en el coche con el aspirador portátil, aguantándome las ganas de mirar atrás y ver quién era aquel vip. Volví corriendo a la furgo. Encontré el parabrisas de repuesto. Le puse la nueva goma, pasé el cable alrededor del canal, llevé el cristal al coche y lo coloqué encima de la abertura —*zas-clac, zas-clac, zas-clac*— hasta que encajó en su sitio, justo encima del canto.

—Hecho —dije, con el sudor corriéndome por la cara.

—No han sido ni quince minutos —dijo el tipo—. Más bien han sido doce. ¿Qué se debe?

—Veintincinco libras.

Echó mano de la cartera, sacó dos billetes nuevos de veinte y me los dio.

—Quédate con el cambio —dijo.

Hostias.

Luego se sentó en el asiento del conductor, puso en marcha el motor y empezó a alejarse… y justo entonces me di cuenta de que había

olvidado preguntar quién era ese vip.

Pero lo averigüé de todas formas, porque el coche paró en seco justo donde yo estaba. El cristal de la ventanilla trasera bajó y del interior salió un brazo pálido y velludo que sostenía una camiseta.

—Aquí tienes —dijo una voz con acento *cockney*, y sentí un escalofrío en la espalda.

Era una voz inconfundible. Por aquella época sonaba en todas las radios, a todas horas, en todo el mundo. No me lo podía creer. El que me estaba dando la camiseta era nada menos que Ian Dury en persona… Cuyo último single, «Hit Me with Your Rhythm Stick», ocupaba en ese momento el nº 1 de las listas inglesas.

Cogí la camiseta, enmudecido, mientras contemplaba mi reflejo en las gafas de Dury.

La ventanilla se cerró…

Y con un chirrido de neumáticos, el Cortina salió rugiendo en dirección al Hammersmith Odeon.

Ojalá fuera yo, pensé.

Miré la camiseta —era negra, con «IAN DURY AND THE BLOCKHEADS» escrito en blanco— mientras intentaba recuperar el aliento. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo estaban encendidas. Y no solo porque acababa de conocer a una estrella del rock. De pronto supe que podía conseguirlo de nuevo, aunque tuviera treinta años, aunque ya lo hubiera intentado y fracasado una vez.

Era evidente que no tenía elección.

Esa energía, esa sensación de libertad, eran mi mundo.

No era solo parte de mí.

Era yo.

Tenía que encontrar la forma de volver a la música.

TERCERA PARTE

17

Lobley Hill

La persiana de acero se enrolló hacia arriba con el ruido que haría una bestia gigantesca al ser castrada, y ahí estaba: mi viejo juego de voces.

Encontrarlo había sido una labor de detectives. Después de llamar a todos los roadies y conductores que habíamos tenido Geordie sin llegar a nada, fue Ellis quien por fin me dio la dirección del almacén de las afueras de Londres donde estaba guardado. Me dijo que me lo llevara cuando quisiera —era mío, al fin y al cabo—, pero no me prometía que siguiera funcionando. Habían pasado casi dos años desde el último bolo de Geordie.

Los altavoces estaban cubiertos de telarañas y tenían marcas y arañazos del tiempo que habían pasado en la carretera, pero las piezas seguían ahí, intactas. A lo largo de los años le había ido añadiendo mejoras y ahora tenía una potencia de 300 vatios, una mesa de mezclas y dos enormes megáfonos laterales JBL, suficientes para un concierto multitudinario. Vale, se había quedado muy anticuado y estaba baqueteado de tanto viaje, pero con tal de que volviera a funcionar, me daba por satisfecho.

Lo siguiente fue sacar el ampli y los altavoces del almacén y meterlos en el maletero de la Transit; toda una proeza, dado el peso y el tamaño del equipo. De ayudante me había traído a un aspirante a roadie, un chaval rubio de suaves modales llamado Derek Underhill que no tenía ni veinte años y le encantaba andar por ahí con grupos de rock.

Cargamos todo en la furgoneta en un abrir y cerra de ojos y enfilamos de nuevo la A1 para subir a Newcastle.

Ahora bien, os estaréis preguntando *para qué* necesitaba yo mi viejo juego de voces.

Pues porque había montado un grupo nuevo, claro…

Esta vez en plan semiprofesional, para poder seguir currando de

instalador de parabrisas.

¿El nombre del grupo?

Geordie II. Muy original.

Aparte de un servidor, en Geordie II no había ningún otro miembro de la antigua formación.

El resto del grupo lo formaban Derek Rootham a la guitarra, Dave Robson al bajo y un entrañable lunático llamado Davy Whittaker a la batería. Los tres habían tocado en un grupo de Newcastle llamado Fogg con un cantante londinense, Chris McPherson. Fogg habían sacado un álbum titulado *This Is It* en 1974, y habíamos compartido escenarios en clubs y pubs.

Chris, el cantante de Fogg, era todo un personaje; tenía un acento *cockney* que en el noreste llamaba la atención más que la polla de un burro y era aficionado a usar efectos dramáticos en sus actuaciones. Cuando hablo de efectos dramáticos me refiero a usar *mucho humo*, lo cual tenía sentido, supongo, dado el nombre del grupo.[45]

De hecho, la única vez que fui a ver al grupo de Chris fue un día que probaron una nueva forma de salir al escenario con la máquina de humo. La idea era que primero se apagaran las luces, empezara a sonar la música de *2001: Una odisea del espacio*, una capa de humo empezara a flotar a ras del suelo y los miembros del grupo aparecieran desde el fondo de la sala y se encaminaran con aire dramático hacia el escenario, pasando entre sillas y mesas. En teoría sonaba genial. Pero los tíos no se dieron cuenta de que habían alquilado una máquina de humo demasiado potente para esa sala y que el techo era más bajo de lo normal, con lo cual, una vez que el humo cubriera el suelo y llegara al techo —algo que en el City Hall o el Theatre Royal no sería mayor problema—, ya no tendría adónde ir.

De modo que se apagaron las luces. Empezó a sonar «Space Odyssey». Entonces —*fsssshhhh*— empezó a salir todo ese humo. Primero cubrió el suelo, luego subió, llegó al techo y volvió a bajar, y al cabo de un par de minutos era como estar atrapado en un incendio. De verdad que no veía mis manos a un palmo de la cara; era bastante acojonante. Y por supuesto el grupo no encontró el camino al escenario y acabaron perdidos al fondo de la sala. Cuando terminó

«Space Odyssey» seguían allí al fondo, el público tosía y se frotaba los ojos mientras buscaba la salida y el dueño de la sala tuvo que encender las luces y abrir todas las ventanas para que el grupo pudiera encontrar el escenario. En toda mi vida no me había descojonado tanto.

A Geordie II nos bastaba con el equipo de sonido. Y gracias a haber localizado mi antiguo juego de voces, no nos costaba ni un penique.

El primer concierto de Geordie II fue una noche de viernes en el Working Men's Club de Shiremoor, no muy lejos de Preston Grange.

Todo estaba dispuesto como era normal en los clubs, con filas de mesas largas y sillas forradas de vinilo frente a un pequeño escenario con un fondo centelleante, un bar solo para hombres, un salón para parejas y una sala de conciertos para música en directo. Habíamos ensayado unas cuantas veces y desde el primer momento sonamos muy potentes. El grupo cuajó enseguida. Fue algo fantástico y estábamos deseando dar un concierto muy cañero, pero resulta que el equipo petó a la tercera canción.

Menos mal que teníamos a Frankie, un roadie buenísimo; él y su ayudante Derek consiguieron hacerlo funcionar de nuevo.

Reconozco que no fue fácil volver a tocar en sitios tan modestos. Con los Geordie originales me había acostumbrado a tocar en grandes salas y universidades. Pero después de unos cuantos bolos le empecé a pillar el tranquillo.

Salías a tocar y durante las cuatro o cinco primeras canciones no había ningún tipo de respuesta; nadie quería ser el primero en aplaudir. De haber algún tipo de reacción, era alguien que gritaba «¡Bajad ese volumen!». Pero mientras no te abuchearan la cosa iba bien. Al final de la primera parte solía haber algunos aplausos desganados y el coordinador de conciertos venía corriendo y te decía que te callaras y te fueras de allí porque estaba a punto de empezar el bingo.

Y es que el bingo era un asunto de vida o muerte en aquellos tiempos. Era toda una institución de la clase obrera. Si te hubieras atrevido a tirarte un pedo entre frases como «¡88, las dos gordas!», «100, el techo del repecho!» o «21, la llave de la puerta!», te habrían

colgado del cuello. Era algo tan serio que algunos clubs se habían conectado entre sí mediante un sistema telefónico muy primitivo para que las porras fueran más grandes, y la voz del maestro de ceremonias retumbaba por los altavoces. A veces no salía el gordo durante varias semanas, y el bote iba aumentando. Recuerdo que una semana alcanzó la *mareante* cifra de 800 libras. Reinaba un silencio absoluto; los jugadores mordisqueaban sus lápices y se miraban furtivamente, hasta que una viejecita sentada al fondo pegó un salto y grito: «¡Bingo!».

Entonces recogían todas las tarjetas y a nosotros nos tocaba reanudar el concierto.

Para entonces el público ya se había relajado —y bebido— lo suficiente para soltarse un poco y pasárselo bien. Cada vez que les contabas un chiste se descojonaban. Te jaleaban cada vez que reconocían una canción. Y, por supuesto, con un público así *nunca* podías tocar un tema original tuyo, porque lo último que querían un viernes o sábado por la noche era tener que concentrarse. Pero siempre nos las apañábamos para elegir canciones que conocía todo el mundo, como «Don't Let Me Be Misunderstood» y «We Gotta Get Out of This Place», y hacerlas rockeras hasta extremos insospechados. También les dábamos a conocer canciones que no sonaban en la radio, de gente como Boz Scaggs, Bob Seger, Bruce Springsteen, Whitesnake, Deep Purple y AC/DC.

Una canción que nunca tocábamos era «We Are Sailing» de Rod Stewart —en los camerinos había literalmente carteles que advertían «No Sailing!»—, porque todo el mundo acababa subido a las mesas con los brazos abiertos y coreando la canción. Seguro que la primera vez fue muy divertido, pero la cosa había llegado a un punto en que, una vez que empezabas con esa canción, ya no había quien lo parara.[46]

En cualquier caso… A medida que fue pasando el tiempo, y aunque solo éramos un grupo semiprofesional y tocábamos en estas salas tan pequeñas y poco glamurosas, me di cuenta de algo.

Me lo estaba pasando en grande.

Una noche me llamó por teléfono Chris McPherson. Cuando oí su acento *cockney* me dio un vuelco el corazón porque pensé que tal vez

quería recuperar a sus antiguos compañeros de grupo.

Pero no. Tenía otras noticias.

—Pues sí, Brian —dijo con aire muy jovial—. Me voy mañana a Suiza.

—Qué suerte tienes, cabrón —le dije—. ¿Y para qué vas allí?

—Rainbow —contestó—. Ronnie James Dio ha dejado el grupo y buscan un nuevo cantante. La prueba es en Ginebra. Y sabes… tengo buenos presentimientos. Volvería a estar con mi gente, ¿me entiendes? Me han visto cantar con Fogg y han preguntado por mí.

—¿Y cómo te ha salido eso, pedazo de cabrón? —porque a ver, el tío era un buen cantante… pero poco más—. ¿Te han llamado así, de repente? —pregunté. Estaba flipando.

—Bueno, no exactamente. Pusieron un anuncio en el *NME* y contesté. Pero soy exactamente lo que buscan. Para serte sincero, creo que ya pensaban en mí desde el primer momento.

—Vaya, qué buena noticia —dije—. ¡Pues a darlo todo, colega!

Días después vi a Chris en el Central Arcade, ya de vuelta de su viaje.

—Creo que no me van a coger —dijo resignado—. Que les follen. Vaya pérdida de tiempo. Por cierto, antes de irme les hablé de ti…

—¿Cómo? ¿*En serio*?

—Como te cojan me invitas a cervezas el resto de tu vida, colega.

Me quedé alucinado. Chris podía ser un tío un poco engreído, pero era un buenazo y tenía un corazón de oro.

—Les di tu número —dijo.

Yo era muy escéptico, claro; después de mi experiencia con Geordie tenía el culo pelado. Pero no pude evitar sentirme *un poco* ilusionado, y no solo por estar en el radar de un grupo importante, sino por la perspectiva de viajar al extranjero.

Cuando por fin llegó la llamada (porque *llegó*), el que hablaba no era Blackmore. Era un tío escocés que ni siquiera me dijo su nombre. Se limitó a decir que «trabajaba con el grupo» y como se habían gastado mucha pasta en mandar cantantes a Suiza, ahora estaban haciendo las pruebas de otra manera. Me llevé un chasco; no entendía nada.

—Vale, entonces, ¿cómo quieres que lo hagamos? —pregunté—. ¿Grabo una maqueta y os la mando?

—No —dijo el tío—. Cántame algo por teléfono. Cuando quieras. Soy todo oídos.

De pronto recordé por qué había llegado a odiar tanto la industria discográfica.

—¿Estás de coña? —pregunté, cada vez más mosqueado—. ¡No pienso cantar por teléfono!

—Bueno, pues entonces no hay prueba.

—¿Y tú quién coño eres, para empezar? —pregunté.

—Mira, ¿vas a cantar o no?

En ese momento perdí los estribos. Agarré el auricular con las dos manos, respiré hondo y emití el sonido que haría una hiena si le estuvieran metiendo un puercoespín por el culo.

—¡QUE TE FOLLEN! —dije para terminar, y colgué el teléfono de un manotazo.

Curiosamente, no me cogieron.

Los clubs para trabajadores en los que tocábamos Geordie II tal vez no fueran muy sexis, pero a finales de los setenta dominaban todo el circuito de espectáculos en directo, sobre todo en el noreste. Habían empezado haciendo concursos de nuevos talentos y cosas parecidas, y ahora estaban totalmente volcados en la música en directo.

Había miles de clubs supervisados por el Working Men's Club and Institute Union de Londres, que tenía sucursales por todo el país y unos cuatro millones de miembros, con una larga lista de gente esperando para entrar. (Si no recuerdo mal, había incluso un club de trabajadores en King's Road, en Londres.) Entre las suscripciones de los miembros y otros ingresos, por no hablar de lo que sacaban con la barra y el bingo, estos clubs ganaban tanto dinero que no sabían ni qué hacer con él. Y al estar gestionados como cooperativas, eran los miembros, y no unos inversores, quienes se beneficiaban de los ingresos. El resultado era que podían permitirse contratar a los mejores artistas del momento. En el Batley Variety Club actuó Shirley Bassey, y también pasaron por allí Tom Jones y Tina Turner. Incluso Louis Armstrong. Y lo más increíble de todo: Roy Orbison grabó un

disco en directo en ese sitio. Estamos hablando de West Yorkshire… ¡y de un club construido encima de una depuradora de aguas residuales!

Curiosamente, los que dirigían estos clubs eran a veces los miembros más asquerosos, mezquinos y pendencieros del comité. Eran inconfundibles: iban con traje cruzado azul marino, corbata del club y un pin en la solapa, y siempre tenían un Skoda o un Lada aparcado en la puerta. Uno de ellos —no recuerdo qué club llevaba— era famoso porque cuando le acusaron de malversar fondos, se subió al escenario y dijo:

—Ha llegado a mis oídos que ciertas personas en esta sala han realizado graves acusaciones contra mí. Así que antes de proseguir, quiero que todos los acusadores se pongan en pie.

Esta era la clase de insignes personajes con los que tenías que lidiar.

Y, claro, a veces acabamos chocando con ese rollo prepotente. Había un tío en concreto que no paraba de decirnos que, como no bajáramos el volumen de los amplis, nos iba a mandar a un tribunal disciplinario; era una amenaza muy real, ya que podían prohibirnos tocar en la zona —tenían el poder de hacerlo— y dejarnos fuera del circuito. El tío llegó a comprar un sonómetro y a sentarse con él en primera fila para asegurarse de que no sobrepasáramos el nivel que consideraba aceptable. La noche que lo hizo, por supuesto, tocamos muy bajito. Terminamos marchándonos del escenario en señal de protesta, y el tío tuvo que vérselas con el público, que estaba furioso porque le habían echado a perder la noche del sábado.

Si actuabas en uno de estos clubs tenías que afrontar la honestidad brutal de sus miembros. A cierto tipo de hombres de clase obrera nada les gustaba más que insultar a alguien famoso a la cara. Era una especie de derecho a fanfarronear —«¿Sabes quién es ese fulano? Pues yo le dije que era una mierda»—. Hay una leyenda sobre un tío que durante el día era minero en paro y de noche presentador de conciertos, y trabajaba en uno de los clubs más grandes, del que una vez más no diré el nombre. Por allí pasaron Frank Sinatra, Engelbert Humperdinck, todo el mundo. Y a este tío le gustaba meter la zanca siempre que podía. Una noche actuaron en el City Hall de Newcastle los Four Tops, que estaban de gira por Inglaterra, y a su mánager le

dijeron que si hacían un pase de media hora en ese club les pagarían dos mil libras más, con tiempo suficiente para volver al City Hall y dar su concierto. Antes de que empezara la actuación salió a presentarlos este bobo ignorante, que cogió el micro y dijo:

—Muy bien, y ahora una sorpresa especial para todos vosotros. No tengo ni idea de quiénes son… ¡pero aquí tenéis a estos cuatro conguitos de América!

Los Four Tops se dieron media vuelta y se marcharon. Su respuesta fue claramente un «que os follen». Y como ya les habían pagado, fue el club el que tuvo que asumir las pérdidas. Al tío lo echaron y le prohibieron entrar allí de por vida, o eso cuenta la historia. Él dijo a los administradores que lo único que había hecho era «bromear un poco». Pero esa era la excusa que se daba siempre que alguien decía algo irrespetuoso y desagradable y, en este caso, increíblemente racista.

Era una mala excusa, y lo sigue siendo hoy en día.

Si Geordie II tuvimos tanto éxito en los clubs para trabajadores fue porque no éramos el típico grupo de rock. En esos clubs *odiaban* a los grupos de rock porque tocaban demasiado alto y se tomaban a sí mismos demasiado en serio, cosa que no gustaba nada al público de más edad. Pero nosotros teníamos sentido del humor. Por ejemplo, en ciertos momentos de la actuación, Davy Whittaker salía de detrás de su batería, me apartaba del centro del escenario, cantaba el comienzo de «Nessun Dorma» —era todo lo que se sabía— y decía: «Muchas gracias». Y al final de la noche nos íbamos del escenario mientras sonaba «I'm a Wanker»[47] de Ivor Biggun, y todo el mundo se descojonaba. Eso hacía que el grupo cayera bien al público y por eso no solíamos tener problemas, ni siquiera con los coordinadores más tocapelotas.

Hacia finales de 1979 nos solían contratar tres o cuatro veces por semana, y nuestro caché cada vez era más alto. Tocábamos tanto que algunas noches no sabía ni dónde estábamos. Normalmente tocábamos los viernes, sábados y domingos, pero cuando empezamos a cobrar 250 libras por concierto y era imposible contratarnos, porque no teníamos fechas libres, muchos clubs empezaron a programarnos en

días laborables, incluso los martes, por algo menos de dinero. Y nosotros encantados, claro.

Fueron algunas de las mejores noches de mi vida.

En teoría había que terminar a las diez y media, pero siempre era un cuarto de hora más tarde; luego recogíamos el equipo, llegábamos a casa pasadas las doce, y al día siguiente nos levantábamos al amanecer para ir a trabajar. Eso si no íbamos a cenar a un indio o al Selva Grill que había al final de Dean Street —el único sitio de Newcastle que abría hasta la una de la madrugada—.

En esta época de tocar en clubs entendí la importancia de un buen número cómico, y llegué a pensar en hacerme comediante en caso de que Geordie II nos separáramos.

Porque cuando veía a mi amigo Brendan Healy hacer su número, me parecía increíble. Brendan nunca se propuso ser cómico. Empezó siendo teclista y trombonista, y luego se sacó el título de director de orquesta. Pero era un tío listo y muy gracioso, y en algún momento se dio cuenta de que podía tener a toda la sala pendiente de cada cosa que decía. Salía al escenario y soltaba:

—Damas y caballeros, siento mucho haber llegado tarde. Se me ha estropeado el coche y he tenido que venir en autobús. Pero no pasa nada… Me las he arreglado para que parezca un ataque de asma.

A esto le seguía un silencio ensordecedor mientras todo el mundo intentaba pillar el chiste. Y cuando se oían las primeras risas —que enseguida se convertían en carcajadas generales, cuando se unía el resto del público—, Brendan decía:

—Muy bien, vamos con otro chiste que tampoco van a pillar…

Desde ese momento ya tenía al público metido en el bolsillo.[48]

Recuerdo la noche en que nuestro equipo finalmente murió, y esta vez de manera irreparable. Compartíamos cartel con otro grupo —cuyo líder era un personaje local llamado Malcolm Wylie, dueño de dos camiones de helados[49]—, así que fuimos a preguntarles si nos dejaban su equipo. Nos dejaron enchufarnos en sus amplis, por supuesto, pero lo que me dejó alucinado fue ver que el guitarra solista era toda una estrella. El chaval no tendría más de diecisiete años, era de Cullercoats y acababa de dejar el colegio, pero cada vez que se

acercaba al borde del escenario notabas que ahí había calidad. Y cuando le vi hacer un solo me pregunté cómo podía tocar así… hasta que supe que su profesor había sido un tal Dave Black.

En fin, no volví a acordarme de él hasta que años después estaba viendo la tele en Estados Unidos y pusieron el vídeo de «Save a Prayer» de Duran Duran.

¡Joder, *ahí estaba*!

Entonces caí en la cuenta de que aquel chaval del club era un jovencito Andy Taylor.

Las cosas nos iban tan bien con Geordie II que conseguí ahorrar dinero suficiente para montar mi propio negocio. No de parabrisas, sino instalando techos personalizados de vinilo en coches. Era un trabajo ideal para un músico, porque los garajes no abrían hasta las nueve o diez de la mañana, a veces incluso más tarde. Eso me permitía dormir un poco si había vuelto de tocar después de las doce, cosa que pasaba casi todas las noches de la semana.

Empecé con un socio que se llamaba Jim, cuyo hermano nos compró una furgoneta. Pero luego estuve una semana con gripe y, como no pude ir a trabajar, Jim me despidió. Así que a partir de ahí seguí solo. En vez de trabajar para otra persona, contraté a alguien que me obedeciera a mí —un chaval llamado Ken Walker—, y abrimos una tienda en los arcos del Quayside de Newcastle.

Lo mejor de Ken era lo pijo que era su acento; cuando contestaba al teléfono daba el pego de verdad. Pero además era un tío encantador, servicial, trabajador y con un gran sentido del humor, y se le daba muy bien la parte administrativa.

Gracias al negocio del vinilo estuve a punto de casarme de nuevo.

La chica en cuestión —no diré su nombre, porque después se casó— vino una noche con una amiga a un bolo de Geordie II, y se pusieron a bailar cerca del escenario. Solo con verla se notaba que tenía clase[50]. Era guapísima, iba muy bien vestida y se lo estaba pasando bien, pero sin emborracharse demasiado. Total, que después del concierto empezamos a hablar y le pregunté si quería venirse a cenar a un indio conmigo y con el resto del grupo. Así que cuando terminamos de cargar el equipo, ella y su amiga se montaron en su coche y siguieron

a nuestra furgoneta hasta el restaurante.

En la cena les hablé de mi negocio, y ella comentó que se acababa de comprar un Datsun Cherry pero había elegido un modelo sin techo de vinilo y estaba arrepentida. Así que por supuesto le expliqué que yo hacía todos los techos de vinilo de Datsun en Gateshead, cobrando unas cuarenta libras por el servicio, y después ellos reclasificaban el coche como un «GL» y subían el precio nada menos que 250 libras. Me ofrecí a cobrarle solo la mano de obra si me traía el coche al taller.

Así que ese sábado vino, dejó el coche y se fue de compras durante una hora; cuando volvió le había instalado un techo «americano» de superlujo, con un bonito ribete en los bordes. E incluso un estampado a rayas finas. Pero, naturalmente, no le cobré ningún extra. Se quedó alucinada de lo bien que había quedado. Eso era lo mejor de mi empresa de vinilo: la reacción de los clientes cuando venían a recoger su coche. Algunos tenían ya dos o tres años y una pinta un poco deslucida, y el vinilo los transformaba por completo.

Antes de que se marchara le pregunté si quería venir a otro concierto nuestro en Birtley. «Me encantaría», dijo sonriente, y añadió que vivía cerca, en Chester-le-Street.

En las siguientes semanas supe que era directora de Timex Watches, en un polígono industrial cerca de su casa, y que su marido había fallecido de un cáncer con tan solo veinticinco años. Una historia trágica. Pero de eso ya hacía unos años; ahora tenía casi treinta y estaba cansada de vivir sola. Finalmente, un día me invitó a pasar la noche en su casa… y a partir de ahí nos hicimos pareja. O al menos todo lo pareja que podíamos, ya que yo solo me había separado de Carol y aún estaba a años luz de poder afrontar un divorcio. Lo que más le apetecía a ella era asentarse y tener niños, y la cosa podría haber funcionado si yo hubiera seguido adelante con el negocio del vinilo y los conciertos de Geordie II. Pero el rock me tenía reservada una nueva sorpresa.

A medida que íbamos mejorando, cada vez recibía más llamadas para hacer pruebas con otros grupos.

Era una situación delicada. Aunque quería seguir con los Daves y Derek, también sentía que no podía negarme si un grupo más

importante me invitaba a cantar con ellos. Por eso, cuando Manfred Mann's Earth Band me llamaron para hacerme una prueba —el gran Chris Thompson se había ido para montar su propio grupo—, no vi motivo para no intentarlo, ya que de todas formas tenía que ir a Londres a por nuevas provisiones de vinilo.

Primero me enviaron una cinta con «Blinded by the Light», con la que habían tenido un número 1 un par de años antes. Probé a cantarla por encima varias veces y me aprendí la letra, pero no podía quitarme de encima la sensación de que *ese no era yo*.

La prueba era en un estudio de Londres, a media mañana. En cualquier caso, Ken y yo teníamos que ir a por unos techos de vinilo, así que pensé, ¿por qué no hacer las dos cosas? La primera persona que vi al llegar fue un tío muy gordo con pinta de jipi que me contó que acababa de bajar de Butlin's, la cadena de campings para veraneantes. Le pregunté si había ido allí de vacaciones —mientras pensaba para mis adentros, «ahí no me pillas ni muerto, colega»— y respondió:

—Qué va; cuando no estamos de gira suelo tocar allí para sacarme un dinerillo.

Ahí comprendí que la Earth Band era poco más que un grupo de músicos contratados que se juntaban bajo el nombre de Manfred Mann; el fundador del grupo era el propio Manfred, un teclista sudafricano que había tenido una racha de éxitos en los sesenta. Entonces entró él, con sus gafas en plan John Lennon, su corta perilla y el pelo revuelto, leyendo en voz alta una carta de su madre donde ella contaba cosas muy personales que yo *jamás* querría oír en boca de mi propia madre. Quise salir corriendo de allí lo antes posible.

—Mira —dije—, te agradezco la invitación y quería corresponderte viniendo aquí para hacer una prueba sobre la cinta, pero creo que necesitas a alguien que esté más cómodo con la idea de hacer solo versiones. ¿No tienes *ninguna* canción original?

Manfred —o el señor Mann, o como hubiera que llamarle— me miró como si estuviera loco. Porque este tío había basado toda su carrera en rehacer canciones de otros. Debió de pensar que le estaba tomando el pelo. Creo que ni siquiera llegué a cantar nada aquella

mañana; era evidente que no iba a funcionar.

Un par de días después estaba de vuelta en el taller, instalando un techo de vinilo, cuando sonó de nuevo el teléfono.

—Hola, soy de Uriah Heep. Nos preguntábamos si…

Le interrumpí con una de las frases más liberadoras del idioma inglés.

—No, gracias.

Si mi primera carrera como cantante profesional terminó en 1978 con la visita del alguacil de embargos, la segunda empezó una noche a comienzos de 1980 en el Lobley Hill Social Club. O al menos ahí fue donde me han dicho que tuvo lugar el incidente en cuestión, y como los conciertos de Geordie II los tengo todos mezclados en la cabeza, tendré que creerlo.

Había llegado directo del taller —para entonces ya trabajaba con varios concesionarios de la ciudad y el negocio marchaba viento en popa—, así que aún tenía las manos sucias y restos de pegamento y vinilo en el pelo, y mis zapatillas blancas parecían a punto de decir basta.

Obviamente, en lugares como Lobley Hill no había camerinos con duchas y taquillas, así que no me quedó otra que salir al escenario como el trabajador que era; esto me pasaba a menudo cuando no había tiempo de cambiarse antes de un bolo.

Afortunadamente, el ayudante de nuestro roadie —Derek, aquel chico rubio de voz suave y agradable— llevaba una camiseta en la mochila y me dijo que me la pusiera si quería. Parecía una camiseta de fútbol americano; era de un color entre negro y azulado, con el número «22» delante en blanco y rayas amarillas y blancas en los hombros. Pero estaba limpia (bueno, todo lo limpia que podía estar la camiseta de repuesto de un roadie) y era de mi talla, así que me la puse y salí a tocar con ella.

El concierto de esa noche fue eléctrico.

Había chavales que venían de todo el noreste para vernos, y en la calle se había formado una buena cola para entrar. La sala estaba a reventar. Recuerdo ver al coordinador de conciertos corriendo de un lado a otro, con la frente sudorosa, incapaz de creerse la recaudación

que estaban haciendo. Mi hermano Maurice también estaba entre el público, al igual que un representante de Red Bus, cosa que nadie se esperaba. Al parecer habían llegado a Wardour Street rumores de que Geordie II era uno de los grupos con un directo más potente de la zona noreste.

Como Lobley Hill era un club para trabajadores, hubo el inevitable descanso para el bingo, y cuando el coordinador de conciertos se acercó con cara de «ahora calladitos y que no vea a nadie por aquí», salí a fumarme un pitillo. Maurice salió detrás de mí.

Cuando me vio se quedó petrificado.

—¿*Qué te pasa*? —me preguntó.

—¿A qué te refieres? —dije—. No me pasa nada. A ver, estoy un poco cansado, pero…

—Tienes los ojos totalmente rojos e hinchados —dijo él.

—Ah… Claro —dije. Durante el bolo no había parado de sudar y, como siempre, el sudor se había mezclado con el pegamento, los restos de cristal y otras porquerías que llevaba en el pelo, y esa mezcla tóxica se me había metido en los ojos, obligándome a frotármelos con el dorso de la mano. Esto me pasaba cada vez que iba a tocar directo del trabajo. Me picaban los ojos durante uno o dos días, pero luego se me pasaba.

—Toma —dijo Maurice, quitándose su gorra de paño—, ponte esto y así no te caerá sudor en la cara. No puedes estar todo el rato frotándote los ojos, Brian, no es bueno, ¡vas a quedarte ciego!

—¡No pienso salir con *eso* al escenario!

—¿Prefieres dañarte los ojos que ponerte una gorra?

—Mira, Maurice, si fuera repartidor de periódicos o cazador de urogallos, esta gorra quedaría fenomenal, pero soy el cantante de un grupo.

Pero entonces cambié de idea. Lo cierto es que los ojos me picaban mucho y total, ¿qué importaba lo que llevara puesto?

—Venga, de acuerdo, trae esa gorra…

Mis pintas eran una combinación muy extraña de una camiseta de fútbol americano con una prenda que habían llevado todos los hombres de clase obrera de Newcastle en los últimos cien años. Para

ser sincero me sentía un poco ridículo, sobre todo porque con la gorra puesta mi pelo rizado salía disparado por los lados y por atrás. Pero cuando salí de nuevo al escenario, el público se volvió completamente loco.

—¡Hey, un Geordie de verdad! —gritaban, sonriendo y jaleándome.

Y lo mejor de todo es que realmente *impedía* que el sudor me entrara en los ojos.

Al final de la noche —que cerramos de nuevo con «Whole Lotta Rosie», porque yo había flipado mucho con esa canción cuando vi a Bon cantarla en *Rock Goes to College*— intenté devolverle la gorra a Maurice. Pero para entonces se había convertido en un guiñapo húmedo.

—¡No quiero *eso*, qué asco! Quédatela.

Y eso hice. Derek tampoco quiso que le devolviera la camiseta, ni siquiera una vez lavada. Dijo que le quedaba demasiado grande, y era verdad, porque el tío estaba flaco como un palillo.

Aunque lo que más me gustaba era la gorra. De día me hacía invisible. Pero en el escenario se volvía algo muy característico, sobre todo si me la ponía con una camiseta o una chaqueta vaquera sin mangas. De hecho me la puse tanto que tuve que comprarme otra al cabo de un par de semanas.

Desde entonces nunca he dejado de comprar y de llevar gorras. Sin ella ya no me siento cómodo.

Lo increíble es que AC/DC dieron el penúltimo concierto del *Highway to Hell Tour* en mi antiguo feudo, el Mayfair Ballroom, por las mismas fechas del concierto de Lobley Hill. No sé si fue la misma noche, pero ellos tocaron el 25 de enero —se había pospuesto debido a un incendio que hubo en el Mayfair a comienzos de ese año—, así que estos dos conciertos tuvieron lugar como mucho con unas semanas de diferencia. Y, por supuesto, ese viernes Geordie II habríamos estado tocando *en algún sitio*.

Es decir, que si hubierais estado en Newcastle esa noche, podríais haber visto a AC/DC con Bon de cantante en una sala, y luego ir en bus a un club para trabajadores en la otra punta de la ciudad y verme con mi gorra de paño y mi camiseta del «22», cantando un tema de su

repertorio.

En aquel momento todo aquello no parecía tener la menor importancia. Lo de la gorra y la camiseta pasó aquella noche, y ni siquiera estoy seguro de que el concierto de AC/DC fuera esa misma semana.

Con Red Bus oteando de nuevo, mi gran prioridad en ese momento era el futuro de Geordie II.

—Escuchadme, el concierto ha sido increíble, tenemos que llevaros a Londres para que empecéis a grabar un álbum. En serio, chavales, creo que Geordie II podría ser una de esas secuelas que son mejores que el original… —nos dijo efusivamente Ellis después del bolo de Lobley Hill, para deleite de los dos Daves y Derek, que nunca habían presenciado la verborrea de un mánager de discográfica en plena acción.

NEWCASTLE
BROWN ALE
550ml

18

¡Aspira de lo lindo!

Durante aquellas primeras semanas de 1980 el teléfono del taller de vinilo no paró de sonar. Un contrato para equipar seis coches. Otra fecha más con el grupo. Una invitación a una prueba. Mi madre pidiéndome que fuera con las niñas a comer el domingo a su casa. Otra fecha más. Llamada de la oficina de Ellis desde el Soho. Estaba agotado.

Una mañana a comienzos de marzo contesté al teléfono y al otro lado de la línea oí una voz de mujer con un fuerte acento de Alemania Oriental. Quizá por haber visto demasiadas pelis de guerra, me sonó como si quisiera aplicarme un tercer grado.

—¿Erress Briann Yonsonn? —quiso saber.

—¿Quién lo pregunta? —contesté.[51]

—Esso no imporrta. Lo que imporrta ess que tieness que bajarr a Londrress para cantarr con un grrupo.

—¿Cómo?

—Cantarr. Erress Briann Yonsonn, el cantante, ¿*ja*?

—Ah, cantar, de acuerdo. Sí, soy yo. Y… ¿puedes repetirme eso que quieres que haga?

—Cantarr.

—Sí, eso lo he pillado…

—Con un grrupo de rrock.

—Muy bien, mira, lo siento, pero es que ya no hago pruebas. Tengo un grupo y estamos a punto de…

—No puedo decirr el nombre de esste grrupo.

—Vale, no pasa nada, porque como te he dicho, ya no hago pruebas con nadie.

Hubo una larga pausa.

—Si supierrass su nombrre —dijo—, no dirríass *nein*.

A estas alturas me estaba empezando a mosquear porque tenía que

volver al trabajo… pero me había picado la curiosidad.

—Mira, si este «grrupo de rrock» es tan importante —dije—, ¿a lo mejor me puedes dar una pista?

Otra larga pausa, seguida de un profundo suspiro.

—Bueno, crreo que puedo decirrte lass inicialess.

—Muy bien, adelante.

—A.S.

Me estrujé los sesos, pero no me vino ningún grupo a la cabeza.

—Lo siento —dije—, pero eso no me dice…

—*Und* D.S.

Ahora fui yo el que se quedó muy callado. Porque me costaba creer lo que estaban oyendo mis oídos. A ver, no podía ser que esta mujer trabajara para…

—¿Te refieres a… AC/DC?

—¡*Scheisse*! He hablado demassiado.

Antes de continuar, tal vez debería decir que entre el bolo de Lobley Hill y la llamada de la mujer de Alemania Oriental hubo una racha bastante mala.

El culpable fue en gran parte el jefe de Davy Whittaker, que se había plantado y se negaba en redondo a darle días libres para que pudiéramos ir a Londres a grabar algunos temas. Red Bus tenía ahora su propio estudio y querían que grabáramos allí, pero si Davy salía del trabajo el viernes por la noche y tenía que estar de vuelta el lunes por la mañana, no había tiempo suficiente para recorrer 450 kilómetros de ida y otros tantos de vuelta y trabajar de verdad en el estudio. Nos las arreglamos para grabar *una* canción —«Rockin' with the Boys», firmada por un servidor junto con Derek y Dave Robson—, pero Red Bus no quería sacarla sin tener canciones suficientes para todo un álbum.[52] Davy no iba a dejar su trabajo hasta que tuviéramos un single en las listas, pero su jefe no le daba un día libre para echarle un cable con su carrera musical. Era la típica situación del ratón que se muerde la cola.

Finalmente decidí coger al toro por los cuernos y llamar al jefe de Davy, lo cual quizá no fue una gran idea. Davy trabajaba de repartidor en Calor Gas; conocía a todos los clientes de la compañía y sabía

dónde vivían, qué tipo de gas necesitaban y cuándo, así que lógicamente su jefe no quería que se marchara.

En cuanto aquel tipo contestó al teléfono, supe que no había nada que hacer. Yo no era famoso; lo único que podía hacer era apelar a su sentido de la justicia.

—Hola, me llamo Brian —dije—. Soy el cantante del grupo de Davy. Nos han ofrecido grabar un disco en Londres. Todo lo que necesitamos es bajar a Londres un domingo, quedarnos en un hotel, y Davy estará de vuelta el jueves.

—No —fue la respuesta.

—… ¿Puedo preguntar *por qué*? —dije.

—No.

—¿Se ha parado a pensar en ello, o simplemente dice «no» porque puede?

—Ayer la respuesta era no. Hoy la respuesta es no. Y mañana la respuesta será no.

—¡Vamos, dele una oportunidad al chaval! —exclamé—. Es un batería buenísimo, y esta es una gran oportunidad para nosotros. ¡Seguro que tiene a alguien que pueda cubrirle! Solo son cuatro días, después volverá y podrá hacer turnos extra para compensar.

—Como se vaya a Londres —dijo—, le echo del trabajo.

Eso fue demasiado.

—¿Sabes una cosa? —dije—. Eres un puto gilipollas.

—¿Perdón?

—QUE ERES… UN PUTO GILIPOLLAS.

Colgó.

Davy siguió trabajando en Calor Gas hasta el día que se jubiló, lo cual me parece un sinsentido.

Decir que tenía sentimientos encontrados sobre la llamada de AC/DC sería quedarse corto. Porque en cuanto oí el nombre del grupo recordé el trágico suceso de unas semanas antes.

Fue Ken quien me dio la noticia en el taller de vinilo.

—Oye, Brian, ¿sabes esa canción que sueles cantar, «Whole Lotta Rosie»?

—Sí.

—Pues el tío que la cantaba se ha muerto.

—Qué dices. Le vi el otro día en *Top of the Pops* y estaba más fresco que una lechuga.

—Bueno, pues aquí dice que lo han encontrado muerto en un coche. «Muerte accidental», dicen.

—¿Qué? No puede ser. Trae eso aquí.

Le quité el periódico y leí la noticia… pero no podía entender cómo había ocurrido. En aquellos tiempos yo ignoraba por completo los peligros de beber en exceso o tomar cualquier tipo de drogas. En parte era porque en mi mundo nadie tenía dinero para drogas y todos madrugábamos casi a diario para ir a trabajar, así que emborracharte hasta perder el sentido no era una opción muy sensata. Yo no había fumado un porro en mi vida, y en cuanto a drogas duras, ni me las habían ofrecido ni conocía a nadie que las tomara, así que era algo muy ajeno a mi experiencia. Por eso fue un shock tan grande que un tío como Bon, tan solo un año mayor que yo, perfectamente sano y en la flor de la vida, pudiera morir así.

Lo que más me impresionó fue lo trágico que era todo; no solo para la familia de Bon, sus compañeros de grupo y sus amigos, sino para cualquier fan del rock. En mi opinión, «Whole Lotta Rosie» era una de las mejores canciones de rock de todos los tiempos, y era solo uno de los muchos clásicos que había compuesto y grabado Bon con AC/DC, desde *Let There Be Rock* hasta *Dirty Deeds Done Dirt Cheap*. Y por supuesto, Bon y el resto del grupo se habían superado el verano anterior con el álbum *Highway to Hell*. Gracias a esa joya —y a la canción que le da título, que describe lo dura que es la vida en la carretera— habían logrado establecerse como un grupo de primera fila tras seis años de girar continuamente. El disco había llegado al nº 8 de las listas inglesas y al 17 en Estados Unidos, donde estaban convirtiéndose en un fenómeno mayor aún que en Europa. Incluso habían actuado en *Top of the Pops* con el segundo single del disco, «Touch Too Much». Yo mismo los había visto en casa un par de semanas antes. Bon parecía estar pasándoselo en grande. Supongo que sabía que, gracias a *Highway to Hell*, AC/DC iban camino de convertirse en un grupo muy grande.

Y yo aún no era consciente de que Bon era el tío de Fang con el que me había helado de frío en la gélida Torquay siete años antes. Y aún tardaría en saberlo…

La mujer de Alemania Oriental que me llamó no había dicho su nombre, así que le puse uno: «Olga del Volga». Por lo que pude entender, Olga trabajaba en la oficina de un tal Peter Mensch, un contable de giras que se había hecho mánager, pero cada vez que le preguntaba algo me encontraba con un silencio pétreo o con un «Esso no lo puedo decirrr».

Lo que me extrañaba era que mi nombre hubiera acabado en la lista de cantantes a los que iban a llamar. No tenía sentido. Para entonces habían pasado ya siete años desde la racha de modestos hits de Geordie, y yo solo era conocido… en mi casa a la hora de comer.

Después, mucho después, me enteré de que mi nombre había sido propuesto por varias personas distintas. Un fan de AC/DC de Cleveland (Ohio) que había visto a Geordie en su día escribió a Peter Mensch para recomendar al grupo que me hiciera una prueba. Luego estaba el joven productor sudafricano de *Highway to Hell*, Robert «Mutt» Lange, que conocía a Geordie y les había hablado de mí a Angus y Malcolm. Y más tarde supe que Bon les había contado nuestra aventura en Torquay.

La otra pregunta que me hice fue si Angus, Malcolm y el resto *querrían* siquiera continuar sin Bon. También pasó un tiempo hasta que supe toda la verdad, pero la respuesta pudo haber sido «no» si no llegan a intervenir Isa y Chick (diminutivo de Charles), los padres de Bon. Les dijeron a Angus y Malcolm que Bon habría querido que AC/DC siguieran adelante y terminaran el disco que habían empezado a grabar. En el peor de los casos pensaban que sería una agradable distracción para el grupo, algo que les reconfortaría y ayudaría a afrontar el dolor.

A mí me empezó a dar vueltas la cabeza desde el mismo momento en que terminó mi conversación con Olga.

A ver, me halagaba y me hacía ilusión recibir esa llamada, claro. Hacer una prueba para un grupo tan conocido en todo el mundo era casi irreal. Pero sabía que habría decenas de aspirantes al puesto, y no

tenía claro si quería enfrentarme a tantas esperanzas y a una posible decepción, sobre todo cuando las cosas iban tan bien con mi modesto grupito.

Un momento, Brian. Tranquilízate. Analiza la situación. Tienes treinta y dos años y vives con tu padre y tu madre. Tu pequeño negocio marcha bien y tu pequeño grupo marcha bien. Eres feliz con tu novia, tienes dos hijas estupendas, puedes permitirte comprarles cosas; todo va de maravilla. ¿Por qué te vas a meter en esto? Te diré por qué. *Por tus huevos* que tienes que hacerlo.

Pero lo primero de todo, ¿cómo coño iba a bajar a Londres con un aviso tan repentino?

Tendría que cancelar mis instalaciones de vinilo de ese día. Además, Ken necesitaba el Austin Maxi para el taller —la semana en que iba a ser la prueba teníamos más trabajo que nunca—, y mi coche de entonces era un Jaguar XJ muy temperamental que tomaba sus propias decisiones y podía tener muy malas pulgas.

—Creo que tendré que decir que no —le dije a Ken después de explicarle por qué me habían llamado.

—Pero hombre, Brian, *tienes* que intentarlo —dijo.

—Si de todas formas no me van a coger —contesté, empezando a quitarme la idea de la cabeza—. Cogerán a alguien que ya conozcan, seguramente a algún australiano.

—¿Por qué no lo consultas con la almohada? —sugirió Ken.

Antes de que pudiera llamar a Olga del Volga para darle una respuesta, hubo otra llamada inesperada.

Esta vez era mi viejo colega André Jacquemin, con el que aún seguía en contacto. André había montado los Redwood Studios en Londres.

—¿Qué te parecería sacarte 350 libras?

—Mira, André, no sé qué tengo que hacer para ganar ese dinero —dije—, pero la respuesta es sí.

—Genial —dijo riéndose—. Solo tienes que venir a Londres para un día y grabar una canción de un anuncio de Hoover. Eso sí, no te prometo que vayan a usar lo que grabes; compites con una señora muy rolliza que canta góspel. Pero en todo caso te pagarán.

Los piñones de mi cerebro ya habían empezado a girar antes de que André terminara la frase.

—Eh… ¿Y cuándo necesitas que baje? —pregunté.

Dijo la fecha, y era el mismo día en que me habían propuesto la prueba con AC/DC.

—Déjame que lo hable con mi socio —dije sonriendo. No solo estaba contento porque iba a presentarme a la prueba; no había cantado nunca para un anuncio y me apetecía mucho grabar en un estudio como Redwood, equipado a la última.

En ese momento entró Ken y vio la expresión de mi rostro.

—¿Por qué estás tan contento? —preguntó.

Le conté lo de la llamada.

—Brian, creo que ahí arriba hay alguien intentando decirte algo —dijo sonriendo.

Después de dar vueltas a la mejor forma de ir a Londres, decidí correr el riesgo y coger el Jag. Bajé por la A1 y fui directo a ver a André a los Redwood Studios.

Después de cantar sobre la potencia de succión de una aspiradora me sentí de puta madre. El contrato incluía hasta una *tarifa por número de emisiones*, un concepto inédito para alguien acostumbrado al negocio del rock de los años setenta.

Finalmente, a eso de las tres y media, llegó la hora de atravesar Londres y conducir los cinco kilómetros en dirección suroeste hacia Pimlico —por entonces era un trayecto de un cuarto de hora—, donde me habían dicho que estaban los Vanilla Studios, unos locales de ensayo con estudio de grabación detrás de un garaje público. Era allí donde había quedado con el grupo para la prueba.

Para cuando llegué y encontré un lugar donde aparcar, tenía bastante hambre —llevaba en pie desde primera hora de la mañana y había conducido 450 kilómetros—, y como aún me quedaba un rato libre antes de mi turno, que era a las cinco de la tarde, entré en un viejo café, uno de esos sitios auténticos del Londres de antes de la guerra. Pedí un té y un pastel de carne. La mujer del mostrador (si es que era una mujer, ya que esa sombra entre la boca y la nariz me hizo dudarlo) tenía un cigarro colgado de los labios y cada vez que hablaba

salía volando ceniza por todas partes. No era un buen presagio en cuanto a higiene. Y el hecho de que el hojaldre del pastel no cediera ante mis dientes, mis uñas ni el cuchillo era una clara señal de que llevaba allí desde tiempos inmemoriales. Así que, en nombre de la salud y la seguridad, me levanté de la mesa, me puse la gorra y decidí enfrentarme a lo desconocido al otro lado de la calle.

La entrada al estudio estaba tan escondida que fue un milagro que la encontrara.

Pero lo hice y de repente me vi allí dentro con los técnicos de gira de AC/DC dándome la bienvenida en mitad de una partida de billar. Al minuto de estar allí ya había puesto una moneda en la mesa, era mi turno de jugar y estábamos todos bromeando y echando unas risas.

De algún modo di por hecho que el grupo estaría ocupado con algo y vendrían a buscarme, pero no, estaban en el local de ensayo mirando el reloj y preguntándose dónde coño se habría metido ese tío de Newcastle. Al final salió a buscarme el mánager de giras del grupo, Ian Jeffery.

—¿Alguien ha visto al tío de Geordie?

—Bueno, yo soy un Geordie.

Los del equipo me miraron boquiabiertos.

—¿*Tú* eres Brian?

Asentí.

—¡Joder, llevamos una hora esperándote!

Tenía tanta pinta de currela que a nadie se le había ocurrido *preguntarme* si era yo.

Si estaban mosqueados, lo disimularon muy bien. De hecho, no pude sentirme más cómodo.

—Esta es vuestra bebida local, ¿verdad? —preguntó Malcolm mientras me tendía una botella de Newcastle Brown Ale. Un detalle típico de él.

—Ah, me vendría muy bien una de esas —dije sonriendo—. Gracias, tío.

—¿Qué quieres cantar? —preguntó Malcolm en tono casual.

Oh, vaya. Menuda pregunta. No quería lanzarme directamente a por una canción de AC/DC porque ellos se la iban a saber de memoria y

yo iba a estar tanteando; no iba a ser terreno fácil de pisar. Así que propuse «Nutbush City Limits», el clásico de Tina Turner. Angus —que aún no había abierto la boca— pareció un poco sorprendido, pero no puso pegas.

—Bueno, ya has pasado la primera prueba —dijo Malcolm con cara de póker.

—¿Sí? ¿Cuál era?

—No has dicho «Smoke on the Water». Buena canción, «Nutbush». ¿Todos listos?

—¿En qué tono? —preguntó Angus, hablando por primera vez.

—Creo que es en la —dije.

Malcolm me miró y dijo:

—¿La? ¿Seguro?

—Sí.

La cosa es que la es un tono muy agudo para cantar rock. Es territorio de Robert Plant; el tono rockero entre todos los tonos rockeros.

Entonces Malcolm dijo:

—Un momento, creo que ya lo tengo.

Y en un abrir y cerrar de ojos Phil y Cliff se unieron a él, Angus se puso a tocar, las cabezas se movían y la canción estaba en marcha. Empecé a cantar; ellos escuchaban atentamente mi voz, para ver si valía la pena. Fue el momento más eléctrico de mi vida.

Porque yo cantaba en un grupito bastante decente, pero no estaba preparado para ese sonido. Era lo mejor que había sentido y escuchado nunca, y me puse a cantar como si me fuera la vida en ello.

—Me lo he pasado en grande —dije después, casi con lágrimas en los ojos, porque realmente había sido mágico, al menos para mí.

Pero entonces vino la verdadera prueba.

—¿Te animas con alguna nuestra? —preguntó Malcolm—. Di una canción, una cualquiera…

No tuve que pensar mucho.

—«Whole Lotta Rosie» —dije.

«Nutbush» había estado muy bien, pero «Whole Lotta Rosie» fue una experiencia casi extrasensorial. En cuanto empezamos a tocar sentí

unos extraños escalofríos. Era como si Bon estuviera allí con nosotros, sonriendo y pegándole tragos a su cubata. Tened en cuenta que no hacía ni un mes que nos había dejado. Y ahí estaba yo, en ese local diminuto, cantando aquel tema marca de la casa con Angus a mi lado, toda una fuerza de la naturaleza. Cuando se lanzó a hacer el solo, sonó tan fuerte y orgulloso que se me puso la piel de los brazos de gallina. Todos tocaban como si les fuera la vida en ello. Era el estilo de AC/DC. Sonaba como tenía que ser. Aquello era rock'n'roll. Así era como había que tocarlo.

Cuando terminó la canción me encaminé hacia la puerta.

—Gracias, tíos —dije, porque pensé que eso era todo—. Mis colegas no se lo van a creer. Estoy deseando contárselo…

Un chaval joven vino detrás de mí; dijo que se llamaba Peter Mensch. Tenía cejas muy pobladas, el pelo revuelto y acento neoyorquino; no tendría más de veintisiete años. Para ser mánager de un grupo, parecía un tipo muy relajado y accesible.

—Eh, Brian, ¿adónde vas?

—Ah, es que tengo que conducir de vuelta a casa —le dije—. Tengo tres Ford Cortina y un Datsun Cherry en el taller esperando su techo de vinilo desde ayer.

—No, no, no —dijo Peter—, al grupo le encantaría que te quedaras un rato…

—Ya, ojalá pudiera —dije—. Pero soy el único que sabe instalar esos techos, de verdad que tengo que irme.

Eran cerca de las ocho y media. No me podía creer lo rápido que había pasado el tiempo.

—Bueno, al menos vuelve a entrar y tómate una de esas Newcastle Brown antes de irte.

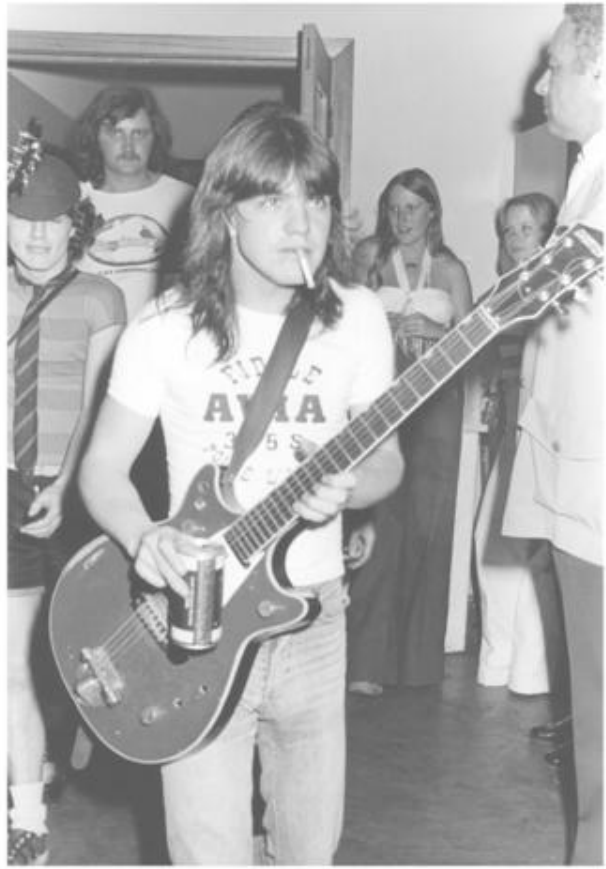
—Tío, tengo cinco horas de coche por la A1, así que incluso saliendo ahora no voy a llegar hasta la una y media de la mañana, y abro el taller a las nueve. Y tengo un bolo mañana por la noche…

Peter levantó las manos con un gesto de decepción.

—¿Puedo al menos pegarte un toque cuando estés allí? —preguntó.

—Cuando quieras —le dije.

Esta va a ser la última vez que hable con este tío, pensé.



19

El Grand National Day

De vuelta a Newcastle no conducía, sino que flotaba. Pero no porque creyera que iban a cogerme. Más bien al contrario. Estaba más convencido que nunca de que todo era un cuento de hadas; yo era demasiado viejo, demasiado bajito y, desde luego, nada australiano. Pero me daba igual. Estaba de subidón tras esa experiencia única en la vida que había sido cantar con un grupo tan bueno como AC/DC y, por supuesto, llevaba mi cheque de 350 libras en el bolsillo, con la promesa de una «tarifa por número de emisiones» y más sesiones con André a la vista.

La vida me iba muy bien.

De hecho, nunca me había ido mejor.

Estaba impaciente por contarles a los chavales mi salvaje experiencia londinense. Como la prueba ya había pasado —y estaba claro que no iba a ir a ninguna parte—, no tenían que preocuparse de que aquello afectara al grupo o al disco que habíamos empezado a grabar.

Pero cuando entré en el taller al día siguiente, el teléfono ya estaba sonando.

—¿Hola?

—A Peterr Mensch le gustarría hablarr contigo.

Olga. La última persona de la que esperaba tener noticias. Y menos a esa hora.

—Eh… vale, de acuerdo —dije—. ¿A qué hora le va bien?

—No cuelguess.

Y a continuación:

—Hey… Buenos días, Brian. Soy Peter.

—Ah, hola, Peter —dije—. Mira, quiero agradecerte lo de ayer, fue una de las mejores experiencias de mi vida. ¿Puedes dar las gracias al grupo de mi parte? Me trataron de maravilla.

Peter soltó una risita.

—Angus es un tipo de pocas palabras; ya te acostumbrarás a él —dijo.

—Lo de la Brown Ale fue un bonito detalle —dije.

—Mira, nos gustaría que bajaras a Londres de nuevo —dijo.

Oh, mierda…

El rechazo tajante que había esperado habría sido mucho más fácil de llevar que una segunda prueba, porque eso suponía más nervios, más esperanzas, más incertidumbre. Y como de costumbre, la logística iba a ser una pesadilla. Teníamos un montón de instalaciones de vinilo acumuladas. Les había prometido a Joanne y Kala salir con ellas ese fin de semana. Y esa noche tenía un bolo —debía de ser un martes o un miércoles—, seguido de conciertos durante todo el fin de semana. Incluso teníamos una fecha cerrada el lunes en Heaton Buffs, y era un bolo importante, para un público de 300 o 400 personas.

—De acuerdo —dije, dándole vueltas desesperadamente a cómo volver a Londres a mitad de semana, esta vez sin la cómoda coartada de tener que grabar un anuncio de Hoover—. ¿Ehhh, qué tal… el próximo miércoles?

—Estábamos pensado en mañana —dijo Peter—. Podríamos reservarte un billete de avión, si eso sirve de ayuda.

Estaba sudando. Las cosas estaban yendo muy rápidas, y no me gustaba la sensación de estar perdiendo el control.

—Oh, no, no, no —le dije a Peter—. Iré en coche; me gusta conducir.

Lo cual, por supuesto, quería decir: si voy en coche, controlo la situación. Puedo subirme al coche y marcharme cuando quiera.

—Como quieras —dijo Peter—, pero al menos déjanos pagar la gasolina y todos los gastos.

—Os lo agradezco mucho.

—Y una cosa más —dijo.

Mierda, ya sabía que había truco.

—¿Puedes aprenderte «Highway to Hell» antes de venir?

Sonreí.

No había inconveniente. Adoraba esa canción.

Si al día siguiente hubierais ido por la A1 camino de Londres, tal vez os habríais cruzado con un tipo de Newcastle con una gorra de paño al volante de un Toyota Crown prestado, a más de cien por hora, oyendo «Highway to Hell» en el casete del coche y cantando a gritos por encima. Un amigo había insistido en dejarme su Toyota; se llamaba Simon Robinson, tenía un taller de tratamiento anticorrosión al lado del mío, y lo hizo porque estaba convencido de que el Jag no sobreviviría a un segundo viaje a Londres.[53] En cuanto a la cinta, era de otro amigo que me sometió a un tercer grado cuando se la pedí prestada por un día.

—¿Para qué la quieres? —quiso saber—. ¡Es mi disco favorito, tío! ¡No me la pierdas!

Al final tuve que inventarme una mentira y decirle que pensábamos añadir algunos de esos temas al repertorio de Geordie II.

La cita era de nuevo en los Vanilla Studios, donde me estarían esperando Malcolm, Angus, Cliff y Phil. Pero esta vez no perdimos el tiempo con partidas de billar ni botellas de Newcastle Brown Ale. Fuimos directos al grano. Empezamos haciendo «Highway to Hell» un par de veces —que salió tan bien como esperaba—, y entonces Malcolm dijo que habían estado ensayando la canción que iba a dar título a su nuevo álbum.

—Es un homenaje a Bon —dijo—. Va sobre la muerte, pero no en plan morboso ni nada de eso. Es más como una celebración, con una actitud rockera. Se llama… «Back in Black».

—¿Tiene letra? —pregunté, incapaz de creer que estuviera viviendo aquello, como podréis imaginar.

—No hay letra, colega. Ni melodía. Ahora mismo no es más que un riff que se repite todo el rato. Angus, tócale a Jonna el…

Angus tocó el riff tan fuerte que casi tuve que agacharme.

—Eh, Jonna —dijo Malcolm, mientras Angus seguía repitiendo el riff a un volumen atronador—. Nosotros vamos a seguir tocando esto, mira a ver qué puedes hacer por encima. No tengas prisa…

Asentí.

Pero mientras Angus seguía con el riff, me sentí un poco aturdido. *Era uno de los riffs más cojonudos que había oído en mi puta vida*. Y se

suponía que tenía que… ¿cantar encima? ¿Cantar *qué*? ¿El título de la canción? ¿Y con qué melodía? Sin pensarlo, abrí la boca y grité.

—*BACK IN BLACK* —dije con el aire estallándome en los pulmones —, *I HIT THE SACK!*[54]

¡*Joder*, eso podría funcionar!

Probé de nuevo la frase «*Back in Black/I hit the sack*» —seguía sonando guay—, pero durante el resto del riff tuve que seguir repitiendo lo que se me había ocurrido, porque no me venía nada más a la cabeza. Al menos la melodía ya empezaba a coger forma, y por un momento sentí que algo cambiaba en el local. Empezó a aparecer gente detrás de la mesa de mezclas y los amplis, gente en la que no había reparado antes. Se cruzaban miradas. Algo vibraba en el aire. Cuando alguien oye por primera vez algo que le está dando escalofríos, su cara es inconfundible. Es involuntario. Los oídos envían un mensaje a los músculos faciales, no hay manera de evitarlo. Por primera vez empecé a tener la sensación de pertenecer a aquello. Pero nada más sentirla, desapareció. Y cuando miré alrededor para intentar adivinar la reacción del grupo…

Nada.

Estaban inmersos en la música.

Eran insondables.

—Lo siento, tíos —dije cuando terminamos la primera sesión de «Back in Black»—, me gustaría tener algo más que esas dos frases.

—Tranquilo —dijo Malcolm.

—Ya sé que es un poco directo y brusco —añadí, refiriéndome al ataque de la melodía—. Me ha venido a la cabeza y lo he cantado. No esperaba que saliera así…

Pensándolo ahora, claro, creo que ellos debieron de intuir por primera vez lo que podía deparar el futuro al oírme improvisar la primera frase de esa canción. Aunque no fuera más que un par de segundos. No olvidemos que el nuevo disco tenía que estar a la altura de «Highway to Hell» y respetar el legado de Bon. Pero tampoco podían coger a un imitador. Necesitaban a alguien un poco distinto… pero no tan distinto como para echar a perder todo lo que habían conseguido hasta entonces. La presión que tenían ellos era aún mayor

que la mía.

Después de la primera prueba me había ido directo a casa, pero esta vez me quedé en un hotel cerca del Lord's Cricket Ground. No recuerdo cómo se llamaba. Solo sé que pensaba, ¿qué coño hago yo *aquí*? Esto es increíble. Pero AC/DC corrían con los gastos, y habría sido un poco maleducado por mi parte insistir en marcharme.

En el hotel me hizo compañía Keith Evans, uno de los roadies del grupo. Los siguientes años llegamos a conocernos muy bien y acabamos siendo grandes amigos.

—Creo que lo has conseguido, tío —me decía una y otra vez; todo un detalle por su parte, pero yo habría preferido que se callara porque me estaba poniendo tan nervioso que no sabía qué hacer. Ya había cantado lo suficiente con AC/DC para saber que podía ser el mejor trabajo del mundo. Con los primeros Geordie, había decidido dejar Parsons y al final todo había salido mal. Pero ahora esto hacía que hubiera valido la pena.

—Pues yo creo que aún no se han decidido —le dije a Keith—. Para ellos es un tema muy *serio*.

—Qué va —dijo—. Están que se mueren por volver a la carretera, y no van a perder tiempo probando a otros cantantes. Conozco a estos tíos. Sé lo que están pensando: que contigo ya tienen la pieza que les faltaba.

Esa noche estaba en el hotel leyendo el *Melody Maker* y vi un artículo sobre el grupo a doble página; decía que estaban ya en el estudio, probando a nuevos cantantes mientras empezaban a trabajar en el nuevo álbum. No conseguía dormirme, y menos aún cuando vi que me había olvidado de la melodía que había cantado sobre el riff de «Back in Black».

Genial, pensé, justo lo que les había gustado… y ahora va y se me olvida.

Volví a Newcastle la noche anterior al Grand National, la gran carrera de caballos.

Esa carrera siempre había sido una fecha muy especial para mí desde que un día, en 1960, aposté el dinero que llevaba encima por Merryman II y gané suficiente para comprarme una colección de

coches de juguete y un avión de aeromodelismo. Pero el Grand National de este año era aún más especial, porque caía en 29 de marzo, el cumpleaños de mi viejo. La idea era que toda la familia nos juntáramos en casa para ver la carrera en la tele —empezaba a las tres de la tarde—, y después yo pensaba darle a mi padre su regalo: una botella de Famous Grouse, su whisky favorito. Luego teníamos una cena de celebración.

Esa mañana me levanté tarde, dudando si apostar o no, y cuando bajé las escaleras me encontré a Ken esperándome. Al parecer me había fallado la suerte en otro frente más importante: en la prensa decían que AC/DC ya tenían un nuevo cantante… y obviamente no era yo. Los tíos se habían decidido por uno de los suyos —otro australiano—, como me había imaginado desde el primer momento. De hecho era una elección impecable, porque el tipo al que habían cogido —Allan Fryer, el cantante de un grupo de Adelaida llamado Fat Lip— había nacido en Escocia, igual que los hermanos Young y Bon.

No podía haber mejor sustituto.

Mi reacción fue simplemente un «bueno, ya ves».

Para ser totalmente sincero, el alivio fue mayor que la decepción. Tenía la impresión de estar boxeando muy por encima de mi peso.

Además, Allan Fryer era un gran cantante, así que no había nada que objetar.

Malcolm, Angus y el resto habían hecho lo que tenían que hacer.

Después de contarme lo de Allan Fryer, Ken me propuso subir la cuesta que llevaba a un pub llamado The Crowley y tomarnos una cerveza. (Creo que ahora se llama The Poacher's Cottage.) Mi madre había salido y papá ya se había marchado a su club, así que acepté la oferta de Ken y estuvimos echando unas partidas de billar, metiendo monedas en el *jukebox* y comentando lo surrealistas que habían sido las últimas semanas.

Cuando volví serían las dos del mediodía y la casa seguía vacía.

Tenía más o menos una hora que matar antes de la carrera, así que me preparé una taza de té, eché mano de la caja de galletas y puse los pies en alto. *Ahhhhh*. Era como si no hubiera tenido un momento de descanso en años…

Sonó el teléfono.

Oh, no.

Levanté el auricular… y me llevé la mayor sorpresa de mi vida. Era Malcolm. Eso no tenía sentido. A ver, ¿cómo podía tener el teléfono de mi casa? ¿Y *de verdad* me estaba llamando para decir: «Gracias, colega, pero no ha habido suerte, hemos cogido a otro»?

—Hola, Malcolm —ahora que sabía que estaba fuera de la competición, me sentía mucho más relajado con él—, ¿cómo va eso, tío?

—Bien —dijo.

—Me alegro. ¿Qué te cuentas?

—Eh, mira, Brian, estábamos pensando… ¿Te gustaría volver a bajar y empezar a trabajar en algunos temas del nuevo álbum? Nos gustó mucho cómo estaba sonando «Back in Black».

Hubo una larga pausa. Aparté el auricular de mi oído y me quedé mirándolo, pensando que, o estaba alucinando por las cervezas que me había tomado en The Crowley o este tío se estaba quedando conmigo.

—… ¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Bueno, tenemos que hacer un disco nuevo, ya sabes.

—Tío, no lo entiendo —dije—. Acabo de leer en la prensa que vuestro nuevo cantante es Allan Fryer.

—Ah, no, no, no… Se han confundido, tío. Se han confundido del todo. Ni siquiera vino a la prueba.

Noté una gran tensión en el pecho.

—¿Me estás diciendo… que estoy *en el grupo*?

Apenas me salían las palabras.

—Bueno, ya sabes… —dijo Malcolm riéndose un poco, esquivando la pregunta.

Dios le bendiga, pero tenía tanto miedo de meter la pata como yo.

—Mira, Malcolm —dije, decidido a ser brutalmente sincero—, eres un buen tío, me lo he pasado en grande contigo y con el grupo, pero me cuesta creer que todo esto vaya en serio. Así que voy a colgar el teléfono. Y si *de verdad* hablas en serio, por favor llámame en diez minutos y vuelve a darme esta noticia. Porque estoy muy confuso, y es

como si estuviera soñando.

—Claro, Brian —dijo Malcolm—, lo entiendo. Te llamo en diez minutos.

Clic.

Me había dejado helado. Me quedé sentado con la mirada perdida, contando los diez minutos más largos de mi vida. Si esto era cierto, significaba que todo por lo que había pasado en los últimos diez años había valido la pena. Saltar desde un avión para comprar un juego de voces. Renunciar a una buena carrera en Parsons por un grupo que no tuvo más que un éxito en el Top 10. Dejarme la piel en la carretera durante meses —no, *años*— seguidos. Caer en todas las trampas inventadas por la industria discográfica. Acabar tan arruinado que tuve que ir a juicio para que no me quitaran la casa. Ver cómo se desintegraba mi matrimonio. Volver a casa de mis padres. Aguantar a esos pomposos coordinadores de conciertos con sus normas y sus leyes y sus medidores de decibelios y sus tribunales disciplinarios…

—Hola, Brian, soy Malcolm de nuevo, ya he dicho que te iba a llamar. Mira, tenemos que irnos de Londres en una semana o dos para empezar a grabar el nuevo disco, así que necesitamos que bajes mañana al local de ensayo y empieces a prepararte. Si estás dispuesto…

—Entonces, ¿*de verdad* me habéis cogido? —pregunté—. ¿No voy a ser solo el cantante suplente o algo así?

Hubo una larga pausa. Malcolm respiró hondo.

—Bueno —dijo con un punto de malicia en la voz, como si disfrutara de tenerme en vilo—. Siempre que tú quieras, colega.

Y de ese modo pasé de ser un instalador de techos de vinilo a ser el cantante de uno de los grupos más flipantes del mundo. Fue un momento… bastante increíble. De hecho, estaba paralizado.

—¿Brian? —dijo Malcolm al cabo de unos instantes—. ¿Estás ahí?

—Sí —acerté a decir.

—¿Quieres entrar en el grupo?

—¡JODER, CLARO QUE SÍ! ¿Dónde hay que firmar?

—Sabes que te van a meter bastante caña, ¿verdad? Porque nuestro grupo… es muy odiado. Por los críticos. Por el *establishment*. Y a los

fans les va a llevar un tiempo hacerse a la idea. ¿Estás seguro de que podrás aguantar toda esa presión, Jonna?

—No —dije sonriendo—, pero ¿a quién coño le importa? Estoy en el grupo.

20

Disolución

Si alguna vez ha habido un momento en mi vida en el que estuviera deseando compartir una noticia, fue este. Pero no tenía a quién contárselo. Ken se había marchado a casa hacía un rato. Mis padres aún no habían vuelto. Era insoportable. Estaba a punto de estallar. En casa no había ni una gota de alcohol, aparte de la botella de Famous Grouse que había comprado por el cumpleaños de mi padre. Y no podía beber de ahí. Aunque… se trataba de una *emergencia*. Y seguro que mi viejo lo entendería. Bah, a la mierda, dije abriéndola y pegando un trago. Después me quedé ahí mirando a mi alrededor, pensando: aquí estoy, a mis treinta y dos años, viviendo con mis padres en la misma vivienda social en la que me crie, con la misma vista de la central eléctrica y la fábrica de tanques Vickers sobre las vías del tren, y acabo de recibir una llamada que lo va a cambiar todo… Tal vez para siempre. La clase de llamada que la mayoría de la gente no llega a recibir nunca en su vida.

Pegué otro trago… Y otro…

Mi padre regresó del club. Mamá entró un segundo después.

—Felicidades, papá —dije levantando la botella de whisky—. Te he comprado esto.

Mi padre puso cara rara.

—¿Y también te has comido el pastel?

—Ah, perdona por eso —dije, dándome cuenta de que la botella ya había sido inaugurada—. Te compraré otra.

—Más te vale.

—Me… me acaban de ofrecer un trabajo, papá. Un trabajo potente. Por eso quería celebrarlo.

—¿Un trabajo? —dijo—. ¿Con quién?

—Con AC/DC.

Mi padre se sentó en su sillón con un gruñido.

—¿AC/DC, dices? ¿No acaban de nacionalizarla?

Me cubrí la cara con las manos.

—Es un grupo de rock, papá.

—Ah, vale. Nunca he oído hablar de ellos.

Para mi padre, si él no había oído hablar de un grupo quería decir que no habían tenido éxito. Pero bueno, hay que tener en cuenta que los Beatles todavía se le resistían.

Entonces entró mi madre.

—Tengo un trabajo nuevo, mamá —le dije, hinchado de orgullo—. ¡Soy el nuevo cantante de AC/DC!

—Ah, me alegro mucho, hijo —dijo—. ¿Quieres que te prepare un sándwich?

Era imposible. No significaba nada para ellos. Y desde su punto de vista, cantar profesionalmente en un grupo había sido la causa de todos mis problemas. Así que la idea de que volviera a hacerlo —y dejara mi negocio— no hacía sino confirmar sus más profundos temores: no tenía remedio.

Al menos Maurice lo entendió.

—¿AC/DC? —dijo cuando se lo conté por teléfono—. Esos tíos molan mucho.

Al terminar el Grand National —el ganador fue Ben Nevis, el caballo por el que apostó mi padre— me fui al Westerhope Comrades Club para el bolo de Geordie II de aquella noche.

Como de costumbre, las entradas se habían agotado y la cola salía por la puerta y llegaba hasta la mitad de la calle. (Todavía tengo el *flyer* por algún sitio; la entrada costaba 55 peniques.) Esa noche compartíamos cartel con el grupo de Dave Black, Goldie. Y como en Geordie II también tocaba Geoff, el hermano de Dave Robson, la sensación era como de un bolo familiar, entre gente muy cercana.

Recuerdo que me senté entre el público mientras Goldie tocaban su hit, «Making Up Again», y una chica se acercó y me dijo: «He oído que AC/DC tienen un cantante nuevo, pero tendrías que haber sido tú, habrías sido perfecto para ellos».

Sonreí y asentí; era como una de esas escenas de película en las que se hace el silencio a tu alrededor porque sabes que está a punto de

pasar algo gordo pero no puedes soltar prenda.

Lo único que pensaba era: ¿cómo voy a salir de esta vida que me he construido aquí? Voy a acabar con los sueños de mis compañeros de grupo. Voy a romperle el corazón a mi novia. Voy a dejar sin trabajo al buenazo de Ken. Y siempre puede ocurrir que todo me salga rana.

Lo que no podía saber, desde luego, es que a la época dorada de los clubs para trabajadores le quedaban muy pocos años y que iban a empezar a cerrarlos todos. Y la fiebre de los techos de vinilo se acabó con la misma rapidez con que había empezado. En otras palabras: quedarse en Newcastle habría sido un riesgo mucho mayor que entrar en AC/DC.

Pero esa noche en el Westerhope Comrades Club me sentía como si hubiera puesto una bomba que, al estallar, iba a hacer daño a todos los que me rodeaban. Y lo único que podía hacer era quedarme ahí sentado ensayando lo que iba a decir, intentar explicar lo desgarrador que puede ser estar triste e ilusionado a la vez.

El día anterior a marcharme a Londres para empezar con mi nuevo trabajo fue tan duro como os podéis imaginar.

Mi incorporación al grupo aún no era oficial, pero para entonces ya había hablado con mis seres más queridos.

Lo más duro fue decírselo a mi novia. Ella supo al momento que me había perdido, sin la menor duda. Y no porque yo no quisiera seguir con ella, sino porque quería asentarse, y eso iba a ser imposible estando yo en un grupo. Se quedó hecha polvo.

—Por favor —dijo—. No quiero perderte.

Fue lo más triste del mundo, de verdad. Porque a ver, era guapísima y tenía clase; juntos podríamos haber tenido una vida maravillosa. Pero yo había renunciado a tener una vida normal desde el momento en que dejé Parsons.

Luego me tocó decírselo a Ken. Le dije:

—Mira, me voy un par de meses para grabar este disco y ver qué tal va la cosa; si no vuelvo, el negocio es tuyo.

Eso le pareció bien, pero a mí me preocupaba que en cuanto me marchara todo se fuera al garete; al fin y al cabo, la razón principal de que nos fuera tan bien era la calidad del trabajo, y el que hacía la

mayoría de las instalaciones era yo.

Y por último tuve una reunión en un pub con los dos Daves y Derek de Geordie II.

Se quedaron noqueados, claro.

—Mirad —dije—, me han ofrecido este trabajo, aún no lo han anunciado y no sé qué va a pasar, pero parece que va en serio, y me voy mañana a Londres para empezar a trabajar en el nuevo álbum. Necesito un poco de tiempo.

Fue como un funeral; el ambiente era lúgubre.

—Dios, yo estaba convencido de que lo íbamos a petar —dijo Davy con la mirada fija en su pinta.

—Entonces, ¿Heaton Buffs se cancela?

—Todo se cancela… de momento —dije, y por sus caras vi que empezaban a entender que ya no habría conciertos. Saber que yo era el responsable de eso era la peor sensación del mundo.

—Mirad, tíos, si no sale bien —añadí—, siempre podemos volver a juntarnos. Pero tengo que intentarlo.

Una vez que lo asimilaron, no pudieron ser más generosos. Sabían que era imposible rechazar algo así. Se portaron de una manera increíble, ya lo creo. Y creo que no exagero si digo que algunos de los mejores momentos de mi vida los he vivido con Geordie II.

El lunes 31 de marzo debería haber estado tocando de nuevo en el club social de Heaton Buffs, pero en vez de eso estaba en los locales de ensayo E-Zee Hire de King's Cross para una reunión con Peter y el grupo. Peter me dijo que cobraría lo mismo que los demás y recibiría «dietas» cada vez que tuviera que viajar a causa del grupo. No tenía ni idea de lo que era una dieta, ya que nunca me habían pagado por eso, pero Peter me explicó que era un dinero en efectivo que recibiría cada día durante las giras para cubrir «gastos imprevistos».

Yo pensaba todo el rato: aquí hay gato encerrado. Pero por una vez, increíblemente, no era así. Ahora jugaba en una liga distinta.

Peter me preguntó si había algún «cabo suelto» que hiciera falta resolver.

Le hablé de Red Bus, y tomó nota para averiguar los términos de mi contrato.[55]

—¿Algo más aparte de Red Bus? —preguntó Peter—. ¿Tienes alguna hipoteca?

—Sí, de una casa en la que ni siquiera vivo —le dije.

—¿Cuánto te queda por pagar?

—No sé. Costó 11.000 libras y he estado pagando 70 libras semanales en base a un acuerdo judicial.

—¿Con qué banco?

—No es un banco, es una sociedad de ahorro y préstamos para la vivienda; se llama Leeds Permanent.

—Muy bien, les llamaré y lo pagaremos.

—¿Cómo? ¿Hablas *en serio*?

—Por supuesto. ¿Algo más que debamos saber?

A estas alturas yo estaba en shock, pero recordé la noche anterior con mis colegas de Geordie II. Le dije a Peter que me sentía muy mal por ellos porque habíamos tenido que cancelar un mes entero de actuaciones, y todos eran tíos muy currantes a los que les vendría bien el dinero. Le dije que me encantaría destinar parte de mi sueldo a compensarles por el mes de abril, lo cual suavizaría un poco el golpe mientras buscaban un nuevo cantante.

—¿Bastaría con 2.000 libras?

Casi me caigo de la silla. Y lo decía en serio; más tarde me entregó un sobre marrón con el dinero, y al volver llevé al grupo a un restaurante indio y se lo entregué. Nada me hizo más feliz que poder echar una mano después de dejar el grupo tan de repente.

—Una última cosa —dijo Peter—. El grupo quiere que seas miembro de AC/DC a todos los efectos. Ya sé que con Geordie solo eras un empleado, pero aquí buscamos dedicación total.

—¿Y eso… qué quiere decir?

—Quiere decir que no solo cobrarás un sueldo. Recibirás la quinta parte de los beneficios.

—¿Hay *beneficios*? —era como si hablara en otro idioma.

—No, todavía no —dijo Peter.

—Ah —dije—. Bueno, no importa. Tal vez si el disco nuevo funciona bien…

—En ese caso, sería lo justo.

La noticia de que era el nuevo cantante de AC/DC se publicó al día siguiente —que era April's Fools[56]—, y para entonces ya estábamos ensayando el nuevo álbum, que se iba a grabar en los Polar Studios de Suecia.

Después de mi reunión de negocios con Peter, Malcolm me entregó uno de esos cuadernos amarillos de grandes renglones que se usan para asuntos legales y me preguntó si me animaría a escribir una letra para uno de los riffs. Mi recuerdo de *cuándo* ocurrió esto exactamente es un poco vago, dada la velocidad a la que estaba sucediendo todo, pero en casi todas las fotos que me hicieron en E-Zee Hire llevo ese cuaderno en la mano, así que seguramente empecé a anotar cosas allí mismo, aunque la mayor parte la escribí después.

No eran más que unas pocas frases, a Malcolm le bastaba con eso para empezar. Pero, claro, a estas alturas de mi carrera yo solo había compuesto un par de canciones para Geordie. Y con lo potente que era ese riff, tenía que pensar algo que fuera especial de verdad.

Lo más difícil de todo fue intentar estar a la altura del legado de Bon como compositor. Bon era el letrista definitivo de la clase obrera; suyos eran los continuos y graciosísimos dobles sentidos de «Big Balls» o el divertido y alegre relato de su aventura de una noche con una mujer tasmana de 120 kilos en «Whole Lotta Rosie». Mientras vivía, por supuesto, los críticos no pillaron de qué iban sus letras, pero tras su muerte de repente empezaron a mostrar aprecio por su habilidad con las palabras. Claro que a Bon le importaba una mierda lo que dijeran. Para él, ver al *establishment* fruncir el ceño era seguramente como recibir una medalla.

Yo no sabía si sería capaz de escribir algo ni la centésima parte de bueno que las mejores canciones de Bon. En cuanto me dieron ese cuaderno amarillo y me dijeron que empezara a escribir algo, decidí que necesitaba un lugar tranquilo para poner mi cerebro a trabajar. Pero estaba en un local de ensayo de King's Cross; las posibilidades de paz y tranquilidad eran muy escasas.

Escribe sobre lo que conoces, Brian, me decía a mí mismo. Pero, claro, yo solo entendía de coches. Bueno, de coches y mujeres. Así que… Un momento, se me estaba ocurriendo algo… «*She was a fast*

machine», escribí, «*she kept her motor clean.*» Y un momento después añadí: «*She was the best damn woman that I ever seen*[57]».

Me quedé bastante satisfecho con mi intento. Ahora solo quedaba escribir un par de estrofas más, y un estribillo…

Durante la semana de sesiones en E-Zee Hire me alojé en el Holiday Inn de Swiss Cottage, que en aquel momento me pareció el colmo del pijerío. El único miembro del grupo que también se alojaba allí era Phil, porque los demás tenían sus propios apartamentos.

Después de cada larga jornada de ensayar y componer, Phil y yo volvíamos al hotel y pillábamos algo de cenar y un par de cervezas. Pero pronto vi que, a diferencia de mí, Phil no era muy hablador, de modo que en cuanto terminábamos de cenar cada cual se retiraba a su habitación. Era un poco desconcertante. Empecé a preguntarme si él sabría algo que yo no sabía… Como por ejemplo, que el grupo se lo estaba pensando dos veces.

Una noche Phil debió de notar el gesto de preocupación en mi cara mientras entrábamos al ascensor.

—Hey, Jonna —dijo—, no te preocupes, estamos encantados contigo, colega.

Luego sonrió y añadió:

—Todo va a ir bien, colega.

El alivio que sentí fue enorme, porque en mi fuero interno no estaba nada seguro. Así que Dios te bendiga, Phil, por haberme dicho eso. Significó mucho para mí.

Lo más raro de entrar en AC/DC fue pasar a formar parte de un círculo social donde lo más normal del mundo era estar con otros músicos; y no unos músicos del montón, sino algunos de mis *héroes*.

El segundo día que estábamos en E-Zee Hire, por ejemplo, se presentó allí Ozzy Osbourne, el tío al que yo solía escuchar obsesivamente a la hora del almuerzo en Parsons. No me lo podía creer. Y lo más fuerte fue que vino directo hacia mí, me estrechó la mano y me deseó lo mejor en mi nuevo trabajo. Lo que más me llegó de las palabras de Ozzy fue el hecho de que Bon y él habían sido muy amigos. Fue un gran momento para mí. Gracias, Ozzy.

La noche siguiente, Malcolm me invitó a tomar algo en un pub de

Maida Vale —el Warrington, junto a una gran rotonda—, y aquello estaba lleno de músicos. Me estaba tomando una pinta con Malcolm y Cliff cuando llegó Les Gray de Mud, se sentó a nuestra mesa y me dijo: «Hola, Brian, felicidades por tu nuevo trabajo».

Era demasiado. Estaba totalmente flipado.

Otra noche estaba en el piso de Malcolm y entró un tipo americano de barba con unas pintas fabulosas. Mal le dijo: «Te presento a Brian, nuestro nuevo cantante». Enseguida entablé conversación con él, y resultó que había sobrevivido a un accidente de aviación en Misisipi. Entonces caí en la cuenta de que era miembro de Lynyrd Skynyrd. La mitad del grupo había muerto en aquel accidente, fue algo absolutamente horrible. Debía de ser Gary Rossington. Todavía tenía molestias en un brazo y cojeaba al caminar.

Hubo muchos más momentos como ese. Quería apuntarlo todo para no olvidarme, pero, por supuesto, me olvidé de hacerlo.

Hacia el final de nuestro paso por E-Zee Hire vino a vernos el fotógrafo favorito del grupo, un tipo llamado Robert Ellis. Atlantic le había pedido fotos promocionales para el nuevo álbum. Parecía que habían pasado meses, pero era 4 de abril, apenas una semana después de mi llegada a Londres y tres días después de que se anunciara mi entrada en el grupo.

Phil estaba ilocalizable, así que terminamos haciéndonos fotos sin él. Malcolm se sentó en su lugar, tras la batería; es una foto clásica. En otra salgo yo sentado en la tarima de la batería con mi camiseta del «22», cuaderno amarillo en mano. Cuando al fin apareció Phil, salimos para hacernos fotos con una pared de ladrillos de fondo.

Pero al terminar la segunda sesión llegó Peter, que traía noticias muy decepcionantes: los Polar Studios de Estocolmo ya no estaban disponibles porque ABBA acababan de reservarlos.

—¿Y adónde vamos? —preguntó Malcolm.

—A Compass Point —dijo Peter encogiéndose de hombros. Todos asintieron y reanudaron el ensayo.

Yo esperé un momento; me daba demasiada vergüenza levantar la mano delante de los demás, así que me llevé a Peter aparte.

—¿Dónde está Compass Point? —le pregunté. Y es que a estas

alturas de mi vida mi conocimiento de los clubs para trabajadores del noreste no tenía rival, pero sabía muy poco sobre los estudios de grabación más caros y remotos del mundo.

—Odio darte malas noticias —dijo Peter, poniéndose muy serio por un momento—. Pero —y aquí sonrió— vamos a tener que llevarte con nosotros a las Bahamas.

BAHAMAS

21

Bienvenidos al paraíso

No llevaba ni una semana en mi nuevo trabajo y ya me estaban metiendo en un avión a una isla tropical del Caribe. Acostumbrarse a esto va a ser muy fácil, pensé.

Aquí debo aclarar que en 1980 los Compass Point Studios aún no eran tan famosos como lo serían después. Los había montado Chris Blackwell tres años antes, con idea de tener un lugar donde músicos como Bob Marley, que grababa en Island, pudieran trabajar lejos de las distracciones de la gran ciudad.

En aquel momento nos dijeron que habría que compartir parte del estudio con un grupo de Nueva York llamado Talking Heads.

Tan solo dos semanas antes yo estaba actuando en el Westerhope Club, un lugar lleno de hombres y mujeres de clase trabajadora, y ahora me veía volando al mismo estudio que acababan de usar los Rolling Stones. No parecía real. Y en cierto modo no lo era, porque aún tenía que demostrar a Angus, Malcolm y los demás que habían tomado una buena decisión al meterme en el grupo.

Pero al menos algo no había cambiado: nuestros asientos seguían estando al final del avión, igual que cuando Geordie habíamos ido a Australia unos cuantos años antes.

Se me hacía raro tener de pronto un trato tan cercano con el grupo. Pero Peter enseguida rompió el hielo cuando apareció con una bolsa llena de *walkmans* Sony de calidad profesional —aquellos tan pijos que venían en una funda de cuero— y nos dio uno a cada uno. Cuando recibí el mío me sentí como un crío en Navidad. El *walkman* había sido lanzado más o menos un año antes. Era lo más ultramoderno que había visto en mi vida, y cuando me puse los cascos y le di al «play», la calidad de sonido era la mejor que había experimentado jamás. Y, por supuesto, los del grupo habían traído una cinta con el riff en el que habían estado trabajando, así que me pasé buena parte de las

siguientes seis horas familiarizándome con él y pensando qué iba a cantar encima mientras me bebía todas las cervezas que me ofrecían las azafatas.

No contaba con dormir ni un minuto en aquel viaje de más de 6.000 kilómetros, pero la priva hizo su efecto: se apagaron las luces y me quedé frito.

Cuando aterrizamos aún no había oscurecido. Miré por la ventanilla y vi palmeras y un mar azul. Era el paraíso.

Pero al bajar del avión nos bastaron cinco minutos para meternos en líos.

Con una simple mirada a nuestras melenas y la ropa vaquera, los oficiales de aduanas decidieron que no nos querían en su isla. Así que se llevaron aparte a Malcolm y Angus y empezaron a interrogarles sobre el contenido de las fundas de sus guitarras. Era ese juego de poder que tanto les gusta a los tipos uniformados en todo el mundo. Pero estos oficiales no sabían que a Malcolm y Angus también se les daba muy bien ese juego, y eran capaces de intimidar a cualquiera. El resultado fue un larguísimo y tenso intercambio de opiniones, hasta que al final el jefe de aduanas se rayó y declaró que iba a confiscar todo nuestro equipaje.

Y eso hizo. Nuestras guitarras fueron incautadas, y a Malcolm y Angus se los llevaron para seguir interrogándolos. Aquello duró horas y horas. Y aunque al final los soltaron, el equipo seguía confiscado, incluidas las guitarras —entre ellas la Gretsch de Malcolm y la Gibson de Angus— que necesitábamos para empezar a grabar el disco.

—Bah, no te preocupes, Brian —dijo Peter—, así son las cosas.

Peter me explicó que a Malcolm y Angus no les gustaba nada la gente uniformada: si alguien les faltaba al respeto, enseguida enseñaban los dientes. A la primera señal de bronca se ponían una armadura de resistencia total e inmediata, y no cedían ni un milímetro si pensaban que alguien les estaba tocando los huevos.

En cuanto a mí, los oficiales de aduanas no pudieron confiscarme la maleta… porque no tenía. Lo único que llevaba era una bolsa de mano con dos pares de calcetines, tres pares de calzoncillos, un par de vaqueros, una chaqueta vaquera, tres camisetas —incluida la del

«22»— y una gorra de paño.[58] Nada más.

Nos alojaron en un hostal justo donde terminaba la selva y empezaba la playa; y cuando digo playa, no me refiero a una como Whitley Beach en Newcastle, o incluso Bondi Beach en Sídney. No, esto era *una playa de verdad, una playa en plan Robinson Crusoe*, con arena fina y blanca, palmeras meciéndose en la brisa y agua del más perfecto color aguamarina. El alojamiento, en cambio, no podía ser más básico.

Lo que más me sorprendió al llegar fue que, aunque el estudio quedaba tan solo a unos doscientos metros, nuestra estricta y oronda casera bahameña nos aconsejó que para ir y volver usáramos siempre el Honda Civic que habíamos alquilado, o bien cogiéramos una de las motos de 50 cc del estudio; si nos empeñábamos en caminar, debíamos hacerlo siempre en grupo y *nunca* de noche. Pensamos que se estaba pasando de protectora —quizá siguiendo órdenes de Atlantic Records, que no querrían que nos dispersáramos y nos distrajéramos —. Pero pronto descubrimos que tenía motivos para preocuparse.

Las Bahamas estaban en plena ola de crímenes. En la costa desaparecían barcos continuamente; los robaban para usarlos en trapicheos de drogas. Y había bandas de delincuentes que vivían en el bosque para esconderse de la ley. Unos cabrones muy peligrosos.

Los atracos a mano armada también eran cada vez más frecuentes, sobre todo en casas de particulares. Robert Palmer, que por entonces vivía frente al estudio[59], había sido víctima de uno de ellos. Una noche que estaba en el estudio unos tipos entraron en su casa, le pegaron un tiro a su perro y amenazaron a sus padres a punta de pistola; en Compass Point todo el mundo se quedó bastante tocado al enterarse de aquello.

Nuestra casera no quería correr riesgos. Ya antes de enseñarnos nuestras habitaciones, nos dio a cada uno un arpón y nos explicó que no era para pescar, sino en caso de que se presentara algún maleante en nuestro cuarto mientras estábamos allí. Luego vino un tipo y nos dio a cada uno un machete como arma de retén, por si fallaban los arpones. Durante toda nuestra estancia tuve el arpón junto a la puerta y el machete debajo de la cama, totalmente mentalizado para usarlos si se daba el caso.

En cuanto a mi habitación… la verdad es que no era tal cosa. Era más bien una pequeña choza de unos diez metros cuadrados con una cama individual, un lavabo, un pequeño escritorio y un cuarto de baño.

Por supuesto, no había aire acondicionado ni televisión.

Hacía tanto calor y humedad que no sabía dónde meterme. No me había traído pantalones cortos —ni mucho menos bañador— porque los únicos que tenía eran para jugar a fútbol, y estaban en Newcastle.

Así que iba con vaqueros, como el resto del grupo.

El equipo seguía confiscado, así que los cinco primeros días no hicimos gran cosa aparte de ir montando la batería de Phil. Anduve dando vueltas por ahí, buscando algo que hacer, hasta que encontré una mesa de billar y un futbolín en la zona comunitaria del estudio. Y justo cuando estaba empezando a jugar una partida aparecieron los Talking Heads, que se estaban tomando un descanso de una sesión.

Genial, pensé, así podré hablar con gente nueva. David Byrne se quedó muy confuso cuando le dije que en los pubs era costumbre poner una moneda en una esquina de la mesa de billar. Se lo expliqué unas cinco veces, pero seguía mirándome como si le hablara en otro idioma. Aunque, siendo justos, para él aquello debía de ser otro idioma.

Con los que hicimos buenas migas fue con Tina Weymouth y su marido Chris Frantz —bajista y batería de Talking Heads, respectivamente—. De hecho, un día que Phil y Cliff se perdieron en la selva, nos echaron un cable y los sustituyeron en el estudio.

Una mañana, mientras seguíamos esperando a que llegara el equipo, Malcolm se despertó y descubrió que todo su dinero había desaparecido. Hubo una investigación, al cabo de la cual la casera y el mánager de giras, Ian Jeffery, se dirigieron a la playa armados con sus arpones. No encontraron al culpable, y mejor para ellos porque no creo que hubieran tenido muchas posibilidades con aquellos delincuentes locales.

Cuando ya empezábamos a pensar que el equipo no iba a llegar nunca, apareció Keith Emerson y nos invitó a dar una vuelta en su barco. Keith era un tío genial. Tenía una pequeña lancha motora muy

guay, con una pletina instalada en el panel de mandos; eso me pareció la caña. Otro día salimos a pescar y Cliff cogió un atún inmenso. Esto fue gran motivo de celebración hasta que nos dimos cuenta de que nadie tenía la menor idea de cómo cocinarlo —todo el atún que habíamos visto en nuestra vida había salido siempre de una lata—.

Al final Cliff troceó aquella gigantesca criatura en filetes de seis o siete centímetros de grosor y los metió en el frigorífico de la cocina del hostal. Pero esa noche hubo un apagón, y cuando nos levantamos a la mañana siguiente parecía el escenario de un crimen. Debido al calor y la humedad, el frigorífico se había convertido en un horno, y el atún se había descompuesto —de la forma más espectacular—, con toda la sangre goteando en el suelo de linóleo. Olía como un pedo caducado. Así que dejamos a la casera fumigando las instalaciones para irnos a una habitación mejor perfumada… y justo entonces nos enteramos de que el equipo había salido de la aduana.

Por fin podíamos ponernos manos a la obra con lo que habíamos ido a hacer allí.

Y yo me moría de ganas de empezar de una vez.

Quizá este sea un buen momento para hablar del tipo al que se le había encargado la producción del álbum: Mutt Lange, asistido en esta ocasión por el técnico de sonido Tony Platt. Los había conocido en E-Zee Hire, en Londres, pero para mí solo eran dos de las muchas, muchas caras que desfilaron por allí durante las pruebas.

Mutt aún no era muy famoso, claro. Nacido en Zambia, se había criado en Sudáfrica y había tocado en grupos de la zona de Johannesburgo, así que conocía bien el percal, y fue la discográfica la que se dio cuenta de lo buen productor que era. De modo que lo llamaron para producir *Highway to Hell* para AC/DC, y al grupo le gustó lo que oyó.

Una de las primeras cosas que me llamaron la atención de Mutt cuando le conocí mejor en las Bahamas —aparte de su ética laboral— fue que, al igual que Malcolm, tenía el don de un oído casi sobrehumano.

Recuerdo una sesión en la que estábamos escuchando una toma y Malcolm dijo: «¿Qué ruido es ese?». Los demás no oíamos nada, por

supuesto, ni siquiera después de escuchar tres o cuatro veces. En ese momento entró Mutt e inmediatamente se fijó en el mismo ruido. Así que fue comprobando cada instrumento —bajo, voz, guitarras, batería — por separado hasta que, por fin, allí estaba: en una de las pistas de la batería había algo que sonaba como unas pequeñas castañuelas. La pregunta era: ¿*qué* había provocado ese ruido? Prácticamente desmontamos el estudio para dar con la respuesta y, mira por dónde, resultó ser un cangrejo que había venido desde la playa y estaba en una esquina de la sala haciendo ese ruido tan inoportuno con sus pinzas, y los micros de la batería lo habían capturado. Lo que no sé es cómo pudieron darse cuenta Malcolm o Mutt con la guitarra de Angus sonando por encima a todo volumen.

El resto de mis recuerdos de Mutt son bastante limitados, más que nada porque la mañana siguiente a que llegara el equipo y empezáramos a trabajar en el disco, Malcolm entró en mi cuarto con una petición que no me dejó prestar atención a nada más.

—Oye, Brian —dijo—, ¿qué tal te fue con esas letras que estabas escribiendo?

—Bueno, bastante bien… creo —dije, recordando aquello que había escrito sobre una «máquina rápida» que «siempre tenía el motor limpio», y que ya era casi una canción entera.

—Me alegro —dijo Malcolm—. ¿Puedes escribir las letras del resto del disco?

Por un momento pensé que me estaba tomando el pelo.

Pero no, no me tomaba el pelo.

22

Trueno salvaje

Pronto establecimos una especie de cadena de producción para el álbum.

Cada noche, Malcolm y Angus elegían el riff sobre el que íbamos a trabajar al día siguiente y me pasaban una cinta con el título de la canción escrito a lápiz. Todavía tenía el *walkman* del avión, así que escuchaba la cinta sin parar e intentaba dar con frases y palabras que hicieran justicia a la música. Algunas cintas eran literalmente una base rítmica, con fragmentos de la guitarra de Malcolm aquí y allá.

—Bueno, Jonna, no está del todo acabada —decía Malcolm—, pero ve oyéndola a ver si se te ocurre algo…

Después contábamos los compases y él me indicaba en qué momento creía que debía entrar la voz. A partir de ahí me las tenía que apañar solo.

Desde ese momento y hasta la mañana siguiente me encerraba en mi pequeña choza, sentado en la cama, escribiendo y pensando.

Voy a aprovechar esta oportunidad para aclarar esos rumores que circulan sobre la autoría de las letras de *Back in Black*. Hay teorías conspiranoicas para aburrir, y los que las defienden creen que saben lo que pasó, a pesar de no haber estado allí. Uno de ellos es un periodista australiano que aseguró que Bon Scott había garabateado casi todas las letras en un cuaderno antes de morir. Pero no: fui *yo* el que cogió el bolígrafo y estuvo escribiendo noche tras noche y día tras día, con el título de la canción como única guía. Fue así. Esa es la verdad, y espero que el tema quede zanjado de una vez por todas.

Dicho esto, hubo momentos —como ocurrió en mi primera prueba — en los que de verdad sentí que Bon velaba por mí. Al terminar la letra de «You Shook Me», recuerdo que instintivamente levanté la vista y dije: «Gracias, colega». No es fácil de explicar. En ese sentido, Bon fue una gran influencia en el disco. Todos sentíamos su presencia.

Cada día iba al estudio hacia las once de la mañana, le enseñaba a Mutt lo que había escrito y le decía: «Muy bien, Mutt, ya lo tengo». Era estimulante, a pesar de la gran presión, y también muy intenso. Tenía la cabeza tan llena de letras que apenas recordaba que más tarde tenía que cantarlas. Mutt fotocopiaba las notas que había tomado, le pasaba una copia a Tony, escuchábamos el riff, yo cantaba la letra, él me hacía alguna pregunta —«¿qué has querido decir ahí?»—, yo le explicaba adónde quería llegar y él apuntaba alguna nota al margen. Eso era todo. La canción ya estaba lista.

Lo que me hace sonreír, cuando pienso ahora en ello, es lo inmediato que fue todo. Todas las letras del disco se escribieron con una sola noche de plazo. No había tiempo para darle una segunda vuelta a nada. *Había que* hacerlo. Y recuerdo el buen rollo que hubo con canciones como «Have a Drink on Me», en la que todo parecía fluir con facilidad: los riffs, las melodías, las letras… «*Whisky, gin and brandy, with a glass I'm pretty handy. Oh I'm tryin' to walk a straight line, on sour mash and cheap wine…*[60]».

Con cualquiera que no hubiera sido Mutt, la presión habría sido insoportable. Pero Mutt era un caballero, y desde el principio sabías que podías cometer errores delante de él; es decir, que si te arriesgabas él te iba a ayudar a salir adelante. Es uno de esos raros personajes del mundo discográfico en los que puedes confiar al momento, y el álbum no habría sido lo mismo sin él.

Entretanto, el grupo iba llegando con sus guitarras mientras yo trabajaba en las letras con Mutt. Tocaban unos cuantos riffs, se tomaban un té, y entonces venía Mutt y más o menos me echaba del estudio.

—No te quedes por aquí, Brian —me decía—, quiero que estés fresco. Vuelve después de comer, a eso de las dos y media, ¿puedes? Y grabaremos hasta las cuatro y media o cinco como mucho.

A mí me parecía un horario ridículamente flojo, claro. Estaba acostumbrado a currar desde el amanecer hasta última hora del día, y luego salía y hacía un bolo, o incluso *dos* bolos. Y además hacía calor y brillaba el sol, y tenía la playa y el Atlántico Norte ahí enfrente —al final me compré un bañador en una tienda local—, así que me sentía

como si estuviera de vacaciones.

—¡Pero si puedo seguir! —protestaba al final de cada sesión.

—No, Brian —respondía con firmeza Mutt en su inconfundible y, en cierto modo, reconfortante acento sudafricano—. Por hoy ya está bien.

Cada vez que grabábamos voces, la sala de control —el estudio entero, de hecho— se quedaba vacía. Para que no hubiera distracciones, Mutt no dejaba que se hiciera nada más durante mis sesiones. Bueno, Tony Platt estaba ahí, por supuesto, y también Benji Armbrister, el segundo técnico. Benji fue muy importante en la grabación de ese disco, porque siempre estaba a mano. Era un tío que caía muy bien a todo el mundo y estaba ahí para ayudarte con lo que fuera; sabía cómo hacer para que no decayera el ritmo. En general parecía un tío muy serio, pero tenía una sonrisa deslumbrante que te hacía sonreír también; era contagiosa. Y era el rey indiscutible del futbolín de Compass Point. Tony también era una especie de fuerza oculta en la sombra. Un tío muy callado, muy centrado, y un gran consejero para Mutt. Porque aunque siempre era Mutt quien tomaba las decisiones, escuchaba mucho a Tony. Y cuando salíamos del estudio era un placer estar con Tony y tomarte unos tragos con él.

Ahora bien, cuando grabas una canción nueva, normalmente tienes una pista de guía con una toma muy básica de la voz, y eso te da la estructura. Pero con las canciones de *Back in Black* no hubo guías; no habíamos tenido tiempo de prepararlas. Lo único que había era la base grabada por el grupo entre las once de la mañana y las dos del mediodía, y para las melodías tenía que inventarme cosas que funcionaran sobre la marcha. Pero lo curioso es que esa parte salió de manera bastante natural. Al fin y al cabo ya tenía las letras escritas y una idea clara de por dónde tenía que ir la voz, así que era bastante instintivo. Ni siquiera me preparaba mentalmente para cada sesión. Entraba al estudio, gritaba un poco para soltarme y lo hacía.

Mal y Angus tenían una idea aproximada de cómo querían que fuera la voz en los estribillos, así que hacíamos una prueba en el estudio y siempre funcionaba.

Al cantar llevaba los cascos puestos y estaba detrás de una mampara dentro del estudio; con la tecnología de entonces aún no podía cantar

sin cascos en la sala de control, como hago ahora. Y mientras hacía mis tomas no había eco ni ninguna otra ayuda, así que todo sonaba muy seco. A Mutt le gustaba así, pero era un poco duro, ya que una voz seca puede sonar muy plana cuando la oyes sola. Aunque luego era una sorpresa muy agradable oírla con toda la atmósfera añadida.

Mutt se pasó casi todas las primeras sesiones insistiéndome en que cantara más agudo. Sinceramente, yo no sabía que fuera capaz de hacer esos ruidos. Me parecía imposible. Pero Mutt tenía el don de hacer posible lo imposible, y una vez que me llevó a ese registro más alto fue como si me hubieran quitado una camisa de fuerza. De pronto era como… ¡joder, esto *mola*! A partir de ahí, ya no quise hacer otra cosa.

«Shake a Leg» fue la canción que más me costó clavar de todas.

En parte se debió a ese empeño constante de Mutt en hacerme cantar más agudo. Pero el ritmo de la canción también era muy difícil de pillar —siempre me adelantaba—, así que al final lo hicimos sin música y con Mutt marcándome el ritmo con las palmas. La voz que se oye en el disco es una mezcla de dos tomas distintas.

«Shoot to Thrill» es otra canción difícil. No hay casi tiempo para recuperarse entre una estrofa y otra; hace falta un tercer pulmón para cantarla. Como me dijo más tarde Joe Elliott de Def Leppard —que trabajó años después con Mutt en *Pyromania*—, hay canciones que puedes grabar en el estudio pero luego tienes que aprender de cero para cantarlas en directo. «Shake a Leg» y «Shoot to Thrill» fueron sin duda dos de ellas.

Entretanto, Mutt estaba tan concentrado en lo que hacía que yo apenas recibía *feedback*.

—Esa es buena —me decía después de una toma.

—¿La repito? —preguntaba, sin saber muy bien qué puesto ocupaba ese «buena» en la escala que va de «una mierda» a «genial».

—No —contestaba Mutt, sin aclarar mucho las cosas—, ya tengo lo que quiero… Gracias.

Cuando me iba del estudio a eso de las cinco de la tarde, el grupo entraba de nuevo. Curraban hasta las siete y luego cenábamos todos juntos, normalmente en el hostal, donde cocinaba la casera. Cada

minuto que pasé en las Bahamas fue la bomba, pero esas cenas están entre mis momentos favoritos. Todas las noches probábamos algo distinto. Curry de cabrito con coco. Cualquier pescado y fruta tropical imaginables. La comida más fresca y deliciosa que se pueda saborear.

Después de cenar Mutt casi siempre nos llamaba a uno o a otro para volver al estudio y seguir trabajando una hora más; normalmente a Angus, para meter algún solo más o algo así.

Aunque Compass Point se veía desde el hostal —completamente iluminado, un oasis resplandeciente de seguridad—, siempre optábamos por coger el coche, y no solo por las bandas de traficantes de drogas. La naturaleza salvaje también nos ponía bastante nerviosos. Una noche estaba viendo la tele, sentado en el suelo de la única habitación con tele, y capté algo por el rabillo del ojo. Me quedé helado. En mi imaginación aterrada, aquello se parecía un poco a una tarántula. Entonces empezó a trepar por mi pierna. Lo aparté de un manotazo y, al mirar, vi un cangrejo que se alejaba por la puerta. Lo peor que podía haber pasado era que me matara a mordisquitos, pero con todo me dejó acojonado. Y otra noche a Mutt le mordió un ciempiés, que según dicen duele más de lo que parece.

Nadie se quejó en ningún momento de las largas jornadas. Todos sabíamos lo que había que hacer y lo importante que era. Pero aunque Mutt intentó ceñirse a un calendario muy estricto —creo que trabajamos todos los fines de semana que estuvimos en la isla—, el ritmo no fue frenético. Mutt y Tony metían más horas que nadie, por supuesto; por las noches siempre se quedaban currando en el estudio.

Apuesto lo que sea a que cada cual lo recuerda a su manera y desde su propio punto de vista. Los solos, las baterías, los riffs de bajo, el tiempo que pasamos en el estudio… Fue una locura. Por las noches solía sentarme muy callado en la parte de atrás de la sala de control y veía grabar a quien le tocara ese día, escuchando lo que hacía, para sentir que formaba parte de ello. Fue una de esas noches cuando Malcolm y Mutt tuvieron la idea de girar las cajas de los amplis de Angus y Malcolm hacia la pared del pasillo, lo cual ayudó a conseguir ese sonido tan épico que se oye en el disco. Fue una idea muy sencilla… pero *muy* eficaz.

Durante estos años he oído a muchos grupos contar que, cuando están grabando, los músicos no paran de entrar y salir del estudio, dando su opinión sobre cualquier cosa y discutiendo a gritos. Con Mutt no pasaba eso. Siempre escuchaba a Malcolm y a Angus porque sabían exactamente lo que querían, y su trabajo era hacerlo realidad. Pero en el estudio el responsable era él, y todos le respetábamos muchísimo.

Lo más raro de aquellas sesiones nocturnas era oír mi voz saliendo de los altavoces. Cuando miraba a Mutt, Malcolm y Angus, los veía completamente inmersos en lo que estaban escuchando.

La atención al detalle que ponían estas tres personas, el nivel de concentración que eran capaces de mantener, era irreal. Los tres estaban hechos de la misma pasta. No me extraña que se llevaran tan bien.

Cuando llevábamos un par de semanas, noté que me había quedado en dique seco.

Las canciones me habían salido sin parar; cuando terminaba una letra ellos me decían, «ahí va otra, Brian», y me pasaban otro riff y otro título… Hasta que una mañana me quedé en blanco. El tiempo también había empeorado; soplaba un fuerte viento del océano y se estaban formando grandes nubarrones negros.

Esa mañana debí de retrasarme, porque recuerdo que Mutt vino a buscarme a la habitación del hostal en vez de ir yo al estudio. En cuanto le abrí la puerta y vio mi cara, supo que pasaba algo.

—¿Qué pasa, Brian? —me preguntó desde el pasillo.

—Estoy atascado, Mutt —le dije.

—¿Te estamos pidiendo demasiado?

—No, es solo que estoy un poco bloqueado. Ya se me pasará.

Mutt se quedó pensando un segundo.

—¿Estás atascado con algo en concreto? —preguntó.

—Sí, es este nuevo riff que me ha pasado Malcolm —dije—. Se llama «Hells Bells»…

Lo que no le dije es que en Dunston «*Hell's bells and buckets of shit*[61]» es una expresión muy común. Básicamente significa: «Ya, y una mierda».

Quizá era eso lo que me desanimaba.

En ese momento se oyó detrás de Mutt un sonido como si hubiera comenzado una batalla naval en el mar, con la fuerza suficiente para pegarle una sacudida al hostal entero.

—Eso es el trueno salvaje —dijo Mutt, que al ser sudafricano estaba familiarizado con las tormentas tropicales. Pero yo nunca había oído esa expresión, y él inmediatamente notó un destello de luz en mis ojos —. Ahí tienes tu primera frase…

En ese mismo momento se abrieron los cielos y cayó una lluvia como no la había visto en mi vida.

—Llueve a cántaros —dije.

—Y escucha ese viento —dijo Mutt.

—¡Suena como un huracán! —dije.

Vale, ya sé que la conversación no fue *exactamente* así, pero fue algo muy parecido. De pronto Mutt y yo nos sonreímos. Gracias al parte meteorológico que acabábamos de dar, ya teníamos las tres primeras frases de «Hells Bells». Y entonces, por supuesto, un rayo atravesó el cielo —la cuarta frase— y yo empecé a pensar en Bon, que era la inspiración de este nuevo álbum. Para cuando quise darme cuenta, mi bolígrafo corría por la página. «*You're only young, but you're going to die*[62]», escribí.

El resto de la letra de «Hells Bells» estuvo lista en un par de horas, pero para entonces ya teníamos la tormenta sobre nuestras cabezas y se fue la luz, así que no pudimos grabar nada.

Con todo, esa canción fue un gran punto de inflexión: el momento en que todo empezó a encajar en su sitio. Y una vez que volvió la luz y grabamos la voz, Malcolm, Angus y Mutt tuvieron la genial idea de abrir el tema con unas campanadas y convertirlo en la intro del álbum, y eso dio paso a la idea aún más peregrina de buscar una fundición en Inglaterra y encargarles una campana de bronce de AC/DC de una tonelada… que nos llevaríamos por todo el mundo y que un servidor aporrearía cada noche con un martillo de metal como si fuera el mismísimo Thor.

—Genial, tíos, me parece una idea genial —les dije cuando me lo explicaron.

Ni se me pasó por la cabeza que estuvieran hablando en serio.

Unos días después de que termináramos «Hells Bells» llegaron buenas noticias de Inglaterra: la mujer de Malcolm, O'Linda, había dado a luz una niña, Cara. Para celebrarlo montamos una buena fiesta en el estudio, pero, claro, a estas alturas todos empezábamos a echar de menos a nuestras familias, y yo no pude evitar pensar en Joanne y Kala y en las ganas que tenía de darles un buen abrazo a las dos. Nunca había pasado tanto tiempo alejado de ellas, ni siquiera en los tiempos de Geordie. Y en aquellos días no podías coger el teléfono y llamar. Las llamadas internacionales había que reservarlas de antemano y costaban un ojo de la cara. La otra forma de comunicarse era con cartas y postales, pero lógicamente cualquier cosa que enviaras desde las Bahamas tardaría siglos en llegar a Newcastle.

Ese día Cliff se pasó horas preparando un enorme porro de tres papeles; era una obra de arte tan perfecta que todos le dijimos que no lo encendiera. Pero lo hizo. Y luego vinieron los brindis, claro —hasta Angus dio un sorbo, y eso que no bebe—, y no tardamos mucho en ponernos todos bastante alegres.

Yo di mi primera calada a un porro esa noche. Es increíble que a los treinta y dos años aún no hubiera perdido mi virginidad con la *ganja*. Fue también la primera vez que escuché música colocado. Recuerdo que en algún momento volvimos a la sala de control y Mutt puso una mezcla provisional de «You Shook Me». Me senté a escuchar con una gran sonrisa en la cara. No podía dejar de sonreír; casi me dolía y todo. En una de esas, Malcolm se fijó en mi expresión y dijo:

—¿Todo bien por ahí, Jonna?

—Esta es una de las mejores canciones de rock que he oído en mi vida —dije, ciego como una patata.

—¿Ah, sí? ¿Eso crees? —dijo Malcolm riéndose.

—Sí, lo creo. En serio, Malcolm… Creo que *eshtá* a la altura del «Get Back» de los Beatles.

Y ahí fue cuando terminó la conversación —o eso me dijeron al día siguiente—, porque dicho eso me deslicé bajo la mesa de mezclas y me quedé dormido en el suelo del estudio.

Las voces de «Back in Black» fueron uno de los mayores retos de todo

el álbum. No solo estaba desesperado por recordar cómo había cantado esas dos frases en la prueba, sino que además tenía que completarlas con algo igual de bueno para el resto de la canción. Y no solo la melodía vocal, sino también la letra. Pero estaba tan metido en ello que la letra me salió sin esfuerzo, y todavía me siento muy orgulloso de frases como «*I've got nine lives, cat's eyes, abusing every one of them and running wild*[63]». La forma en que esa canción cobró vida fue algo mágico.

Mutt se quedó un poco confuso la primera vez que leyó lo que había escrito. Porque esas dos primeras frases, «*Back in black, I hit the sack*», suenan como el comienzo de un tema de rap, pero esto era años antes de que existiera la idea de «rock-rap». Hasta el propio rap estaba aún en pañales. Pero cuando le expliqué la métrica del asunto a Mutt, lo pensó un momento y dijo:

—Vale, vale, ya lo pillo, mola, mola.

Ese día, cuando llegó el momento de hacer la toma vocal, fue como si algo me poseyera. No tengo ni idea de dónde salieron esos espasmos de energía, de verdad que no lo sé. Era incapaz de reprimirlos. Daba un poco de miedo. Era como si llevara un demonio dentro, y pensaba, ¿de dónde ha salido *eso*? Y claro, Mutt no paraba de decirme:

—¿Crees que puedes subir un poco más ahí?

Yo le miraba y pensaba: ¿subir *más*? ¿Estás de coña, tío? Pero al final sacó de mí lo que quiso… y sin tener que aplicarme un cascanueces en los testículos, como he oído por ahí.

Creo que el secreto de Mutt en el estudio es que entiende a los músicos; el tío puede tocar y cantar prácticamente cualquier cosa que le pongas delante.

Una de las pocas noches libres que tuvimos durante la estancia en las Bahamas pude familiarizarme con un bar que había en la calle del hostal, el Traveller's Rest[64]. (Seguro que sigue ahí.)

En él servían cosas como el cóctel Bahama Mama, que se hace con piña, coco y ron. No sabían a alcohol, parecían zumos de frutas. Nos cogimos unos pedos increíbles con esos cócteles; estaban deliciosos. Una noche, después de tomar demasiados Bahama Mamas, tuve un encuentro memorable con una chica que decía haber sido Miss

Bahamas. Era americana, y terminamos bañándonos desnudos en la playa y haciendo otras cosas.

Otra noche, hacia el final de la grabación del álbum, salimos todos a celebrar que aquello ya estaba casi listo, pero Malcolm se quedó en el estudio trabajando en la última canción, a la que aún le faltaba un riff. Cuando volvimos nos enseñó la inolvidable melodía de «Rock and Roll Ain't Noise Pollution»; el título, una vez más, estaba inspirado en Bon, que una vez les contó la bronca que había tenido con su casero por el volumen de la música. Al parecer el casero había amenazado con denunciar a Bon a la policía por «contaminación sonora» —todo el vecindario se había quejado del ruido—, a lo que Bon contestó gritando: «¡El rock and roll no es contaminación sonora!». No me podía creer que Malcolm hubiera podido hacer eso en un par de horas. Es una de esas canciones semiocultas del disco, que van ganando con cada escucha.

Cinco semanas después de llegar al paraíso mi trabajo había terminado, y llegó la hora de irme a casa. Así fue la cosa con este álbum. En cuanto alguien terminaba se marchaba, y así se ahorraba el dinero de la habitación, las comidas y las dietas.

Phil fue el primero en irse, creo. Luego Cliff. Y luego me tocó a mí.

Malcolm y Angus se quedaron una o dos semanas más, añadiendo solos, dando los toques finales aquí y allá y ayudando a Mutt en la mezcla final; en Atlantic se encargaban solo de pequeñas tareas como la portada, la masterización y la presentación del álbum.

Aunque cinco semanas es un tiempo increíblemente corto para grabar un disco tan potente, me parecía que llevaba allí una vida entera. Y lo curioso es que, al empezar, solo teníamos una canción a medio hacer.

Yo no tenía ni idea de lo bueno que era el disco. Lo único que sabía es que estaba muy contento con lo que habíamos hecho.

„AC - DC"
29/6/80
300 Fr.
01344
Palais des Expositions - NAMUR
AC DC
+ SUPPORT
Dimanche 29 juin 1980 à 20 h 30

23

Regreso de la oscuridad[65]

Mi avión aterrizó en Heathrow el 5 de mayo, un lunes festivo. Recuerdo que ese mismo día los S.A.S.[66] entraron por la fuerza en la embajada iraní de Londres. REAGAN LLEGA A UN ACUERDO Y LOS IRANÍES LIBERAN A LOS REHENES ESTADOUNIDENSES EN TEHERÁN. Era surrealista volver de nuevo al mundo real, con la BBC y la ITV emitiendo constantemente noticias sobre este asalto a vida o muerte.

A pesar de todo el trabajo, la vida en las Bahamas había sido un relajado soplo de aire fresco. Creo que no vimos un solo telediario o un titular de periódico en todo el tiempo que estuvimos haciendo el álbum. Y ahora de repente estaba de vuelta en Londres, donde todo y todos tenían que estar en algún sitio lo antes posible. Tampoco es que me importara. Era genial volver a Inglaterra con el disco ya terminado, un poco como estar en el estadio con todos los hinchas celebrando que tu equipo ha metido un gol.

Cogí un taxi y fui directo del aeropuerto a la oficina de Peter Mensch en Earl's Court. Me preguntó qué tal había ido la grabación y le dije la verdad: no tenía ni idea. Él dijo que había oído cosas buenas, pero no tenía ninguna confirmación oficial. *Pues ya somos dos*, pensé.

Entonces Peter abrió la caja fuerte y sacó el mayor fajo de billetes que había visto en mi vida. Era mi sueldo para el resto del mes, más las dietas equivalentes a cinco semanas. Aquello era una puta locura. Acababa de pasar cinco semanas en las Bahamas y me lo había pasado en grande; en todo caso pensaba que era yo quien debía pagarle *a él*. Era tanto dinero que no sabía ni dónde meterlo. Lo guardé en la bolsa donde llevaba la ropa sucia del viaje y en todos los bolsillos que encontré en mis vaqueros y mi cazadora vaquera; parecía que había robado un banco.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —me preguntó.

—Bueno, más vale que vuelva a Newcastle y vea qué tal van el negocio y mis hijas.

—Buena idea, Brian —dijo.

—¿Cuándo me necesitaréis de nuevo? —pregunté.

—¿Tal vez en un mes?

Me preguntó cómo pensaba volver a casa. Le dije que iba a coger un taxi a King's Cross y subirme al tren con la esperanza de ver a mi hermano; me moría de ganas de contarle cómo me había ido en las Bahamas. (Y esta vez sí podía permitirme un billete de primera clase.) Me preguntó si en vez de eso podría hacerle un favor. Acababa de alquilar un Mercedes-Benz para la compañía, explicó, pero el coche que le habían mandado era con palanca de cambio; es decir, de transmisión manual. Y al ser estadounidense —o, para ser exactos, neoyorquino—, Peter solo había conducido coches automáticos, así que le daba miedo manejar aquel trasto. Y el coche estaba mal aparcado en la calle desde el día que había llegado, de modo que las multas se estaban acumulando en el parabrisas.

Dicho eso, me llevó a la ventana y señaló un Mercedes-Benz absolutamente fabuloso —aunque el color era un amarillo sospechoso, como de letrina—, la clase de coche que solo pueden permitirse conducir grandes magnates o directores de clubs de fútbol.

—¿Te importaría hacerte cargo de él por una temporada? —preguntó, tendiéndome las llaves—. El depósito está lleno, está asegurado a todo riesgo, solo tiene mil kilómetros.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Mira, ya sé que es un coñazo, pero las multas de aparcamiento me están costando un riñón.

—Bueno…

—Por favor… ¿te importaría? Sería una gran, gran ayuda…

—De acuerdo. Ya que *insistes*…

Subí a Newcastle por la A1 luciendo la mayor sonrisa de gilipollas que hayáis visto en vuestra vida. El coche estaba nuevo, todavía olía a fábrica. Hasta el llavero era grande y pesado, del cuero más suave que había tocado nunca, y con una estrella de tres puntas. Conduje como si lo hubiera robado.

Soñaba con el momento de sacar a las chicas a dar vuelta en él y colmar todos sus caprichos. Lo más duro de estar tan lejos había sido, sin duda, echar de menos a Joanne y Kala. Y ahora volvía con un Mercedes y podía permitirme comprarles todo lo que quisieran.

Mi padre fue el primero en ver el coche. No le impresionó mucho.

—Ese coche es alemán —gruñó cuando lo vio aparcado delante del nº 1 de Beech Drive.

—No, papá. Es, eh… americano.

—Por mis huevos que es alemán.

—Bueno, pero me lo *ha dado* un americano.

Al menos me dejó llevarle a su club en él. Yo aún no estaba muy seguro de lo que me iba a deparar el futuro, por supuesto, pero en ese momento sentía que «lo había conseguido».

La mañana siguiente fui a ver a Ken al taller.

—Ah, Brian, ya estás de vuelta —dijo.

—¿Todo bien, Ken? —pregunté.

—Bueno, sí. Aunque no ha habido mucho trabajo estas últimas semanas.

Señaló el Mercedes.

—¿Quieres que le ponga un techo a esto? ¿Viene de algún concesionario?

—Ken —dije—, este coche es *mío*.

—¿Cómo? ¿*De verdad*?

Sonreí con orgullo.

—Bueno, ¿quieres que le ponga un techo?

—¿Y el Maxi? ¿Dónde está? —pregunté, notando de repente su ausencia.

—Oh —dijo Ken, con gesto descompuesto…

—¿«Oh» qué?

—Hubo un accidente.

—¿Qué *clase* de accidente?

—Se incendió. Con todo el equipo dentro. Quizá por eso ha habido tan poco trabajo…

Me llevé las manos a la cabeza y lancé un gruñido.

Pasaron varias semanas en Newcastle. Poco a poco las Bahamas y las

tormentas tropicales empezaron a ser un recuerdo lejano. Un día recibí una llamada de Olga del Volga, pero nada más.

En casa todo era extrañamente normal, como si lo único que hubiera cambiado fuera el coche aparcado en la puerta.

Papá y mamá seguían sin tener ni idea de quiénes eran AC/DC y les preocupaba que todo aquello se quedara en nada, pero Maurice estaba emocionado.

Al final resultó que había una buena razón para que el grupo no diera señales de vida.

Yo no era consciente de que, además de trabajar en la masterización y la portada, Malcolm y Angus se habían tomado muy en serio la idea de empezar «Hells Bells» con una campana de verdad, y que habían encargado una auténtica campana de AC/DC para llevárnosla de gira.

Todo esto había supuesto una gran cantidad de trabajo.

Fue Tony Platt el que investigó para dar con la campana exacta que quería grabar, y finalmente se decidió por la Denison Bell de la Torre Carillón del Museo de Guerra de Loughborough, en Leicestershire. Alquiló una unidad de grabación móvil y fue allí para grabarla, pero cada vez que sonaba la campana, los pájaros de la torre salían volando y echaban a perder la grabación. Y entre cada campanada pasaba demasiado tiempo, con lo cual los pájaros volvían. Al final Tony tuvo que renunciar a esta idea y esperar a que el grupo fabricara su propia campana.

La empresa elegida para fundir la campana —que pesaba casi una tonelada y llevaba el logo de AC/DC y el título de la canción grabado a un lado— fue la John Taylor & Co Foundry, también de Loughborough. La campana estuvo lista al límite del plazo fijado por Atlantic, aunque había un problema: al ser más pequeña que la Denison Bell, el tono que daba no era el de la canción. Pero Tony era un técnico genial y dio rápidamente con la solución: ralentizó la cinta a mitad de velocidad y logró que coincidiera perfectamente. Además, tuvo el gesto memorable de pedir al artesano que había fundido la «campana del infierno» que tocara él en la grabación final, la que se sigue escuchando hoy en día en todo el mundo.

Luego me contaron que, mientras la campana estaba en la

fundición, los trabajadores la tuvieron colgada del techo y la golpeaban con una carretilla elevadora para anunciar la hora del té.

Así que la campana de AC/DC fue, durante una temporada, la campana del almuerzo más cara del mundo.

Y por fin un día… Llegó un paquete.

Era uno de los primeros prensajes de *Back in Black*. Saqué el disco del envoltorio de cartón y me quedé mirándolo durante horas (o eso me pareció). La portada era totalmente negra, con el logo de AC/DC perfilado en gris y el título debajo, en letras mayúsculas descoloridas. Era muy sencilla… y molaba *muchísimo*.

Estaba desesperado por ver cómo sonaba, pero no tenía dónde escucharlo, porque mis padres no tenían más que su radio Rediffusion. Así que llamé a la única persona que conocía que tenía un equipo decente en casa: Derek Rootham, el guitarrista de Geordie II.

—Hombre, ¿ya estás de vuelta? —dijo—. ¿Qué has hecho todo este tiempo?

—Bueno, si me dejas ir a tu casa y usar tu tocadiscos —le dije—, podrás oírlo tú mismo.

Un par de horas después estaba en el salón de Derek, con *Back in Black* girando en el plato. La primera canción, por supuesto, era «Hells Bells». Empieza primero con la campana; luego entra el riff principal de Malcolm, que va subiendo poco a poco con el bombo y los platos de Phil hasta que la canción se pone en marcha, y mi voz entra más o menos al minuto y medio. Es bastante tiempo; por un momento pensé que se habían olvidado de mí. Y al mismo tiempo pensaba, *esto suena de puta madre*. Tenía la carne de gallina. Pero cuando miré a Derek vi que tenía el ceño fruncido y movía la cabeza de un lado a otro. Cuando llegamos a la frase «*Won't take no prisoners*[67]», resopló y dijo:

—Ooh, Jonna, eso es *demasiado* agudo. ¡Estás cantando demasiado agudo, tío!

—¿*Qué*?

—*Demasiado* agudo. Venga, te invito a una pinta.

Y con esa patada en los huevos, ¡nos fuimos a tomar una pinta!

A finales de junio, casi dos meses después de mi regreso de las Bahamas, nos pusimos a ensayar para el *Back in Black Tour* en el New

Victoria Theatre, frente a la estación de Victoria, en Londres. (Ahora se llama Apollo Victoria.) Teníamos cuatro días para ponernos a punto. El plan era hacer una «gira de calentamiento» tan solo en dos países —Bélgica y Países Bajos—; la gran gira americana, que coincidiría con la salida del álbum, arrancaba el 13 de julio en Edmonton (Canadá).

El objetivo principal de los ensayos era habituarnos a los temas nuevos, y también habituarme *yo*. Al fin y al cabo el grupo ya se sabía las canciones antiguas, llevaban años tocándolas. Pero para mí eran nuevas, aparte de «Whole Lotta Rosie» y «Highway to Hell». Era un trabajo tremendo. Con Geordie II añadíamos una o dos canciones nuevas al repertorio cada varias semanas. Pero ahora tenía que aprenderme un montón de canciones de los seis discos anteriores del grupo junto con la mayoría del material nuevo de *Back in Black*, que hasta entonces solo había cantado en el estudio.

Mientras avanzaban los ensayos, los técnicos iban montando el escenario, y un día llegaron los transportistas con la Campana del Infierno y oh, qué cosa tan monstruosa y tan chula era aquel trasto. Cuando resonaba era amenazadora y mágica, brutal y sexi a la vez. Y cuando la veías colgada en su sitio, en mitad de los focos, tenía una pinta absolutamente *sensacional*. Pero no volvimos a verla durante un tiempo. Al terminar los ensayos la enviaron a Canadá para el comienzo de la gira norteamericana, y nosotros nos quedamos en Europa para los bolos de calentamiento.

El primer bolo de la gira de calentamiento —y el primero que di como nuevo cantante de AC/DC— fue en Namur, más o menos a una hora al sureste de Bruselas, el 29 de junio de 1980. Fue en uno de los salones del Palais des Expositions. No esperábamos más de dos mil personas, porque el concierto no se había anunciado mucho. Y con esto me refiero a que básicamente era un bolo secreto; queríamos pillar un poco de seguridad antes de tocar ante un público de estadio.

Yo intentaba conservar la calma y estar centrado, pero estaba tan nervioso que no podía comer. No podía ni estar sentado. El corazón me palpitaba a toda velocidad. Tenía que ir a mear continuamente.

La hora del concierto era las ocho y media, pero llegaron Peter e Ian

Jeffery, el mánager de la gira, y nos dijeron que esperáramos un poco: había mil personas más de lo previsto y estaban añadiendo más asientos en la sala. En un salón de congresos como este no era demasiado difícil, ya que se podían mover las paredes.

Muy bien, Brian, tómatelo con calma, tronco, tómate tu tiempo.

Al resto del grupo no se les veía muy nerviosos. Charlaban sentados mientras se tomaban una cerveza y de vez en cuando me decían, «¿todo bien, Brian?», a lo que yo respondía «sí, sí, todo bien», con la cabeza llena de canciones nuevas, letras nuevas y mucho miedo a cagarla.

Lo único que quería era salir a tocar ya, y darlo todo con el grupo. Se suponía que esto iba a ser un bolo pequeño y discreto, por si algo salía mal. Pero ahora estaban dejando entrar a mil personas más, así que había que esperar. Media hora después vinieron Peter e Ian y dijeron que habían llegado dos mil personas *más*. Mierda. Al parecer se había corrido la voz. Y claro, Peter quería mover las paredes de nuevo. Y lo hizo… justo cuando llegó una nueva oleada de fans. La cosa siguió así durante un tiempo interminable. Era como estar en clase de mates en un día soleado. Y por fin, pero ya muy, muy tarde, llegó el momento de salir a tocar.

Íbamos a actuar para una sala llena a reventar.

Angus salió el primero, y el público lanzó un rugido gutural tan poderoso que sentí un escalofrío. Era absolutamente ensordecedor, y no parecía tener fin. En ese momento fui plenamente consciente de lo que significaba mi nuevo trabajo. Recordé cómo me había sentido en la puerta del avión esperando mi primer salto, y volví a verme allí. Solo que esta vez no corría ningún peligro…

En mi cabeza se hizo el silencio. Miraba las luces, igual que la primera vez que salté del avión. Estaba listo. Ese era mi aviso. Esta vez tenía que superarme. Nunca he tenido un subidón de adrenalina tan grande. Nunca.

Y mi paracaídas eran el público, la música y el grupo.

24

La última parte antes del final

Poco hay que decir sobre *Back in Black* que no se haya dicho ya. Solo sé que cuando salí al escenario esa noche en Namur, el apoyo del público fue más que abrumador. Allí donde mirara veía carteles y pancartas con mensajes como «R.I.P. Bon» y *también* «Buena suerte, Brian». Yo tenía mucho miedo de que los fans no aceptaran a un cantante que no fuera Bon, pero resultó que me daban la bienvenida. Siempre estaré agradecido a los fans de AC/DC por haberme dado una oportunidad.

Gracias, gracias, gracias…

Cuando pienso ahora en ello me cuesta creerlo —y de hecho he tenido que comprobarlo—, pero en aquel primer bolo tocamos nada menos que *siete* canciones de *Back in Black*, un disco que no se publicó hasta cuatro o cinco semanas después. Después de hacer «Highway to Hell» a mitad del repertorio, vinieron cuatro de ellas *seguidas*: «What Do You Do for Money Honey», «Rock and Roll Ain't Noise Pollution», «Shoot to Thrill» y «Givin' the Dog a Bone».

Como ya he dicho antes, AC/DC siempre ha sido un grupo de todo o nada.

Lo que también es increíble es que el público prestara tanta atención, absorbiendo por completo cada nota; para cuando llegó el segundo estribillo de «Have a Drink on Me», ya estaban coreándolo con nosotros. Estábamos muy satisfechos con el disco, por supuesto, pero aquello superó todas nuestras expectativas. Cuando tocamos «Whole Lotta Rosie», los gritos de «Angus» entre los riffs iniciales sonaban tan fuertes que parecía que el edificio estuviera temblando. Terminamos con «Rocker» y volvimos para un bis con «Shake a Leg», y después «Let There Be Rock». Fue la primera y última vez que tocamos «Shake a Leg» en directo.

Eso sí, aquella noche la cagué a lo grande.

Después de empezar con «Hells Bells» —sin ayuda de la campana, que iba camino de Canadá en un buque de carga—, teníamos que tocar un par de clásicos: «Shot Down in Flames» y «Hell Ain't a Bad Place to Be». Pero yo estaba tan nervioso que me puse a cantar «Hell Ain't a Bad Place to Be»… mientras sonaba «Shot Down in Flames». Por suerte el grupo tocaba tan alto que nadie me oyó salvo los fans de las primeras filas, que me miraban como diciendo, *¿qué coño haces*? Pero a nadie pareció importarle. Y cuando empezó de verdad «Hell Ain't a Bad Place to Be» yo ya le había dado un buen repaso, así que la canté de nuevo. Aparte de eso, todo fue bien.

Después del bolo, en el camerino, estábamos todos sin habla. Literalmente. Intentábamos recuperar el aliento y nos corría el sudor por la cara. En ese estado no puedes ni siquiera tomarte una cerveza, porque vomitarías.

Recuerdo a Cliff sentado —siempre el más tranquilo de todos, en cualquier situación—, fumando un pitillo y mirándome.

—¿Todo bien, Jonna?

—Increíble, tío —dije con voz entrecortada.

Fuera, el público seguía rugiendo y pedía más.

No había necesidad de hablar.

Los fans ya estaban diciendo todo lo que había que decir.

Menuda noche.

Lo más satisfactorio del éxito de *Back in Black* fue que me sirvió para corresponder a las personas que me habían apoyado en todo momento: sobre todo mis hijas, mis padres, mi hermano Maurice, mi hermana Julie y mi hermano Victor.

Cuando empezaron a llegar los royalties les compré a mis padres una casa en la subida a Whickham Bank, junto a Dunston, con unas vistas preciosas de Newcastle. Mi padre estaba un poco nervioso con la idea; creía que sus colegas del club no le hablarían más si dejaba de vivir en una casa de alquiler del ayuntamiento. Pero al final cedió… Y por supuesto sus amigos se alegraron mucho por él.

Unos años después pude ayudar también a Maurice a conseguir un trabajo de chef. Había pasado una mala racha después de su divorcio, así que pregunté al grupo si les parecía bien darle un mes de prueba.

Y, claro, desde el momento en que empezó a trabajar, todo el mundo se enamoró de él, como ha pasado siempre. Incluso llegó a recibir el premio de «roadie más valioso» del grupo. Era lo menos que podía hacer por Maurice. De hecho, todavía le debo una gorra nueva desde aquel bolo en Lobley Hill.

Para mí, la parte más dura del *Back in Black Tour* fue Australia, no voy a negarlo. Porque Bon era más que famoso en Down Under: era un verdadero icono, un tesoro nacional. El público había crecido con él. Primero en los Valentines y luego en Fraternity.

El primer bolo fue en el Entertainment Centre de Perth, uno de los mayores estadios del país. Estaba en pleno territorio de Bon; su ciudad natal, Fremantle, quedaba a unos pocos kilómetros. Decir que estaba nervioso es quedarse corto. Pero nada más aterrizar, Peter me entregó un mensaje de un miembro del equipo que decía: «A la señora Scott le encantaría conocer a Brian». En cuanto leí eso sentí un alivio enorme. Sabía que a la madre de Bon la llegada de AC/DC le haría recordar algo tan duro como había sido la pérdida de su hijo. Bon había muerto un año antes, casi en esa misma fecha.

Al final pasé una tarde tomando innumerables tazas de té con la señora Scott —Isa— y los hermanos de Bon, Derek y Graeme.[68] Era una mujer maravillosa; aún conservaba un fuerte acento escocés. Después me enteré de que fue Malcolm quien la llamó para darle la noticia de la muerte de Bon, porque no quería que se enterara por los tabloides ingleses. Qué gesto tan típico de Malcolm. Qué clase tenía. El valor que tuvo que reunir para hacer una llamada así…

Lo mejor de mi visita a Isa fueron las anécdotas que me contó de cuando Bon era un chaval. «Ay, Ronald era un terror, el pobre, iba por ahí sin zapatos, siempre metiéndose en líos, no tenía miedo a nada», me contó.

Le di las gracias, naturalmente, pero sentí que eso no era suficiente.

En algún momento Derek y Graeme soltaron el notición de que Bon era aquel tipo de Fang a quien había conocido una gélida noche en Torquay. No me lo podía creer. Todavía me cuesta… Pero me hace muy feliz haber conocido a Bon al menos una vez, y que aquello hubiera tenido para él la importancia suficiente para contárselo a su

familia al volver a casa.

Después de un rato más charlando y riéndonos tuve que irme al concierto, e Isa se vino también. Le dedicamos «High Voltage», y el grupo tocó con verdadero sentimiento aquella noche. No sé exactamente cómo describir ese sentimiento, pero sé que fue algo agradable.

Voy a terminar con un momento que resume la locura de aquel año en que se publicó *Back in Black*.

Era el 4 de septiembre y estábamos tocando en el Long Beach Arena, a las afueras de Los Ángeles. Seguramente era uno de los sitios más grandes donde había tocado hasta entonces; el aforo era de casi 15.000 personas. Fuera había un atasco de limusinas, un helicóptero con el logo iluminado de AC/DC sobrevolaba el recinto y, por supuesto, el RMS Queen Mary estaba anclado en la bahía con todas las luces encendidas. El telón de fondo perfecto para un concierto de rock, y una de las primeras señales de que el álbum se estaba convirtiendo en algo mucho, *mucho* más grande de lo que cualquiera de nosotros hubiera podido imaginar.[69]

Esa noche nos pusieron una limusina a cada uno para llegar al estadio —aunque solo fuera para dar el cante—, y al subirme a la mía saludé al conductor y le pregunté qué tal le iba.

—No me va mal, muchas gracias.

—Estás muy lejos de casa, ¿no? —le dije, un tanto sorprendido.[70]

—Ah, pues sí —dijo—, vine aquí con mi grupo y estamos buscando un contrato, a ver si sale algo.

—Te deseo toda la suerte del mundo, colega —dije.

Hubo una pausa y entonces añadió:

—¿Sabes? Yo soy cantante, igual que tú…

—¿De verdad? —dije—. ¿Cómo se llama tu grupo?

—Marmalade —dijo.

—¡¡¿*Cómo*?!!

No me lo podía creer. No solo conocía bien a Marmalade, sino que además sabía *exactamente* quién era su cantante. Se llamaba Alan Whitehead. Porque Marmalade no era un grupillo sin contrato y tan solo un par de maquetas. Había sido un grupo *muy famoso* y habían

tenido un nº 1 en las listas inglesas. Durante una época estaban *en todas partes*. Pero, claro, todo eso había sido… ¿cuándo? ¿Unos once años antes?

—¡¿¿Alan??! —dije.

—¡Sí!

—¡No jodas!

—Esto lo hago para pagar el alquiler —explicó él—. Y al menos así me muevo entre músicos.

—Bueno, no te lo vas a creer —le dije—, pero hace unos meses yo estaba viviendo con mis padres e instalando techos de vinilo en coches para ganarme la vida. Así que *todo* es posible…

Nos reímos bastante con eso, y seguimos charlando sin parar hasta llegar al estadio.

Nunca os rindáis.

PWR/UP
PWR/UP

Epílogo

Desperté en una cama de hospital con tubos metidos en los brazos. Estaba agotado y muerto de hambre. Por un momento no tuve la menor idea de dónde estaba ni por qué. Entonces llegó un tipo sonriente de cara redonda y me preguntó qué tal estaba, y recordé que me acababan de hacer la primera operación para intentar arreglarme los oídos. Estaba en Sídney, Australia. Era octubre de 2015.

El tío resultó ser enfermero. Nos pusimos a hablar, él cayó en la cuenta de quién era y me contó algo que me dejó flipado: Malcolm estaba ingresado en un centro de cuidados al otro lado del muro que se veía por la ventana. Era allí donde le estaban tratando su demencia senil prematura. No me lo podía creer. Y no solo Malcolm estaba a veinte metros de mí, sino que además este enfermero hacía turnos allí y una de sus tareas era sacarle para sus ejercicios diarios.

—¿Puedo verle? —pregunté—. Me encantaría charlar con él un rato y ver qué tal le va.

El tipo de cara redonda dejó de sonreír y bajó la vista.

—Lo siento, tío, no puedo. Por decisión de la familia.

Le dije que lo entendía. En el edificio de al lado estaba la persona con la que había compartido escenario durante treinta y cinco años. El tío que me había metido de cantante en AC/DC. Un tío que me apreciaba tanto que una vez visitó mi pueblo para conocer a mis padres. Y que incluso se llevó a mi padre al pub y le invitó a una pinta. ¿Quién más haría eso?

Pero no podía verle ni hablar con él. Era como si se hubiera convertido en el hombre de la máscara de hierro.

Qué duro es ponerte a llorar delante de un desconocido.

Más tarde supe que fue O'Linda, la mujer de Malcolm, quien decidió tenerlo alejado del mundo. Los médicos le habían dicho que aún no se sabía mucho sobre la demencia senil y el Alzheimer; no podían estar seguros de que una persona que padece este terrible mal hubiera perdido del todo la memoria. O'Linda sabía lo orgulloso que era

Malcolm, todos lo sabíamos, y temía que se avergonzara de su estado si yo o cualquier familiar suyo íbamos a verle. No quería correr ese riesgo, y menos teniendo en cuenta el trago tan duro por el que estaba pasando Malcolm.

O'Linda estaba cuidando de su marido, como había hecho siempre.

Angus sí que le visitó, como también hicieron sus nietos, que según he oído le daban mucha alegría.

Pero, con todo, fue descorazonador.

Al día siguiente, el tío que me había operado de los oídos —el doctor Chang— vino a verme y fue directo al grano.

—Tengo buenas y malas noticias —dijo—. ¿Cuáles quieres oír primero?

—Esto parece el principio de un chiste —le dije.

—Me temo que el final no es muy gracioso —dijo él.

Le pedí que empezara por las malas noticias, para quitármelas de en medio.

—Muy bien —dijo Chang—: te hemos operado del oído izquierdo, pero, a pesar de todos nuestros intentos, has perdido prácticamente el 100 % del oído en ese lado. Lo siento. Hicimos todo lo que pudimos.

Cerré los ojos y sentí que se me paralizaba el cuerpo.

Sordo de un oído.

Mierda, mierda, mierda…

—La buena noticia es que hemos llegado a tiempo de salvar el derecho —prosiguió Chang—, y hemos conseguido conservar el 50 % del oído en ese lado, lo cual debería ser suficiente para seguir con la gira. Eso sí, tendrás que ajustar la mezcla que lleves en el auricular.

Esto era más complicado de lo que parecía. Desde que empecé a usar un pinganillo como monitor, jamás me lo había puesto en el oído izquierdo. Ese era el que usaba para escuchar al grupo, y el monitor lo llevaba en el derecho para escuchar mi voz. Pero ahora que estaba sordo del lado izquierdo ya no podría escuchar al grupo, de modo que iba a necesitar una mezcla del grupo y mi voz en el pinganillo, usando solo el 50 % del oído restante. Iba a ser una pesadilla. Pero habría que encontrar la forma de que funcionara…

Entonces me di cuenta de que el doctor Chang había intentado

suavizar el golpe.

No había noticias buenas por ningún lado.

Al menos dijo que podría hacer el bolo que teníamos próximamente en el ANZ Stadium, allí mismo, en Sídney, siempre que le prometiera que no volvería a coger un avión el mismo día del concierto.

Así que seguí adelante… y conseguí hacer aquel bolo, seguido de ocho más en Australia y otros dos en Nueva Zelanda. Pero era duro hacerlo con un solo oído «bueno».

Después de Nueva Zelanda tuvimos un descanso de cuatro meses antes de comenzar la etapa europea del *Rock or Bust World Tour*. Gracias a eso pude descansar como es debido y ponerme las pilas de nuevo.

Un día sonó el teléfono. Era Tim, nuestro mánager.

—Hola, Brian —dijo—. Tengo buenas noticias: la gira va tan bien que vamos a añadir veinte fechas antes de ir a Europa. ¿De acuerdo?

Decir a mis compañeros de grupo que estaba sordo de un oído y medio sordo del otro y que necesitaba tiempo para descansar los oídos y trabajar en ello con el doctor Chang fue tan difícil y vergonzoso como me había temido.

Todos se lo tomaron bien, claro. Pero las veinte nuevas fechas en Estados Unidos ya estaban cerradas.

—¿Cómo lo ves, Jonna? —me preguntó Angus—. ¿Podrás hacerlo?

—No voy a fallarle al grupo —respondí—, pero si veo que mi oído empeora, tendré que dejarlo.

Fue una época horrible, de desesperación. Al menos tuvimos un largo descanso en Navidades y Año Nuevo, durante el cual hice un par de visitas a un hospital especializado cerca de mi casa, en Sarasota, donde los médicos intentaron fortalecer el poco oído que me quedaba… inyectándome esteroides directamente en el tímpano. No fue una experiencia agradable.

Al mismo tiempo, en Newcastle, mi gran amigo el músico y cómico Brendan Healy se estaba muriendo de cáncer, y su estado había empeorado mucho. Conocía a Brendan desde los tiempos de The Jasper Hart Band; más tarde, los dos nos hicimos miembros de la misma sociedad de bebedores, The Legion of the Damned[71].

Desgraciadamente habíamos perdido a otro miembro, el guitarrista Dave Black, tan solo unos meses antes. Fue hallado muerto tras ser atropellado por un tren. Solo tenía sesenta y dos años.

Dado el estado de mis oídos, no iba a poder volar para estar con Brendan hasta finales de febrero.

—Brendan —le rogué por teléfono—. Sigue luchando, tío. Iré allí lo antes que pueda. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Bueno —dijo Brendan, que nunca perdía su sentido del humor—, si insistes…

Los bolos americanos que vinieron después —Tacoma, Las Vegas, Denver, Fargo y St. Paul— fueron de los más difíciles que he hecho nunca. Para empezar, todos fueron en recintos cerrados, donde el volumen es mucho más alto que en un estadio al aire libre. Casi incapaz de oír al grupo por el pinganillo, tenía que seguir los dedos de Cliff en el bajo para saber dónde estábamos en cada canción. No dejaba de mirar al otro lado del escenario para preguntar a John, mi técnico de sonido: «¿Va bien la cosa?».

Una noche tenía que cantar «Highway to Hell», pero, por mucho que lo intenté, no daba con las notas. Le dije al público:

—Venga, en esta vais a tener que ayudarme.

No tenía ni idea de en qué tono estaba… por suerte, ellos sí. Cuando salí del escenario estaba hundido. Sabía que no podía seguir así. Era desmoralizador. De una forma u otra, aquello tenía que terminar.

Entonces, justo cuando llegábamos a Chicago —tres días antes de volar a Newcastle—, recibí una llamada de casa de Brendan, en Haydon Bridge. Era su hijo Jack, con la noticia que me estaba temiendo. Brendan no había podido aguantar más tiempo.

Se nos había ido.

Cuando Brendan murió me sentí inútil y vacío. Solo tenía cincuenta y nueve años, aún le quedaba mucho por vivir. Todos los que le conocíamos nos quedamos hechos polvo. Odio hablar así, pero el cáncer es una puta mierda. Se ha llevado por delante a demasiados amigos y familiares míos.

Todavía quedaban cuatro bolos de AC/DC antes del funeral de Brendan, y los hice como un sonámbulo.

El último fue en el Sprint Center de Kansas City. Nada más terminar el concierto a las once de la noche, fui corriendo al aeropuerto, cogí un vuelo a Nueva York y luego uno transatlántico a Londres, seguido de otro a Newcastle, donde llegué justo cuando empezaba el servicio.

Todo Newcastle estaba allí.

Excepto Brendan, claro.

Pero fiel a sí mismo, se las arregló para soltar una última carcajada. Al final del servicio, cuando el ataúd iba a ser trasladado a la incineradora del crematorio y estaban bajando la cortina, hubo una estruendosa ovación; todos jaleamos y aplaudimos a aquella persona a la que tanto habíamos querido.

—Lo cierto —dijo el cura con una tos y una sonrisita— es que Brendan dejó instrucciones en caso de que ocurriera esto.

Hizo un gesto con la cabeza, se abrieron las cortinas y apareció de nuevo el ataúd de Brendan.

Era su bis final.

Todos nos partimos de risa y lloramos como magdalenas al mismo tiempo… lo cual no es nada fácil.

Cuando regresé a América, todo había cambiado.

Ya no luchaba por oír algo.

Sencillamente, no oía nada.

Se había hecho un silencio matador. Me sentía atrapado y muy solo.

Ya fuera porque los vuelos al funeral me habían hecho empeorar o por la progresión natural de mis males, la situación se había vuelto crítica. Cuando telefoneé al doctor Chang en Australia para decírselo, me mandó inmediatamente al centro de otorrinolaringología que estaba cerca de mi casa para hacerme pruebas. Así que fui allí, y los resultados no fueron buenos.

—Sr. Johnson —dijo el médico—, tiene usted los oídos muy mal. Esto es muy grave. Y me han dicho que está de gira. Ya no tiene más conciertos, ¿verdad?

—La verdad —reconocí— es que tengo otro concierto en Atlanta en un par de días.

—No —dijo—, ni hablar. No puede hacerlo.

—Tengo que hacerlo. He firmado un contrato.

—Sr. Johnson, lo que ha padecido usted es una pérdida completa de oído temporal. Si vuelve a ocurrir, puede ser permanente. Se quedaría completamente sordo y, llegado ese punto, la única solución sería poner implantes. Tendríamos que ingresarle y hacer una incisión desde cada oído hasta la parte de atrás del cráneo, y los implantes tendrían que sobresalir un poco para poder cambiarles las pilas. Podría sufrir daños nerviosos, problemas de equilibrio, *tinnitus*... hay toda clase de riesgos. Y su cerebro tendría que aprender a oír de nuevo, que es algo que puede llevar meses, y los sonidos que escucharía serían sintéticos. Así que se lo digo por última vez. Pare ya. Si no, se arriesga a no oír ni cantar nunca más.

Esta vez el mensaje caló hondo.

Llamé allí mismo desde mi móvil a Tim, el mánager de giras, para decirle que no podía continuar. Fue una de las conversaciones más difíciles que he tenido en mi vida, y fue aún más doloroso las semanas siguientes cuando la gira siguió adelante sin mí.

Tener que dejar AC/DC en febrero de 2016 fue como caer por un precipicio. Pero no rodando, sino en caída libre.

Para la mayoría de las personas, perder oído es un proceso lento y manejable; forma parte de envejecer. Para mí, no. Un día estaba viajando por todo el mundo con un grupo de rock, cantando para millones de personas en estadios abarrotados, y al día siguiente el mundo era un lugar silencioso y contemplaba mi propia vida como si estuviera al otro lado de un panel de vidrio insonorizado.

Siempre me habían dicho que cuando pierdes el oído ya no hay nada que hacer. Es como recibir un tiro en el campo de batalla: te ha llegado la hora. Pero nadie me había avisado de lo extraño que es no entender nada, la sensación de futilidad que tienes al intentar vencer algo que es una discapacidad física muy real, por no hablar de la desoladora sensación de soledad cuando al fin comprendes que, joder, así va a ser la vida de ahora en adelante. Como dijo en una ocasión George Martin, el productor de los Beatles: te ves convertido en el perro que se sienta a la mesa y asiente con la cabeza.

Parte del daño se debía a que me culpaba a mí mismo.

Había pasado casi toda mi carrera con el grupo que tocaba a mayor

volumen del mundo. No había parado de volar. Había seguido volando aun sabiendo que no estaba bien…

Durante un tiempo, la gente me preguntaba si estaba deprimido. Pero la depresión es algo que se puede tratar; la pérdida de oído, no. Lo que sentía no era una depresión. Se parecía más a la desesperación.

En mi caso otros habrían recurrido a los fármacos o, peor aún, a terapia. Pero esas cosas no van mucho conmigo. Yo me fui a la oficina y hundí la cabeza en una botella de whisky. No os preocupéis, os aseguro que era whisky del bueno.

Para el resto del *Rock or Bust World Tour* fui sustituido por Axl Rose. Por lo que me han dicho, Axl lo hizo muy bien. Pero yo era incapaz de ver aquello, sobre todo después de haber pasado treinta y cinco años haciéndolo. Es como entrar en casa y encontrarte a un desconocido sentado en tu sillón favorito. Aunque no guardo rencor a nadie. Era una situación difícil, y Angus y los demás hicieron lo que creían que debían hacer.

Dicho esto, después de que el grupo emitiera un comunicado anunciando que abandonaba la gira y deseándome lo mejor para el futuro, no conseguía relajarme ni concentrarme en nada.

Aquello seguía allí.

Entonces empezó a sonar el teléfono.

El primero en llamar fue Joe Walsh de los Eagles; Dios le bendiga. Luego Billy Connolly…

—¿Cómo va eso, Brian? ¿Es verdad que no vamos a oír nunca más esos trinos armoniosos?

Eso me hizo sonreír por primera vez. Luego llamó mi colega Roger Daltrey, a quien conocí en el camerino de *Top of the Pops*, y luego Ozzy y Sharon Osbourne, enviándome todo su cariño y su apoyo.

Supongo que no tiene nada de sorprendente, pero casi todos ellos tenían sus propios problemas de oído.

—En Nueva York solo puedo ir a cinco restaurantes, porque son los únicos donde oigo algo —me dijo Sting, añadiendo que la culpa la habían tenido «los platos de la batería, curiosamente».

Luego empecé a recibir cartas de todo el mundo. Cartas y más cartas. De personas que me deseaban lo mejor y esperaban que algún

día pudiera volver a los escenarios. Estas personas eran los fans del grupo, y debo deciros que eso me animó más de lo que podríais imaginar. Contesté a todos los que pude. Lo hice de corazón. Gracias a todos por esos mensajes tan amistosos. Me ayudaron a salir adelante.

Entretanto me distraje entregándome a mi otra gran afición: los coches de carreras.

Lo curioso es que empecé a ganar más carreras que nunca. La peña venía después y me decía: «¡Brian, tú no sabes lo que es el miedo!». Pero no es que no tuviera miedo. Es que me la sudaba todo. Siempre he pensado que la mejor forma de morir sería cogiendo una curva a trescientos por hora; te la pegas contra un muro y ¡boom!, se acabó, adiós muy buenas.

No me malinterpretéis. No es que quisiera morir…

Pero tampoco me habría importado mucho.

Un buen día recibí una llamada de un ser maravilloso llamado Stephen Ambrose, un experto en sonido y audición de Nashville que había empezado a fabricar pinganillos de monitor ya en los sesenta, siendo adolescente. La primera vez que nos vimos se trajo una máquina que parecía la batería de un coche y me conectó a ella para someterme a toda clase de pruebas. Según me explicó, el auricular que llevaba la máquina era una especie de prótesis del tímpano que utilizaba una burbuja hinchable para conducir el sonido. Stephen aún estaba buscando la forma de hacerlo en miniatura, cosa que ya ha logrado desde entonces.

No sé qué magia empleó, pero funcionó. Pude volver a oír, incluso con mi oído sordo, y gracias a eso pude disfrutar del estéreo por primera vez desde aquel vuelo a Vancouver en 2015.

De repente sentí algo que no había sentido en lo que me había parecido toda una eternidad.

Esperanza.

Cuatro meses después de dejar la gira de AC/DC volví a Inglaterra para visitar a mi familia y a algunos amigos. Pero nada más llegar a Newcastle con Brenda, mi esposa, sonó el teléfono.

—Hola, Brian. Aquí Peter Mensch. Ahora soy mánager de Muse.

Era estupendo volver a oír la voz de Peter después de tantos años. Le dije que Muse me parecía un grupo realmente sólido.

—Ah, les va a gustar mucho que digas eso… porque les encantaría que salieras a cantar «Back in Black» con ellos.

—¿Cómo? ¿En serio? ¿Cuándo?

—Mañana. En Glastonbury.

A estas alturas ya tenía el oído mucho mejor, pero no había actuado en directo desde aquel bolo de AC/DC en Kansas, antes de volar a casa para el funeral de Brendan Healy. Miré a mi esposa, Brenda, que había escuchado la conversación, y ella me hizo un gesto de «hazlo».

Para cuando quise darme cuenta, estaba con los chicos de Muse ensayando la canción detrás de una cortina en una de las zonas de camerinos del festival. Pero el volumen fue suficiente para que lo oyera mucha gente, y nada más terminar me encontré con una horda de promotores —y en concreto un tipo alemán— preguntándome qué hacía allí. En ese momento comprendí que no sería mala idea avisar a AC/DC de lo que iba a hacer. Así que llamé a George Fearon a Nueva York, y me pidió que le diera veinte minutos para hablar con los abogados del grupo y averiguar si había problemas legales. Y claro, tratándose del negocio discográfico… había problemas legales.

Muchos problemas legales, de todo tipo.

No podía hacerlo. Tenía que renunciar a ello.

Me sentí fatal, sobre todo después del esfuerzo que habían hecho Peter y Muse para que cantara con ellos.

—Bueno, ¿y si lo hacemos en Reading el año que viene? —preguntó Peter—. Para entonces ya habremos arreglado todo el papeleo.

—Si os seguís acordando de mí… yo lo hago.

Se acordaron.

Y aunque estaba muy nervioso antes de salir a escena, fue maravilloso. Al terminar, Matt Bellamy se acercó y me dio un gran abrazo en el escenario.

Ahí fue cuando volví a sentir todo de nuevo. La excitación. La diversión. El ruido. No hay nada como tocar rock en directo, y aquello me devolvió la vida. Sin duda lo notaron también los chavales del público, chavales con pinta de estudiantes que por algún motivo se

sabían la canción de memoria y la habían coreado conmigo. Mis hijas lloraban. Mi esposa lloraba.

—Ojalá todos mis conciertos fueran así de cortos —le dije a Matt, riéndome aliviado. No fue más que una canción, pero, tras dos años de silencio, tuve una gran sensación de victoria.

Un par de meses después se nos fue Malcolm. Su funeral fue en la catedral de St. Mary de Sídney, a finales de 2017.

No tenía más que sesenta y cuatro años cuando finalmente se lo llevó la demencia senil con la que había luchado durante años.

Fue un día espantoso.

Su esposa O'Linda y sus hijas Ross y Cara encabezaron el cortejo fúnebre. La guitarra Gretsch de Malcolm estaba junto al ataúd. Cuando terminó la misa, la familia siguió a los portadores del féretro hasta el coche fúnebre. En la calle aguardaba una banda de gaiteros y tamborileros escoceses. El cortejo echó a andar al son de «Waltzing Mathilda[72]». Espero que podáis haceros una idea. De la multitud, de las lágrimas y del orgullo y el amor que sentíamos por esta persona.

Cuando Malcolm dejó AC/DC en 2014, el corazón del grupo dejó de latir. Todavía hoy sigo echándole de menos más de lo que puedo expresar. Malcolm siempre estaba pendiente de todo, desde cómo había tocado un miembro del grupo hasta si uno de los roadies se encontraba bien. No sé cómo lo hacía. Tuvo sus demonios interiores, pero supo vencerlos y los venció para siempre. Como guitarrista era un maestro. Y tras ese sonido poderoso había una sutileza que los críticos no fueron capaces de entender. Yo lo tenía a la derecha en el escenario y nunca dejaba de admirarlo. Pero me guardaba mi admiración para mí, porque Malcolm no era un tipo al que le gustaran mucho los cumplidos.

Fue duro ver a Angus tener que enfrentarse a tanto dolor y aflicción.

Malcolm y él no eran gemelos, pero era como si lo fueran.

Y perderle tan poco tiempo después de que muriera George, su hermano mayor —otro icono— fue increíblemente duro. Por suerte tenía al grupo y a su mujer, Ella, para darle todo su apoyo.

Más tarde, estaba sentado en el velatorio junto a Phil Rudd, y en esas me miró y dijo:

—Entonces, ¿cuál es tu oído malo?

Señalé mi ojo izquierdo y le dije:

—Este.

Aquello ayudó mucho a romper el hielo. Lágrimas y risas, de nuevo esa extraña combinación.

El técnico de sonido de AC/DC, Paul Boothroyd —un tío de Liverpool famoso por decir siempre lo que piensa—, abrió la boca y dijo:

—Bueno, tíos, ¿para cuándo esa reunión del grupo?

Todo el mundo se quedó callado.

—Bueno, era solo una idea…

Poco después me llamó George Fearon.

—Angus quiere saber si te interesaría grabar un nuevo disco —dijo.

—Sí —dije—. Estaría de puta madre.

El verano siguiente estábamos de camino a Vancouver (Canadá) para grabar *Power Up* con Brendan O'Brien como productor. Yo había intentado no emocionarme mucho, no fuera a ser que los abogados levantaran de nuevo la cabeza y encontraran una razón para no hacerlo.

Pero a medida que se acercaba la fecha, empecé a comprender que… joder, nos estamos reuniendo de verdad.

Era algo fantástico. Y también una prueba para los nervios, por decirlo suavemente.

Porque resulta que, cuando dejé el grupo, hubo gente que me metió mucha caña. Así que, curiosamente, tenía la sensación de estar volviendo a empezar… Llevaba toda la vida grabando en estudios, pero esta vez era muy especial.

Estoy seguro de que Angus, Cliff y Phil también se sentían así, aunque nunca solemos hablar de estas cosas. Angus ya no tenía a su hermano a su lado. Cliff venía de una confortable jubilación. Phil había tenido algunas movidas muy fuertes en Nueva Zelanda.

Pero nos gustaba ese reto.

Todos teníamos algo que demostrar.

Éramos los pioneros. Queríamos demostrar lo que éramos capaces de hacer.

Y aquí estamos ahora, saliendo de una pandemia —espero— y con todas las normas de la vida patas arriba.

Power Up se publicó finalmente durante una de las fases más duras del confinamiento y fue nº 1 en veintiún países, consiguiendo además algo que nadie podía haber esperado: contentar a los críticos. Bueno, colegas, ¡solo nos ha costado cuarenta años!

Anoche volví a escuchar el disco. Es un milagro que llegara a suceder. Pero no puedo estar más contento de que fuera así, porque cantar en AC/DC no es como cantar en cualquier otro grupo. No hay baladas. No hay eso de guardarte la voz para la siguiente canción. Lo estás dando todo a cada momento. Es puro ataque. Como cantar con una bayoneta calada.

Como ya he dicho antes, «tengo nueve vidas y ojos de gato, abusando de cada una de ellas y haciendo el loco».

Por supuesto, después del éxito de *Back in Black* seguí haciendo giras y grabando con AC/DC durante varias décadas, pero esas historias me las guardo para otro momento y otro libro…

ÁRBOL GENEALÓGICO ROCKERO

Half Past Thirteen (1966 – 1967)
Ken Brown (voz/guitarra)
Fred Smith (batería)
Charley Foskett (bajo)
Lusika State Group (1965/66)
Sharkey (guitarra)
Alan Taylorson (teclados)
Tom Hill (bajo)
Brian Gibson (batería)
Vince King & The Stormers (1963)
Bob Jerry (voz)
Malcolm Hooper (guitarra)
Joe D'Ambrosie (batería)
Vic Malcolm (guitarra rítmica)
Micky Golden (bajo)
Dave Ditchburn (voz)
Crusade #3
(enero 1969 – octubre 1970)
Ken Brown (guitarra)
Fred Smith (batería)
Steve Chance (bajo)
Alan Taylorson (teclados)
Jim Snowdon (voz)
Sneeze #2 (1968 – 1969)
Ray Coulson (guitarra)
Pierre Pederson (teclados)
Tom Hill (bajo)
Brian Gibson (batería)
Rod Foggon (voz)
Roger Smith (saxo)
Jim Hall (fliscorno)
Gobi Desert Kanoe Klub #2
(octubre 1967 – agosto 1968)
Brian Johnson (voz)
Dave Yarwood (guitarra)
Ken Brown (guitarra)
Fred Smith (batería)
Steve Chance (bajo)
Yellow #2
(agosto 1970 – junio 1971)
Kenny Mountain (voz/guitarra)
Tom Hill (bajo)
Keith Fisher (batería)
Bob Barton (guitarra)
Pierre Pederson (teclados)
Yellow #1 (marzo 1970)
Kenny Mountain (voz/guitarra)
Tommy Sloan (batería)
Joe D'Ambrosie (bajo)
Vic Malcolm (guitarra)
Blondie
(agosto 1969 – agosto 1970)
Tom Hill (bajo)
Keith Fisher (batería)
Bob Barton (guitarra)
Pierre Pederson (teclados)
Brass Alley (1972)
Franky Gibbon (bajo)
Barry Alton (guitarra)
Howard Martin (batería)
Dave Ditchburn (voz)
Smoke Stack Crumble (1971)
Dave MacTavish (voz)
Vic Malcolm (guitarra)
Paul Thompson (batería)
Sneeze #3 (1970 – 1971)
Rod Foggon (voz)
Brian Gibson (batería)
Mick Balls (guitarra)
George Otigbah (bajo)
Roger Smith (saxo)
Jim Hall (fliscorno)
Geordie #4 (octubre 1976)
Brian Johnson (voz)
Dave Ditchburn (voz)
Vic Malcolm (guitarra)
Franky Gibbon (bajo)
Alan Clark (teclados)
George Defty (batería)
Brass Alley #2 (1976)
Brian Johnson (voz)
Dave Ditchburn (voz)
Vic Malcolm (guitarra)
Franky Gibbon (bajo)
Alan Clark (teclados)
George Defty (batería)
Fogg (1975)
Chris McPherson (voz)
Bob Porteus (batería)
Derek Rootham (guitarra)
Dave Robson (bajo)
Geordie #5
(julio 1977 – marzo 1980)
Brian Johnson (voz)
Dave Robson (bajo)
Derek Rootham (guitarra)
Davy Whittaker (batería)
Geordie U.S.A. (mayo 1977)
Brian Johnson (voz)
Dave Robson (bajo)
Derek Rootham (guitarra)
Davy Whittaker (batería)
U.S.A. #2 (abril 1977)
Brian Johnson (voz)
Dave Robson (bajo)
Derek Rootham (guitarra)
Davy Whittaker (batería)
AC/DC #15 (marzo 1980)
Brian Johnson (voz)
Angus Young (guitarra solista)
Malcolm Young (guitarra rítmica)
Cliff Williams (bajo)
Phil Rudd (batería)

Agradecimientos

A Brenda Johnson, por dejarme hacer esto.

A Cliff, Angus, Malcolm y Phil.

A Joanne y Kala, por haber estado siempre cerca de papá.

A Maurice Johnson, por limpiar el libro de chorradas.

A Victor, por estar ahí al comienzo, y todo mi amor a Julie por ser la única chica de los cuatro.

A George Beveridge, Ken Walker, Vic Malcolm, Steve Chance y Phil Hildreth, por refrescarme todos los recuerdos olvidados.

Quiero dar las gracias a Darren Goulden por su espléndida labor con todos los datos históricos, fechas y momentos importantes. Y sobre todo por su excepcional «árbol genealógico». Muchas gracias, Daz.

A Tarquin Gotch, mi amigo y mánager.

A Rowland White, mi editor, por su confianza en mí.

Permisos de las imágenes

La numeración hace referencia a la paginación de la edición en papel.

Imágenes añadidas

Todas las imágenes por cortesía del autor, excepto las siguientes:
p. 4, segunda fila, autor desconocido
p. 9, abajo a la izquierda, BBC
p. 10, centro, autor desconocido
p. 10, abajo, Ian Dickson/Redferns vía Getty Images
p. 11, arriba, cortesía de OVC Media y Eliot M. Cohen
p. 11, abajo, The Hoover Company
p. 13, abajo, Wikimedia Commons
p. 14, arriba, Blueee/Alamy Stock Photo
p. 14, abajo a la derecha, Chris Walter/WireImage vía Getty Images
p. 15, arriba, Everett Collection
p. 15, centro, Denis O'Regan/Getty Images
p. 15, abajo a la derecha, ZUMA Press, Inc./Alamy Stock Photo

Imágenes integradas

Todas las imágenes por cortesía del autor, excepto las siguientes:
p. 94, Records/Alamy Stock Photo
p. 126, Jorgen Angel/Redferns vía Getty
p. 144, Wikimedia Commons
p. 178, Gijsbert Hanekroot/Redferns vía Getty Images
p. 224, BBC

p. 234, Sefton Samuels/Popperfoto vía Getty Images
p. 242, lee avison/Alamy Stock Photo
p. 262, ACORN I/Alamy Stock Photo
p. 274, Bob King/Redferns vía Getty Images
p. 284, Bob Thomas Sports Photography vía Getty Images
p. 296, Maxiphoto/iStock Photo vía Getty Images

Se han realizado todos los esfuerzos posibles por localizar a los propietarios de los derechos y obtener su permiso para hacer uso de material de derechos reservados. El editor pide disculpas por cualquier posible error u omisión, y estaría muy agradecido de que se le informara de cualquier corrección que deba ser incorporada a futuras ediciones del libro.

Imágenes

Mamá y papá. Primeros días en Dunston después de Italia.

La foto que no quieres que tu madre enseñe a todo el que viene a casa.

Nuestra primera casa propia, en el 106 de Beech Drive.

Oak Avenue. ¡Mira, sé correr! La foto que no quieres que tu madre enseñe a todo el que viene a casa.

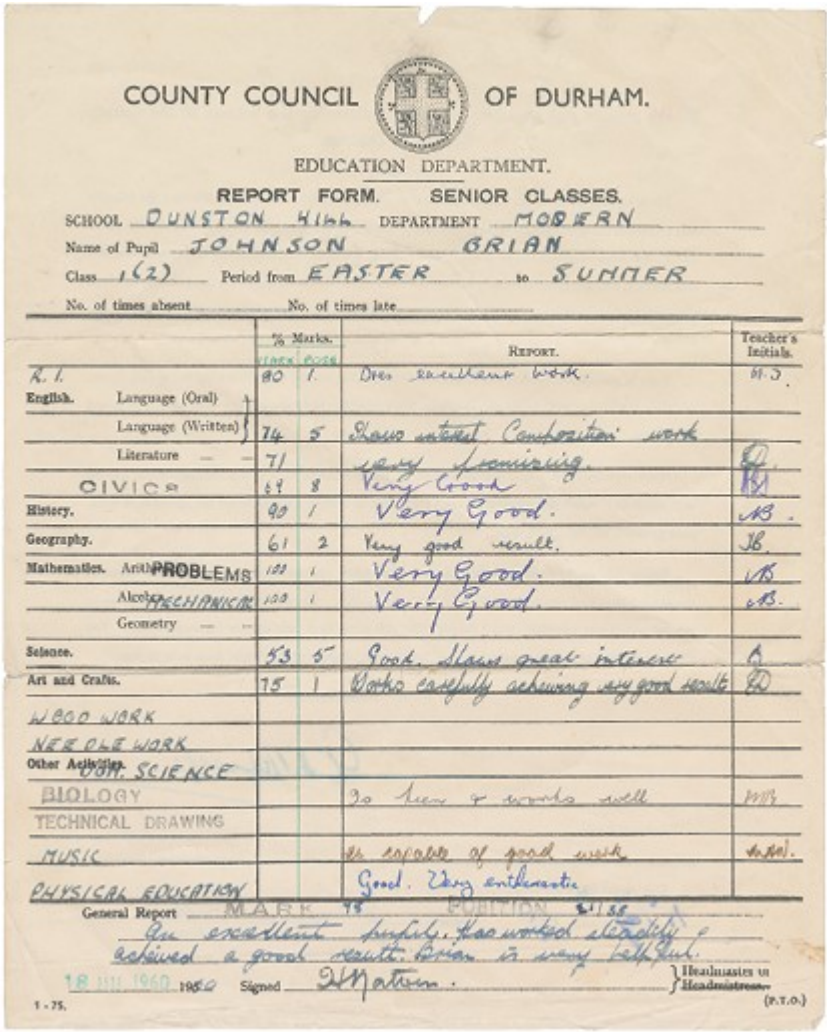
Los temibles bañadores de lana. Yo soy el de la derecha, antes del baño.

La familia en una excursión a Durham City.

Programa de mano de un Gang Show.

Preparándome para ir con los Sea Scouts.

Con mi amigo de toda la vida George Beveridge. (Su padre siempre estaba apostando a los caballos, de ahí el detalle del jersey…)



COUNTY COUNCIL OF DURHAM.

EDUCATION DEPARTMENT.

REPORT FORM. SENIOR CLASSES.

SCHOOL DUNSTON HILL DEPARTMENT MODERN

Name of Pupil JOHNSON BRIAN

Class 1(2) Period from EASTER to SUMMER

No. of times absent ..... No. of times late .....

	% Marks. Mark	% Marks. Pos.	Report.	Teacher's Initials.
R. I.	80	1.	Does excellent work.	M.J.
English. Language (Oral)				
Language (Written)	74	5	Shows interest Composition work	
Literature	71		very promising.	[illegible]
CIVICS	69	8	Very Good	[illegible]
History.	90	1	Very Good.	AB.
Geography.	61	2	Very good result.	JB.
Mathematics. Arithmetic PROBLEMS	100	1	Very Good.	AB
Algebra MECHANICAL	100	1	Very Good.	AB.
Geometry				
Science.	53	5	Good. Shows great interest	[illegible]
Art and Crafts.	75	1	Works carefully achieving very good result	[illegible]
WOOD WORK				
NEEDLE WORK				
Other Activities. DOM. SCIENCE				
BIOLOGY			Is keen & works well	MB
TECHNICAL DRAWING				
MUSIC			Is capable of good work	[illegible]
PHYSICAL EDUCATION			Good. Very enthusiastic	

General Report MARK 75 POSITION 2/38

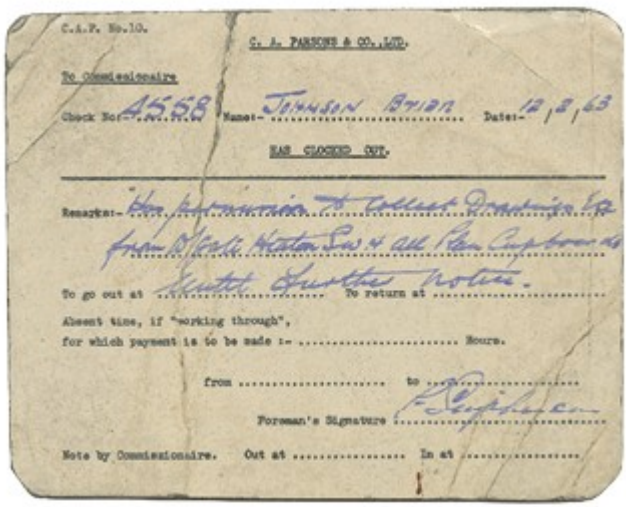
An excellent pupil. Has worked steadily & achieved a good result. Brian is very helpful.

18 JUL 1960 1960 Signed H Matson. } Headmaster or Headmistress.

1 - 75. (P.T.O.)

Me gusta el comentario del profesor de música. «Es capaz de hacer las cosas bien.» ¿Eso era bueno o malo?

Umberto, George, Rob y yo en la playa de Frascati.



C.A.P. No.10.

C. A. PARSONS & CO., LTD.

To Commissionaire

Check No:- 4558 Name:- Johnson Brian Date:- 12/2/63

HAS CLOCKED OUT.

Remarks:- Has permission to collect Drawings etc from Merle Heaton Sw & all Plan Cupboards until further notice.

To go out at ..... To return at .....

Absent time, if "working through",
for which payment is to be made :- ..... Hours.

from ..... to .....

Foreman's Signature .....

Note by Commissionaire. Out at ..... In at .....

Un pase de Parsons con el cual podía entrar a los distintos talleres; el equivalente a un pase de camerino.

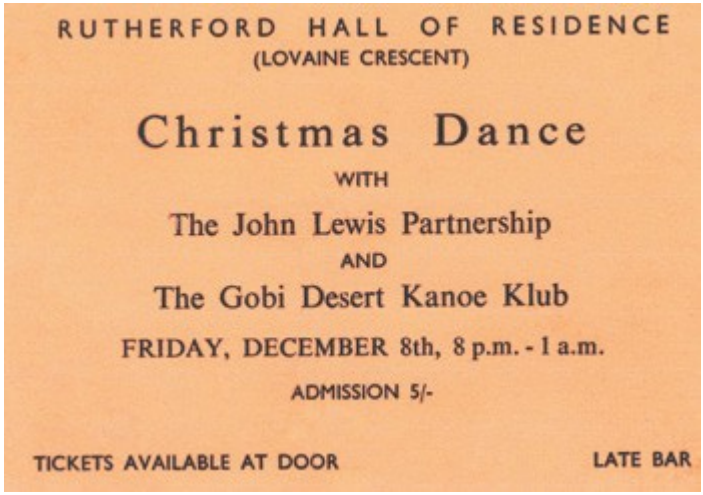
Este es el segundo bolo que hice en mi vida y me sigue emocionando cada vez que veo la foto. Qué buenos recuerdos. La sala era el Playhouse Theatre de Jesmond.

El Scrogg.

Mi boda. North Shields, 1968. ¡Se ven muy pocas sonrisas!

Carol y Joanne.

Primera foto promocional, sentados en lo alto de una furgoneta Commer.



Por fin nuestro nombre en un flyer.

La Jasper Hart Band; el de la ventanilla es Ken Brown.

La Jasper Hart Band en 1970. No voy a decir que tuviéramos mucho éxito, ¡pero éramos felices!

Nuestra primera rueda de prensa. Se nos ve aburridos.

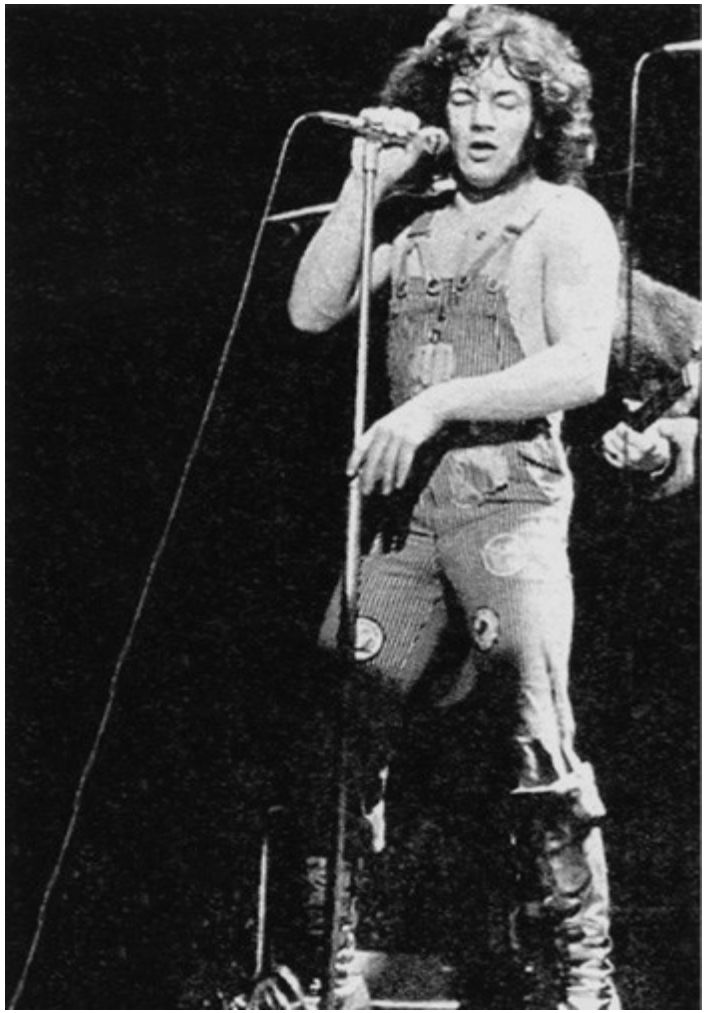
El autobús rojo de Red Bus.

¡Esta es la mierda pop a la que me refería!

Solo una madre podría hacerte esta ropa. Corrían tiempos muy desesperados.

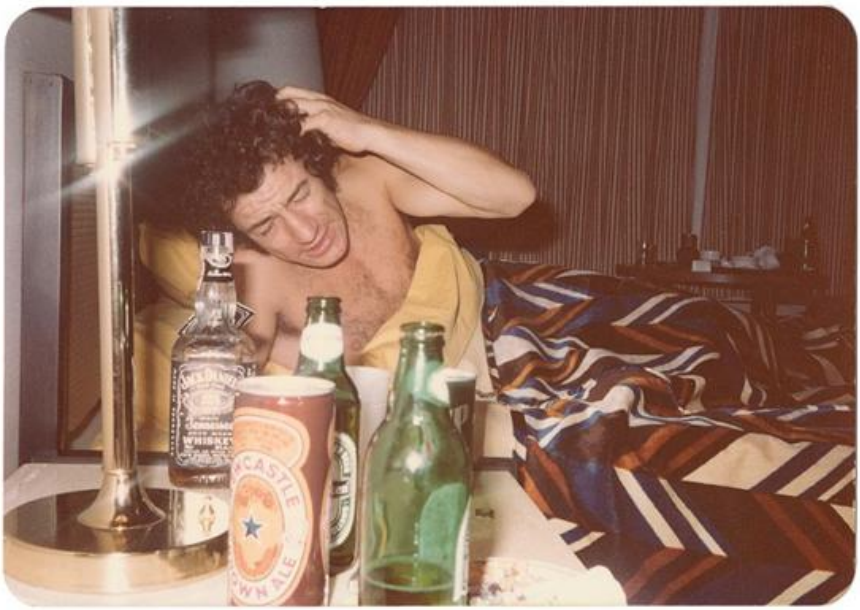
De gira por Japón.

¡Vamos, vaquero! Tom Hill en su silla de montar.



Esas botas de mierda todavía aparecen en mis pesadillas.

Cuando alquilamos un barco durante una semana. Kala y Joanne llevan chalecos salvavidas.



De gira: la vida en la carretera no casaba bien con la vida familiar.

El bolo con Slade fue un verdadero empujón para nuestra carrera. Dos conciertos en un día, entradas agotadas en ambos.

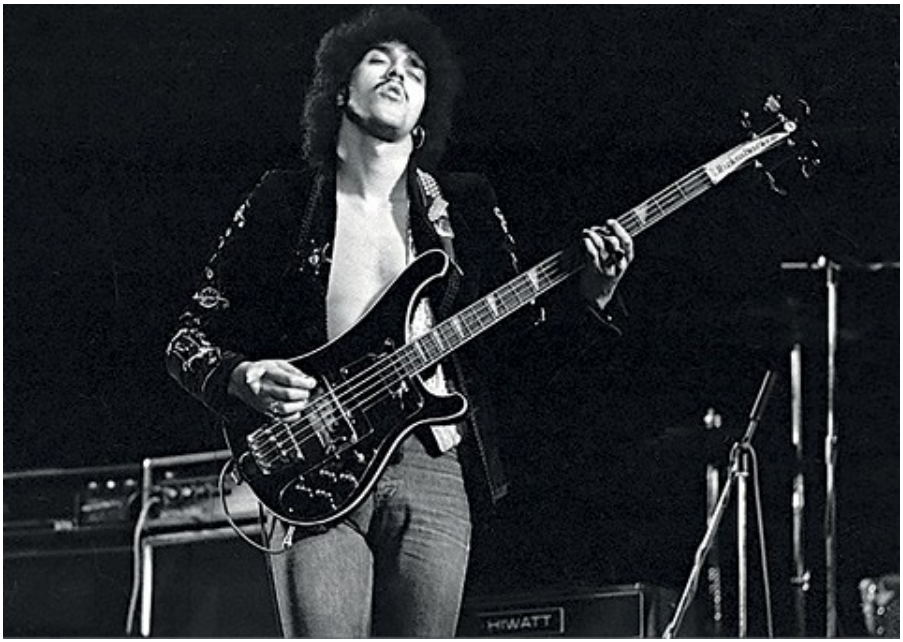
Esto es lo que habíamos soñado.

Geordie en *Top of the Pops*.

Roger Daltrey en su casa, subido a un caballo.

Geordie dándolo todo.

El pub Greyhound.



Phil Lynott.

Tetas, bragas, gánsteres y un regalo de Navidad.

«¡Aspira de lo lindo!» Mis 350 libras, por favor.

PRESS RELEASE ATLANTIC RECORDS PUBLICITY 75 ROCKEFELLER PLAZA, NY 10019 (212) 484-8200

FOR IMMEDIATE RELEASE

FROM: BOB KAUS

APRIL 15, 1980

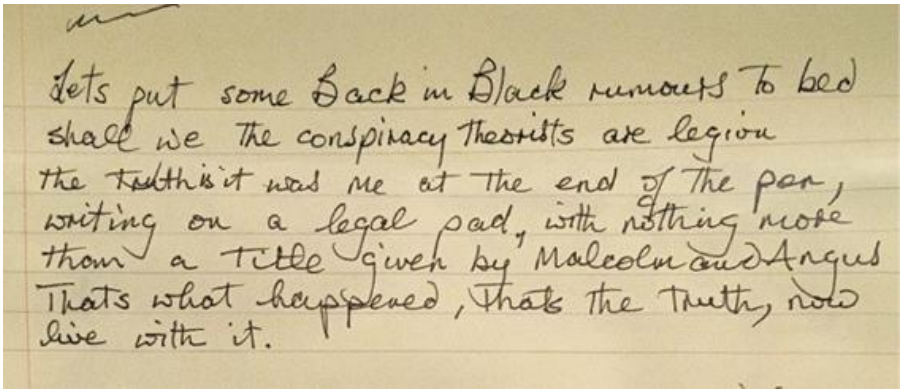
AC/DC NAMES BRIAN JOHNSON AS NEW LEAD SINGER

Atlantic recording group AC/DC has announced that Brian Johnson has joined the group as their new lead singer. The news comes after the considerable speculation which followed the tragic and untimely death in February of original AC/DC lead singer/lyricist Bon Scott.

27 year-old Brian, who was born just outside Newcastle (England), was previously with the British group Geordie. They enjoyed two Top 20 hits in the U.K. in 1973, "All Because of You" and "Can You Do It." Most recently, Brian had been singing with a re-formed line-up of Geordie, when he was invited to audition for AC/DC last month. Brian was recommended to the group by their producer, Robert John Lange.

Brian has now joined the other members of AC/DC - Angus Young, Malcolm Young, Phil Rudd & Cliff Williams - in rehearsals for the group's next Atlantic album. Current plans call for the band to enter the studio in early May to commence the recording of the new LP.

AC/DC's last album, "HIGHWAY TO HELL," was recently certified platinum by the RIAA. The group most recently toured the U.S. in the Fall of 1979, with a cross-country headlining itinerary.

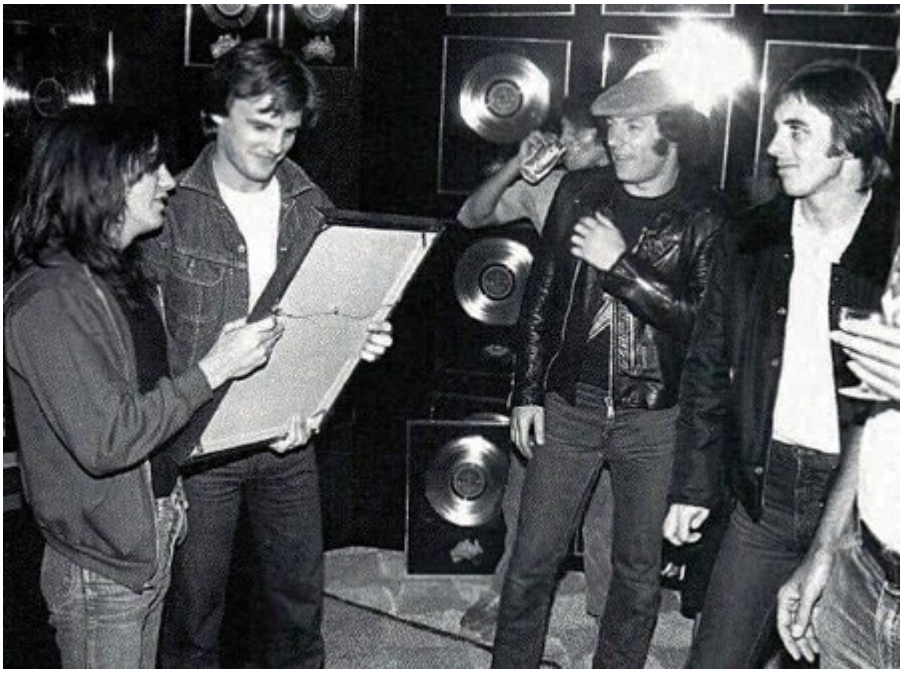


Escribiendo letras.

Angus, Mal y yo desayunando en las Bahamas.

Compass Point.

Riffs: Young y Young. Letras: Johnson.

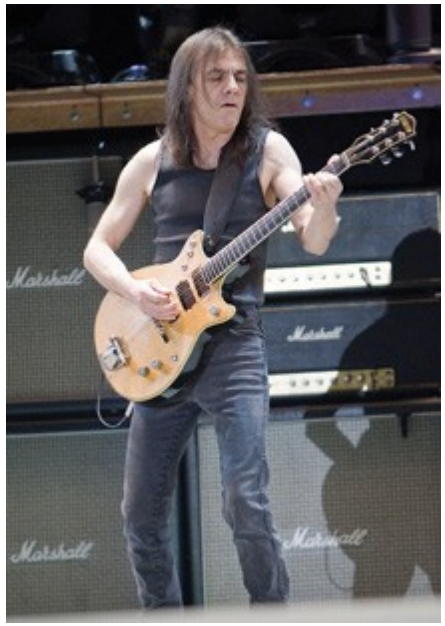


Nuestro primer disco de platino en Australia. Un día memorable.

Una de mis primeras portadas. Muy fuerte salir ahí yo solo. Pensé «¡joder, lo he conseguido!».

Actuando en directo en 1980.

En la carretera con AC/DC, 1980.



Descanse en paz: el legendario Malcolm Young.

Mi pobre padre nunca se acostumbró a los fotógrafos de prensa (esta foto se hizo en su club para trabajadores).

Disfrutando cada segundo.

Notas

1.

«Mi intención era soltar un gato salvaje en la orilla», dijo más tarde Winston Churchill sobre el desembarco, «pero más bien fue una ballena varada.» [*Todas las notas son del autor, salvo cuando se especifica lo contrario.*]

2.

Tras esta revelación, di por hecho que mamá los tiraría. Pero en nuestra casa no se tiraba nada. Al contrario: al llegar el invierno, mamá nos dio a cada uno un pasamontañas de lana azul oscura sospechosamente familiar… y con olor a agua salada.

3.

Apodo de William Joyce, activista político y locutor de radio estadounidense que trabajó para el gobierno nazi durante la Segunda Guerra Mundial. [*N. del T.*]

4.

«*Slogger*»: trabajador, concienzudo. [*N. del T.*]

5.

Muchos años después, el IRA intentó poner una bomba allí.

6.

El policía risueño. [*N. del T.*]

7.

«Me pareció ver un lindo gatito», la frase clásica de Tweety (Piolín). [*N. del T.*]

8.

Aunque el nuestro nunca dijo nada, porque nadie hablaba con él. Cuando salía de la jaula se dedicaba a tirar cosas y a cagar en el sofá.

9.

Cuando en 1989 me mudé a Sarasota (Florida), conocí al que sería uno de mis mejores amigos: William Kelley, un artista de fama mundial entre cuyos admiradores estaba nada menos que la difunta historiadora de arte de la BBC, Sister Wendy Beckett. Cuando mi padre vino a visitarme, él y Billy —un irlandés de Boston muy aficionado a la bebida y a la juerga— hicieron buenas

migas inmediatamente. Nunca olvidaré cuando mi padre nos vio jugar al golf y gritó: «¡Eso que estáis haciendo no es ni golf ni nada!», aunque él no había jugado jamás en su vida. (Y cuando más tarde hizo la prueba, jugó exactamente como si no lo hubiera hecho jamás en su vida.) El caso es que en aquella visita estábamos tomando una cerveza y Billy contó que su padre había aterrizado en Anzio el mismo día que mi padre lo había hecho en Nettuno. Así fue como nació The Sons of Anzio, una organización a la que Billy y yo, además de mis hermanos Maurice y Victor y nuestros respectivos sobrinos, aún tenemos el honor de pertenecer a día de hoy.

10.

«*Spam*» es una variedad de carne enlatada; el nombre viene de la marca más popular que la comercializa. [*N. del T.*]

11.

«Más de once», la edad a la que se hacía el examen. [*N. del T.*]

12.

Agricultura. [*N. del T.*]

13.

Baile que consistía en mover solo los brazos y las manos cuando el público estaba sentado en un teatro o no había sitio para mover el cuerpo. Se hizo famoso con el tema de Johnny Otis «Willie and the Hand Jive». [*N. del T.*]

14.

El Método Morley de Desarrollo Científico de la Altura. [*N. del T.*]

15.

Literalmente, «de pie izquierdo». En el siglo XVI, las palas que se usaban para cavar hoyos tenían un apoyo para el pie, que en las zonas anglicanas estaba en el lado derecho y en las zonas católicas, en el izquierdo. [*N. del T.*]

16.

Ver nota 10. [*N. del T.*]

17.

En los ensayos el director del coro siempre decía: «No, no, aquí hay alguien que canta con la nariz», y todos sabíamos que era él, pero nadie se atrevía a decírselo.

18.

El City & Guilds of London Institute, un organismo educativo del Reino Unido. [*N. del T.*]

19.

En Dunston todas las señales de trasmisión eran malísimas porque es una zona de baja altitud, rodeada de montes. Por suerte para nosotros, una compañía

llamada Rediffusion, que dio sus primeros pasos en Hull, levantó por fin las calles y tiró cables bajo el suelo, y así nuestras radios pudieron tener conexión directa.

20.

«*Scrogg*» significa en dialecto «lugar desaliñado o andrajoso». [*N. del T.*]

21.

Y ahí sigue hoy en día, en el 125 de Scrogg Road, junto a Walker Park… si os atrevéis a entrar.

22.

Algo así como «el trío de folk calentito». [*N. del T.*]

23.

El Klub de Kanoas del Desierto de Gobi. [*N. del T.*]

24.

Entre rojo y naranja.

25.

Un *love-in* es un acto público de celebración del amor, la meditación, el sexo, la música y las drogas recreativas. [*N. del T.*]

26.

«¿Por qué no…. d-d-d-esaparecéis?» En la canción, esa «f» arrastrada parece anunciar no el verbo «*fade*», sino otra palabra inglesa de cuatro letras. [*N. del T.*]

27.

Las Trece y Media. [*N. del T.*]

28.

Estructuras de acero prefabricadas para uso militar. [*N. del T.*]

29.

Las siglas de Navy, Army and Air Force Institutes (para el que le interesen estas cosas).

30.

«*Geordie*» es el gentilicio de la zona de Newcastle. [*N. del T.*]

31.

Martillo Rojo. [*N. del T.*]

32.

En inglés, enviar a alguien a Coventry significa marginarlo, hacerle el vacío. [*N. del T.*]

33.

Barrio tradicionalmente judío de Londres. [*N. del T.*]

34.

En la décima página del contrato había una advertencia con un sello rojo que indicaba que el artista nunca recibiría más del diez por ciento del total de los beneficios, pero nunca llegamos hasta esa página…

35.

Lo único que recuerdo del proceso de grabación es que Roberto nos llevó a ensayar a un salón parroquial y le preguntó a Vic si tenía más canciones. «Tengo canciones por un tubo», respondió él, y empezamos a partir de ahí. Fue una gran experiencia de la que ni Vic ni yo recordamos gran cosa, lo cual me jode bastante. Como tantos músicos jóvenes, tocábamos muy fuerte, con mucha confianza y con muchos fallos; pero éramos lo bastante inocentes como para declararnos «no culpables» de los cargos.

36.

Esperamos que os guste. [*N. del T.*]

37.

Cajas metálicas de transporte en las que se llevan los instrumentos y el equipo. [*N. del T.*]

38.

El eslogan de la campaña en revistas y vallas publicitarias era «el New Musical Express» [«el nuevo expreso musical», juego de palabras con el nombre de la revista (*N. del T.*)], y en la foto posábamos junto a la furgo con nuestro equipo.

39.

Es un nombre de origen indio.

40.

Aún siguen siendo muy populares; en 2021 se subastó un ejemplar de 1973, en perfecto estado, por 29.582 libras.

41.

«Down Under» («abajo debajo») es una manera informal de referirse a Oceanía. [*N. del T.*]

42.

Noctámbulos. [*N. del T.*]

43.

En los meses y años siguientes me reconcilié y me separé de mi mujer *muchas* veces, y más tarde hicimos un gran esfuerzo por intentarlo de nuevo, aunque solo fuera por las niñas. Pero a pesar de nuestras buenas intenciones, era una ingenuidad.

44.

La página 3 de tabloides como *The Sun*, en la que salían fotos de modelos en toples. [*N. del T.*]

45.

«*Fog*» significa «niebla». [*N. del T.*]

46.

Durante la guerra de las Malvinas se volvió aún más problemático, porque la canción era el himno oficioso de las fuerzas navales británicas.

47.

Soy un pajero. [*N. del T.*]

48.

Brendan Healy me contó que una vez fue a ver a Pavarotti en directo pero le acabaron echando y le prohibieron entrar a un concierto del tenor para el resto de su vida. Cuando le pregunté por qué, se encogió de hombros y dijo: «Al parecer no le gusta que te pongas a cantar con él».

49.

¡En los que no solo se vendían helados!

50.

En sus tatuajes no había ni una falta de ortografía… Es broma.

51.

La primera norma de las pelis de guerra es que una pregunta *siempre* debe responderse con otra pregunta.

52.

La canción no se publicó nunca, pero después de que empezara a cantar con AC/DC sonó mucho en la radio en Estados Unidos, y ahora se puede encontrar en internet con un vídeo en plan *anime*.

53.

Lo gracioso es que una de las llantas del Toyota reventó nada más salir de Newcastle, así que tuve que pasarme media hora de rodillas en el barro, a un lado del coche, cambiando la rueda bajo la lluvia. Que no es lo ideal cuando tienes por delante un viaje de cinco horas y una importante entrevista de trabajo.

54.

Algo así como «Vuelvo de luto/Estaba en el sobre». [*N. del T.*]

55.

Más tarde tuve que pagar 30.000 libras de mi bolsillo para librarme de ese contrato.

56.

El equivalente al Día de los Inocentes en algunos países. [*N. del T.*]

57.

Ella era una máquina rápida/su motor siempre estaba limpio/Era la mejor mujer que he conocido. [*N. del T.*]

58.

Esa camiseta del «22» se merece una medalla póstuma por los servicios prestados. No solo me la puse *todos los días* de mi estancia en las Bahamas, sino también en los seis vídeos que hicimos para promocionar el álbum. (Se rodaron en una sola tarde en Bélgica, a la vuelta, y estuvieron poniéndolos en la MTV durante los siguientes veinte años.) Por desgracia, la camiseta fue declarada «desaparecida en combate» a finales de 1980. Se informó de ello a sus familiares.

59.

Esto fue seis años antes de que grabara «Addicted to Love».

60.

Whisky, ginebra y brandy, con un vaso estoy a mis anchas. Oh, intento caminar recto, con un whisky de malta y vino barato… [*N. del T.*]

61.

Literalmente, «campanas del infierno y cubos de mierda». [*N. del T.*]

62.

Aún eres joven, pero vas a morir. [*N. del T.*]

63.

Tengo nueve vidas y ojos de gato, abusando de cada una de ellas y haciendo el loco. [*N. del T.*]

64.

El Descanso del Viajero. [*N. del T.*]

65.

En el original «Back from Black», juego de palabras con el título del álbum. [*N. del T.*]

66.

Los Special Air Services del Ejército británico. [*N. del T.*]

67.

No voy a tomar prisioneros. [*N. del T.*]

68.

No recuerdo que en aquella ocasión estuviera Chick, el padre de Bon, pero, claro, es un recuerdo borroso. Entendería perfectamente que no hubiera sido

capaz de afrontarlo.

69.

Terminó siendo el segundo álbum más vendido de la historia, superado únicamente por *Thriller* de Michael Jackson.

70.

En el original, este diálogo está lleno de giros que indican que el conductor es escocés. [*N. del T.*]

71.

La Legión de los Malditos. [*N. del T.*]

72.

Canción folclórica muy conocida en Australia; llegó a ser propuesta como himno nacional. [*N. del T.*]

SOBRE EL AUTOR

Brian Johnson nació en Dunston, Gran Bretaña, en 1947. Después de liderar a Geordie, quienes, tras colocar un tema en el Top 10, desaparecieron sin pena ni gloria, se unió a AC/DC en 1980 tras la trágica muerte de su anterior vocalista, Bon Scott. Su primer libro, *Rockers and Rollers*, sobre su afición a los coches de carreras, se publicó en 2009. Vive actualmente en Sarasota, Florida.

Brian Johnson nació en 1947 en Dunston, en la región de Newcastle, al nordeste de Inglaterra. Su padre fue militar y combatió en el norte de África durante la Segunda Guerra Mundial y su madre creció en el seno de una opulenta familia italiana. De muy joven, Brian se quedó prendado del rock cuando vio a Little Richard en televisión tocar «Tutti Frutti». Dotado de un potente chorro de voz, pronto empezó a destacar entre el coro de los *boy scouts* y no tardó en montar los primeros grupos de versiones. Mientras trabaja como delineante en una gran empresa de turbinas de vapor y pasa una temporada como paracaidista del Ejército, se pone al frente de Geordie, con los que consigue colocar un single en el Top 10, salir en el *Top of the Pops* y hacer giras por Europa y Australia… Sin embargo, la suerte del grupo se estancó y, tras una serie de álbumes fallidos, Brian Johnson se encontró en la ruina, separado, con dos hijas pequeñas y una amenaza de embargo. Pese a todo, superada la treintena y cuando parecía que el sueño del rock se esfumaba, fue convocado para un casting de **AC/DC**, que tras la trágica muerte de su cantante, Bon Scott, estaban en un *impasse*. Brian sorprendió a los hermanos Young con su potencia vocal y pericia con las letras, y lo enrolaron para grabar el que sería a la postre el mayor éxito del grupo: *Back in Black*, grabado en las Bahamas y que incluye himnos como «Hells Bells» o «You Shook Me All Night Long», y que acabaría siendo el segundo disco más vendido de todos los tiempos.

Narrado con humor y con una sensibilidad poco común entre la fraternidad del rock, ***Las vidas de Brian*** es un excepcional y emocionante testimonio de una de las grandes voces del rock.

www.editorialcontra.com

CONTRA